

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

Small, light-colored rectangular label on the spine.

PEZA

—0—

LA LIRA  
DE LA  
PATRIA

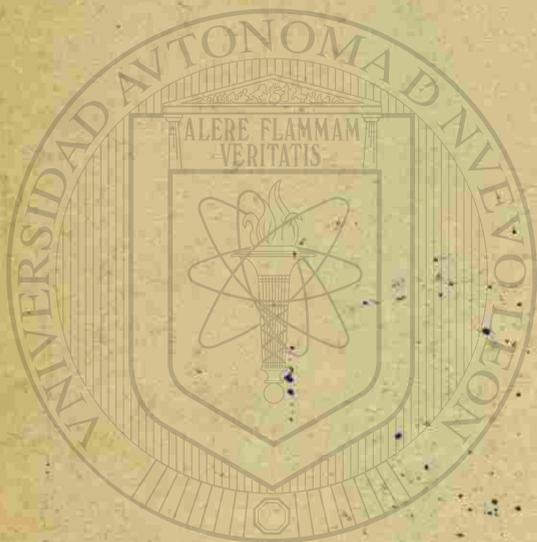
PQ7297

.P48

L5



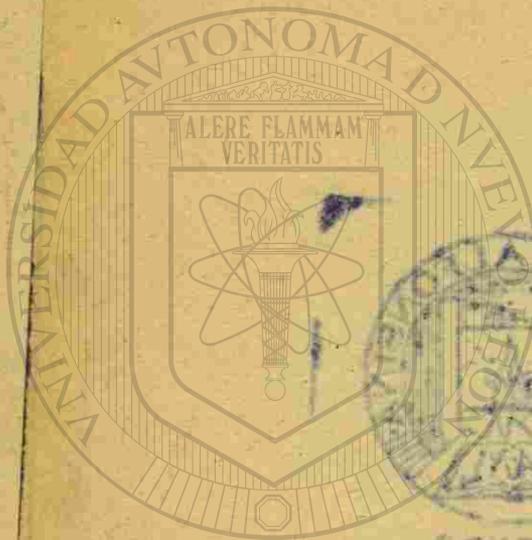
1020028318



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Juan de Dios Peza

LALIRA

PATRIA

PROPIEDAD DEL EDITOR

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

100079

MEXICO

TIPOGRAFIA "EL FENIX" AGUILA NUM. 12

1903

32314

861

P07297

P48

65



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad del Editor y nadie podrá reimprimirla sin su consentimiento. Quedan asegurados los derechos de propiedad conforme a la ley.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

35212

## AL LECTOR



Al triunfar la causa republicana en 1867, puede decirse, que despertó en todo el país el espíritu aletargado por muchos años, de escribir y publicar todo cuanto se relaciona con las bellas letras en México.

Por esto está en nuestro concepto bien definida, con el nombre de "Renacimiento Literario" la época a que nos referimos.

Poco cultivó la bella literatura durante el Imperio. En 12 de Octubre de 1865, Maximiliano dirigió a su Ministro de Gobernación una carta indicándole su deseo de crear un teatro nacional, bajo la dirección del poeta español José Zorrilla. Todos saben que ese proyecto se inició en la práctica representando el "Don Juan Tenorio" en la antigua capilla de Palacio, convertida en teatro. Pero ni el director, ni la obra, ni el autor del proyecto eran mexicanos. La dramática, como la lírica, estaban entumecidas y avengonzadas por aquellos días, y pedia asegurarse que de la primera sólo llamaron la atención, dos obras que atacaban directamente a la sociedad y al Gobierno. Una de ellas fué la comedia de José T. Cuellar titulada: "Un Ranchero de Irapuato," que puso de relieve las ridículas palabras y costumbres de los afrancesados; y la otra, una pieza compuesta por dos inteligentes alumnos de la Escuela de San Idefonso, Don Victor Banuet y Don Martín

Fernández de Jáuregui, denominada "El Sorteo," criticando el Decreto de enganches militares, expedido recientemente y burlándose de las prácticas aristocráticas de la efímera Corte

Fuera de estas creaciones nacionales, que naturalmente se prohibieron en cuanto fueron conocidas, nada nuevo se ofreció al público por aquellos días.

En la lírica sí se encuentran algunas producciones de mérito puramente gramatical, puesto que eran de correctos y atildados versificadores, que ni volaron nunca por los cielos de la inspiración, ni han dejado luminosa huella en los espacios de la Fama.

Debemos confesarlo con franqueza; los verdaderos poetas, habían hecho lo que los antiguos cantores de Israel, junto á los ríos de Babilonia, colgando sus arpas en los sauces, mientras pasaba la tormenta de dolores que le agobiaban.

Parece que con la victoria de las armas nacionales, la inspiración surgió con bríos nuevos, llena de lozania y de frescura, como las hojas que visten en Europa á esos árboles que han pasado largos meses envueltos en sudarios de nieve.

A los pocos días de instalado el Gobierno Republicano, un inolvidable caballero, gala de la patria por sus ideas puras y sanas, orgullo del Foro por su sabiduría y ornamento de la sociedad por sus finas maneras, convocó en su casa para una reunión á todos los escritores y poetas que estaban en la Capital, para que solemnizaran la paz y el progreso empuñando en vez del fusil y la espada, la lira y la pluma. Nos referimos al Sr. Lic. D. Rafael Martínez de la Torre.

En torno suyo, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Vicente Riva Palacio, Luis G. Ortiz, Manuel Peredo, Alfredo Chavero, Julián Montiel, Joaquín Téllez, Juan P. de los Ríos, Joaquín Villalobos, Justo Sierra, Enrique Olavarria, José T. de Cuellar, Rafael González Paez, Juan A. Mateos, Lorenzo Elizaga, Juan Clemente Zenea y otros varios, hicieron oír de nuevo sus inspirados cantos y sostuvieron el movimiento literario de México.

Las *Revistas* del Sr. D. José María Iglesias, conteniendo los hechos más notables de la peregrinación de Paso del Norte y del dominio

extranjero; los libros de D. Matías Romero, historiando todos los asuntos de nuestro Gobierno y el de los Estados Unidos; las *Reseñas sobre el Ejército del Norte durante la Intervención Extranjera*, escrita por D. Juan de Dios Arias; los *Ensayos Políticos*, del Sr. Elizaga; la *Reseña sobre la Campaña de Puebla*, por D. Pantaleón Tovar; los *Apuntes ó Memorias sobre la Intervención Extranjera*, que escribió, sin lograr concluirlos, el Gral. Juan N. Mirafuentes; las obras de D. Manuel Payno intituladas *Cuentas, Gastos Acreedores, y Otros asuntos del tiempo de la Intervención Francesa y del Imperio*, y *Lecciones de Economía Política*; las *Memorias sobre la revolución é independencia de México*, por D. Anastasio Zerecero; el *Ensayo de un Estudio Comparativo entre México y los Estados Unidos*, por D. José Díaz Covarrubias; los *Apuntes sobre un Sistema Militar para la República*, por D. Manuel Balbontín; los *Nuevos Métodos Astronómicos para determinar la hora, el azimut, la latitud y la longitud geográfica, con entera independencia de medidas angulares absolutas* y el *Tratado de Topografía*, de D. Francisco Díaz Covarrubias; el *Compendio de Gramática de la Lengua Española, según se habla en México*, y el *Catecismo de Moral* de D. Nicolás Vizcarro; las *Lecciones de Geografía, Estadística Mercantil é Historia del Comercio*, de D. José María Baranda; la *Geografía Universal y Particular de México*, de D. Antonio García Cubas, y los *Estudios sobre la Educación* de D. Ignacio Ramírez, así como otras muchas obras que no citamos para no pecar de difusos demuestran evidencialmente el incremento que las ciencias y las artes adquirieron desde luego, á la sombra del pabellón republicano.

Respecto de Literatura, mucho tendríamos que decir; pero bástenos recordar que en aquellos días se publicaban obras de grande oportunidad; porque como dice el Sr. Altamirano: "el pueblo deseaba saber lo que había pasado en todos los ámbitos de la República; quería conocer personalmente á sus defensores y á sus enemigos, sus glorias y sus infortunios;" obedeciendo á esta necesidad, escribió Juan A. Mateos sus novelas "El Sol de Mayo" y "El Cerro de las Campanas;" y el inspirado Vicente Riva Palacio, publicó sus novelas "Calvario y Tabor," "Monja y Casaca, Virgen y Mártir," "Martín Garatuza," "Los Piratas del Golfo," "Don Guillén de Lampart," "Las dos Em-

paredadas" y "La Vuelta de los Muertos;" Altamirano escribió y publicó deliciosas revistas de arte y letras; sus novelas "Clemencia" y "La Dama de Honor," sus "Rimas," verdaderos modelos de poesía americana y fundó para gloria de México un elegante semanario intitulado: "El Renacimiento," con la constante colaboración de todos los escritores más notables; José María Ramírez "El Viejo," publicó sus originales novelas "Una Rosa y un Harapo" y "Los Picaros;" D. Anselmo de la Portilla escribió su novela "Virginia;" Aniceto Ortega escribió "La Bruja de Beruley;" Enrique Olavarría, "El Tálamo y la Horea" y "Lágrimas y Sonrisas;" José Rivera y Río publicó sus "Flores del Destierro" (poesías), y sus novelas "El Hambre y el Oro" y "Los Dramas de Nueva-York;" y D. Pedro Santacilia dió á la estampa sus bellísimos é interesantes "Apólogos."

Bajo esta influencia, en medio de este movimiento inusitado y asombroso, las Escuelas Nacionales, hospedaban en sus cátedras, á jóvenes bisoños todavía, que amaban las letras, cultivando en silencio el divino arte de la poesía. Entre estos jóvenes, figuraban como inspirados y precoces, Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Agustín F. Cuenca Rafael Rebolár Gustavo Baz, Francisco Cosmes, Agustín García Figueroa, José Manuel Gutiérrez Zamora, Juan B. Garza, Manuel de Olagníbel José Olmedo y Lama, Francisco de P. Ortiz, Miguel Portillo, Javier Santa María, Agapito Silva, Edmardo E. Zárate, Ramón Rodríguez Rivera y Rodolfo Talavera.

Todos estos jóvenes han brillado más ó menos en nuestro Pá-naso, y deber nues're es confesar que han sido alentados por Ramírez, Prieto, Riva Palacio, y sobre todo, por Ignacio Mannel Altamirano, que los ha visto y considerado como á hijos prodileitos de su corazón entusiasta.

Fijados así los orígenos de la generación nueva, creada por el triunfo de la República, nos ocuparemos suscintamente para no fatigar á los lectores, de la índole del libro "LA LIRA DE LA PATRIA" del que es autor Juan de Dios Peza, muy conocido por sus muchas y bellísimas producciones, no sólo en nuestra Patria, sino en todos los dominios de la lengua castellana y en extraños países como lo acredita

la traducción hecha al ruso, al italiano, al inglés, al portugués y al francés de algunos de los "Cantos del Hogar." No nos ocuparemos de la biografía del poeta; nos toca solamente hablar de la utilidad y significación del libro que encabezamos con estas líneas.

Para nadie es un misterio que la propaganda de frios sistemas filosóficos; el desconocimiento de muchos héroes y de muchos hechos, amortiguan el amor patrio y el culto por el pasado en los corazones nuevos, y este libro tiende en todas sus páginas á robustecer ese culto, á conmemorar sucesos de altísima importancia histórica; á no consentir que se pierdan los nombres de los mártires; á infiltrar una devoción por todo lo que ha sido grande y hermoso en los anales patrios, y á demostrar por último, que el poeta moderno ya no pulsa el laúd que resonaba junto á los castillos de la Edad Media, ni el mandolín que sólo saludaba el crecimiento de una rosa ó el vuelo de una alondra, sino que busca en los hechos y asuntos que le rodean, un motivo real y verdadero para sus inspiraciones. De esta suerte, los versos á la vez que cautivan, enseñan y aprovechan, y no hay mejor manera de fijar en el ánimo el amor á lo bueno y á lo noble, que la de presentarla en la más hermosa y más sencilla de las formas.

El mexicano que ausente de su patria, ó recorriendo en ella la vasta extensión de su territorio, lee "LA LIRA DE LA PATRIA," se conmoviera indudablemente, sintiendo en lo más íntimo de su pecho, el orgullo natural y santo de haber nacido en región tan privilegiada y tan heroica.

No puede acusarse al autor de romántico, por más que nosotros creamos, que mientras haya en el mundo amor que lleve hasta el sacrificio, dolores que rediman, esperanzas que consuelen y privaciones que fortalezcan, poniendo de relieve la honradez, la fe y la lealtad, habrá romanticismo y bardos que lo cultiven para provecho de las sociedades.

Después de leído este libro, no se le llamará á Juan de Dios Peza, "cantor del hogar" solamente, sino "del hogar y de la patria," pues no es poco, ni inservible, lo que su nativa tierra le ha inspirado.

No es nuestra época, una de las más propicias para el culto de la poesía. De la sociedad en general pudiera decirse lo que el galano y erudito escritor chileno Don Efraim Vázquez Guarda, en su reciente e interesante libro, "Tajos y Reveses" ("Crítica y Sátira") dice del medio en que vivimos.

"Vivimos en un centro en que es mengua ante los ojos de muchos cultivar la literatura. Se prefieren los asuntos económicos ó los sociales, con exclusión de todos los demás. Saber gramática y escribir como Dios y el buen gusto lo mandan, es cosa á la cual muchos no le hallan objeto. En efecto, ¿se necesita acaso de ella para *endosar un vale* ó para saber lo que Darwin, Littré y tantos más piensan acerca de origen de las cosas y del hombre en primer término?"

Por fortuna, en México se aman las letras y todavía hay muchos que buscan gratisimo soláz en los libros. Juan de Dios Peza que escribió en unión del erudito é inspirado Vicente Riva Palacio "Leyendas y tradiciones mexicanas," busca ahora en los episodios contra el invasor extranjero, en la conmemoración de los héroes y en alabar nuestras glorias, nuevo cauce á su inspiración fecunda.

Esto es el mejor testimonio de que en el brumoso medio ambiente en que nos agitamos, con las convulsiones económicas y sociales, hay sin embargo quien tañe el sonoro latid de áureas cuerdas cuyas dulces notas son tan gratas y consoladoras, como los ecos de la canción que en la infancia nos arrullaba y nos conmovia.

Sirva esta interesante obra de estímulo á los que se propongan continuar la tarea iniciada por el popular Guillermo Prieto con su valioso "Romancero nacional," seguido por Peza con sus "Romances de la guerra extranjera" y terminada en el porvenir por tantos hijos predilectos de las musas, que sienten correr en sus venas al fuego sagrado de la inspiración y del amor patrio.

Ya un modesto y levantado poeta épico, Don Eduardo del Valle ha cantado al inmortal "Cuauhtemoc" mereciendo su poema hermoso los honores de la traducción al francés, según se lo anunciara el poeta parisiense Raoul de Reyrols; ya el dramático Peón Contreras, justamente laureado, escribió un "Romancero de glorias y tradiciones az-

tecaz," ya Chavero llevó á la escena á Xóchil, y un ilustre joven uruguayo, el Dr Pedro Mascaró y Sosa presentó como tesis en la Universidad Central de Madrid, un estudio sobre la poesía méxico-gentilica. Son innumerables las leyendas, romances y novelas que de asuntos nacionales tratan y parece que gusta y acepta este nuevo género que ha de constituir una literatura propia.

¡No hay que desmayar en tarea tan noble, poetas del Anáhuac! Cada libro de autor mexicano que aparezca, es un nuevo contingente para la reputación y la gloria en que hemos nacido, y como dice el sabio Ignacio Ramírez.

"Lo importante para el literato es el ejercicio; luchando se forman los generales; pintando se revelan los artistas y fulminando los rayos de la elocuencia y confundiendo quejidos con la lira tal vez conseguiremos ser oradores ó poetas; por lo menos no nos avergonzará nuestra ignorancia."

Hagá nos libros de lo nuestro, y para lo nuestro, y seremos sin duda más comprendidos y más estimados en el mundo.

¡Ojalá que este libro produzca moralmente los fecundos resultados á que lo destinan sus páginas, y que á la vez despierte en derredor del poeta otro aplauso, que sea un nuevo lenitivo á sus dolores humanos!

Tlalnepantla, Febrero de 1893

ALBERTO FRANCO



## COLON E ISABEL

A EVARISTO FOMBONA

Cantar á ese gigante soberano  
Que al soplo de su espíritu fecundo  
Hizo triunfar el pensamiento humano  
Arrebatando al mar un nuevo mundo;  
Cantar al que fué sabio entre los sabios,  
Cantar al débil-que humil ó á los grandes,  
Nunca osarán mi lira ni mis labios  
Forman su eterno pedestal los Andes,  
El Popocatepetl su fe retrata,  
Las pampas son sus lechos de coronas,  
Su majestad refleja el Amazonas,  
Y un himno á su poder tributa el Plata.  
No es la voz débil que al vibrar espira,  
La digna de su nombre ¿puede tanto  
La palabra fugaz...? ¿Quién no lo admira?  
La mar, la inmensa mar, esa es su lira,  
Si Homero el sol, la tempestad su canto.

Cuando cual buzo audaz, mi pensamiento  
 Penetra del pasado en las edades,  
 Y mira bajo el ancho firmamento  
 De América las vastas soledades:  
 El inca dando al sol culto ferviente,  
 El araucano indómito y bravo,  
 El azteca tenaz que afirma el tronco,  
 Añorando al saber el poderío  
 ¡A cuántas reflexiones me abandono .....  
 Todas esas tabanas calentadas  
 Por la luz tropical, llenas de flores,  
 Con sus bosques incultos, y sus selvas,  
 Llenas de majestad; con sus paisajes  
 Cerrados por azules horizontes,  
 Sus montes de granito,  
 Sus volcanes de nieve coronados,  
 Semejando diamantes engarzados  
 En el esmalte azul del infinito;  
 Las llanuras soberbias é imponentes,  
 Que puebla todavía  
 En la noche sombría  
 El eco atronador de los torrentes;  
 Los hondos ventisqueros,  
 Las cordilleras siempre amenazantes,  
 Y al aire sacudiéndose arrogantes,  
 Abanicos del monte, los palmeros;  
 No miro con mi ardiente fan'asia.  
 Sólo una tierra virgen que podría  
 Ser aquel legendario paraíso  
 Que solo Adán para vivir tenía;  
 Miro las nuevas fecundantes venas  
 De un mundo á gran les fines destinado,  
 Con su Esparta y su Atenas,  
 Tan bello y tan feliz como ignorado.  
 Para poder cantarlo, busca el verso  
 Una lira con cuerdas de diamante,

Por único escenario el Universo,  
 Voz de huracán y aliento de gigante.

Que des'ence la aurora  
 Sus gudejas de rayos en la altura:  
 Que los tumbos del mar con voz sonora  
 Pueblen con ecos dulces la espesura:  
 Que las aves del trópico, teñidas  
 Sus alas en el iris, su contento  
 Den con sus cadencias tan sentidas  
 Que van de selva en selva repetidas  
 Sobre las arpas que columpia el viento,  
 Venid conmigo á descorrer osados  
 El ve'lo de los siglos ya pasados.

Tuvo Don Juan Segundo  
 En Isabel de Portugal, la bella,  
 Un ángel, que más tarde fué la estrella  
 Que guió á Colón á descubrir un mundo.  
 El claro albor de su niñez tranquila  
 Se apagó en la tristeza y en el llanto:  
 En el triste y obscuro monasterio  
 Donde, envuelta en el luto y el misterio;  
 Fué Blanca de Borbón á llorar tanto;  
 Allí Isabel fortaleció su mente,  
 Y aquel claustro de Arévalo imponente  
 Fe le dió para entrar al mundo humano;  
 Dió vigor á su espíritu int'anquillo;  
 Fué su primer asilo soberano,  
 Cuel la Rábida fué primer asilo  
 Del Vidente del mundo americano.

Muerto Alfonso, su hermano,  
 En el convento de Avila se encierra,  
 Y hasta allí van los grandes de la tierra,  
 Llenos de amor á disputar su mano.  
 Ella da el triunfo de su amor primero  
 A su igual en grandeza y en familia,

Al que, rey de Sicilia,  
 Es de Aragón el príncipe herejero.  
 A tan gentil paraja  
 Con ensañado afán persigue y veja  
 De Enrique Cuarto la orgullosa Corte;  
 Pero palpita el alma castellana  
 Que de Isabel en la gentil persona,  
 Más que la majestad de la corona,  
 Ve la virtud excelsa y soberana.  
 La España en Guadalete decadida,  
 Y luego en Covadonga renacida,  
 No vuelve á unirse, ni por grande impera,  
 Hasta que ocupa, sia rencor ni encono,  
 De Berenguela y Jaime el áureo trono,  
 El geato augusto de Isabel Primera!  
 Grande en su sencillez, es cual la aurora  
 Que al asomarse, todo lo ilumina;  
 Humilde en su piedad, cual peregrina  
 Va al templo en cada triunfo, y reza, y lora,  
 Nada á su gran espíritu le agobia:  
 Desbarata en Segovia  
 La infiel conjuración; libra á Toledo;  
 Fija de las costumbres la pureza;  
 El crimen blasonando en la nobleza  
 Castiga, vindicando al pueblo ibero:  
 Por todos con el alma bendecida,  
 Por todos con el alma idolstrada,  
 Rinde y toma vencida,  
 Edén de amores, la imperial Granada.  
 Dejádme que venero  
 A esa noble mujer... Llegóse un día  
 En que un errante loco le pedía,  
 Ya por todos los reyes desdeñado,  
 Buscar un hemisferio, que veía  
 Al álea sus sueños por el mar velado.  
 No intento escudañar el pensamiento  
 Del visionario que á Isabel se humilla.

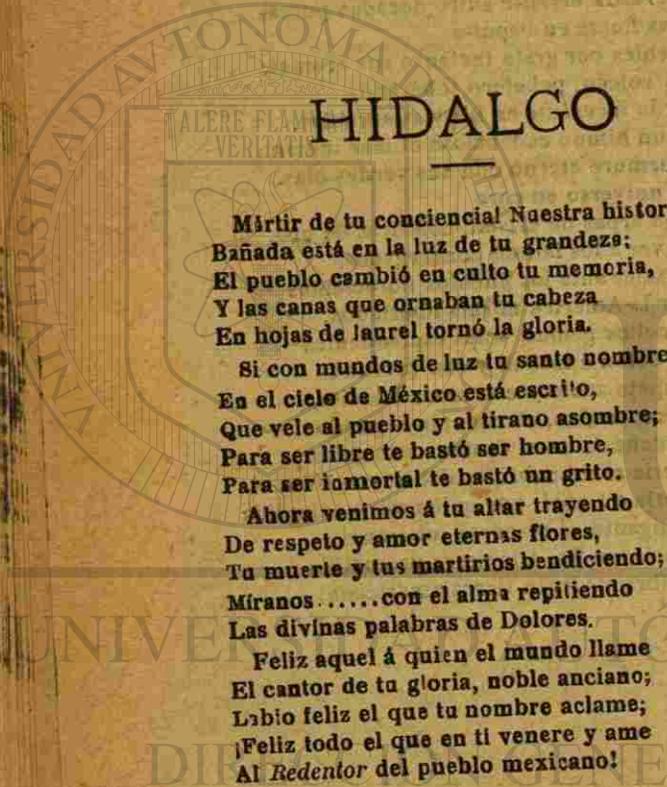
¿La América es la Antilla  
 En que soñó Aristóteles? ¿La A lántida  
 Que Platón imagina en su deseo,  
 Y menciona en su diálogo el Timéo?  
 ¿Escandinavos son los navegantes  
 Que cinco siglos antes  
 De que el insigne genovés naciera,  
 Fijo en Islandia su anhelar profundo,  
 Al piélago se arrojan animados,  
 Y son por ruda tempestad lanzados  
 A la región boreal del Nuevo Mundo....?  
 ¡Yo no lo sé! Se ofusca la memoria  
 Entre la noche de la edad pasada;  
 Sólo hay tras esa noche una alborada:  
 Isabel y Colón: ¡La Fe y la Gloria!

¿Cuántos hondos martirios, cuántas penas  
 Sufrió Colón! ¡El dolo y la perfidia  
 Le siguen por doquier! La negra envidia  
 Al vencedor del mar puso cadena!  
 Maldice á Bobadilla y á Espinosa  
 La humanidad que amamantarlos pluzo,  
 El hondo mar con voz estrepitosa  
 Aún grita maldición para el verdugo!  
 El mundo descubierto,  
 A hierro y viva sangre conquistado,  
 ¿Fue solamente un lóbrego desierto?  
 ¿Vive? ¿palpita? ¿crece? ¿ha progresado?  
 ¡Ab, sí! Tended la vista... Cien naciones,  
 Grandes en su riqueza y poderío,  
 Responden con sonoras pulsaciones  
 Al eco tosco del acento mío.  
 El suelo que Cortés, airado y fiero,  
 Holló con planta osada,  
 Templando lo terrible de su espada  
 La dulzura y bondad del misionero;  
 Cual tuvo un Guauhtemoc, que al mundo asombra,

Tuvo después cien héroes: un Hidalgo,  
 Cuya palabra sempiterna vibra;  
 Un Moelo, en genio esplendoroso;  
 Un Juárez, el coloso  
 Que de la Europa y su invasión nos libra!  
 Bolívar, en Santa Ana y Carabobo,  
 Y en Ayacucho Sucre, son dos grandes,  
 Son dos soles de América en la historia,  
 Que tienen hoy por pedestal de gloria  
 Las cumbres gigantescas de los Andes.  
 ¡Junín! el solo nombre  
 De esta epopeya mágica engrandece  
 El lauro inmarcesible de aquel hombre,  
 Que un semidiós al combatir parece.  
 Sucre, Silva Salom, Córdoba y Flores,  
 Colombia, Lima, Chile, Venezuela,  
 En el Olimpo para todos vuela  
 La eterna fama, y con amor profundo  
 La ciñe eterna y fúlgida aureola:  
 ¡Gigantes de la América española!,  
 Hoy tenéis por altar al Nuevo Mundo!  
 Ningún rencor nuestro cañño extraña:  
 Del Chimborazo, cuya frente baña  
 El astro que á Colombia vivifica,  
 A la montaña estrella  
 Que frente al mar omnipotente brilla,  
 Resuena dulce, sonora y be la  
 El habla de Castilla:  
 Heredamos su arrojo, su fe pura,  
 Su nobleza bravía.

¡Oh, España! juzgo m'ngua  
 Lanzarte insultos con tu propia lengua;  
 Que no cabe insultar á la hidalgua.  
 En nombre de Isabel, justa y piadosa,  
 En nombre de Colón, ningún agravio  
 Para manchar tu historia esplendorosa  
 Verás brotar de nuestro humilde labio.

¡A Colón á Isabel el lauro eterno!  
 Abra sus áureas puertas al Olimpo,  
 Y ofrezca un trono á su sin par grandeza:  
 Resuene en nuestros bosques el arrullo  
 Del aura errante entre doradas pomas:  
 Las flores en capullo  
 Denles por grato incienso sus aromas:  
 El volcán, pebetero soberano,  
 Arda incesante en blancas aureolas,  
 Y un himno cadencioso el mar indiano  
 Murmure eterno con sus verdes olas.  
 El universo en coro  
 Con arpas de cristal, con liras de oro,  
 Al ver á los latinos congregados,  
 Easalce ante los pueblos florecientes  
 Por la América misma libertados,  
 Aquellos genios, soles esplendentes  
 De Colón é Isabel, y con profundo  
 Respeto santo y con amor bendito,  
 Libre, sereno, eterno, sin segundo  
 Resuene sobre el Cosmos este grito:  
 ¡Gloria al descubridor del Nuevo Mundo!  
 ¡Gloria á Isabel, por quien miró cumplida  
 Su gigantesca empresa soberana!  
 ¡Gloria, en fin, á la tierra prometida  
 La libre y virgen tierra americana!



## HIDALGO

Mártir de tu conciencia! Nuestra historia  
Bañada está en la luz de tu grandeza;  
El pueblo cambió en culto tu memoria,  
Y las canas que ornaban tu cabeza  
En hojas de laurel tornó la gloria.

Si con mundos de luz tu santo nombre  
En el cielo de México está escrito,  
Que vele al pueblo y al tirano asombre;  
Para ser libre te bastó ser hombre,  
Para ser inmortal te bastó un grito.

Ahora venimos á tu altar trayendo  
De respeto y amor eternas flores,  
Tu muerte y tus martirios bendiciendo;  
Míranos . . . . con el alma repitiendo  
Las divinas palabras de Dolores.

Feliz aquel á quien el mundo llame  
El cantor de tu gloria, noble anciano;  
Labio feliz el que tu nombre aclame;  
¡Feliz todo el que en ti venere y ame  
Al Redentor del pueblo mexicano!

1869.

*El secreto está  
en la página #100*

## LA VICTORIA DE TAMPICO

(Escena del segundo acto de "El Capitán Miguel")

*Sargento*— Cuando fué el bravo Guerrero  
Presidente, yo era un chico  
y en aquel tiempo á Tampico  
llegó un general ibero.

*Miguel*.— ¡Barradas!

*Sargento*.— . . . . Justo; eso es;  
Barradas precisamente  
queriendo, audaz y valiente,  
ser un nuevo Hernán Cortés.  
Entonces, sólo al decir  
que extraña tropa llegaba  
el Gobieano ya miraba  
Enlutado el porvenir.  
Y por prudencia ó temor  
cesaban goces y fiestas,  
Haciéndole mil protestas  
á cualquier Embajador.  
Barradas, bravo y experto,  
Vencer á México anhela  
y entra altivo á toda vela,  
como Virrey frente al puerto.  
Santa-Ana, á la patria fiel,  
tan audaz como animoso  
derrotó al jefe ambicioso  
ganando eterno laurel.

Fué una derrota ejemplar  
 que no olvidará la Historia  
 pues allí alcanzó la gloria  
 de hacerlo capitular.  
 En México ¡Qué ansiedad  
 por saber el resultado!  
 Estaba en completo estado  
 de agitación la ciudad.  
 Una noche, á ver un drama  
 Guerrero fué al coliseo,  
 un teatro tosco y feo  
 que "Principal" se le llama.  
 Llegado el acto tercero,  
 Ve'con asombro la gente  
 que al palco del presidente,  
 entra, con traje de cuero,  
 un hombre y le da un papel;  
 Guerrero al leerlo llora,  
 y el público en esa hora,  
 enteracido con él,  
 supone lo que le avisa  
 al Presidente aquel pliego  
 y queda mudo, en sosiego,  
 entre lágrimas y risa.  
 Cuando acabó de leer  
 Guerrero, se levantó  
 de su asiento y así habló  
 sin poderse contener:  
 "Si con frases no me explico,  
 "el llanto lo hará por mí ...  
 "me comunican aquí  
 la victoria de Tampico...!  
 "Vencido está el jefe ibero,  
 "San'a Ana lo derrotó..."  
 Y un gran grito resonó:  
 "¡Vivan Santa-Ana y Guerrero!"  
 Guerrero con alegría,

dijo enseñando leal  
 la faja de general  
 que en la cintura tenía:  
 "Mando al brigadier Santa-Ana,  
 "Esta faja, no os asombre,  
 "Para que la porte en nombre  
 "De la Nación Mexicana."  
 Volvió el público á gritar  
 Nuevos vivos y á aplaudir,  
 en unos era el reír,  
 en otros era el llorar  
 y no hay mármoles ni bronce,  
 ni existen tinta y color,  
 que puedan pintar, señor,  
 el patriotismo de entonces.

*Miguel*—Tu buena memoria pasma  
 A cualquiera, mi sargento,  
 Tu relato da contento,  
 Enardece y entusiasma.

*Sargento*.—Cuando el teatro dejaron  
 todos con gran ansiedad,  
 ¿Sabeis lo que en la ciudad  
 con asombro contemplaron?  
 Adornadas con festones  
 todas las casas vecinas,  
 con faroles y cortinas  
 en cornisas y balcones;  
 sobre las torres bermejas  
 De los vetustos conventos  
 gallardetes, ornamentos,  
 guirnaldas y candelijas.  
 Las calles ... ¡qué animación!  
 Las gentes si se encontraban,  
 entusias'as se abrazaban  
 con lágrimas de emoción.  
 No se escuchaba un reproche,  
 Todo era franco y sincero,

que estaba México entero  
de triunfo en aquella noche.  
Y todos los mexicanos  
que un mismo placer sentían,  
entonces sí se querían  
como si fuesen hermanos . . . !

Me enternezco cuando pienso  
en esto, porque señor  
no he visto un modo mejor  
de dar á un bravo un ascenso,  
ni un modo más natural,  
más franco, más elocuente,  
de expresar públicamente  
el contento nacional.  
Glorias del pasado son,  
mas para un viejo soldado,  
esas glorias del pasado  
dan vida á su corazón . . . . !

## DE MARINERO A TRAPISTA

AL SEÑOR GENERAL DON VICENTE RIVA PALACIO

Nieto del inmortal caudillo de la Independencia

**DON VICENTE GUERRERO**

I

Quando ya todos los héroes  
que con Hidalgo surgieron,  
quedaron frente al destino,  
aprisionados ó muertos;  
sólo un tenaz insurgente,  
el indomable Guerrero,  
sostuvo entre las montañas  
la libertad y el derecho.

El, desde ochocientos once  
que entró á servir con Morelos,  
asistió á muchos combates  
en que demostró su genio;  
y el año de diez y nueve  
fueron tantos sus esfuerzos,  
que alcanzó veinte victorias  
contra el virreinal ejército.

Más tarde, cuando Iturbide  
alió para darle encuentro,  
siendo por él derrotado

del Sur en los campamentos;  
se le entregó como adepto  
Y al fin en una entrevista  
celebrada el diez de Enero  
de ochocientos veinte y uno,  
de Acatempam en el pueblo,  
juráronse en un abrazo  
obrar de común acuerdo  
para proclamar muy pronto  
la independencia de México.

Guerrero fué como el águila,  
altivo, incansable, fiero,  
halló nido en la montaña,  
la caza le dió alimento,  
jamás lograron rendirlo  
y cuando en calma le vieron  
era porque ya la presa  
hubo en sus garras deshecho.

## II

Tal era el bravo insurgente  
que, por sus brillantes méritos,  
figuró luego en la Patria  
como jefe del Gobierno;  
dejándonos por memoria  
y por glorioso recuerdo,  
la victoria de Tampico  
conquistada en dos sangrientos  
combates que aniquilaron  
al invasor extranjero.

Fueron Terán y Santa Anna  
Quienes con gran ardimiento  
alcanzaron el triunfo

contra un brigadier ibero  
que vencido y desarmado  
con su flota dejó el puerto.

## III

Cuando ya sin ingerencia  
en asuntos del Gobierno  
tranquilo en el Sur vivía  
el indomable Guerrero,  
por temor á su fiereza  
un crimen se tramó en México.

El General Bustamante  
y sus Ministros, creyeron  
oportuno darle muerte  
al soldado de Morelos;  
y hay quien diga que hubo alguno  
que así exclamó en el consejo:  
*"á ese suriano terrible  
hay que quitarle de enmedio."*

No era fácil darle alcance  
ni era posib'le vencerlo,  
y á un genovés, Picaluga,  
corazón infame y negro,  
como á Judas lo compraron  
para consumar el hecho.

Picaluga tenía surto  
un bergantín en el puerto  
de Acapulco y era amigo  
del bravo adalid del pueblo;  
lo convidó una mañana,  
á principios de Febrero,  
á almorzar en el *Colombo*,

el héroe asistió al almuerzo,  
y en cuanto le tuvo á bordo  
se dió á la vela ligero,  
y fué á entregarlo en Huatulco  
á las fuerzas del gobierno.

Por aquella negra infamia  
cobró cincuenta mil pesos;  
y nadie supo á que sitio  
huyó el traidor marinero.

En tanto al héroe suriano  
á Oajaca lo trajeron  
lo juzgaron á su antojo  
en ridiculo consejo,  
mil crímenes le imputaron,  
mil faltas le supusieron,  
y ya sentenciado á muerte  
lo fusilaron enfermo,  
en la villa de Cuilapa  
el catorce de Febrero  
del año de treinta y uno.....  
año en nuestra historia negro!

Cuando en el almirantazgo  
de Génova, cenocieron  
a infamia de Picaluga,  
publicaron un decreto  
declarándolo ante el mundo  
traidor, vil'ano y artero;  
sentenciándolo á que muera  
por la espalda, sin derecho  
á sepultura sagrada,  
ni á luto ni á testamento.

Breves pasaron los años  
y 1 más profundo misterio

veló á todos el destino  
del infame marinero.  
Contábanse mil consejas  
que amedrentaban al pueblo,  
pero la verdad, lo triste,  
lo horripilante, lo cierto,  
era que el héroe de Tixtla,  
el soldado de Morelos,  
gozaba en humilde tumba  
del último de los sueños  
causando duelo á la Patria  
y rubor á su Gobierno.

## IV

Cuando cayó Bustamante  
y que los años corrieron,  
uno de sus más adictos  
hombre rico y de provecho,  
hizo un viaje á Tierra Santa,  
pues era cristiano viejo.

Llegado á la Palestina  
fué á visitar el convento  
en que moran los trapistas  
pensando ganar el cielo.  
Al atravesar un claustro,  
dicen que salió á su encuentro  
un fraile, cuyo semblante  
en amplia capucha envuelto  
velaba con blanca barba  
que le bajaba hasta el pecho.  
—¿No me conocéis?—le dijo,  
—No—respondióle el viajero.  
—Pues llevo aquí muchos años  
de rogar al Ser Suprem ,

que á Bustamante y sus hombres,  
y á mí, que fui su instrumento,  
nos perdone compasivo  
y nos absuelva en su reino  
del crimen que cometimos  
con el general Guerrero.

Soy Francisco Picaluga,.....

—Picaluga !!

—Humilde siervo  
de Dios, á quien lo devora  
un tenaz remordimiento.

Sin decir una palabra  
y de admiración suspenso  
el viajero conmovido  
salió del triste convento  
y después de algunos años  
al referir el suceso  
temblaba cual si estuviera  
junto al traidor marinero.

Marzo de 1891.

## NI EL NOMBRE NI EL OFICIO <sup>(1)</sup>

! Cuentan crónicas añejas  
En nuestra tiempo olvidadas,  
Que allá en un pueblo escordido  
De la sierra queretana  
Vivió un español anciano,  
Cuyos años delataban  
En la frente las arrugas  
Y en la cabeza las canas.

Era de carnes enjuto,  
De penetrante mirada,  
De generosas acciones  
Y de muy pocas palabras.  
Icansable en el trabajo,  
Madrugaba con el alba,  
Y era en su vestir humilde  
Y en discreción una estatua.

Por apodo "el ermitaño";  
En la sierra le llamaban

1. El argumento de este romance corria de boca en boca hace algunos años. - No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos, habló conmigo un ayudante del General Mejía, el Coro del Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á D. Darío Bissarda, y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y qué rango ocupó antes de radicarse en la Sierra—J. de D. P.

que á Bustamante y sus hombres,  
y á mí, que fui su instrumento,  
nos perdone compasivo  
y nos absuelva en su reino  
del crimen que cometimos  
con el general Guerrero.

Soy Francisco Picaluga,.....

—Picaluga !!

—Humilde siervo  
de Dios, á quien lo devora  
un tenaz remordimiento.

Sin decir una palabra  
y de admiración suspenso  
el viajero conmovido  
salió del triste convento  
y después de algunos años  
al referir el suceso  
temblaba cual si estuviera  
junto al traidor marinero.

Marzo de 1891.

## NI EL NOMBRE NI EL OFICIO <sup>(1)</sup>

! Cuentan crónicas añejas  
En nuestra tiempo olvidadas,  
Que allá en un pueblo escordido  
De la sierra queretana  
Vivió un español anciano,  
Cuyos años delataban  
En la frente las arrugas  
Y en la cabeza las canas.

Era de carnes enjuto,  
De penetrante mirada,  
De generosas acciones  
Y de muy pocas palabras.  
Icansable en el trabajo,  
Madrugaba con el alba,  
Y era en su vestir humilde  
Y en discreción una estatua.

Por apodo "el ermitaño";  
En la sierra le llamaban

1. El argumento de este romance corria de boca en boca hace algunos años. - No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad y entre ellos, habló conmigo un ayudante del General Mejía, el Coro del Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á D. Darío Bissarda, y supo por confidencias de Mejía quién había sido ese personaje y qué rango ocupó antes de radicarse en la Sierra—J. de D. P.

Y era su oficio el comercio  
De semillas y de mantas.

Eran su sola familia  
Los criados de su casa,  
Y solo por el acento  
Revelava ser de España,  
Que nunca dijo su origen  
Ni á nadie habló de su patria.  
Tavo un amigo, uno solo,  
A quien caal hijo trataba  
Siendo diferente en años  
En ejercicio y en raza,  
Pues era un soldado joven  
De tez cobriza y tostada,  
Indígena de la sierra,  
Y tan dado á las batallas,  
Que del año algunos meses  
Pasaba siempre en campaña.  
El anciano comerciante  
Llamóse *Dario Bissarda*,  
Y el joven *Tomás Mejía*  
Que bien conoce la fama.

Cuentan que al entrar la noche.  
Los dos amigos hablaban  
De las cosas de la guerra,  
De la estrategia y la táctica.  
El joven indio atendía  
Del anciano las palabras,  
Y escuchándolo sumiso  
Fijaba en él sus miradas  
Como diciendo: "este viejo  
Sabe manejar las armas.  
En cada vez que aqnel joven  
Iba á salir á campaña,  
Sus más recatados planes.

Al anciano revelaba;  
Y triunfante ó derrotado,  
En fortuna ó en desgracia,  
Era el primero á quien siempre  
A su regreso buscaba.  
Por fin enfermose el viejo,  
Y escribió desde su cama  
A su cariñoso amigo  
Para encomiendas sagradas.  
Don Tomás estaba ausente,  
Pero al recibir la carta  
Buscó su mejor caballo,  
Cruzó llanos y montañas,  
Y pronto estuvo en el sitio  
A do le llamo Bissarda  
Este con la voz muy débil  
Le dijo en pocas palabras:  
—Ochenta años he cumplido.  
Es tiempo de que me vaya,  
Y aquí sobre el lecho espero  
El tercer toque de marcha.  
En este pliego cerrado,  
Que usted abrirá mañana,  
Están mis disposiciones  
Últimas, testamentarias;  
Soló á usted, joven amigo  
Le doy lá misión sagrada  
De cumplir las en la tierra  
Y pedir á Dios por mi ánima.—

Murió el anciano esa tarde  
Y fué su muerte llorada  
Por los humildes y rudos  
Hijos de aquellas montañas.  
Abrió Don Tomás Mejía  
El pliego que le entregara,

Y cuentan los que lo que lo saben  
Que se encontró estas palabras:

—Yo, que he tenido en la Sierra  
Por nombre *Dario Bissarda*,  
Con más de cuatro mil hombres  
Arribé á la Nueva España  
El año de veintinueve  
A rendirla con mis armas.

Derrotáronme en Tampico  
Mier y Terán y Santa-Ana,  
Les entregé mis banderas,  
Que jamás tuvieron mancha,  
Y regresé con mis tropas  
Desarmadas á la Habana.

Al regresar á mi tierra,  
Donde me formaron causa,  
Calificaron de crimen  
Lo que sólo fué desgracia;  
Y ofendido de tal juicio,  
Dejé para siempre á España,  
Y á vivir vine ignorado  
Sin nombre, pompas ni galas,  
En los escondidos pueblos  
Que escudan estas montañas.

Ruego á Don Tomás Mejía,  
Mi amigo de confianza,  
Dé cuando tengo á los pobres  
Y á Dios encomiende mi ánima.  
Ni mi oficio es comerciante  
Ni mi apellido es Bissarda:  
Fulbrigadier, y mi nombre  
Ha sido *Isidro Barradas*.—

## LA PIERNA DE SU ALTEZA

La frente llena de arrugas  
Y la cabeza de canas,  
Extinguido en las pupilas  
El brillo de la mirada;  
Enfermo, abatido, pobre,  
Perdida su antigua fama,  
Después de largo destierro  
Y de infinitas desgracias,  
A México sin honores  
Volvió el general Santa-Ana.

Todo lo mudan los tiempos,  
Los hombres todo lo cambian,  
Y lo que eterno parece  
Es lo que rápido pasa.  
Aquel soldado animoso  
Que frente al poder de Iguala  
Levantóse tremolando  
La enseña republicana;  
Aquel guerrero indomable  
A quien la nación premiaba  
Cuando derrotó en Tampico  
A los soldados de España;  
Aquel soldado temible  
Que en Veracruz humillara  
A J. Inville y sus soldados,

Dando una lección á Francia;  
 Aquel león altanero,  
 Vencedor en las batallas,  
 Que gastó lujos y pompas  
 De poderoso monarca,  
 Que como á rey le veían  
 Y "Su Alteza" le llamaban,  
 Y era un sol en el gobierno,  
 En la Historia y en la fama;  
 Que siempre pisó laureles  
 Y oyó aplausos y dianas,  
 Porque tuvo entre sus manos  
 Los destinos de la patria:  
 Después de vivir proscrito,  
 En una isla solitaria  
 Viendo transcurrir los años  
 Con decepciones amargas,  
 Recibiendo en vez de honores  
 Ingratitudes humanas,  
 Pidió volver á esta tierra,  
 Vivir en su antigua casa,  
 Y dormir su postrer sueño  
 Sobre tierra mexicana.  
 A la sazón presidente  
 Era Lerdo de Tejada,  
 Y pronto otorgó el permiso  
 Que el héroe solicitaba.

No del Nacional Palacio  
 En las opulentas salas,  
 Sino en una casa humilde  
 De la calle de Vergara,  
 El vencedor de Tampico  
 De esta manera les habla  
 A dos antiguos amigos  
 Que en su olvido le acompañan:  
 — Asaltaron los franceses

La tierra veracruzana;  
 Yo recibí la noticia  
 Medio dormido en mi cama,  
 Porque llegaron de noche  
 Y sin producir alarma.  
 Busco rápido mi ropa,  
 Me lanzo para la plaza,  
 Y encuentro á dos oficiales  
 Que de muerte me amenazan  
 Preguntandome rabioso:  
 ¿En donde duerme Santa-Anna?  
 "Arriba está" les respondo;  
 Me dejan la puerta franca,  
 Y mientras suben y encuentran,  
 A Arista que allí quedaba,  
 Me dirijo á los cuarteles,  
 Digo á todos lo que pasa,  
 Y ya con mis tropas listas  
 Doy principio á la batalla.  
 Caro me costó aquel triunfo;  
 Pues me arrebató una bala,  
 Con peligro de la vida,  
 Esta pierna que me falta.  
 Premiáronme esa victoria  
 Dando como tumba santa  
 A los restos de esta pierna,  
 Noblemente mutilada,  
 Un monumento que estuvo  
 Mucho tiempo en Santa Paula;  
 Más como todo se olvida  
 Y todo en el mundo pasa,  
 Cuando en desgracia me vieron  
 Los que un tiempo me adularan,  
 Aprovechando el desorden  
 De la primera asonada,  
 Azuzaron á la plebe  
 Que lo más santo profana

Y que se mueve al impulso  
De quien la adula ó la paga,  
Y derribó el monumen'o  
Y arrastró ciega de rabia  
Mis huesos, gritando: "muera  
El zanca'rón de Santa-Ana.  
Ya veis, señores, que el mundo  
Así premia las hazañas.  
No voy completo á la tumba,  
Pues la pierna que me falta,  
Yacerá en un basurero  
De mil modos profanada,  
Cuando hace ya tantos años  
Que la perdí por la Patria.—

Al punto que aquel anciano  
Dijo estas tristes palabras,  
Nueva visita anuncióles  
El toque de una campana.  
Era un hombre pobre y rudo,  
Como el cabello y la barba,  
El que en aquellos instantes  
Los corredores pisaba.  
Con uniforme de inválido  
Y conduciendo una caja,  
Logró que le permitieran  
Penetrar hasta la sala,  
Y al ver á su anligro jefe,  
Con ojos llenos de lágrimas  
Dijo así con un acento  
Que penetraba has'a el alma:

—Mi general, yo he servido  
Con usted mucho á mi patria;  
Fui su asistente en Tampico  
Cuando derrotó á Barradas,  
Luego en Veracruz estuve

Fui á Palo Alto y la Resaca,  
Y herido en el brazo izquierdo  
En la guerra americana.  
Hoy ya inválido me tienen  
Haciendo en el Monte guardia;  
Cuando usted ya estaba ausente,  
Y fué su pierna arrastrada,  
La recogí con cariño,  
La fui esconder á mi casa,  
Y esperando su regreso  
La conservé en esta caja.  
Ya llevo más de veinte años  
De tenérsela guardada,  
Queriendo en sus propias manos  
Venir yo mismo á entregarla,  
No por ganar recompensa  
Pues no quiero ni las gracias;  
Yo sé bien lo que usted hizo  
En defensa de la patria;  
Y ningún viejo soldado  
En las épocas pasadas,  
Se avergüenza ni se olvida  
De su general Santa-Ana.  
Reciba usted estos huesos  
Que profanó la chinsca,  
Y que su viejo asistente  
Guardó cual reliquia santa.—  
Levantóse Don Antonio,  
Y en sus ojos sin mirada  
Brillaron con luz muy viva,  
No las pupilas, las lágrimas,  
Y con voz trémula y ronca  
Comprimida en la garganta:  
—Ven á mis brazos—le dijo—  
Nada soy, ni valgo nada.  
No te voy á dar dinero  
Ni voy á ceñirte banda,

Pero de tu acción en premio  
 En vez de cruz ó medalla,  
 Quiere poner en tu frente  
 Su último beso Santa-Ana,  
 Que sólo así premiar puede  
 A la lealtad la de gracia.—  
 Y cuentan los que lo vieron,  
 Que aquella escena asagrada  
 Fué un bálsamo que dió vida,  
 Fortaleza y esperanza,  
 Al creador de la República,  
 Al noble hijo de Jalapa,  
 A quien sorprendió la muerte  
 Pobre sin pompas ni galas,  
 Y hoy el Tepeyac lo sbriga  
 En una tumba olvidada,  
 Frente á la cual, los testigos  
 De antiguos hechos exclaman:  
 Todo lo mudan los tiempos,  
 Los hombres todo lo cambian,  
 Y lo que eterno parece  
 Es lo que rápido pasa.

## RECUERDOS DE UN VETERANO

Monólogo para el beneficio del distinguido actor

**Leopoldo Burón**

Personaje: DON JOSÉ (de 80 años.)

El teatro representa la habitación de un viejo militar, modesta y reducida. Una mesa con papeles, planos, libros, álbum de retratos, una corneta, un machete suriano, una condecoración y una bandera mexicana, pequeña y enrollada. Es de noche. Don José viste un traje de antiguo soldado, con redingote gris, ó azul obscuro, botones dorados y una gorra de cuartel.

¡Noche de invierno! Es verdad;  
 Sopla afuera el cierzo impío;  
 Algo hay más negro y más frío:  
 ¡Mi espanto a soledad!

Nunca como en esta vez  
 Me sentí más abatido;  
 De los mares del olvido  
 Es un puerto la vejez.

¡Ochenta años! qué de engañes,  
 De luchas, de desventuras,  
 De lágrimas y amarguras,  
 Caben en tan largos años!

Nací antes del siglo; fué  
 Mi padre un labriego honrado,  
 Qué, ignorante é ignorado,  
 Vivió en brazos de la fe.

Hizo el bien, ignoró el mal,  
Y su música más sana  
Fué la voz de la campana  
De su parroquia natal.

Sin deudas ni sin abores  
Dejó el mundo el mismo día  
Que con Hidalgo naeta  
La Independencia en Dolores.

Mi edad, de glorias avara,  
Vió en esa causa una aurora:  
Pasó Hidalgo por Zamora  
Con rumbo á Guadaluajara.

Yo, con doce primaveras,  
Fui á presentármele ufano:  
—¿Quieres, me dijo el anciano,  
Ser un soldado de verás?

Si no puedes, chiquitín,  
Con arcabuz ni escopeta!  
—Señor, dadme una corneta,  
Comenzaré de clarín.—

¡Oh recuerdo, que seduces!  
Fui su clarín, ¿qué más gloria?  
¡Yo di el toque de victoria  
Sobre el Monte de las Cruces!

Yo, en mi hermosa juventud,  
Vi aquella cabeza cana  
Fulgurar en la mañana  
Que abolió la esclavitud;

Yo anunció la dispersión  
Que tristes memorias deja,  
Cuando nos tomó Calleja  
El puente de Calderón;

Y después que por malditas  
Rencillas lo traicionaron,  
Yo vi cómo se llevaron  
Su cabeza á Granaditas!

Entre penurias y duelos  
Que venció mi ardiente fe,  
Seis meses después logré  
Incorporarme á Morelos!

¡Nadie á este genio conoce!  
¡Era de la guerra el rayo!  
Dígalo aquel dos de Mayo  
De mil ochocientos doce;

En que con heróico pecho,  
Al despuntar la mañana,  
Seguido de Galeana,  
Que fué su brazo derecho,

En Cuautla, con férrea mano,  
Rompí, sin temer reverses,  
El sitio que por tres meses  
Sostuvo á Calleja y Llano.

Aquel esfuerzo viril  
Hace ¡oh mund! que te asombres:  
Con Morelos tres mil hombres  
Vencimos á doce mil!

Lleva el indomable Aquiles  
A Huajuápam sus legiones:  
Toma catorce cañones  
Y mil doscientos fusiles.

Después Tehuacán ataca,  
Y, nunca de aliento falto,  
Como un león, por asalto  
Se apadera de Oaxaca.

¡Semidiós de nuestra historia!  
Firme le seguí hasta el fin,  
Pues con él fué mi clarín  
El clarín de la victoria.

*(Saca un clarín)*

Aquí estás viejo instrumento,  
¿Quién al verte te respeta?  
Dirán: "es una corneta"  
¡Miente! ¡es un monumento!

Contigo siempre fui en pos  
De los héroes de la guerra:  
¡Los héroes son en la tierra  
Los elegidos de Dios!

Tus breves toques sonoros  
Anunciando fuego ó diana,  
Oyeron Bravo, Galeana,  
Sesma, Mier y Matamoros!

Cuando á sargento ascendí,  
Pude haberte abandonado;  
Pero al mirar tu pasado  
No te entregué, te escondí!

Reliquia de mi existencia,  
Todos tus toques benditos  
Se apagaban á los gritos  
De "¡muerte ó independencia!"

Te guardé... después los cielos  
Su protección nos negaron,  
Y de ruber se nublaron  
Viendo morir á Morelos.

Mató el gobierno español  
A aquel atleta entre atletas,  
Quedaron varios planetas,  
Pero les faltaba el sol!

Joven, patriota y entero,  
Seguir quise la campaña  
Y fui al Sur, á la montaña,  
Con el General Guerrero.

En las Mixtecas con él  
Burlamos la adversa suerte...  
¡Qué valeroso y qué fuerte  
Era el in urgente aquél!

Debajo de la ceniza  
Que mi cabeza emblanquece,  
Lo busco y se me aparece:  
Pelo crespo, tez co'rriza,

Ojos negros y profundos,  
Gran talla, frente serena;  
Su afán: romper la cadena  
Que ligaba los dos mundos.

Fué el firme entre los soldados;  
Todos desmayado habían;  
Con Calleja unos morían,  
Otros iban desterrados.

Sólo Guerrero en su ley,  
Con su esfuerzo inquebrantable,  
L'egó á ser el indomable  
Que diera espanto al Virrey.

Nada torció sus anhelos,  
Que aquel corazón de bronce  
Desde el ochocientos once  
Entró á servir con Morelos.

Después sólo, en las montañas,  
Tenáz la causa sostuvo,  
Y veinte triunfos obtuvo  
En ve'n'e heróicas campañas.

En todas ellas venció;  
 Recordarlas me conmueve,  
 Desde el once al diez y nueve,  
 A todas asistí yo.

*(Saca un machete suriano).*

Aquí está; su angusta mano  
 Me dió en Cuautla este machete.  
 Diciendo: "Sargento, vete  
 Por la cabeza de Llano."

Velez como un huracán,  
 En mil lances renombrados,  
 Temblar hizo á los soldados  
 De Luaces y de Liñán.

Entre nosotros ninguno  
 Dejó jamás á Guerrero:  
 Vino al fin el diez de Enero  
 Del ochocientos veintinueve!

Fecha que el triunfo decide;  
 A Acatempam no, llevó,  
 Donde á Guerrero esperó  
 Donde Agustín de Iturbide.

No es mi memoria tan mala  
 Y vivo guarda el recuerdo,  
 Pusiéronse ambos de acuerdo  
 Y se fraguó el plan de Iguala.

Publicado al mes siguiente,  
 A Valladolid rendimos,  
 Luego á Querétaro, y fuimos  
 A Puebla directamente.

Renace aquí todavía  
 La emoción Santa y sincera,  
 Que tuve al ver la bandera  
 De la amada patria mía.

No se borra la impresión;  
 Nunca sentí más respeto  
 Que al escuchar el decreto  
 Que dió vida al pabellón.

¡Qué angustiosos! ¡qué hermosos días!  
 Con qué fe nos aclamaban!  
 Con cuánto amor nos llamaban:  
 "Los de las tres garantías!"

El verde: la religión;  
 (Fué primero la concidencia)  
 El blanco: la independencia;  
 Y el encartado: la unión.

Y, por símbolo inmortal,  
 Erguida el águila indiana  
 Desgarran to soberana  
 La serpiente en un nopal.

Nunca, lo digo en verdad,  
 He visto más alegría  
 Ni más llanto que en el día  
 Que entramos á esta ciudad.

Ni pormenores, ni nombres  
 Recuerdo, y es natural;  
 En ramos en són triunfal  
 Como diez y seis mil hombres;

Trescientos años después  
 De que, asombrando estos valles,  
 Entraron por nuestras calles  
 Las tropas de Hernán Cortés.

Iturbide por delante  
 Resplandeciente de brillo,  
 Sobre un caballo tordillo,  
 Nervudo, altivo y pujante.

"Vencedor, hijo del cielo,  
Gritaban, ¡viva la paz!"  
Regando al mirar su faz  
De frescos lauros el suelo.

Todos con gozo atronaban  
De amor la ciudad entera,  
Y al mirar nuestra bandera  
Las gentes se arrodilaban.

Bajo toldos de pendones  
Verde, blanco y escarlata,  
Con las vajillas de plata  
Reluciendo en los balcones;

Con arcos de armiño y tul  
En conjunto hermoso y raro,  
El sol estando muy claro  
Y el espacio muy azul;

Al sonoro retumbar  
De la hermosa artillería,  
Y á los gritos de alegría  
Lanzados en cada hogar;

Las madres con tanto amor  
Y entre dulces regocijos  
Acercaban á sus hijos  
Al pabellón tricolor.

Tras Iturbide, marciales,  
Séquito altivo y hermoso,  
¡iban en grupo vistoso  
Nuestros viejos generales.

¡Qué vanguardia tan brillante!  
Tras ella airoso marchaba  
Todo lo que se llamaba  
Ejército trigarante.

Atronaban el espacio  
Gritos de entusiasmo fieles;  
Fué un camino de laureles  
Hasta llegar á Palacio.

Allí Iturbide quedó,  
Y á varios nos repartieron.  
Un recuerdo... el que me dió, sí,  
Intacto lo guardo yo.

Es un recuerdo sin par  
Que duplica su valía  
Haberlo obtenido el día  
Que nadie podrá olvidar.

Una pequeña bandera:  
Aquí está... ¡prenda benévola!  
Entre tus pliegues palpita  
¡Oh Patria!... tu historia entera.

Me la dió el Libertador  
Cuando en su afán tuve fe....  
De él contigo me alejé  
Cuando se hizo Emperador.

No guardo rencor ni encono,  
¡Bien sabe el Omnipotente  
Que ni tú ni éste insurgente  
Saludaron aquel trono!

Santa insignia mexicana;  
¡Con qué afán te saqué yo  
La vez en que proclamó  
La República San'a-Anna!

¡Cómo, en tradiciones rico,  
Por los años consagrada,  
Surgiste cuando á Barradas  
Derrotamos en Tampico....!

¡Cómo viste á sus soldados,  
Al mandato de Santa-Ana  
Volverse para la Habana  
Vencidos y desarmados!

¡Cómo te bañaste en luz,  
Cuando expuesto á mil reyeses,  
S n'a-Ana echó á los franceses  
Del puerto de Veracruz...!

Y ¡cómo limpio has venido  
Sin dejarme ni un momento,  
Para ser el ornamento  
De los años que he vivido!

¡Qué fría es la ancianidad!  
Bajo el sol de la razón,  
Se ve desde un panteón  
A toda la humanidad!

¿Todo ha sido lumbre fátua?  
¿Todo es ficción? ¿Nada es cierto?  
Dudo á veces si ya he muerto,  
Y estoy viviendo en estátua.

Se bielan los pensamientos  
De la experiencia á la luz...  
Aquí... ¿qué brilla?... mi cruz.  
(la toma y lee el anverso).

"Treinta contra cuatrocientos."

Acción memorable, sí,  
En que fuimos campeones,  
Con Meotí, treinta dragones,  
De "fieles del Potesi."

Han muerto ya, con razón;  
Sólo á mi Dios me sostiene,  
Soy ya el único que tiene  
Esta condecoración.

(Abre el álbum de retratos).

¡Oh alevé destino impío!  
Para mí, duro é ingrato!  
Tiemblo al ver este retrato:  
¡Pobre Luis! ¡pobre hijo mío!

Perdió á la madre al nacer,  
Y quedó sólo conmigo,  
Tuvo el vivac por abrigo,  
La bandera por mujer;

El rancho por alimento,  
Y por arrullos amados,  
Los cantos de los soldados  
En medio del campamento.

Sus más gratas diversiones  
En sus primeros abriles,  
Se las dieron los fusiles,  
Los sables y los cañones.

Creció soldado sin par,  
Y ya joven y valiente,  
Habiendo sido Teniente  
Del Colegio Militar,

A la Angostura marchó  
Contra la invasión tirana,  
Y una bala americana  
La vida le arrebató....

Años hace, y todavía  
De luto está mi alma entera;

Si Dios ocasión me diera  
Con qué amor lo vengaría.

Bandera de tres colores,  
Por el mexicano amada;  
Santa bandera soñada  
Por el cura de Dolores;

Bandera, que has tremolado  
Desde el año veintituno,  
Sin que ninguno, ninguno  
Te haya abatido ó manchado;

Mi Luis voló en pos de ti,  
Pues eras su fe, su egida,  
Y por tí perdió una vida  
Que yo á tu sombra le di.

Murió soldado leal;  
De otra suerte si viviera,  
Vamos.....lo sé bien....ya fuera  
Un bizarro General.....

Murió cubierto de gloria,  
Y hoy lo miro solamente  
Pasar lista de presente  
En el cuartel de la historia.

¡Hijo! mi abatido ser  
Toca el dintel de la muerte;  
Pronto, muy pronto he de verte;  
Lloro por volverte á ver.

Eras mi sola fortuna,  
Eras mi sola alegría,  
Moriste, y desde aquel día  
No tengo dicha ninguna.

Mis potencias se aminoran  
Te lloro constantemente .....  
Vamos, José....sé valiente:  
Los insurgentes no lloran....!

Cuando el alma duele tanto,  
La pena á los ojos sube,  
Busca espacio. forma nube,  
Se deshace y llueve llanto.

Si en otra nueva invasión  
Nuestros hogares asaltan,  
Las fuerzas que aquí me faltan,  
Las tengo en el corazón.

Tiemblo, mas no retrocedo,  
Y á defender el honor,  
Tengo brazos sin vigor,  
Pero corazón sin miedo.

¡Cuándo heroico amigo ausente!  
Guerrero, Hidalgo, Morelos:  
Si vivis allá en los cielos,  
Velad por este insurgente.

Por el que todo perdió,  
Y pronto á morir en calma,  
Adora con toda el alma  
El suelo donde nació

Por este suelo velad,  
Y en él vuestros ojos fijes,  
Mantened sobre sus hijos  
El sol de la Libertad...!

Que el mar se lo trague fiero  
Y sus montañas allane  
Antes de que lo profane  
La planta del extrajero.

Por salvar su honor y prez  
Me siento joven y fuerte,  
.....

Pero si ya soy la muerte.....  
Nada puede la vejez.....

Ya mis delirios son vanos,  
E inútiles mis arrojos,  
Ya no tienen luz los ojos,  
Ni fortaleza las manos

Otros nacieron mejores,  
Y ellos lucharán mejor....  
Tú serás mi último amor,  
Bandera de tres colores.

Te consagré mi existir  
Regó mi sangre tu a'fonbra,  
Y hoy sólo anhelo tu sombra  
¡Tu sombra para morir!

Y que el mundo pueda ver  
Que alumbra con tus reflejos  
Las tumbas de aquellos viejos  
Que te salvaron ayer.

¡Mundo! las dichas que das  
El llanto al fin las resuelve:  
El sol que se ausenta vuelve;  
La vida que huye, jamás.

Pero mi gloria mayor  
Será ver cuando me muera,  
Libre, respetada, entera,  
Mi bandera tricolor.

## EN CHURUBUSCO

Para honrar á los héroes que murieron  
En medio del fragor de la batalla,  
Dadme la voz de las azules ondas  
Que del indiano mar las costas bañan.

Desde el león espanto de la selva,  
Hasta las cumbres en que duerme el águila,  
Del cielo al mar y del hogar al nido,  
En la alcoba lo mismo que en la rama,  
La madre llora por el hijo tierno  
Que la implacable muerte le arrebató.

Se enluta el nido cuando el ave muere,  
Al arrancar la perla cruje el nácar  
Y cruje cuando el hierro abre la veta  
El abrupto peñón en la montaña.

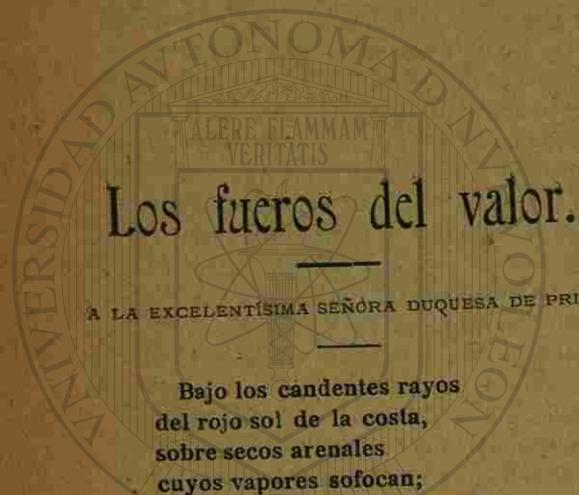
Desde el espacio azul al hondo abismo  
Que la tiniebla pavorosa guarda,  
Todo en amor palpita y todo sufre,  
Todo ante el paso de la muerte ca'la.

Estas praderas que con rayos de oro

El sol de Agosto fecundante baña,  
 Donde el silvestre cardo erizas hojas  
 Con blancas flores adornando esmalta;  
 Estos campos que viste primavera  
 Con sus ricos tapices de esmeralda,  
 Fueron en tiempo de invasion injusta  
 Ensangrentados campos de batalla.  
 En ellos como altivos gladiadores  
 Que al ancho estadio con su arrojó pasman,  
 Lucharon desde el niño hasta el anciano  
 Con fe de Atenas y valor de Esparta.  
 ¡Diganlo aquellos muros carcomidos  
 Que ya el desierto monasterio guardan  
 Y en cuyos tristes largos corredores  
 Las sombras cruzan de Rincón y Anaya!  
 Diganlo á todos con idioma augusto  
 Las negras bocas de arcos y ventanas,  
 Por las cuales sembrando luto y muerte  
 Entró la lluvia de extranjerías balas.  
 Nunca llaméis derrota al heroismo,  
 La luz no sirve si los ojos faltan,  
 Y aquí sólo llegaron los extraños  
 Cuando faltó la pólvora en las armas.  
 Tendió la noche sus heladas sombras  
 Y sobre el ancho campo de batalla,  
 Fúnebres asomaron las estrellas  
 Brillando en el espacio como lágrimas.  
 Sabemos ya los nombres de los héroes,  
 Sus nobles hechos nuestra historia guarda  
 Y su grandioso ejemplo imitaremos  
 Si nuestro suelo el invasor profana.  
 No llanto femenino sobre sus tumbas  
 Los ojos melancólicos derraman,  
 Laurel y encinas cubrirán las losas  
 Que tantos restos en silencio guardan.  
 Los que vivís aún desde aquel tiempo,  
 Alzad las frentes sin rubor ni mancha,

Cual los sabinos del sagrado bosque  
 Que al cielo elevan sus brillantes ramas.  
 Llevadnos á jurar sobre las fosas  
 De los mártires mil de esa jornada,  
 Llevadnos á jurar con noble aliento,  
 Que la bandera hermosa y sacrosanta  
 Que el pueblo esclavo presintió en Dolores  
 Y el pueblo libre tremoló en Iguala;  
 Esa bandera con que pudo altivo  
 Proclamar la República Santa Ana,  
 Con la que en Veracruz venció á los galos  
 Y allá en Tampico derrotó á Barradas;  
 La bandera preciosa con que Juárez  
 Salvó la independencia mexicana,  
 La gloriosa bandera que dá sombra  
 A tantas glorias de la edad pasada;  
 Llevadnos á jurar que será siempre  
 Grande, feliz, espléndida, sin mancha,  
 Lo mismo ante los pueblos de la Europa  
 Que ante la gran familia americana:  
 Siendo ese juramento en este instante  
 La oración á los muertos por la patria.

20 de Agosto de 1901.



A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM.

Bajo los candentes rayos  
del rojo sol de la costa,  
sobre secos arenales  
cuyos vapores sofocan;  
en donde el viento no cruza  
ni la nube bienhechora  
sobre el agotado suelo  
arrastra indecisa sombra;  
huyendo de la epidemia  
que en Veracruz diezma y corta  
de franceses y españoles  
á las aguerridas tropas,  
vienen ambas caminando  
hacia la falda escabrosa  
de Acultzingo, por convenio  
de los jefes de una y otras,  
á quienes dá su permiso  
el Gobierno, de que pongan  
sus cuarteles en las plazas  
que clima benigno gozan.

Mas tal convenio que hoy día

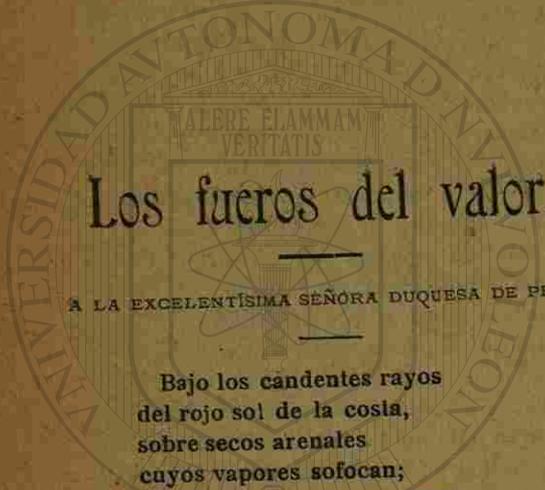
de la *Soledad* se nombra,  
no le fué comunicado  
á un Jefe que en tales horas  
el camino custodiaba  
con una fuerza muy corta.

No más de doscientos hombres  
aunque resueltos, la forman,  
y órdenes tiene severas  
de impedir á toda costa  
el paso, por aquel punto  
de las fuersas invasoras.

Al ver venir á lo lejos  
con marcialidad y pompa,  
las legiones franco-iberas,  
y que sin recelo tomar  
del camino de las cumbres  
la carretera más próxima,  
dispone luego á su gente  
que las armas tiene prontas  
y se planta en són de guerra  
donde más el paso estorba.

Al divisar los que llegan  
tan extraña maniobra  
á su General en Jefe  
dan parte de que se notan  
preparativos de ataque  
lo cual á todos asombra.

Era PRIM el que mandaba  
el ejército, y de boca  
de sus soldados sabiendo  
novedad tan sospechosa,  
adelanta un emisario  
que blanca bandera porta,  
para preguntar al Jefe  
la razón, pues que la ignora,  
que tiene para oponerse  
á la marcha de sus tropas.



## Los fueros del valor.

A LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM.

Bajo los candentes rayos  
del rojo sol de la costa,  
sobre secos arenales  
cuyos vapores sofocan;  
en donde el viento no cruza  
ni la nube bienhechora  
sobre el agotado suelo  
arrastra indecisa sombra;  
huyendo de la epidemia  
que en Veracruz diezma y corta  
de franceses y españoles  
á las aguerridas tropas,  
vienen ambas caminando  
hacia la falda escabrosa  
de Acultzingo, por convenio  
de los jefes de una y otras,  
á quienes dá su permiso  
el Gobierno, de que pongan  
sus cuarteles en las plazas  
que clima benigno gozan.

Mas tal convenio que hoy día

de la Soledad se nombra,  
no le fué comunicado  
á un Jefe que en tales horas  
el camino custodiaba  
con una fuerza muy corta.

No más de doscientos hombres  
aunque resueltos, la forman,  
y órdenes tiene severas  
de impedir á toda costa  
el paso, por aquel punto  
de las fuersas invasoras.

Al ver venir á lo lejos  
con marcialidad y pompa,  
las legiones franco-iberas,  
y que sin recelo toman  
del camino de las cumbres  
la carretera más próxima,  
dispone luego á su gente  
que las armas tiene prontas  
y se planta en són de guerra  
donde más el paso estorba.

Al divisar los que llegan  
tan extraña maniobra  
á su General en Jefe  
dan parte de que se notan  
preparativos de ataque  
lo cual á todos asombra.

Era PRIM el que mandaba  
el ejército, y de boca  
de sus soldados sabiendo  
novedad tan sospechosa,  
adelanta un emisario  
que blanca bandera porta,  
para preguntar al Jefe  
la razón, pues que la ignora,  
que tiene para oponerse  
á la marcha de sus tropas.

Rápido va el emisario,  
los opuestos lindes toca,  
con el Jefe mexicano  
muy en breve se apersona,  
y le refiere el convenio,  
le dice por qué la costa  
han dejado, y por qué vienen  
á acampar sobre las lomas.

Atento le escucha el otro  
y dando respuesta pronta  
le dice que tal convenio  
no conoce, y pues lo ignora  
y órdenes no ha recibido  
que á la consigna se opongan,  
habrá de luchar con ellos  
sin contar, pues no le importa,  
ni los que á su lado tiene,  
ni los que vienen en contra.

—Somos muchos

—No los cuento.

—Tenéis muy pocos.

—Me sobran;

Para morir por la patria  
no he menester gran escolta.

—Pasarémos

—no lo dudo;  
sangrienta será la alfombra.

—¿No cedéis?

—Aunque viniera  
contra mí toda la Europa.

—¿Eso le digo á mi Jefe?

—Y agregad por cuenta propia  
cuanto gustéis, yo sostengo  
un reto que me acomoda.

Vuelve el mensajero triste,  
habla con PRIM y le abona  
el valor del adversario,

valor que á todos asombra.

Después de escuchar atento,  
dice PRIM que reflexiona:

—“De acometer á esos hombres  
es segura su derrota,  
más el éxito sería  
vergüenza más que victoria.

Soldados que así obedecen,  
valientes que así se portan,  
en tan solemnes momentos  
merecen respeto y honra,  
y honra y respeto ha de darles  
nuestra bandera española.”

Y después de decir esto  
manda hacer alto á las tropas  
y al general mexicano  
pone al momento una nota  
refiriendo lo que pasa  
y pidiendo que disponga  
que el paso no les impida  
aquel jefe á quien pregona  
daballeroso y valiente,  
cuyo atrevimiento elogia.

En comunicar tal orden  
trascurren más de tres horas,  
y todo ese tiempo quedan  
sufriendo el sol de la costa  
tendidas á campo raso  
las legiones invasoras.

Suena al fin de los clarines  
la voz, indicando ronca,  
que vuelve á ponerse en marcha  
la ya fatigada tropa.

Ordénanse las columnas,  
y entre nubes polvorosas,  
se deslizan lentamente  
sobre las tendidas lomas.

Llegan al punto que guarda  
el jefe que pocas horas  
antes, les detuvo el paso,  
el cual con su gente forma  
á la izquierda del camino  
en actitud silenciosa.

Al cruzar la descubierta  
por aquel punto, se asoma  
al rostro de los que vienen  
la curiosidad más honda  
por conocer al osado  
que obtiene al fin la victoria,  
pues con su valor, tan sólo  
tanto tiempo el paso estorba.

Y con respeto le miran,  
y con cariño le nombran,  
y ya van lejos, y el rostro  
á cada segundo tornan.

Sobre un corcel arrogante  
que agita su crin sedosa,  
y con la espuma del freno  
el nervado pecho moja,  
llega PRIM, y diligente  
con la corte numerosa  
de ayudantes que le siguen  
y de amigos que le escoltan,  
al jefe busca y lo encuentra,  
y al mirar que cuando nota  
su presencia se adelanta,  
pica al caballo, y la pronta  
mano tendiendo le dice:

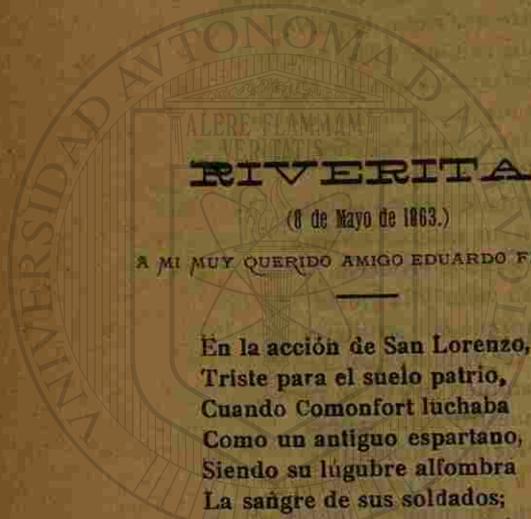
—“Caballero á mucha honra  
tengo en conocer á un bravo  
que de su patria es la gloria;  
nación que tiene soldados  
como el que marcó á mis tropas  
el alto, cuando tenfa

por segura la derrota,  
es nación á quien reserva  
grandes páginas la historia.”

Vuelve á oprimirle la mano,  
y antes que el otro responda,  
entre una nube de polvo  
gana camino en las lomas  
ensalzando á aquel valiente  
con los que á su lado trotan.

Han pasado muchos años;  
la Basílica de Atocha,  
guardando de PRIM el sueño  
bajo sus macizas bóvedas  
conserva el recuerdo vivo  
de su valor y la gloria  
alcanzada en Castillejos  
por las armas españolas.

También un eterno sueño  
en nuestro suelo reposa  
el temerario soldado  
que á PRIM el paso le corta  
sin medir número, fuerza,  
ni el gran peligro qua afronta:  
el coronel FALIZ DIAZ  
á quien recuerda la historia  
como altivo y como osado,  
como valiente y patriota!


 RIVERITA.

(8 de Mayo de 1863.)

A MI MUY QUERIDO AMIGO EDUARDO FRANCO.

En la acción de San Lorenzo,  
 Triste para el suelo patrio,  
 Cuando Comonfort luchaba  
 Como un antiguo espartano,  
 Siendo su lúgubre alfombra  
 La sangre de sus soldados;  
 Cuando el humo ennegrecía  
 La atmósfera de su campo  
 Como ennegrecer las trombas  
 Al mar que ruge agitado;  
 Cuando ya faltaban hombres  
 Pues los fieles y los bravos  
 Por la metralla francesa  
 Murieron acribillados;  
 Comonfort buscó entre todos  
 Los pocos que le quedaron,  
 Al que llevara en la lucha  
 Como un tesoro sagrado,  
 La bandera de la patria,  
 Pues temió que de sus manos  
 El victorioso enemigo  
 Se la hubiera arrebatado.

"Que venga Ignacio Rivera"  
 —Gritó Comonfort temblando—  
 "General: Rivera ha muerto,  
 —Respondió al punto un soldado—  
 "Yo al pasar ví su cadáver  
 Lleno de sangre en el campo."  
 "¿Y la bandera?"—"No he visto  
 Que tenga nada.

—"¡Está claro!"

"El francés, estoy seguro,  
 "Se la quitó de las manos,  
 "Busquemos ese cadáver  
 "Porque Rivera fué un bravo  
 "Y hagámosle los honores  
 "Merecidos á su rango."

Entre montones de muertos  
 Al pie de un cerro hacinados,  
 Hallóse al jefe que en vida  
 "Riverita" le llamaron,  
 Cubierto de polvo y sangre,  
 El rostro cual cera pálido,  
 Con el marcial uniforme  
 Bien puesto y abotonado,  
 En hombros de sus amigos  
 A Comonfort lo llevaron;  
 Comonfort miró el cadáver  
 Mal reprimiendo su llanto,  
 Y al contarle las heridas  
 En el pecho y en el cráneo,  
 Vió en su cuello un lienzo verde  
 En fresca sangre empapado:  
 Desabotónanle todos  
 El uniforme en el acto,  
 Y hallan ceñido á su pecho  
 Que las balas destrozaron,  
 Del cuerpo de Zapadores

El pabellón sacrosanto.  
 Ya contener no pudieron  
 Sus lágrimas los soldados;  
 Comofort enternecido  
 Por el hecho de aquel bravo  
 Ordenó que se le hicieran  
 Honores al sepultarlo,  
 Y que su ataúd cubriesen  
 No con flores ni con lauros,  
 Sino con el lienzo hermoso  
 Que lo amortajó en el campo:  
 Con la bandera bendita  
 Que le sirvió de sudario!

1893.

## *Santos Degollado.*

(15 DE JUNIO DE 1861.)

### I

De nuestra adorada patria  
 en los tiempos más aciagos,  
 ninguno fué más constante  
 de la batalla en los campos,  
 como el adalid humilde,  
 el demócrata preclaro  
 que con asombroso ingenio,  
 sufriendo mil descalabros,  
 al poder de su palabra,  
 al influjo de su mando,  
 organizaba las tropas,  
 alzaba doquier soldados  
 para defender sin tregua  
 al pendón republicano.

Ese patricio sin mancha  
 era Santos Degollado,  
 cuyo limpio nombre brilla  
 en la Historia como un astro.

### II

El año sesenta y uno,  
 año negro en nuestros fastos,

al saberse en el Congreso  
la horrible muerte de Ocampo,  
presentóse á la Asamblea  
el General Degollado  
y así dijo con palabras  
que tronaban como rayos:  
"En nombre de la justicia,  
aquí vengo, ciudadanos,  
y protesto ante los manes  
del héroe y mártir Ocampo,  
que no anhelo la venganza  
ni la fortuna ni el mando.

Contra viles asesinos  
luchar quiero en noble campo,  
para dar un escarmiento  
á enemigos tan villanos.

Pido por esto al Congreso  
que me tiene procesado,  
me deje verter mi sangre  
en la batalla luchando,  
para venir de mi causa  
tranquilo á esperar el fallo."

Esas frases produjeron  
indescriptible entusiasmo  
y concedido el permiso  
marchó al combate Don Santos.

## III

Llegóse el quince de Junio  
y ya al frente de sus fuerzas,  
al rayar de la mañana  
salió Don Santos de Lerma.

Marcho á proteger el paso  
de un convoy; rápido llega  
de Salazar á los Llanos,  
y luego ocupar intenta,

para dar cima á sus planes,  
las montañas de la izquierda.

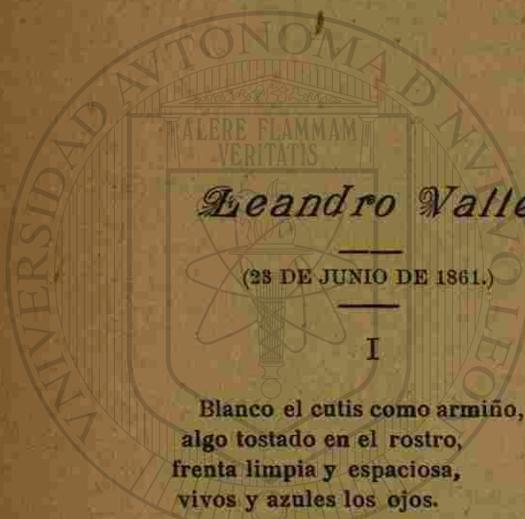
Mueve con afán sus tropas,  
y cuando nadie lo espera,  
en brusco y violento ataque  
los derrota por sorpresa  
Bruitón, guerrillero infame  
que escondido las asecha.

En medio de aquel desorden  
Degollado las alienta,  
cuando un proyectil aleva  
el corazón le atraviesa.

Galvez recoge el cadáver  
y á Huixquilucan lo lleva,  
y allí en el campo enemigo,  
le hacen solemnes exéquias.

## IV

Cunde la triste noticia  
tan infausta como cierta,  
y con sagrados crespones  
se enluta nuestra bandera  
como diciéndole á todos  
los que á su sombra se acercan:  
"Lloro á Santos Degollado,  
el patriota de alma inmensa,  
el adalid de mi causa,  
el orgullo de mi tierra;  
grande por sus heroísmos,  
por su fe, por su modestia,  
por su honradez no manchada,  
por su lealtad siempre entera  
y por la muerte que obtuvo  
de'endiendo sus ideas!"



*Leandro Valle.*

(28 DE JUNIO DE 1861.)

## I

Blanco el cutis como armiño,  
algo tostado en el rostro,  
frenta limpia y espaciosa,  
vivos y azules los ojos.

De regular estatura,  
de andar resuelto y airoso,  
enérgico en sus palabras  
y en sus confidencias sóbrio.

Educado desde niño  
entre militares doctos,  
siendo su primer combate  
del Norte contra el coloso.

Habiendo visto en Europa  
los sitios más apropósito  
para estudiar la estrategia,  
para conocer á fondo  
cuanto el soldado requiere  
para ser grande y heróico;  
era el joven Leandro Valle  
decidido y animoso;  
un león en los combates,

un amigo firme y probo  
á quien amaban sus tropas  
y á quien respetaban todos.

## II

Valle y Miramón opuestos  
en opinión y esperanzas,  
compañeros desde niños  
como hermanos se trataban  
y cuentan los que lo saben  
que en el campo de batalla,  
cuando á la sangrienta lucha  
sus tropas se preparaban,  
uno y otro se reunían  
y en dulce y alegre plática  
lamentando su destino,  
su ruda suerte contraria,  
que á ponerse frente á frente  
doquiera los obligaba,  
dábanse el cordial abrazo  
que los uniera en la infancia  
y lanzábanse al combate  
con el valor y la audacia  
de dos que no se conocen  
y que de vencerse tratan.

## III

Para el gobierno de Juárez,  
para la causa gloriosa  
que derribó antiguos fueros  
al soplo de la Reforma;  
llegó como espectro horrible,  
como una marina tromba,  
el año sesenta y uno  
de luto para la historia.

En tal año Miguel Lerdo

tan grande como sus obras  
entrega yerta á la muerte  
su cabeza pensadora.

Muere asesinado Ocampo,  
arrancado de Pomoca,  
y que á sus viles verdugos  
con su majestad asombra.

Muere Santos Degollado  
en emboscada traidora,  
y cuando todo vacila  
y ya la causa zozobra,  
sale lleno de ardimiento  
y de esperanzas hermosas,  
Leandro Valle, el héroe joven  
que va á exterminar las hordas  
que manda Butrón (\*) y Márquez  
para mengua de la Historia.

## IV

Quien ha cruzado el camino  
de Toluca para México,  
habrá visto de seguro  
el monte obscuro y espeso  
que en el campo de la historia  
surge como un monumento.

Es el *Monte de las Cruces*  
que en su enmarañado seno  
guarda el peñón sacrosanto,  
desde el cual hendijo al pueblo  
el inmortal Cura Hidalgo  
en inolvidables tiempos.  
Allí la Naturaleza  
desplega su manto régio,  
vistiendo peñas y llanos  
barrancos y ventisqueros,

(\*) Butrón, después de que defecionó á su partido, fué fusilado por la Corto Marcial francesa el 8 de Julio de 1863.

con sabinos y oyan ellos  
con encinas y con ceibos.

No logra el sol meridiano  
besar el húmedo suelo,  
pues de sus rayos lo escuda  
el alto ramaje espeso.

Ni logra hallar senda fácil  
el extraviado viajero  
porque una urdiembre de troncos  
desorienta al más experto.

No logra el rumor humano  
perturbar aquel silencio,  
que interrumpen solamente  
del sol al albor primero,  
de los pájaros salvajes  
los no aprendidos acentos.  
Cuando allí tiende la noche  
su flotante manto negro  
cada roca es un sepulcro,  
cada roble es un espectro,  
y en medio de tanta sombra,  
entre las quejas del viento,  
parece que solo imperan  
la eternidad y el misterio.

Por eso ha sido guarida,  
ya de ardientes guerrilleros  
que encuentran en esas rocas  
formidables parapetos;  
ya de atroces foragidos,  
que en sus cóncavos siniestros  
esconden nuevas hazañas,  
ocultan crímenes negros.

## V

Fué Leandro Valle á las *Cruces*  
seguido de escasa tropa,

pensando en dar á la Patria,  
nuevas páginas de gloria,  
Butrón y Márquez lo acechan;  
Butrón el paso le corta:  
Leandro Valle le resiste  
con tenacidad heróica  
y cuando sueña en vencerlos  
y más ánimo recobra,  
llegan las fuerzas de Márquez  
que á las de Butrón engrosan  
y vencer al joven héroe  
tras rudos empujes logran.  
Queda Valle prisionero;  
y en tal sitio y tales horas  
ni tienen con él clemencia  
ni juicio alguno le forman.

A su aprehensión se sucede  
la sentencia sin demora:  
lo fusilan por la espalda  
y befando su persona  
cuelgan de un roble el cadáver  
y colgao lo destrozan,  
¡No son hombres, son chacales  
los que consuman tal obra!  
¡Hienas á las que persigue  
la maldición de la Historia!

## VI

Sobre la cima del monte  
á la izquierda del sendero  
que conduce hasta Toluca  
cuando se sale de México;  
vestido de verdes hojas  
se alza un roble corpulento  
que tiene en su añoso tronco  
una cruz grabada en hueco

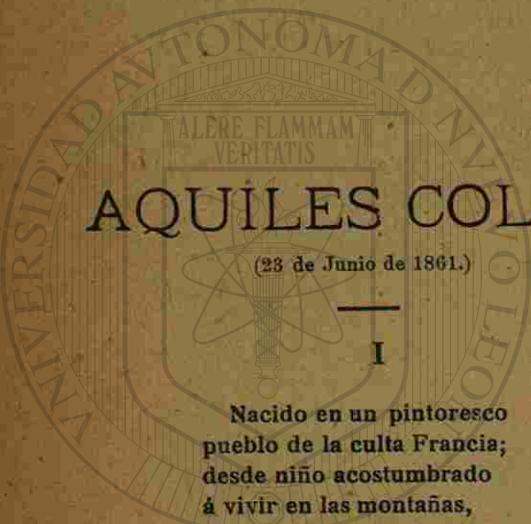
y á su pie se vé esculpido  
este imponente letrero:  
"Aquí murió Leandro Valle;  
"aquí colgaron su cuerpo;  
"pedid para sus verdugos  
"las maldiciones del Cielo."

1893.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

D. GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



## AQUILES COLLIN

(23 de Junio de 1861.)

### I

Nacido en un pintoresco  
pueblo de la culta Francia;  
desde niño acostumbrado  
á vivir en las montañas,  
de rostro afable y tranquilo,  
de penetrante mirada  
dotado de hercúleas fuerzas  
y ancho de pecho y espaldas;  
no en vano al nacer le dieron  
sus padres que lo adoraban,  
el nombre que eligió Homero  
para dar vida á su Iliada.  
AQUILES COLLIN no tuvo  
más títulos ni prosápia  
que los de amar ciegamente  
las libertades humanas.

Combatió siendo muy joven  
en las terribles jornadas  
de Mayo que sacudieron  
el viejo trono de Francia.

Como oficial distinguióse  
en la campaña de Italia,  
y después triste y proscripto  
dejó su querida patria  
por México, donde tuvo  
amigos y camaradas.

Admirarando á Leandro Valle  
siguió con fervor su causa  
y como ayudante suyo  
le acompañó en las batallas.

Refieren cuantos le vieron  
que Collin siempre velaba  
con entrañable cariño,  
con devoción noble y franca,  
la vida de Leandro Valle  
pues le quiso con el alma.

### II

A los que niegan que existe  
la amistad divina y santa,  
y que dicen que en el mundo !  
todo es interés é infamia;  
voy á referir un hecho  
que no saqué de la fábula  
pues lo presenciaron muchos  
que entusiasmados lo narran  
y con caracteres de oro  
nuestros anales lo guardan.

Las generaciones nuevas  
en él tendrán enseñanza,  
como en él tuvieron gloria  
y galardón las pasadas.

Hechos como el que describo,  
no sólo á los nuestros hablan;  
son de aquellos que interesan;  
á toda la raza humana.

Al bardo faltan acentos,  
le faltan cuerdas al arpa,  
para ensalzar su grandeza  
que absorta bendice el alma.

## III

Cuando ya Butrón y Márquez  
con rabiosa y negra saña  
hacen prisionero á Valle,  
cuyas tropas desbaratan;  
entre lo hirsuto del monte  
AQUILES COLLIN se salva  
y halla asilo en una gruta  
donde jamás lo encontrarán.

Sabe allí por un soldado  
"que el tigre de Tacubaya"  
ordenó que á Leandro Valle  
pronto pasen por las armas.

Collin conmovido deja  
su escondite sin tardanza  
y se le presenta á Marquez,  
diciéndole estas palabras:

"Quiero correr igual suerte  
"que mi General, no es vana  
"pretensión, porque ambiciono  
"y os lo ruego con instancia  
"ya que siempre lo he seguido  
"de esta vida en las batallas,  
"ir con él al otro mundo  
"y ver lo que allí me manda."

Al acabar estas frases  
que dijo con arrogancia,  
lo hicieron pasar al cuadro;  
Valle le envió una mirada,  
estrecháronse las manos,  
no vertieron ni una lágrima

y ya altivos y dispuestos  
á recibir las descargas,  
á los dos, á un tiempo mismo  
los pasaron por las armas.

## IV

Escéptico sin ternura;  
filósofo de alma helada;  
á quien nada dice un niño,  
ni nada imponen las canas.

En frente de estas escenas  
tan sublimes como raras:  
¿negarás el sentimiento?  
¿desconocerás el alma,  
y la virtud que es el faro  
que con luz de Dios irradi.?  
¿Y llamarás vanos mitos  
é insustanciales palabras,  
á la amistad firme y pura  
y al santo amor de la patria?

## V

COLLIN no tiene una tumba  
en rico marmól tallada;  
pero en la fosa en que duerme  
sin ornamento ni lápida,  
un ángel vela en silencio  
su memoria sacrosanta.

Vierte allí el amor sus flores,  
la gratitud pone lágrimas  
y el nombre del héroe mártir  
en el libro de la Fama  
luce puro y sin mancilla  
como la estrella del alba.

## Terán y Maximiliano.

Entre las ondas azules  
Del bello Mediterraneo,  
En el Golfo de Trieste,  
Surgiendo entre los peñascos,  
Hay un alcázar que ostenta  
Con gran arte entrelazados  
En muros y minaretes  
Lo gótico y lo cristiano.  
Parece visto de lejos

Airoso cisne de mármol  
Que extiende las blancas alas  
Entre dos abismos claros,  
El del mar siempre sereno  
Y el del cielo siempre diáfano.

Ese alcázar tan hermoso,  
En tiempos no muy lejanos  
Por mirar tanto las olas  
DÉ MIRAMAR le llamaron,  
Y en él vivieron felices  
Dos príncipes de alto rango,  
Dos seres de régia estirpe:  
Carlota y Maximiliano.

En una tarde serena  
Al bello alcázar llegaron  
Con una rara embajada  
Varios próceres extraños.  
Penetran á los salones  
Y al noble príncipe hablando,  
En nombre de un pueblo entero  
(Que no les dió tal encargo)  
Le ofrecieron la corona  
Del Imperio Mexicano.

El príncipe quedó absorto;  
Para responder dió un plazo;  
Soñó en pompas en honores,  
En fama, en poder, en lauros,  
Y al despertar de aquel sueño,  
Al volver de tal encanto,  
A su joven compañera  
Le fué á consultar el caso.  
"Acepta—dijo Carlota—  
"Eres grande, noble y apto,  
"Y de este alcázar á un trono  
"Tan solamente hay un paso."

No corrida una semana  
El príncipe meditando  
En las difíciles luchas  
De los grandes dignatarios,  
Miraba tras los cristales  
De su espléndido palacio  
Enfurecerse las olas,  
Rojo surgir el relámpago  
Y con bramidos horribles  
Rugir los vientos airados.

De pronto, un ujier anuncia  
Que un extranjero, ya anciano,  
Hablarle solicitaba

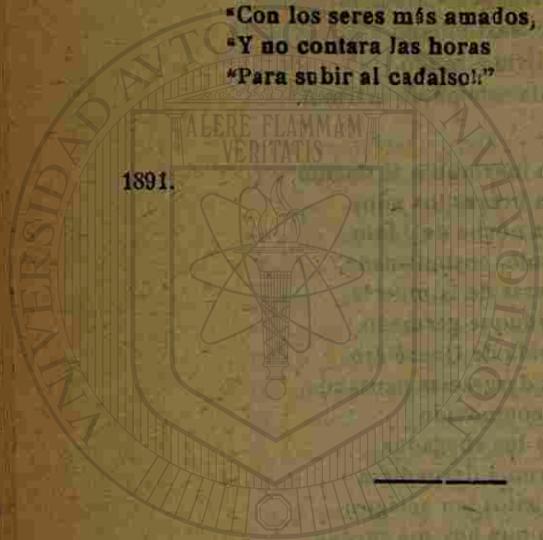
Con urgencia y en el acto.  
Sorprendido el Archiduque  
Dijo al ujier: "Dadle paso;"  
Y penetró en los salones  
Aquel importuno extraño,  
De tez rugosa y enjuta,  
De barba y cabello cano.

En frente del Archiduque  
Dijo con acento franco:  
"Vengo, señor, para veros  
"Desde un pueblo muy lejano;  
"Desde un pueblo cuyo nombre  
"Jamás habréis escuchado;  
"Yo nací en AGUASCALIENTES,  
"En el suelo mexicano,  
Servi á Don Benito Juárez  
"De quien ya os habrán hablado;  
"Le serví como Ministro,  
"Soy su firme partidario,  
"Y mientras que aquí os engañan,  
"Yo vengo á desengañaros;  
"No aceptéis, señor, un trono  
"Que tiene cimientos falsos,  
"Ni os ciñáis una corona  
"Que Napoleón ha labrado.  
"No quiere México reyes,  
"El pueblo es republicano  
"Y si llegáis á mi patria  
"Y os riegan palmas y lauros,  
"Sabed que tras esas pompas  
"Y esos mentidos halagos,  
"Pueden estar escondidos  
"El deshonor y el cadalso."  
Oyendo aquestas palabras  
Dichas por aquel anciano,  
A tiempo que por los aires

Cruzó veloz un relámpago  
Tiñendo en color de sangre  
La inmensidad del espacio,  
Sin dar respuesta ninguna  
Quedóse Maximiliano  
Rígido, lívido, mudo,  
Como una estatua de mármol.

Corrió inexorable el tiempo,  
Huyeron breves los años  
Y en una noche de Junio  
Tiste, solo, ensimismado,  
En visperas de la muerte  
El Archiduque germano,  
En su celda de Querétaro  
Y en sus desgracias pensando,  
Así dijo conmovido  
A uno de los abogados  
Que fueron á despedirse  
En momentos tan aciagos:  
"Todo lo que hoy me sucede  
"A tiempo me lo anunciaron;  
"Un profeta he conocido  
"Que sin doblez, sin engaño,  
"Me auguró que en esta tierra  
A donde vine cegado,  
"El pueblo no quiere reyes  
"Ni gobernantes extraños,  
"Y que si lauros y palmas  
"Se me regaban al paso,  
"Tras ellas encontraría  
"El deshonor y el cadalso."  
—¿Quén ha sido ese profeta?  
Al príncipe preguntaron:  
"Era un ministro de Juárez,  
"Sincero, patriota, honrado:  
"Don Jesús Terán que ha muerto

"En su hacienda hará dos años.  
 "¡Ab! Si yo le hubiera cido!  
 "¡Si yo le hubiera hecho cso!  
 "Hoy estuviera en mi alcázar  
 "Con los seres más amados,  
 "Y no contara las horas  
 "Para subir al cadalso!"



## COMONFORT

A MI MUY QUERIDO AMIGO ALBERTO FRANCO.

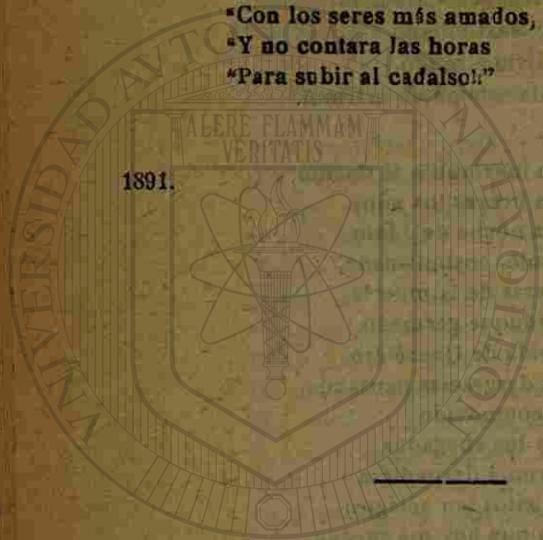
E a Comonfort un hombre  
 Alto, fuerte, casi obeso;  
 De vivos y oscuros ojos,  
 Semblante dulce aunque serio.

Sobre su cutis dejaba  
 Las viruelas sus hoyuelos;  
 Cutis que abrazó mil veces  
 El sol de los campamentos.  
 Era en el vestir sencillo,  
 Cuando no de gris de negro;  
 Siempre ostentando la honrosa  
 "Cruz de Constancia" en su pecho.

Militar bravo y sin tacha,  
 De vastos conocimientos,  
 Era una dama en el trato  
 Y como amigo un modelo.

Incapaz de cualquier acto  
 Que no fuese honrado y recto  
 Era en la vida privada  
 Tan amable como fiero.

"En su hacienda hará dos años.  
 "¡Ab! Si yo le hubiera cídol  
 "¡Si yo le hubiera hecho ccsol  
 "Hoy estuviera en mi alcázar  
 "Con los seres más amados,  
 "Y no contara las horas  
 "Para subir al cadalso!"



## COMONFORT

A MI MUY QUERIDO AMIGO ALBERTO FRANCO.

E a Comonfort un hombre  
 Alto, fuerte, casi obeso;  
 De vivos y oscuros ojos,  
 Semblante dulce aunque serio.

Sobre su cutis dejaba  
 Las viruelas sus hoyuelos;  
 Cutis que abrazó mil veces  
 El sol de los campamentos.  
 Era en el vestir sencillo,  
 Cuando no de gris de negro;  
 Siempre ostentando la honrosa  
 "Cruz de Constancia" en su pecho.

Militar bravo y sin tacha,  
 De vastos conocimientos,  
 Era una dama en el trato  
 Y como amigo un modelo.

Incapaz de cualquier acto  
 Que no fuese honrado y recto  
 Era en la vida privada  
 Tan amable como fiero.

Tocóle en época triste  
De rencores y de duelos,  
Cuando el odio de partidos  
Alzaba su pendón negro,  
Regir de su amada patria  
El destino en alto puesto  
E imponerle nuevas leyes  
Buscando horizontes nuevos.

De carácter franco y débil,  
De espíritu azas modesto,  
Obligáronle más tarde  
Privados y consejeros  
A desconocer las obras  
Más grandiosas de su tiempo.  
L'enóse así de tristeza  
Y de amargura, creyendo  
Que iban á ponerse en duda  
Su amor por el patrio suelo,  
Su lealtad para los hombres  
Que libertades le dieron  
Y su afán íntimo y grande  
De dar en cualquier momento  
Toda la sangre y la vida  
En defensa de su pueblo.

## II

Sin combatir la tormenta,  
Triste, conforme, resuelto,  
Acusado, perseguido,  
Mirando en el mundo artero  
Que en la desgracia más grande  
El desengaño es más negro;  
Guardó todos los laureles

Ganados como guerrero  
Hasta la ocasión propicia,  
Hasta el soñado momento  
En que volvió con su espada  
Para decir al Gobierno:  
"Hoy que la invasión extraña  
"Viene á insu'tar nuestros fueros;  
"Hoy que la legión altiva  
De Napoleón el pequeño,  
"Descnociendo tratados,  
"Hollandó nobles derechos  
Profana nuestros hogares,  
"Yo, sin ambiciones, vengo  
"A tomar entre las filas  
Cual simple soldado un puesto;  
"Que por salvar á mi Patria,  
"Por defender á mi pueblo,  
"Si Dios el triunfo me niega  
"Quiero morir el primero."

Y confirmó cuanto dijo  
En la acción de S. n Lorenzo,  
Cuando sin hacerle caso,  
Cuando sin prestarle crédito  
A que por su mala tropa  
Y sus pocos elementos  
Si presentaba un combate  
Era seguro un siniestro,  
Le obligaron á batirse  
Por orden del Ministerio.

Cual león por su bravura  
Lanzóse terrible y fiero  
Buscando gloriosa muerte  
Y presentando su pecho  
A los altivos soldados  
De Napoleón el pequeño.  
Allí murió Miguel López,  
El héroe augusto y excelso,

Asombrado al enemigo,  
 Batiéndose cuerpo á cuerpo.  
 Como afort tuvo tal ansa  
 De morirse combatiendo,  
 Que fué preciso arrancarle  
 Del más peligroso puesto,  
 Cuando ya quedaba solo  
 En medio del campamento.

Esto obligó á que dijera  
 El coronel de Ingenieros  
 Que mandaba á los franceses  
 Que la victoria obtuvieron:  
 "Comonfort con su bravura  
 "Dejó á todos satisfechos,  
 "Pero era en tales instantes  
 Un general sin ejército."

Cuán triste de aquel desastre  
 Salió su espíritu enfermo,  
 Pero su limpia conciencia  
 Le dijo siempre en silencio:

Has demostrado á la Patria  
 Con tus hecchos esfuerzos,  
 Que le das honor y vida  
 Por defender su derecho  
 Y que porque Dios no quiso  
 No moriste en San Lorenzo.

## III

Cuando Comonfort tornaba  
 A San Luis, desde Querétaro,  
 A conferenciar con Juárez  
 Y á explicarle sus proyectos  
 Como Ministro de Guerra,  
 Para defender al pueblo  
 Del yugo humillante y torpe  
 De Napoleón el Pequeño;

Asesinos elevosos  
 Le salieron al encuentro  
 Junto al molino de Soria,  
 En tierras de Chamacacero.  
 Era el once de Noviembre  
 Del año mil ochocientos  
 sesenta y tres. Espiraba  
 La tarde entre los reflejos  
 Púrpurinos del Ocaso  
 Y el campo estaba en silencio.

Comonfort iba en un coche  
 Ll. vando de compañeros  
 A un joven, sobrino suyo,  
 A un ayudante, y con ellos  
 Un escribiente, elegido  
 Por su carácter discreto.

Al cruzar la parte angosta  
 Del polvoroso sendero,  
 Cuando la escolta venía  
 A lento paso y muy lejor,  
 Sale un grupo de bandidos  
 Que asaltan á los viajeros.  
 Disparando á quemarropa  
 Sus cien morquetos á un tiempo.  
 Muere en el coche Velázquez,  
 Estorbando con su cuerpo  
 Que Comonfort descendiera  
 Veloz por el lado opuesto.

Cuando al fin logró bajarse  
 En santa colera ardiendo,  
 En cada mano un revólver,  
 Sus ojos brotando fuego;  
 Cuando su ayudante Cerda  
 Tendido estaba en el suelo  
 Herido en distintas partes  
 De sangre y de polvo lleno;  
 Las balas de los bandidos.

Le atravesaron el pecho,  
 Y en unos breves instantes  
 Cayó en tierra sin aliento.  
 No conformó á los verdugos  
 Contemplar al héroe muerto,  
 Y agregaron nueva infamia  
 A su crimen torvo y negro,  
 Profanando como hienas  
 Aquellos sagrados restos,  
 ¡Arastrando aquel cadáver  
 Con una sogá en el cuello! ...

## IV

Han corrido muchos años;  
 Cambió la suerte de México;  
 La paz derrama sus frutos  
 Sobre nuestro fértil suelo,  
 Y al recordar á los hombres  
 Que con patriotismo inmenso  
 Sacrificaron su vida  
 Por salvar nuestros derechos,  
 Es justo honrar la memoria  
 Del esforzado guerrero  
 Que con heroicas acciones  
 Lavó sus sensibles yerros,  
 Y que merece en la historia  
 Las bendiciones del pueblo.

Enero de 1893.

## TOMAS MEJIA

A MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL SEÑOR GENERAL  
 DON MARIANO ESCOBEDO

## I

Mientras Juárez indomable  
 va á los destierros del Paso  
 á defender su bandera,  
 firme como un espartano;  
 en México, sostenido  
 por el invasor extraño  
 se erige un trono y le ocupa  
 más que ambicioso engañado,  
 un iustre descendiente  
 del más grande de los Carlos.

Joven, soñador y apuesto  
 Asciende á lugar tan alto,  
 Sin ver que á lo lejos flota  
 el pendón republicano,  
 y sin recordar que el pueblo  
 por quien se sueña llamado,  
 En otro tiempo á un monarca  
 lanzó del trono al cadalso.

Recibióronle animosos  
 los que el cetro le entregaron,  
 Y al entrar por nuestras calles

fué tan grande el entusiasmo,  
que del nuevo rey los ojos  
no pudieron deslumbrados,  
mirar que las bayonetas  
que lo estaban custodiando  
eran de extranjeras tropas  
capaces de abandonarlo.

## II

Joven príncipe, ¿á qué vienes?  
¿Por qué dejas tu palacio  
en medio de las azules  
ondas del Mediterraneo,  
como un nido de gaviotas  
sobre un peñón solitario?

Este cielo azul no es tuyo,  
no son tuyos estos lagos,  
ni estos sabinos del bosque  
que de viejos están canos.

Nada es tuyo, nada entiende  
tu acento, nada ha guardado  
cenizas de tus mayores  
que en otras tierras brillaron.

Tu sangre azul no es la sangre  
de Cuauhtemoc ni de Hidalgo;  
cuanto te cerca es ageno,  
cuanto te vela es extraño.

Príncipe noble ¿á qué vienes?  
¿por qué dejas tu palacio  
y aquellas ondas azules  
de tu hermoso mar Adriático?

En medio de las tormentas  
que se alzarán á tu paso,  
cuando pronto te abandonen  
los que te están custodiando,  
hallarás como consuelo,

como abrigo, como amparo,  
la firmeza y el arrojo  
del soldado mexicano  
que cumple con su bandera  
satisfecho y resignado.

Torna príncipe al castillo  
donde viviste soñando,  
que por las gradas de un trono  
subir se puede á un cadalso;

## III

Con faustada pompa  
en el ya imperial palacio  
se celebran los natales  
del reciente soberano.

Ya las guardias palatinas  
de uniformes encarnados,  
apuestos forman la valla  
luciendo adargas y cascos.

Ministros y chambelanes,  
consejeros y vasallos,  
ostentan con arrogancia  
sus pechos condecorados.

El salón de embajadores  
por su lujo aristocrático,  
recuerda á los que lo miran  
de antiguos tiempos el fausto.

De pronto por todas partes  
se extiende un rumor extraño  
y es que las gradas del trono  
el Archiduque ha pisado.

Diversas clases sociales  
deben de felicitarlo  
y ya están los oradores  
por cada clase nombrados.

Un jurisconsulto experto

elocuente, pulcro y sabio,  
es de la magistratura  
el representante nato,

Le toca el lugar primero,  
habla con acento claro,  
con respeto se le escucha,  
se le mira con agrado,  
y estudio y saber revela  
cada frase de sus labios.

Su discurso no fué breve,  
Su estilo elegante y franco  
y al acabar dijo alguno:  
¡Bien por Lares! anhelando  
aplaudirlo, sin hacerlo  
por respeto al soberano.

Con elegancia vestido,  
al clero representando  
se acercó un obispo al trono  
y dijo un discurso largo  
lleno de notas y citas  
latinas, propias del caso.  
Era el orador de fama  
por su elocuencia y su rango,  
cétebre en aquellos tiempos  
entre oradores sagrados.

"No estuvo corte Ormaechea"  
dijo después de escucharlo  
alguno á quien ya cansaba  
la severidad del acto.

Nuevo rumor se produjo  
Después en aquellos ámbitos  
al ver que al trono llegaba  
á paso lento un soldado  
de cabellos y ojos negros,  
tez cobriza, aspecto huraño,  
descendiente de las razas  
que en Anáhuac habitaron

antes de que la conquista  
empobreciera á sus vástagos.

¡Formaba contraste brusco  
la oscura tez del soldado  
con la tez brillante y blanca  
del archiduque germano!

Quedó el indígena absorto,  
meditabundo y cortado,  
sin articular palabra,  
la frente y los ojos bajos.

¿Quién es? preguntó un curioso  
y le respondió un anciano.

—Se llama Tomás Mejía  
y es general reaccionario:  
Viene á hablar por el ejército.  
—¿Y él hizo el discurso?

—Varios  
le escribieron y ninguno,  
según dicen, le ha gustado;  
el que dirá lo habrá escrito  
ó Muñoz Ledo ó Arango.

—Escuchemos.

—Trascurrían  
unos minutos muy largos;  
Mejía estaba en silencio  
todo tembloroso y pálido,  
en silencio los presentes  
y en silencio el soberano.

De pronto ven con asombro  
que el indígena soldado  
abriendo los negros ojos  
que brillaban animados,  
perora sin dar lectura  
al papel que está en sus manos.

—"M gestad"—calló un momento;  
"magestad"—siguió turbado;  
"magestad"—yo no he aprendido

"lo que otros por mí pensarán,  
 "pero si usted lo que busca  
 "es un corazón honrado,  
 "que lo quiera, lo respete,  
 "lo defienda sin descanso  
 "y le sirva sin dábiles  
 "Sin interés, sin engaño;  
 "aquí está mi corazón,  
 "aquí están, señor, mis brazos  
 "y en las horas del peligro,  
 "si el peligro juntos vamos,  
 "lo juro por mi bandera,  
 "sabré morir a su lado."

Con lágrimas en los ojos  
 trémulo Maximiliano,  
 las fórmulas de la Corte  
 por un instante olvidando,  
 bajó del trono y al punto  
 dió al General un brazo  
 que aplaudieron los presentes  
 con lágrimas de entusiasmo.

## IV

Cayó el príncipe más tarde  
 y con él cayó el soldado  
 que le dijo esas palabras  
 llenos los ojos de llanto.

A Dñ Tomás le ofrecieron  
 del patíbulo salvarlo  
 y él respondió: "solamente  
 que salven al soberano."  
 Un general victorioso,  
 de gran poder y alto rango,  
 que le estaba agradecido  
 por algún hecho magnánimo,  
 fué y le dijo: "yo podría

"lograr veros indultado;  
 "os estimo y necesito  
 "a toda costa salvaros.  
 "¿queréis que os salve? decidlo,  
 "que no me daré descanso  
 "hasta que al fin me concedan  
 "lo que para vos reclamo."

"Sólo admitiré el indulto  
 respondió el indio soldado,  
 Si me viene juntamente  
 con el de Maximiliano."

—Me pedís un imposible.

—Pues me moriré a su lado.

—Pensad que tenéis familia.

—Tan solo a Dios se la encargo

—Soy capaz de protegeros

Si os resolvéis a fugaros.

—Y al Emperador?—No; nunca,

—Pues su misma suerte aguardo.

Y como lo sabe el mundo

juntos fueron al cadalso

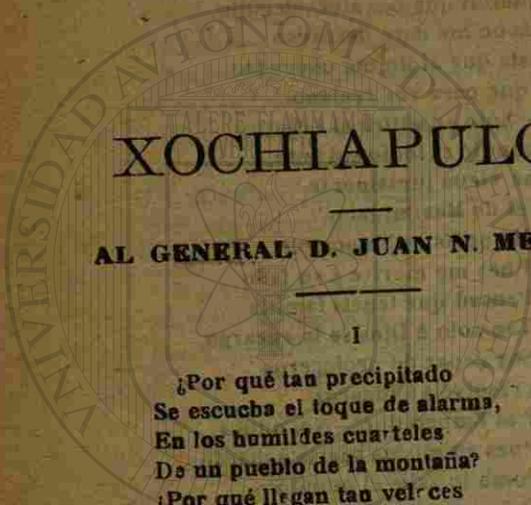
y así selló con su sangre

lo que dijeron sus labios.

11 de Julio de 1890.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



## XOCHIAPULCO

AL GENERAL D. JUAN N. MENDEZ.

I

¿Por qué tan precipitado  
Se escucha el toque de alarma,  
En los humildes cuarteles  
De un pueblo de la montaña?  
¿Por qué llegan tan velozes  
Dejando sus pobres casas  
Los hijos de Xochiapulco  
Adonde fiero les llama  
Con sus marciales acentos  
El clarín de las batallas?  
¿Por qué se pinta en los rostros  
Esa expresión soberana,  
Que ilumina los semblantes  
Con el fulgor de las almas?  
Esa expresión que en el mundo  
El hombre á tener alcanza  
En los instantes supremos  
En que, cuanto tiene y ama,  
Ofrece como holocausto  
En el altar de la Patria?  
¿Por qué los antes tranquilos  
Hijos de aquella comarca

Con tan marcial continente  
Empuñan las duras armas?  
¿Quién se atreve de la guerra  
La bandera ensangrentada  
A clavar de aquellos montes  
Sobre las cumbres más altas?  
¿Quién pretende en esas rocas  
Adonde anidan las águilas,  
Profanar los patrios lares  
Llevando muerte y venganza?

El invasor extranjero,  
El que tras lenta campaña,  
Hasta el mismo Xochiapulco  
Tiende la pujante garra,  
Con austriacos y franceses  
El conde de Thun avanza;  
Cuatro columnas caminan  
Para combatir la plaza;  
Son muchos los que se acercan  
Y son pocos los que aguardan;  
Mas si se cuentan los muchos  
Los que son menos se bastan,  
Y su arrojo no alimenta  
Ilusiones, ni esperanzas.  
Por eso cuando resuelto  
Al sacrificio, los llama  
El general Juan Francisco,  
Que á los cuatrocientos manda,  
Y tiene como segundo  
En tan terrible jornada  
Al General Juan Bonilla,  
Que un espartano envidiara  
Por su modestia, su arrojo,  
Su saber y su constancia;  
Acuden todos ligeros,  
Y tomando la palabra

Juan Francisco, con voz firme,  
De esta manera les habla:

## II

—Tantos son los enemigos  
Que sobre nosotros cargan,  
En cuatro grandes columnas  
Y todas de las tres armas,  
Que imposible es que resista  
La guarnición de la plaza.  
Y aunque el deber nos impone  
Y el patriotismo nos manda  
Morir antes de rendirnos,  
Defendiendo nuestra causa,  
Fuera sacrificio inútil  
Presentar una batalla,  
Que dará triunfo seguro  
Al enemigo que avanza;  
Y no es valor ni prudencia  
De un jefe, que siempre trata  
De utilizar el arrojó  
De gente tan denodada,  
Lanzarlos en lucha estéril,  
A una segura matanza.  
Mas no quiero que tacharme  
Pudieran tal vez mañana,  
De que entrego al enemigo  
La población desarmada,  
Por eso, saber pretendo  
De todos la opinión franca.

—No nos consultes, responden  
Más de cien voces; nos basta  
Que tú mandes, y contentos  
Obedecer tus palabras.

—Pues bien, dice Juan Francisco,  
Antes que con torpe planta,  
El invasor extranjero  
Mancille aquí nuestras casas,  
Y llegue á nuestros hogares  
A desceñirse la espada;  
Supuesto que no podemos  
En número, y no en audacia  
Competir con los que vienen  
Y que han de tomar la plaza;  
No busquemos muerte inútil:  
Nos necesita la patria:  
Fuera de aquí, en nuestros bosques,  
Y en los montes y cañadas,  
Aunque pocos, con astucia  
Podremos tener ventaja  
Y proseguir sin descanso  
Hasta que triufe la causa.  
Pero el invasor no debe,  
Encontrando puerta franca,  
Llegar orgulloso al sitio  
Que su presencia profana.  
¡Soldados! hoy en cenizas  
Se conviertan nuestras casas.  
El invasor llege al pueblo  
Alumbrado por las llamas,  
Y contemple en Xochiapulco  
La prueba patente y clara  
De que no consienten yugo  
Los hijos de la montaña! —

## III

Aquel discurso escuchando,  
Los soldados se entusiasman,  
A sus jefes victorean

Ya la Libertad aclaman.  
 En esos instantes mismos  
 Se sabe que ya cercanas  
 Están las gruesas columnas  
 De la legión franco-austríaca.  
 Comienzan á verse entonces  
 Ligeras nubes que empañan  
 Sobre los frágiles techos,  
 Al flotar grises y blancas.  
 Desde el más grande edificio  
 A la más pobre cabaña.  
 Se va el humo condensando  
 Y en mil lenguas desatadas  
 De fuego puebla el incendio  
 Toda la extensa comarca.

Los soldados, las mujeres,  
 Los niños, nadie descansa  
 En la terrible tarea  
 De quemar sus propias casas;  
 Y cuando el fuego está en todo,  
 En revuelta caravana,

Emigran los moradores:

Los ancianos á vanguardia,  
 Y hombres, mujeres y niños,  
 En agrupación compacta,  
 Se ven del *Cuautecomaco*  
 Sobre la vistosa falda,  
 Semejando en el ascenso  
 A las perseguidas águilas,  
 Después . . . después . . . . . con orgullo  
 Miran surgir de las llamas  
 El humo, como el incienso  
 Que ofrecen ante las aras  
 Del más sagrado y augusto  
 Altar de la madre Patria!

## IV

Aquel montón de cenizas  
 Leves, sutiles y blancas,  
 Que el viento arrastró en su giro,  
 Sembrándolo con sus alas  
 Como un bautismo de gloria  
 De *Teletla á Zacapoaxtla*,  
 Volvió á levantarse luego,  
 Como el fénix de la Arabia,  
 Cuando la paz bienhechora  
 Le prestó su sombra grata.

Pero queda en sus campiñas  
 Que el *Xochitonal* resguarda  
 El recuerdo de sus hechos,  
 La alteza de sus hazañas,  
 Que los laureles no envidian  
 De Sagunto y de Numancia,  
 Y que en México repite  
 Con noble orgullo la Fama.



## LA CORTE MARCIAL.

A MI MUY QUERIDO AMIGO MAGARIO RIVERO.

### I

Ancho sombrero tejido  
 Con tule de nuestros lagos,  
 Al que adornaan dos pequeñas  
 Hachas de plata en los lados.  
 Al cuello suelta corbata  
 Roja y tejida de gancho,  
 Tejida según se sabe  
 Por dos diminutas manos,  
 Que juntas semejan lirios  
 Y sueltas parecen ampos.  
 Amalla blusa, también roja,  
 Con grandes botones blancos;  
 Calzonera de velludo  
 Y ceñidor de burato.  
 Frente por el sol tostada,  
 Grandes los ojos y pardos,  
 La barba escasa y ob cura,  
 Pelo abundoso y castaño;  
 Ágil en los movimientos,  
 Carácter resuelto y franco,  
 Y diestro como ninguno

En manejar el caballo,  
 Durmiendo igual en las rocas  
 Que en techo mullido y blando,  
 Y sin resentir los rudos  
 Embates de tiempo vario;  
 Decidor con las mujeres,  
 Afable con los soldados,  
 Provocativo y terrible  
 Con los del opuesto bando,  
 Y fuerte y ágil teniendo  
 La edad viril de treinta años,  
 De los cuales más de nueve  
 A la patria ha consagrado:  
 Tal es Benito Ramírez,  
 Nata y flor de los chinacos,  
 Honra y prez de los jinetes,  
 De los valientes ornato,  
 Capitán de exploradores  
 De un cuerpo republicano.

Siempre con buena fortuna  
 En los lances que ha trabado,  
 De no salir victorioso  
 Escapó por un milagro.

Nunca sorprenderle pudo  
 El enemigo en su campo,  
 Pues llevaba como regla  
 Invariable del soldado,  
 Que en la guerra ha de dormirse  
 Cual las liebres, conservando  
 Siempre los ojos abiertos  
 Por lo que viniere al caso.

Pero á pesar de esta regla,  
 La suerte en su giro vago,  
 Las horas del infortunio

Sobre el guerrillero trajo,  
Y una tarde en un combate,  
Y por su arrojo llevado,  
Entre huestes enemigas  
Tanto adelantó su paso  
Que al fin cayó prisionero  
Cuando murió su caballo,  
Y á la ciudad de Morelia  
Entre filas le llevaron.

## II

En una desnuda sala  
De las muchas de Palacio,  
Se instalan con gran premura  
Y con lúgubre aparato  
Los oficiales que forman  
Un tribunal que da espanto.

La corte marcial se llama,  
Su solo nombre da pasmo,  
Que de sangrienta y terrible  
Tan grande fama ha alcanzado,  
Que á cuantos juzga sentencia  
Sin remisión al caldoso.

Ni allí la inocencia vale,  
Ni se cuenta un solo caso  
De que saliera con vida  
Hombre que cayó en sus manos,

Los trámites y defensas,  
Petición y alegatos,  
Son fórmulas que no engañan  
Ni á los mismos acusados.  
Pocas horas son bastantes  
Para preparar el fallo,

Y fallo y muerte es lo mismo  
En los terribles estrados,  
Que á la sentencia se sigue  
La ejecución en el acto!

A tribunal tan sangriento  
El capitán fué llevado.  
Era una mañana alegre  
Del alegre mes de Mayo.  
El cielo estaba en Morelia  
Limpio, azul, brillante y diáfano.  
Llegó Ramirez en medio  
De dos filas de zúavos,  
Tan altivo y tan airoso,  
Que interesaba mirarlo;  
Clavó los soberbios ojos  
En los jueces con descaro,  
Ocupó, cual todo reo,  
El tosco, incómodo banco,  
Cruzó la pierna altanero,  
Dejó el sombrero calado,  
Y una irónica sonrisa

Escapóse de sus labios.  
Después de breves instantes  
Se dió comienzo al sumario,  
Que copió letra por letra  
Tal como existe en los autos:  
—¿Confiesas que perteneces  
Al cuartel republicano?—

Siguióse un largo silencio  
Y los jueces agregaron:  
—Confiesas que muchas veces  
Has podido, disfrazado,  
Explorar el campamento  
Del cuerpo expedicionario?

¿Confiesas que has perseguido,  
Sin dar tregua ni descanso,  
A las tropas del imperio  
Que están Michoacán guardando?  
¿Confiesas que á ti se deben  
Mil asonadas y escándalos,  
Que sirven á los bandidos  
En la montaña acampados,  
Que al que cojes no perdonas,  
Ni mides virtud ni rango,  
Pues por servir al imperio  
Ya lo declaras malvado?

A cada nueva pregunta  
Ramírez en aquel banco  
Tomaba actitud distinta  
De indiferente descaro,  
Pero al fin le hicieron tantas  
Y en ellas dijeron tantos  
Insultos, que, en ira ardiendo,  
De callar cansóse al cabo,  
Y así dijo, con palabras  
Que tronaban como rayos:

—Para qué perder el tiempo  
Y estarme aquí preguntando,  
Cuando el francés me ha cogido  
Con las armas en la mano?  
¿Cuándo saben que soy libre  
Y que siempre fui chiaco,  
Y ni doy cuartel ni pido  
Que me lo den los contrarios?

Si ya está la sepultura  
Mi cadáver esperando,  
¿Para qué tantas preguntas,  
Ni tenerme en este banco?

Yo ya sé cual es mi suerte;  
Ni me importa ni hago caso;  
Me matan de puro miedo;  
Mas me llevo al otro lado  
El gusto de haberlos vista  
Correr como perros galgos.

Así, pues, pocas palabras,  
Y que me lleven abajo:  
Ya verán como se mueren  
Los buenos republicanos,  
Y eso tengo que enseñarles:  
No pregunten más y vamos.

Solamente les advierto  
Que muchos hay en mi campo  
Que seguirán dando guerra,  
Mejores que yo, más bravos,  
Y que ni les hago falta  
Ni ustedes les dan abasto.—  
Alzóse luego Ramírez  
Seguido de los soldados:  
A poco tiempo se oyeron  
Unos tiros en el patio,  
Y un nuevo nombre la historia  
Pudo escribir en sus fastos,

## A MEDIA NOCHE.

A MI QUERIDO AMIGO ARISTEO MERCADO.

### I

Más gallardo que el nenúfar  
Que sobre las verdes ondas  
Al soplo del manso viento  
Se mece al rayar la aurora,  
Es una linda doncella  
Que tiene por nombre Rosa;  
Y á fé que no hay en los campos  
Igual á sus gracias otra.

Vive en Pátzcuaro, en la villa  
De hermoso lago señora,  
Lago que retrata un cielo  
Limpio y azul, donde flotan  
Blancas nubes que semejan  
Grupos de errantes gaviotas.

Está en la flor de la vida,  
No empaña ninguna sombra  
Las primeras ilusiones  
Con que el amor la corona.

Ama Rosa y es amada  
Con un amor que no estorban  
Sus padres, porque comprenden  
Que el joven que para esposa  
La pretende, nobles prendas  
Y honrado nombre atesora.

Cuentan, los que lo conocen,  
Que tal mérito lo sobona,  
Que no hay otro que le iguale  
Cien leguas á la redonda.  
Y aunque alabanza de amigo  
Pueda tacharse de impropia,  
Nadie niega que Fernando  
Tiene el alma generosa;  
Que sus riquezas divide  
Con los que sufren y lloran,  
Que es tan bravo, que el peligro  
Desdeña y jamás provoca,  
Pero lo humilla y lo vence  
Cuando en su camino asoma.

No hay ginete más garboso  
Ni más diestro, porque asombra  
Cuando de potro rebelde  
Los fieros ímpetus doma,  
Y es tan amable en su trato,  
Tan cumplido en su persona,  
Tan generoso en sus hechos  
Y tan resuelto en sus obras,  
Que la envidia no se atreve  
Con su lengua ponzoñosa  
A manchar su justa fama  
Cuando cualquiera lo nombra.

Ya se prepara la fiesta,  
Cercanas estén las bodas,

*ohs  
perdon  
esta en  
la  
página*

Los padres cuentan los días,  
Los prometidos las horas;  
Los amigos se disponen  
Para obsequiar á la novia  
Dando brillo con sus galas  
A la nupcial ceremonia.

Y aunque es fiesta de familia  
Por suya el pueblo la toma,  
Y en llevarla bien al cabo  
Se empaña la villa toda.

108

¡Con qué profunda tristeza  
Vive Rosa en su retiro!  
Está pálida su frente  
Y están sns ojos sin brillo;  
De la noche á la mañana  
Corre de su llanto el hilo,  
Sus padres sufren con ella  
Y están tristes y abatidos.  
No le da el sueño descanso  
Ni el sol le procura alivio,  
Que son la luz y las sombras  
Para el que sufre lo mismo.

Está muy lejos Fernando,  
Muy lejos y en gran peligro,  
Porque al llegar de la boda  
El instante apetecido,  
Invadió como un torrente  
La ciudad el enemigo.

El pabellón del imperio  
Halla en Pátzcuaro un asilo,  
Los franceses se apoderan

Del sosegado recinto,  
Su ley imponen á todos,  
Subyugan al pueblo altivo,  
Y Fernando, en su caballo,  
De pocos hombres seguido,  
Sale á buscar la bandera  
Que veneró desde niño,  
Y que agita en las montañas  
El viento del patriotismo.

Ni el amor ni la esperanza  
Le cerraron el camino,  
Que ciego á todo embeleso  
Y sordo á todo atractivo,  
La patria, sólo la patria  
En tales horas ha visto,  
Y por ella deja todo,  
A salvarla decidido.

Rosa se queda llorando  
Y como agostado lirio,  
No hay fuerza que la levante  
Ni sol que le infunda brio.

De su amoroso Fernando  
Sólo saben lo que han dicho:  
Fué á la guerra, y lo conoce  
Firme noble y decidido;  
Lo sueña entre los primeros  
Que acometen los peligros,  
Ssbe que en todos los casos,  
Entre muerte y servilismo,  
Ha de preferir la muerte,  
Que es vida para los dignos,

Y con profunda tristeza  
Vive Rosa en su retiro

Sin consuelo ni descanso,  
Sin esperanza ni alivio,  
Que son la luz y las sombras  
Para el que sufre lo mismo.

## III

A la habitación de Rosa,  
Al rayar de la mañana,  
Llega un indígena humilde  
Que viene de la montaña,  
Y sin despertar sospechas  
Cruzó por las avanzadas  
Trayendo un papel oculto  
En su sombrero de palma.

En hablar con Rosa isiste  
Cuando de oponerse tratan  
Sus padres que en todo miran  
Espionajes y acechanzas

Oye la joven las voces  
Y con interés indaga,

Porque el corazón le dice  
Que la nueva será grata,  
Y lo confirma mirando  
Que al borde de su ventana  
Un *salta-pared* ligero  
Tres veces alegres canta,  
Nuncio de buena fortuna  
Del pueblo entre las muchachas.

Llama al indio presurosa,  
Este con faz animada  
La saluda, y del sombrero  
Descose la tosca falda,  
Y de allí con mano firme,

Saca y le entrega una carta  
Que vino tan escondida,  
Que á ser otro no la hallara.

Rosa, trémula, no acierta,  
En su gozo, á desplegarla  
Y ya febril é impaciente  
Tanta torpeza le enfada;  
Abre al fin y reconoce  
Que Fernando se la manda,  
Y en cortas frases le dice  
Esto que en su pecho guarda:

"Mi único amor, vida mía,  
Mi pasión, alma del alma,  
No puedo vivir sin verte,  
Que sin tí todo me falta;  
Y aunque tu amor me da aliento  
Y tu recuerdo me salva,  
Tengo sed de tu presencia,  
Tengo sed de tus palabras.

"Hoy por fortuna muy cerca  
Me encuentro de tu morada,  
Y he de verte aunque se oponga  
Todo el poder de la Francia.

"Esta noche, á media noche,  
Antes de rayar el alba,  
Para verme y para hablarme  
Asómate á la ventana.

"Adios, vida de mi vida,  
No tengas miedo, y aguarda  
Al que adora tu recuerdo  
Luchando entre las montañas."

## IV

Es pasada media noche,  
Reina profundo silencio  
Que solo interrumpe á veces  
El ladrido de los perros,  
O el grito del centinela  
Que lleva perdido el viento.

En su ventana está Rosa,  
Entre las sombras, queriendo  
Penetrar con la mirada  
De sus grandes ojos negros,  
Las tinieblas que sepultan  
Los callejones estrechos.

Para no inspirar sospechas  
Oscuro está su aposento,  
Y ni á suspirar se atreve  
Por no vender su secreto.

De súbito escucha pasos  
Cautelosos á lo lejos,  
Y al oírlos no le cabe  
El corazón en el pecho.

Entre las sombras divisa  
A'go que tomando cuerpo  
A la ventana se llega  
Y casi con el aliento  
Le dice:—Prenda del alma,  
Aquí estoy.

—¡Bendito el cielo!—  
Contesta Rosa y las manos  
En la oscuridad tendiendo  
Halla el rostro de su amante

Que las cubre con sus besos.

—¿Dudabas de que viniera?

—¿Cómo dudar, si yo creo

Cuanto me dices lo mismo

Que si fuera el evangelio?

—¡Tantas semanas sin verte!

¡Tanto tiempo!

—¡Tanto tiempo!

—Pero temo por tu vida.....

—No temas, Dios es muy bueno.

Ahora dime que me amas,

A que me lo digas vengo

Y á decirte que te adoro.....

—¿Más que yo á tí, cuando siento

Hasta de la misma patria

El aguijón de los celos?

No te culpo, mi Fernando,

No te culpo, bien has hecho,

Pero dudo, y me atormenta

Pensar que esconde tu seno

Amor más grande que el mío

Y otro vínculo más tierno.

Escúchame: si algún día

Merced á tu noble esfuerzo,

Victoriosa tu bandera,

Por héroe te aclama el pueblo,

Yo disputaré á tu frente

Ese laurel, porque tengo

Ante la patria que gime

Para adquirirlo derecho;

Tú sacrificas tu vida;

Yo, débil mujer, le ofrezco

Alentando tu constancia,

Todo el amor que te tengo.

¡Ay, Fernando! ¿tú no mides

Este sacrificio inmenso?

Y al decir así, la mano  
Atrajo del guerrillero  
Y con su llanto al bañarla  
La oprimió contra su pecho.

V  
Limpia despunta la aurora,  
Y en la ventana Fernando  
No se atreve á despedirse,  
Sin hacer del tiempo caso.

Mas de pronto, por la esquina,  
Sobre fogoso caballo,  
De la brida conduciendo  
Un potro alazán tostado,  
Un guerrillero aparece  
Con el mosquete en la mano.

Acércase á la pareja,  
Aquel coloquio turbando,  
Y dirigiéndose al joven  
Le dice:—mi jefe, vamos,  
Monte, que nos hau sentido,  
Y somos dos contra tantos.

—¡Vete, por Dios!—grita Rosa,  
Salla á su corcel Fernando,  
Toma su pistola, besa  
A la doncella en los labios,  
Y á tiempo que se despide,  
Por un callejón cercano  
Desembocan en desorden  
Argelinos y zúavos.

-- ¡Alto!—gritan los que vienen.  
—¡Primero muerto que dado!  
Contesta el otro, y se lanza

Para abrir en ellas paso.....  
Suenan discordantes gritos,  
Y se escuchan los disparos,  
Y álzanse nubes de polvo  
De los pies de los soldados;  
Y al punto que Rosa enjuga  
Sus ojos que anub'a el llanto,  
Ya mira cómo se alejan  
A galope por el campo,  
Libres de sus enemigos,  
El asistente y Fernando.

## VI

Algunos años más tarde,  
Y cuando pagó á su patria  
La deuda de sus servicios  
Y la vió libre y sin mancha,  
Volvió Fernando á sus lares,  
Colgó en el hogar su espada,  
Y no quiso ser soldado  
Después de triunfar su causa,  
Que fué guerrero del pueblo,  
Luchador en la montaña,  
De los que solo combaten  
Si está en peligro la patria.

Entonces cumplióle á Rosa  
Sus ofertas más sagradas,  
Y fué la boda una fiesta  
Popular, risueña y franca.

Al verlos salir del templo,  
Según refiere la fama,  
Recordando aquellas frases  
De la inolvidable carta,  
Formando vistoso grupo

A las puertas de su casa,  
 Las más bonitas del pueblo,  
 Las más festivas muchachas,  
 Con melancólicas notas  
 Que á nuestros tiempos alcanzan  
 (En canción que "Los Cap'ros"  
 En Michoacán se la llama),  
 Al compás de las vihuelas,  
 De esta manera cantaban:  
 "Esta noche, á media noche  
 Y antes que llegue mañana,  
 Si oyes que al pasar te silbo  
 Asímate á tu ventana."

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y ARCHIVO

*Crisol secreto*  
*pendeja*  
*fuente o*  
*estructura*

## LA HEROINA DEL DOLOR

A la Sra. Carmen Romero Rubio de Díaz,

I

Por una angustia vereda  
 Que cruza entre las montañas  
 Que por el Sur de Jalisco  
 Forman gigante muralla,  
 Caminando paso á paso,  
 Al despuntar la mañana,  
 Van en sus dóciles potros  
 Que de fuertes tienen traza,  
 Un oficial embozado  
 En vieja y obscura capa,  
 Una mujer bella y joven  
 Con un niño que amamanta,  
 Y un asistente que sigue  
 De la pareja la marcha.

Risueña nace la aurora,  
 Alegres las aves cantan,  
 El viento cruza tan manso,  
 Que no estremece las ramas;  
 Sonoro rumor se escucha

CAPITULO III

De las distintas cascadas,  
Y la tierra humedecida  
Con las lágrimas del alba  
Entre el tupido follaje  
Ligeras brumas levanta.

Por el azul de los cielos  
Atraviesan las bandadas  
De mi los y colorines,  
De tordos y guacamayas.

Van alegres los viajeros,  
Y, al compás de las pisadas  
De los caballos, sostienea  
Festiva y sabrosa charla.  
—Mira qué grandes, qué bellos  
Tiene los ojos —exclama  
La mujer mirando al niño:  
Si ya con los ojos habla;  
Mira qué obscuro es su pelo  
Sus manecitas qué blancas,  
Y esa sonrisa tan dulce  
Que llega al fondo del alma.  
¿No confiesas que es hermoso?

Y el oficial que no aparta  
Del bello grupo la vista,  
Responde con risa franca  
Que la ternura denuncia  
Y el buen carácter delata:

—Por fuerza debe ser bello,  
Si tiene mi misma cara:  
Es retrato de su padre  
Y hasta los ciegos lo cantan.—  
Alzó la joven el rostro,  
Y lanzando una mirada

Más traviesa que burlona:  
—Si, tu retrato le llamas  
Contestó—porque no has visto  
En un espejo tus gracias.—

Y como dando la prueba  
De que mienten sus palabras,  
Acaricia del marido  
La lengua y sedosa barba.

El sol se va levantando:  
De los montes en la falda  
Las nieblas desaparecen,  
Y se agrupan en las palmas,  
Buscando la fresca sombra,  
Las aves en las cañadas.

Sigue el grupo su camino,  
Mas ya con pesosa marcha,  
Que baja lumbre del cielo.  
Y el suelo despide llamas.

La madre al niño procura  
Defender del sol que abrasa,  
Formándole frágil toldo  
Con tela ligera y blanca.

El oficial va cual antes  
Sin soltar ni la bufanda,  
Pues toma por buena regla:  
"Para buen sol, buena cspa."

El soldado indiferente  
Silbando el toque de marcha,  
Sigue cual si no sintiera  
Temperatura tan alta.

El se apellida Lozano;  
Ella, Matilde se llama,

Y el asistente responde  
Al nombre de Juan Zapata.

## II

De improviso los caballos  
Detienen, y con recelo  
Alzan la cabeza y mueven  
Ambas orejas á un tiempo.  
El oficial y el soldado  
Comprenden cercano riesgo  
Los dos empuñan las armas,  
Y, con ademán resuelto,  
Saltan entre la maleza,  
Límite del bosque espeso,  
No bien un palmo adelantan  
Cuando salen á su encuentro,  
Cual brotando de la selva,  
Audaces, terribles fieros.  
Los cazadores franceses  
Que allí estaban en acecho.

Es la resistencia inútil  
Que en gran número son ellos,  
Y tan de prisa se llegan,  
Que cercan en un momento  
Al oficial y á Zapata,  
Intimidandoles soberbios.  
El uniforme denuncia  
A Lozano, y sin remedio  
Tiene que entregar sus armas  
Y darse por prisionero.

Muda de asombro, tombando,  
Con el rostro descompuesto,  
Las lágrimas en los ojos  
Y apretando contra el seno

Al niño cual si quisiera,  
En ella misma esconderlo,  
Matilde mira á su esposo,  
A los soldados y al cielo:  
Y ni tiene una plegaria,  
Ni una queja, ni un lamento.

En tanto, de los caballos  
Hacen bajar á los preses,  
Y en medio de los franceses  
Y sin ningún miramiento,  
Se encamina la columna  
Buscando el vecino pueblo,  
Y tras ella pensativa  
Sigue Matilde en silencio,  
Que nadie de ella se ocupa  
En tan aciagos momentos.

Una madre abandonada,  
En un camino desierto,  
Con un niño entre los brazos,  
Llevando dentro del pecho  
El corazón comprimido  
Por el dolor más intenso,  
Podrá conmover sin duda  
El ánimo más sereno:  
Pero en medio de las luchas  
Y cuando sopla el aliento  
De los combates, en vano  
Fuera buscar un consuelo  
En marciales corazones  
Templados á sangre y fuego.

## III

Prisionero está en Colima  
El comandante Lozano,  
Y en la pobreza Matilde

Vive su prisión llorando.  
Tiene en peligro la vida  
El jefe republicano,  
Pues de cuantos han caído  
á ninguno ha perdonado,  
Que Berthelin que allí manda  
Debe en justicia á sus actos  
Los renombres que lesiguen  
De implacable y sanguinario.

Matilde ocupa una casa  
En un apartado barrio,  
Mas, por desgracia, esa calle  
Es el camino marcado  
Para llevar diariamente  
Las víctimas al cadalso.

Y así, todas las mañanas,  
Luego que suenan las cuatro,  
Oye Matilde que llevan  
En las sombras los cuavos  
A una plazuela cercana  
Los mártires sentenciados.

Escucha á pocos instantes  
El sonar de los disparos,  
Y luego vuelve la escolta  
los cadáveres dejando,  
Que el cura siempre recoge  
Cuando el sol está muy alto.

En horrible incertidumbre,  
Con el pecho destrozado,  
Cada mañana Matilde  
Escucha llena de pavor,  
Cuando pasa la columna  
A los mártires llevando;  
Cada mañana supone

Que va con ellos Lezano,  
Y al escuchar las descargas  
Nubla sus ojos el llanto  
Y con voz entrecortada  
Pone al niño en su regazo,  
Y acercándolo á su rostro,  
Le dice, bajo, muy bajo:  
—¡Hijo del alma, quién sabe  
Si á tu padre habrán matado!—

Se pone luego en acecho,  
Y al regresar los zifavos,  
Cuando siente que se alejan  
Y queda en silencio el barrio:  
Coge un farol y le oculta,  
Toma al niño entre sus brazos,  
Abre con temor la puerta,  
Ve la calle con espanto,  
Y trémula y conmovida  
Dirige el incierto paso  
Hasta el lugar en que yacen  
Los muertos abandonados.....

Lanza su rojiza lumbre,  
Tras de los vidrios opacos,  
El farolillo que tiembla  
De la mujer en la mano.  
Hicuto el negro cabello,  
De las órbitas saltando  
Los ojos como dos ascuas,  
Ve Matilde, paso á paso,  
Uno por uno, los rostros,  
Por el plomo destrozados.  
Hunde las desnudas plantas

De tibia sangre en los charcos,  
Y ni el terror la detiene  
Ni la domina el espanto.

Inclinase y delirante  
Va cada rostro mirando,  
Y si en alguno las huellas  
Del proyectil han borrado  
Las facciones, si la sangre  
Ocuella todos los rasgos,  
Valerosa se arrodilla  
Y con atrevida mano  
Lo enjuga, aparta el cabello  
Y su audacia llega á tanto,  
Que á muchos abre los ojos  
Claros señales buscando.

Cuando queda satis'echa  
De que no ha muerto Lozano,  
Se arrodilla, e'leva al cielo,  
Cortándola con su llanto,  
La más ferviente plegaria  
Qué alzó pecho atribulado.

Vuelve en seguida á su casa  
Pasa en terribles trabajos  
Las horas, llega la noche,  
Escucha sonar las cuatro,  
Y otra vez la misma escena,  
Y sin tregua ni descanso  
Uno tras otros los días  
Va en esta angustia pasando;  
Así transcurren los meses  
Está su cabel'o blanco,  
Está su faz demacrada,  
Donde abrió surcos el llanto,  
Y ya una anciana parece  
Y cuenta veintitrés años.

## IV

Una noche tenebrosa  
En que ruda la tormenta  
Sobre la ciudad bramando  
Hace estremecer la tierra,  
Y las ráfagas del viento  
Hondos gemidos remedan,  
Y el relámpago se enciende  
Rasgando la sombra densa,  
Y se desata en raudales  
De lluvia la nube negra,  
Tan turbada está Matilde,  
Tan turbada y tan inquieta,  
Que la tempestad de su alma  
A la del cielo semeja.

Quiere rezar y no puede,  
Quiere llorar y está secas  
De sus lágrimas las fuentes,  
Que las agotó la pena.

Quiere quejarse, y palabras  
Por más que busca no encuentra;  
Al niño toma en sus brazos,  
Y, cual si suyo no fuera,  
Como perdido entre nubes,  
Con vaguedad lo contempla,  
Y siente que le abandonan  
La voluntad y las fuerzas,  
Y que su razón vacila,  
Y que su sangre se hiela.

Así queda largo tiempo  
Como estatua muda y quieta,  
Mas de improviso se yergue,

Alza el rostro, escucha atenta,  
Y se convence temblando,  
De que ya las cuatro suenan.....

Reina en la calle el silencio,  
Ha cesado la tormenta,  
Y se oye sobre las charcas  
Las pisadas que se acercan  
De las tropas que caminan  
A la ejecución sangrienta.  
Matilde, cobrando aliento,  
Va con sigilo á la puerta  
Y quiere por las rendijas  
De la gastada madera  
Contemplar á los que pasan,  
Pero la sombra es tan densa  
Que en vano lanza cual dardos  
Sus miradas hacia fuera,  
Y solo descubre bu'tos  
Iguales, fantasmas negras,  
Que saliendo de unas sombras  
En otras sombras penetran.

Ella detiene el aliento  
Mientras pasan y se alejan,  
Y ni á respirar se atreve,  
Inmóvil, como de piedra,  
Hasta que escucha á lo lejos  
Cómo las descargas suenan.

Entonces lanza un gemido;  
Nunca tan honda su pena  
Sintió como en esa noche  
De agenia y de tormentas.

Cuando de vuelta la tropa,  
Quedó la calle desierta,  
Matilde, cargando al niño,  
Corre á la plaza siniestra,  
Y su agitación es tanta,  
Que á cada paso tropieza.

Llega hasta el lugar terrible,  
Y loca, convulsa, y ciega,  
Con avidez, y con ansia,  
Al fulgor de su linterna  
Mira un cadáver tendido  
Sobre la mojada yerba.

Cuando la luz amarilla  
Baña la faz descompuesta,  
Matilde lanza un profundo  
Grito, y se desploma yerta.

Cuando el sol de la mañana  
Bañó montes y collados,  
Y fué á buscar á los muertos  
El cura humilde del barrio;  
Descubrió con gran asombro,  
Estrechamente abrazado,  
El cadáver de una dama  
Al cadáver de Lozano,  
Y junto al fúnebre grupo,  
Llorando en el triste campo,  
Un niño que apenas muestra  
Tener de existencia un año

## EL PRISIONERO DE PAPAZINDAN

A IGNACIO PEREZ SALAZAR

Treinta y tres años cumplidos,  
 Ancha la espalda, alto el pecho,  
 Estatura que disfraza  
 El tosco vigor del cuerpo.  
 Ojo vivo y penetrante,  
 Corto el poblado cabello,  
 Sin un asomo de barba,  
 El bigote escaso y recio;  
 Hundido sobre las cejas  
 Ancho y oscuro sombrero;  
 Ninguna insignia en el traje,  
 Ningún militar arreo,  
 Siempre prudente y callado,  
 Siempre vestido de negro;  
 Con una calma y un modo  
 Tan natural, tan modesto,  
 Que más al verle semeja  
 Humilde y franco labriego.  
 Que luchador indomable  
 Y temido guerrillero,  
 A quien los franceses nombran,  
 Por su arrojo y su denuedo,

*El león de las montañas,  
 Y que en reñidos esuentros,  
 Lo mismo en Venta del Aire,  
 Zitácuaro y Angangueo,  
 Probó bien cuanto á su patria  
 Ama y defiende su pecho.*

Jamás el rudo combate  
 Llegó á contemplar de lejos,  
 Pues acompañado ó solo  
 Entraba siempre el primero.  
 Nunca contó al enemigo,  
 Que donde estaba sabiendo,  
 Se apresuraba á encontrarle  
 Valiente pero sereno  
 Como todos reposado,  
 Y más que todos, resuelto;  
 Al comenzar el combate,  
 Al enemigo embistiendo,  
 Ni la cabeza inclinaba  
 Para acometer e ciego,  
 Ni con destemplados gritos  
 Daba á sus huestes aliento,  
 El valor á sus soldados  
 Brotaba con solo verlo;  
 Que una enseña es su figura,  
 Su calma estoica un ejemplo  
 Nada resiste á su empuje,  
 Y abre un camino su acero  
 Por el que va la victoria  
 Siempre sus huellas siguiendo.  
 Los enemigos le temen;  
 De la noche en el silencio  
 Por todas partes esperan  
 Como á un tigre sorprenderlo,  
 Mas no valen embosecadas  
 Yes vano cualquier intento,

Que siempre burla sus planes,  
De barata sus proyectos,  
Y los humilla y los vence,  
Y á tanto llega su esfuerzo,  
Que como un ser protegido  
Por insondable misterio,  
Le miran propios y extraños:  
Tal es Nicolás Romero.

VALERE BLANNAM  
VERITATIS II

No tuvo Riva Palacio  
En aquel glorioso tiempo  
Un soldado más adicto  
Ni un amigo más sincero.  
Y cuéntese con que andaban  
A su lado: Luis Robredo  
Que en Tacámbaro sucumbe  
A los belgas combatiendo;  
El coronel Luis Carrillo,  
Que en los moros de Querétaro,  
Al frente de sus soldados,  
Exhaló el postrer aliento;  
Y Bernal, que en Uruápam,  
Asaltando un parapeto  
Dejó escaparse la vida  
Por ancha herida en el pecho.  
Y otros seres cuyos nombres  
En el polvo se escondieron,  
Y quedan allí esperando  
Que la Historia, juez supremo,  
A la vida de la gloria  
Los llame por justo premio.  
Por eso, como entre todos  
Descuella el bravo Romero.  
Y como todos lo juzgan  
En campaña el más experto,

Dispone Riva Palacio  
Dejar á su mando el cuerpo  
Que ha combatido sin tregua  
En el Estado de México,  
Mientras él marcha á encargarse,  
En Michoacán del Gobierno,  
Y á reunir las divisiones  
Del Ejército del Centro.  
Transcurren algunos días,  
Y órdenes tiene Romero  
De ir á Tacámbaro á unirse  
Con el resto del ejército.  
Obedece como siempre.  
Precipita los aprestos,  
Y ya lista su brigada  
En marcha se pone luego.

III

Es azarosa y terrible  
La vida del guerrillero,  
Pero lo fué más que nunca  
Sostenida en aquel tiempo  
Cuando flotaba triunfante  
La bandera del Imperio,  
Y árbitro de nuestra suerte  
Era Napoleón tercero.  
El porvenir asomaba  
Mostrando en el turbio cielo  
Anchas nubes tormentosas,  
Tristes horizontes negros,  
Y al pendón republicano  
Miraba con torvo ceño  
La victoria, sin dejarle  
Sus glorias y sus trofeos.

¡Soldados de las montañas!  
Unos vivos y otros muertos:

Vuestra abnegación a sombra  
 En esa lucha, teniendo  
 La muerte siempre a la vista;  
 Y sin esperar el éxito  
 El mundo os miró luchando,  
 Que no soñabáis más premio  
 Que combatir por la patria  
 Y morir por sus derechos.  
 Hasta ignorabáis, humildes,  
 Que de noche, en el silencio,  
 Cuando las rojas hogueras  
 Alumbran los campamentos;  
 Pasaban entre las sombras,  
 Vuestra causa bendiciendo,  
 Tres espíritus sublimes  
 Que os dieran heroico ejemplo.  
 ¡El delgol de vuestras glorias  
 Impulso, móvil y centro;  
 Con él, un héroe que fuera  
 De la Independencia el genio:  
 El invencible de Cuauhtla  
 El intachable Morelos!  
 Y con ambos la más viva  
 Encarnación de este pueblo:  
 El águila desu escudo.  
 ¡El indomable Guerrero!  
 ¡Soldados de las montañas!  
 ¡Nobles soldados de pueblo!  
 Los que tuvisteis por tienda  
 Praderas, montes y yermos,  
 Harapos por uniforme  
 Y abrupto peñón por lecho!  
 Sonará siempre mi lira  
 Con algún acorde tierno,  
 Al repetir vuestros nombres  
 Y al relatar vuestros hechos.  
 ¡Cuán los dormís en el polvo!

¡Cuántos, ya tristes y viejos,  
 Entre olvido y amargura,  
 Vivís de vuestros recuerdos!  
 Perdidas las ilusiones,  
 Y la fe muerta en el pecho,  
 Contáis vuestras breves horas  
 Envidiando a los que han muerto.  
 Mi voz pretende sacaros  
 De tan hondo abatimiento.  
 Que si en alas polvorosas  
 Lleva esas glorias el tiempo  
 Yo que nací mexicano,  
 Arrabatar las quiero,  
 Y como un grupo de soles  
 Mostrarlas al Universo:  
 ¡Soldados de las montañas!  
 ¡Nobles soldados del pueblo!  
 Como vergel escondido  
 Entre montes gigantescos,  
 En donde limpios arroyos  
 Fertilizando aquel suelo,  
 Cruzan entre las parotas,  
 Retza entre los ceibos,  
 Y se ocultan en la grana  
 Y después brotan ligeros,  
 Brindando con sus cristales  
 A los ganados sedientos,  
 Mientras se posan las garzas  
 En los hojosos granjenos,  
 Y las guacamayas cruzan  
 Con tardo y pausado vuelo;  
 Hay un grupo que semeja  
 Un palomar pintoresco,  
 Formado de blancas chozas,

En donde habitan contentos  
 Con sus familias humildes  
 Francos y altivos rancheros  
 Cerca de cuarenta leguas  
 Distará el naciente pueblo  
 De Zitácuaro, medidas  
 Sobre escabrosos senderos;  
 Papazindán se le llama,  
 Y de la guerra el aliento  
 No ha nublado todavía  
 El limpio azul de su cielo.  
 Una mañana se miran  
 A los ardientes reflejos  
 Del sol que nace, esos campos  
 Poblados de guerrilleros.  
 Allí pasaron la noche,  
 Allí se ve el campamento  
 Que formó la infantería  
 De la Cañada en el centro,  
 Y son aquellos soldados  
 Que inspiran amor al pueblo  
 Los que en constante campaña  
 Manda Nicolás Romero.  
 No esperan al enemigo  
 Y como libres de riesgo,  
 Olvidando las fatigas,  
 Descansan todos contentos.  
 De súbito, se oyen tiros  
 Y blasfemias y denuestos,  
 Y como huracán terrible  
 Que no espera el mar sereno,  
 Destrozando la maleza  
 Y la tierra estremeciendo,  
 Furiosos se precipitan  
 Enemigos regimientos,  
 Acuchillando á su paso  
 Y el espanto difundiendo,

Sin dar á los más osados.  
 Para defenderse, tiempo.  
 Tras ese alud de jinetes  
 Los infantes vienen luego,  
 Y lo que aquellos comienzan  
 A consumir llegan éstos.  
 Nada resiste á su empuje,  
 Y muertos ó prisioneros  
 Quedan los que no han podido  
 Ir por el bosque dispuestos.  
 Nada se sabe del Jefe,  
 Los franceses con empeño  
 Por todas partes preguntan  
 Si ha quedado vivo ó muerto:  
 Mas como nada descubren  
 Y al combate han dado término,  
 Para descansar escogen  
 El lugar de aquel siniestro.  
 Dos horas después se mira  
 Tan tranquilo todo aquello  
 Que un grupo de zuavos rie  
 Contemplando á un compañero  
 Que en pos de arrogante gallo  
 Corre afanoso y violento.  
 El animal, ya rendido,  
 Por salvarse emprende el vuelo  
 Y entre las ramas de un árbol  
 Esconde el pintado cuerpo.  
 El zuavo llega en su busca,  
 Aza los ojos atento,  
 Y descubre, entre el ramaje,  
 Recatado un bulto negro,  
 Lanza un grito de sorpresa,  
 Requiere el arma violento,  
 Y con grandes voces llama  
 A todos sus compañeros.  
 Acuden, miran, discuten,

Gritan y le intiman prestos  
 Que descienda, si no quiere  
 Que sobre él rompan el fuego.  
 Muévense entonces las ramas,  
 Y lentamente, sin miedo,  
 Baja por el tronco un hombre  
 Que está vestido de negro.  
 A tal novedad acuden  
 Más jefes y subalternos,  
 Que á la par que lo contemplan  
 Le forman círculo estrecho.  
 No le conoce ninguno,  
 Más él, á todo resuelto,  
 Les dice con voz tranquila:  
 "Yo soy Nicolás Romero."  
 Al escuchar ese nombre,  
 Temido por todos ellos,  
 Y al contemplar desarmado  
 A quien vencido no vieron,  
 Asema en todos los rostros  
 Con el asombro el contento.  
*El León de las montañas*  
 Presa del destino ciego,  
 Mas debe al propio infortunio  
 Que del contrario al esfuerzo  
 Hallarse entre los franceses  
 Desarmado y prisionero.

Aunque el sol naciente brilla  
 Con deslumbrantes reflejos,  
 De la ciudad opulenta  
 Sobre el trasparente cielo;  
 Hay algo que no se explica,  
 Que pesando sobre México  
 Hace que la luz se mire

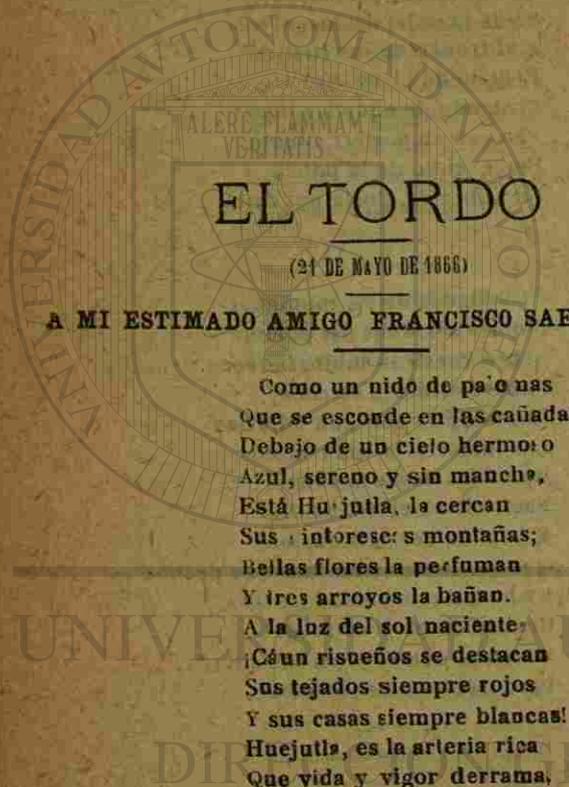
Con un color ceniciento,  
 Y a'umbre calles y plazas  
 Como la antorcha de un féretro.  
 Los ánimos conturbados,  
 Los corazones opresos,  
 Tristeza por todas partes,  
 Por todas partes silencio.  
 El menos rapaz comprende  
 Que se prepara un suceso  
 Tan triste tan pavoroso,  
 Tan terrible, tan funesto,  
 Que al presentirlo semeja  
 La ciudad un cementerio.  
 Desde que rayó la aurora,  
 En la penumbra se vieron  
 Marchar silenciosamente  
 Del enemigo extraño  
 Los pesados escuadrones,  
 Los compactos regimientos,  
 No distante de la plaza,  
 En el oriental extremo  
 De la ciudad se descubre  
 Vecina de los potreros  
 De Aragón, desierta plaza,  
 De triste y mísero aspecto.  
 Cierran su humilde recinto  
 Albergues de carboneros,  
 Y pobres chozas que alfombran  
 Guijarros y polvo seco.  
 Es la plaza de Mixcalco,  
 Que á todos infunde miedo  
 Por ser sitio en que la pena  
 Capital sufren los reos;  
 Le ha regado mucha sangre;  
 Muchos el postrer aliento  
 Lanzaron allí, mirando  
 Aquel conterno siniestro

Por eso los grises muros  
 Del ángulo norte izquierdo  
 Son conocidos por todos  
 Como el rincón de los muertos.  
 Va lentamente á esa plaza,  
 En gruesas ondas el pueblo,  
 En pos de los batallones  
 Que van llegando en silencio.  
 Fórmase el cuadro, se alinean  
 Los zuavos en primer término,  
 Y entre sus filas asoman  
 Las archas bocas de fuego.  
 De ras cazadores de Africa,  
 Que con su marcial aspecto  
 A la inquieta muchedumbre  
 Imponen mucho respeto.  
 Alzáce un rumor de pronto,  
 Como el mar que rugie fiero,  
 Abren paso los soldados,  
 Entra todo en movimiento,  
 Y en el cuadro se presenta  
 El funéreo cortejo  
 Con el que van al cadalso  
 Cuatro mártires del pueblo.  
 Era el uno Roque Flores,  
 Un valeroso sargento;  
 El otro Encarnación Rojas,  
 Alférez del mismo cuerpo;  
 Eugenio Alvarez, altivo  
 Comandante, muy ajuerto,  
 En un tricolor zarape  
 Con suma elegancia envuelto;  
 Y con ellos muy tranquilo,  
 Como quien marcha á paseo,  
 El valor en la mirada  
 Y fumando y sonriendo,  
 Al pat bu o gler oso

Llegó Nicolás Romero.  
 Fó mase á los cuatro en fila,  
 Reina fúnebre silencio,  
 Los tiradores preparao,  
 Se da la señal de fuego,  
 Y al tronar de los fusiles,  
 El grito de ¡Viva México!  
 Brotando de aquellas bocas,  
 Van con su postrer aliento  
 Por el cielo de la patria  
 En nubes de gloria envuelto.

## VI

¡Soldados de las montañas!  
 ¡Nobles soldados del pueblo!  
 Sobre vuestras tumbas crecen,  
 Inmarcesibles y eternos,  
 Los laureles con que adornan  
 Los inmortales sus templos.  
 Huiades desde la cuna,  
 Nacisteis en el silencio,  
 Y á la luz del patriotismo  
 Que se encendió en vuestros pechos  
 La historia imparcial, severa,  
 Grabó con humil de fuego  
 Vuestros nombres en sus altos,  
 Perdurables monumentos!



## EL TORDO

(21 DE MAYO DE 1866)

A MI ESTIMADO AMIGO FRANCISCO SAENZ MERAZ

Como un nido de pa'os nas  
 Que se esconde en las cañadas,  
 Debajo de un cielo hermoso  
 Azul, sereno y sin mancha,  
 Está Huejutla, la cercan  
 Sus interesantes montañas;  
 Bellas flores la perfuman  
 Y tres arroyos la bañan.  
 A la luz del sol naciente,  
 ¡Cuán risueños se destacan  
 Sus tejados siempre rojos  
 Y sus casas siempre blancas!  
 Huejutla, es la arteria rica  
 Que vida y vigor derrama,  
 De la Huasteca á la Sierra,  
 Que las estrecha y enlaza,  
 Como llave y como centro  
 De comercio y de abundancia.

Allá en los funestos días  
 De la intervención extraña,  
 Fué el Imperio en Huejutla

Buena parte de sus armas,  
 Más de cuatrocientos hombres  
 A la ciudad resguardaban,  
 Provistos de cuanto puede  
 Ambicionarse en campaña.

Llegó el veintiuno de Mayo  
 Del sesenta y seis. Erraba  
 El gran Juárez manteniendo  
 Para de la ley el arca,  
 Por los áridos deiertos  
 Y los montes de Chihuahua.  
 Como Mayo es mes de gloria  
 Que en nuestros fastos resalta,

A los libres de Huejutla  
 Les llenó de fuego el alma,  
 Y un humilde hijo del pueblo,  
 Moreno, de anchas espaldas,  
 De ojos negros y brillantes  
 Con expresivas miradas,  
 Antonio Reyes, un pobre

Capitán que lamentaba  
 Ver en su tierra nativa  
 A las fuerzas del monarca;  
 Agrupó veintitres hombres  
 De los de más temple y alma,  
 Y les dijo: "vamos todos

A morir por nuestra causa,  
 O á expulsar de nuestro suelo  
 A los que tanto la infaman."

Y sin otros elementos  
 Que mal parque y pocas armas,  
 Intentó dar un asalto  
 El veinte por la mañana,  
 Pero el cielo abrió inclemente  
 Sus horribles cataratas  
 Y frustró todos los planes  
 Que Antonio Reyes fraguara.

Con trabajos espantosos  
 Los que en el secreto estaban  
 Sacando á medias el porque  
 Esperaron la alborada  
 Y Reyes pidió á sus hombres  
 Que librarán la batalla  
 Llevando los piés desnudos  
 Para que nadie escapara.  
 Y así, de calzos, y llenos  
 De fe, de valor, de rabia,  
 A las tropas imperiales  
 Sorprenden con tal audacia  
 Que ni éstas se dieron cuenta  
 De quienes las atacaban  
 Ni dispusieron de tiempo  
 Para resistir la carga.  
 Tan violento fué el ataque  
 Que ya desmoralizadas,  
 Dejando cien prisioneros  
 Abandonaron la plaza  
 El osado Antonio Reyes  
 A quien "El Tordo" llamaban  
 Sus compañeros y amigos,  
 Fué el más bravo en la campaña.  
 Y á tiempo que la victoria  
 Coroó sus espaldas,  
 Y á tiempo que decía á todos:  
 ¡Vencimos! ¡Viva la Patria!  
 ¡Un proyectil alevoso  
 Le penetra por la espalda  
 Y apaga el brillo en sus ojos  
 Y en sus labios las palabras,  
 ¡Viva el Tordo! repetían  
 Los ecos en las montañas,  
 ¡V van Huejutla y sus hijos  
 Que alzan las frentes sin manchas!

Etre tanto, habían dejado  
 Los imperiales la plaza,  
 El sol de Mayo vería  
 Rayos de amor y esperanza  
 Y al aire daban sus voces  
 De entusiasmo las campanas  
 Y ell sobre toscas piedras  
 En roja sangre empapadas,  
 Antonio Reyes «El Tordo»,  
 El héroe de aquel a hazaña,  
 Rígido, inerte, sin vida,  
 En su semb'ante irradiaba  
 La gloria, la inmensa gloria  
 Del que muere por la patria.  
 .....

1891

## ¡Primero es la Patria!

A mi fraternal amigo Rafael de Zayas Enriquez

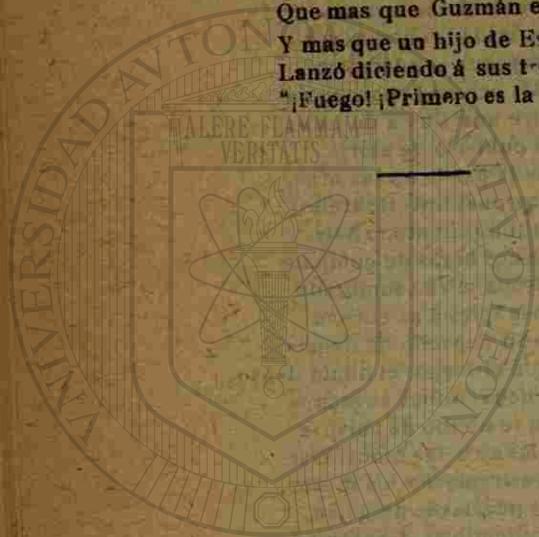
Arena por el oriente,  
Entre cejales de plata  
Y disipando las sombras,  
Aparece la mañana;  
Cuando el eco desprecioso  
De la diestra montaña,  
El estampido noro  
De cañón difunde alarmas.  
Precipitados los belgas  
Que a T. cámbaro resguardan.  
En las trincheras se agolpan  
Y el combate se preparan.  
Ya de una altura descienden  
Las fuerzas republicanas  
Y vibran de las cornetas  
Las notas limpias y claras.  
Se miran los batallones,  
Que denso polvo levantan,  
Marcando pausadamente  
De las tomas por la falda.  
La división es aquella  
Que en la constante compañía

Del Ejército del Centro  
Nicolás Régules mandó.  
En el acúen anse muchos  
Jóvenes en cuyas almas  
El patriotismo ha encendido  
Su pura y ardiente llama,  
Que al llevarlos al combate  
Vencer ó morir les manda;  
Los estimula y anima  
Luis Robredo, y le acompaña  
De valer y de fe lleno  
José Vicente Villada.  
Va á comenzar el combate,  
De prisa el sol se levanta  
Y los ayudantes cruzan  
Entre columnas cerradas;  
Se apresta la artillería  
Y ocupan la retaguardia  
Los escuadrones formados,  
Y listos para la carga.  
Ya los Jefes impacientes,  
Sólo la señal aguardan  
Para emprender atrevidos  
El asalto de la plaza.  
Ya Régules se dispone  
A dar la voz esperada,  
Cuando llega un hombre á escape  
Corriendo desde la plaza.  
El General lo mira  
Le tiende la mano franca  
Y con gran fatiga el otro  
Le dirige la palabra.  
—Que no hagan fuego, le dice,  
Que en la trinchera cercana,  
En esa que se divide  
De la ciudad á la entrada,  
Han colocado los belgas,

Al rayar de la mañana,  
 A los que usad en el mundo  
 Más considera y más ama:  
 ¡Están tu esposa y sus hijos!  
 Pues quiero, si usted ataca,  
 Que reciban los primeros  
 La mortífera descarga.—  
 Régules queda en silencio;  
 Y luego con mucha calma,  
 A los artillos gaita:  
 —¡Fuego! ¡Primero es la patria!—  
 Al sonar su voz, reumbra  
 El cañón y se levanta  
 La espantosa gritaría  
 De las columnas en marcha.  
 Pero un eco más terrible.  
 Régules siega en el alma,  
 Pensando donde la muerte  
 Llevado habrá la metálica.  
 Sus ojos no se humedecan,  
 Ni su faz se torna pálida,  
 Y solo en el entrecejo  
 Sus pensamientos se marcan.  
 —Avancen, les grita, avancen,  
 Y, haciendo brillar su espada,  
 Entre densas nubes de humo  
 Imposible se adelanta.  
 Con cuánto valor defienden  
 Los imperiales la plaza!  
 Con cuánto arrojo combaten  
 Las huestes republicanas!...  
 Signas las primeras líneas  
 Después de tenaz batalla,  
 Los asalantes ocupan  
 Trincheras, calles y casas.  
 Reconcéntrese los belgas  
 En la iglesia y se preparan

A hacer una resistencia  
 Terrible y desesperada.  
 La gente va resbalando  
 De fresca sangre en las charcas,  
 Y hay tantos muertos, que oponen  
 Dificultad á la marcha.  
 Los soldados tropezando  
 Y cayendo se adelantan  
 Hasta cercar la parroquia  
 Entre una lluvia de balas.  
 Allí cubierto de gloria,  
 Y de la patria en las aras,  
 El coronel Luis Robredo  
 El último aliento exhala.  
 Tras dos horas de combate  
 La tropa mira sombrada  
 Que la iglesia se corona  
 Con un penacho de llamas  
 Canfe el fuego, el humo denso  
 En las altas nubes se escapa  
 Y en redondo de chispas  
 Por las aberturas montañas;  
 Y se estremecen los muros,  
 Y las puertas se desgajan,  
 Y crujiendo se desploman  
 Los techos sobre las masas.  
 Los imperiales se rindea,  
 Y de la heroica batalla  
 El éxito y el serrojo  
 Lleva en sus ecos la fama;  
 Y cuando ya la victoria  
 A runcian alegres dias,  
 Régules vuelve á sus hijos,  
 Vuelve á su esposa, y se pasma,  
 De ver como respetaron  
 Sus corazones las balas;  
 Y al estrechar en sus brazos

Aquellas preudas del alma,  
 Escucha como repite  
 En torno suyo la fama,  
 Grabándolas en la Historia,  
 Aque' las nobles palabras  
 Que mas que Guzmán el Biero  
 Y mas que un hijo de Esparta,  
 Lanzó diciendo á sus tropas:  
 "¡Fuego! ¡Primero es la Patria!"



## El canje de prisioneros

A la memoria del Inmaculado Cardillo  
 de la Independencia

GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE

LOS DOS PADRES

I

En la ciudad opulenta  
 Que fué en los tiempos de an'año  
 Residencia de virreyes,  
 O gullo de los vasallos  
 Y emporio de las riquezas  
 De este sue'lo mexicano,  
 Donde aztecas y españoles  
 Levantaron sus palacios;  
 Una mañana de invierno,  
 Al ir feneciendo al año  
 Que contó sesenta y cinco  
 Del sig'o que va espirando,  
 Conversaban tristemente  
 Haciendo corte á un anciano,  
 Un grupo de caballeros  
 Con semblantes consternados.

Era el viejo de est tura  
Elevada y rostro franco,  
Con bien marcada señales  
De ser antiguo soldado;  
Por sus rugos mejillas,  
Sobre sus marchitos labios,  
Como dos sienes de plata  
Bajaba el bigote ceno.

De sus miradas el brillo  
Eclipsaban á su paso,  
Lágrimas mal recojidas  
Con seca y trémula mano,  
Que algunas veces mojaban  
Un pecho condecorado  
Con la cruz más envidiable  
Que registran nuestros fastos;  
La que tiene en el universo  
Con sus letras grabado:  
*Treinta contra cuatrocientos,*  
En medio de un verde lauro,  
Y al empaparla unos ojos  
Que han visto el sol setenta años,  
Prueban que dolor inmenso  
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan  
En su plática al anciano  
Están ceñudos y tristes,  
Y mudos y consternados.  
—Es una maldad sin nombre.  
Les dice ¡joven! ¡Gallardo!  
¡Hijo querido!... no puedo  
Resignarme...; fusilarlo  
Con tan bella esperanzas;  
¡Tan bueno; ¡me quiso tanto!  
Cuántas veces pequeñito

Al tenerle entre mis brazos,  
Pensé, temiendo estas cosas:  
Antes muerto que soldado  
Y ya lo veis, el destino,  
La mala suerte, el acaso,  
A tener un fin tan triste  
Bien pronto le condenaron.  
¿Por qué me sobra la vida?  
¿Yo en su lugar! Está claro.—  
Y anudada su garganta  
Sigue en silencio llorando,  
Y están sin brillo sus ojos  
Y están trémulas sus manos.

En aque la escena muda  
Transcurre así largo rato,  
Hasta que haciendo un esfuerzo  
Más que grande sobrehumano,  
Levanta el rostro y procura  
Manifestarse calmado,  
Y como claras señales  
De que se domina dando,  
Dese á los que le acompañan,  
Viendo venir á caballo  
A un hombre que se aproxima  
Hacia el grupo, paso á paso:

—Cuendo perdemos á un hijo  
O algún otro ser amado,  
Su figura nos recuerdan  
Muchos de los que encontramos;  
Por ejemplo aquel que viene  
Dijera que es el retrato,  
El hombre más perecido  
Al hijo que allá en Huetamo  
En unión de tatnos belgas  
Fusiló Riva Palacio! —

Y ¡quí, ya sia contenerse,  
Bajó su rostro el anciano,  
Y sin poder reprimirlo  
Volvió á sus ojos el llanto.

Como al cruzar de los tiempos  
se abate el roble cansado,  
El roble que enantes pudo  
Burlar el golpe del rayo;  
Ese hombre que histe llora,  
Ese antiguo veterano,  
Fué en otros tiempos temib e,  
Bullicioso, alegre, osado;  
*Don José Niñón*, que tiene  
Un nombre en fama muy alto,  
Y que, de los generales  
Es ya sin duda el decano.

Por eso los que le miran  
En esa edad y llorando,  
Están ceñudos y tristes  
Y mudos y consternados.

## II

Da las toscas herraduras  
Se escucha entonces cercano  
El duro golpe que anuncia  
Que llega precipitado  
El jinete que al mirarlo  
Ha conocido el anciano.  
—¡Padre! ¡Padre!—grita alegre,  
A tierra veloz saltando,  
Y con rauda movimiento  
Alzándole entre los brazos.

Torna el viejo la cabeza,  
Quiere hablar, queda callado,

Abre aturdido los ojos  
Entre risa y entre pasmo;  
La cabeza del mancebo  
Oprime con ambas manos,  
Besa trémulo su frente,  
Y baña su rostro en llanto.

Reina un silencio solemne,  
Silencio sólo turbado  
Por los sollozos convulsos  
Que bota el pecho de entrambos.  
Los del grupo enterrecidos,  
Absortos ante ese cuadro,  
Húmedos tiecen los ojos  
Y la sonrisa en los labios.  
Por fin el padre pregunta  
Con acento entrecortado:

—¿Cómo vives? ¿á quién debo  
Tal prodigio, tal milagro?  
¿Cómo, si todos han muerto,  
Puedo mirarte á mi lado?—

—¿Quién ha muerto, padre mio?  
De todos los que en Hue:amo  
Estábamos prisioneros,  
¿A ninguno fusilaron...  
—¡A ninguno!

--Si á ninguno.  
Pues de Guerra el Secretario  
Parte oficial ha tenido...  
—El parte oficial es falso;  
Para proponer un canje  
Vengo yo comisionado...  
—¿Un canje?—

—Sí; ya usted sabe  
Que reunidos en Zirándaro  
Los prisioneros de guerra,  
Bajo palabra quedamos

Sin más custodia en el pueblo  
 Que nuestro honor empeñado.  
 Una mañana supimos  
 Que en Uruácam fusilaron  
 Los imperiales á Arteaga  
 A Salazar y otros varios.  
 Nos conmovió la noticia,  
 Y temimos consternados  
 Que espantosa represalia  
 Allí pudiera orillarnos  
 A igual suerte, y aturdidos  
 En aquel terrible caso,  
 Los oficiales y jefes  
 Belgas conmigo contando,  
 Salimos luego del pueblo,  
 Y á poco nos encontramos  
 A orillas del Zacatula  
 Y sin conocer el valor.  
 Vimos un bote, fué nuestro,  
 Y saltando en él, vogamos  
 Con la esperanza insosia  
 De llegar al Océano.

Conocida nuestra fuga,  
 Nos tendieron nuevos lazos,  
 Y, antes de mediar el día,  
 Al tocar en un remanso,  
 Nos hicieron prisioneros  
 Y nos formaron el cuadro,  
 Por ser orden terminante  
 Prendernos y fusilarnos.

Era el momento supremo,  
 Y nosotros resignados  
 A Dios levantando el alma  
 La voz de fuego esperamos.  
 Mas de repente, rompiendo

Por el bosque enmarañado,  
 Llegó un oficial á escape  
 En un soberbio caballo,  
 Y anhelante, voz en cuello,  
 ¡Indulto! ¡indulto! gritando.  
 Era el que daba tal grito  
 El comandante Velasco,  
 Que á escape y sin detenerse  
 Llegaba desde Huefamo.  
 Allí por nuestra fortuna  
 A tiempo que nos fuéramos,  
 Llegó el General en Jefe  
 Que la vida me ha salvado,

Sabiendo lo que ocurría  
 Mandó suspender el acto  
 Y que á todos nos llevarán  
 En el momento á su lado.

Veloz corrió el ayudante,  
 Y si no se afana tanto,  
 La existencia nos costara  
 Un minuto de retardo.

Nos pusieron luego en marcha,  
 Y tres horas caminamos  
 Llegando en la misma tarde  
 Al campo republicano.  
 Le di al General mi nombre  
 Y, tendiéndome la mano,  
 Exclamó:—¡su nombre abona  
 Que es caballero y soldado!  
 Y probaré la confianza  
 Que su aspecto me ha inspirado,  
 Encomendándole lleve  
 Hasta México un encargo:  
 —“Libre va usted, que le entreguen  
 Armas, dinero y caballos,

Y al romper mañana el día  
Partirá usted de Huetamo.  
Lleva usted en estos pliegos,  
Que no le entrego cerrados,  
La suerte de muchos hombres,  
Pues no quiero fusilarlos.  
En esa nota propongo  
A Bazaine un canje franco:  
Mis prisioneros me entrega,  
Y yo los suyos le mando.  
Responden al cumplimiento  
Y á la fé de este tratado,  
Como Jefe mi palabra,  
Mi honor como mexicano.  
A México llega, y antes  
De hablar con nadie, á caballo,  
Sin sacudirse ni el polvo  
Ni proucrarse descanso,  
Al Mariscal le presenta  
Esos pliegos que le mando  
Y sé que si usted no vuelve  
Será porque lo han matado.,,  
—“Señor, contesté, yo acepto  
Con orgullo tal encargo;  
Iré, cumpliré y muy pronto  
Me tendrá usted á su lado.  
Jamás contra mi partido  
Combatiré, pero grato  
Hallará usted en mí siempre  
Un hijo, nunca un soldado.”

Al rayar el nuevo día,  
Me halló libre y caminando  
Y tras de cinco Jornadas  
Estrecho á usted en mis brazos.—

Ya no pudo contenerse  
En su emoción el anciano,

Y volvió, pero de gozo,  
A dejar correr su llanto.  
—¿Quién es ese Jefe, dijo,  
Tan noble y tan esforzado?  
Quiero que suene su nombre  
Como oración en mis labios.  
—Ese jefe, usted lo sabe,  
En Michoacán tiene el mando  
Del Ejército del Centro:  
¡Vicente Riva Palacio!—  
Ei vlejo, entonces, asiendo  
Al mancebo de la mano,  
—Ven—le dice, ven conmigo.  
—No puedo, señor, yo traigo  
Orden de no hablar con nadie  
Hasta entregar.....  
—Yo lo mando.....  
—Pero padre.....  
—Nada escucho.....  
—A mis instrucciones falto.  
—Como padre y como jefe  
Te lo ordeno.  
—Entonces, vamos—

Pensativo ya el mancebo,  
Orgullosa el veterano,  
Tras ellos el asistente  
Conduciendo los caballos;  
La gente al mirarlos piensa  
Que es algún comisionado,  
Y ellos ligeros caminan  
Sin hacer á nadie caso.

Llegan por fin á una casa,  
Crozan el extenso patio,  
Y suben las escaleras  
Hasta la sala llegando.

Allí encuentran departiendo  
Con otros en el estrado.  
A un caballero que muestra  
Genio afable y muchos años.

Sin saludarle siquiera  
Dice el que llega:—Mariano,  
Aquí tiene usted á un hijo—  
Y luego al joven mostrando:  
—Este el padre,—le dice—  
Del hombre que te ha salvado,—  
El joven enternecido  
Besa del otro la mano,  
Después en pocas palabras  
Le refiere el tierno caso,  
Y se abrazan los dos viejos  
Enternecidos llorando.

Uno ver puede á su hijo  
En México y á su lado,  
El otro al sayo no ha visto  
En largos y tristes años;  
Pero allí se sienten todos  
Tan contentos, tan ufanos,  
Que parece que el ausente  
En espíritu ha llegado.

## III

Han corrido tres semanas,  
Y al campo republicano  
El joven Miñón retorna  
Satisfecho de su encargo;  
Que Bazaine admite el cange  
Y está completo el tratado,  
Y el que salió prisionero  
Vuelve ya como un hermano

El cariño de los padres  
Trayendo al Jefe en sus brazos.

Refirió allí las escenas  
De México, entusiasmado,  
Conmovió los corazones,  
Y al oírle los soldados,  
Orgullosos se sintieron  
De llamarse Mexicanos.

¿Qué laurel más envidiable,  
Ni que timbre mas preciado,  
En los fastos de su historia  
Buscará Riva Palacio,  
Que las tiernas bendiciones  
De aquellos nobles ancianos?

Hoy que duermen en sus tumbas  
Hoy que han corrido los años,  
El libro de la experiencia  
Le dirá al viejo soldado  
Que vale más en la vida  
Quitar un hombre al cadalso,  
Que vivir siglos en bronce  
Humedecidos con llanto.

## EL CANJE DE PRISIONEROS.

SEGUNDA PARTE.

### BELGAS Y MEXICANOS.

I

Marchando hacia el mismo punto  
Y por opuestos caminos,  
Se ven dos grupos que llegan  
Hasta las puertas de Acuitzio.

Los que de Morelia vienen  
Están con lujo vestidos,  
Arrogantes los caballos,  
Y los jinetes altivos;  
Sus militares arreos  
Por lo nuevo y por lo limpios,  
Muestran que están del Imperio  
En defensa y en servicio.

Los que por opuesto lado  
Marchando vienen tranquilos,  
Visten como guerrilleros  
Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,  
Ancho sombrero tendido,

Suelta la roja corbata,  
Canana y pistola al cinto.  
El polvo y sudor que cubre  
A los guerreros, indicio  
Es de que por larga senda  
Violentamente han venido.

Al mirar que se aproximan  
Los dos grupos de enemigos,  
Temerosos de un encuentro  
Se separan los vecinos  
A presenciar un combate  
Fiero, sangriento, reñido.

Pero notan con asombro  
Que llegan al pueblo mismo.  
Y se forman frente a frente  
Con aspecto tan tranquilo,  
Como si más que adversarios  
Fuerán dos grupos amigos.

De los soldados el rostro,  
Su ademán franco y pacífico  
Ni da señal de coraje,  
Ni pinta bélico brío;  
Ni una palabra se cruza,  
No se escapa ningún grito  
Y mutuamente se miran  
Curiosos y no ofensivos.

Así pasan largo rato,  
Hasta que por los caminos  
De Tacámbaro y Morelia,  
Que son los dos recorridos,  
Se ven venir lentamente  
Dos columnas, y están fijos  
Todos los ojos en ellas,  
Esperando con ahinco

De aquel episodio extraño  
El final desconocido.

Mucha gente es la que llega,  
De polvo los remolinos  
Indican que la vanguardia  
A entrar comienza en Acuitzio.

Desembocan en la plaza  
De poca e-colta seguidos  
Los jefes de opuestos bandos  
Con rostro alegre y festivo.  
Y quizá por vez primera  
Por voluntad del destino,  
El belga del mexicano,  
Que tanto se han combatido,  
En momentos tan solemnes,  
Se tienden manos de amigos.

Bocarmé, capitán belga,  
Es el que mandando vino  
A las fuerzas del Imperio,  
Y del opuesto partido  
Vive el Coronel Linarte,  
Joven valiente y altivo.

De los caballos descienden  
Y departiendo tranquilos,  
Entran juntos á una casa  
Principal del Municipio.

Se escucha en tales momentos  
El monótono ruido  
Del paso de los infantes  
Que se acercan á aquel sitio,  
Y acrece más el asombro,  
Y acrece más el bullicio  
Y resuenan carcajadas,

Y alegres voces y gritos,  
Cual si estuviera de fiesta  
El pueblo humilde de Acuitzio.

## II

La plaza del pueblo llenan  
Mochedumbre de soldados,  
Y allí están los prisioneros  
Hechos por opuestas bandos.  
Se cuentan los que han caído  
De belgas y mexicanos,  
Y son más de setecientos  
De todas clases y grados.  
Generales hay algunos  
Como Tapia y como Canto;  
Coroneles cual Villada,  
Borda, Pérez y otros varios,  
Y entre los belgas se tienen  
Muchas personas de rango.

Conversan alegremente  
Oficiales y soldados;  
En pabellones las armas;  
En reposo los caballos;  
Diligentes las mujeres,  
Entre los grupos cruzando,  
Llevan lo que necesitan  
Allí los recién llegados,  
Y sin hacer distinciones,  
Tan pronto á republicanos  
Como á imperiales atienden  
Con igual desembarazo.

Bien pronto la confianza  
Se adquiere por ambos lados

Que todos parecen unos,  
Y al contemplar aquel cuadro,  
Dijérase que son todos,  
No enemigos sino hermanos.

No ruje encendiendo enojos  
De la guerra el soplo airado  
En aquellos corazones  
Que otras veces palpitaron  
Con sed de sangre y venganza  
Sobre aquellos mismos campos.

El imperial está amable,  
Está festivo el chinaco,  
Cruzan las conversaciones  
Entre los que ayer cruzaron  
Los temidos proyectiles  
La victoria disputando,  
Y hasta se acercan contentos  
Y se agrupan confiados  
Guardianes y prisioneros,  
Y belgas y mexicanos.

## III

De pronto un clarín resuena.  
"Atención" es lo que toca,  
Repiten otros clarines  
Las mismas vibrantes notas,  
Y como inmenso hormiguero  
Miranse las blusas rojas,  
Los severos uniformes  
De oficialidad lujosa,  
Confundidos y revueltos  
Como en agitadas olas  
Que corren buscando cauce  
En medio de abruptas rocas.

Después de pocos momentos  
En batalla silenciosa,  
Como esperando el combate,  
Ambas tracciones se forman.

Los prisioneros al frente,  
Que si en su rostro se nota  
Expresión de regocijo,  
De sus labios no desborda  
Ni una risa que interrumpa  
La solemne ceremonia.

Bocarmé y Linares salen  
Entre las filas vistosas,  
Y el Jefe republicano  
Proclama con voz sonora,  
Que va á celebrarse el canje  
Ya convenido en sus notas  
Entre el Mariscal de Francia,  
Bazaine, que en México mora,  
Y Riva Palacio, el jefe  
De los soldados que forman  
El Ejército del Centro;  
Que en aquella misma hora  
Quedan libres y á su campo  
Pueden volver sin zozobra,  
Les que en guerra prisioneros  
Se hicieron por ambas tropas.

Y en vista de tal tratado  
Se declara que recobran  
La libertad absoluta  
Sin condición ni deshonra.

No bien terminó Linarte  
De hablar, cuando se desborda  
El júbilo estrepitoso  
En unas gentes y en otras.

Los antes presos se lanzan  
 Con efusión ciega y loca;  
 Los que van y los que vienen  
 Se abrazan gritan y gozan;  
 Los destrozados vestidos  
 Ajénas lágrimas m'ijan  
 Los képis tirán al aire,  
 Cantan; aplauden sollozan  
 Y todos con un acento  
 Y con voz atronadora  
 Lanzan vivas entusiastas  
 A México y al que logra  
 Libertarlos de la muerte,  
 Y al lograrlo se colocan  
 A la altura de los héroes  
 Más grandes de nuestra historia.

¡Que viva Riva Palacio!  
 Repiten todas las bocas;  
 ¡Que viva México gritan  
 Con entusiasmo las tropas,  
 Y belgas y mexicanos  
 En la expansión más hermosa,  
 Se abrazan y se confunden  
 Y hermanos son en tal hora,  
 Sobre aquellos mismos campos  
 Que baña el sol de la Gloria.

## IV

Muchas veces en el mundo,  
 Centro de horribles batallas  
 Por ley injusta y adversa  
 Todas sus pompas la fama  
 Se las niega al que perdona  
 Y se las presta al que mata;  
 Pero al correr de los siglos

La historia imparcial aclara  
 Cuáles actos enaltecen  
 Y cuáles hechos rebajan.

La gloria que tiene sangre  
 Queda con sangre manchada  
 Y no así la que redime,  
 La que perdona y que salva.

Para el noble combatiente  
 En la tierra michoacana  
 Hermosos y verdes lauros  
 La Posteridad le guarda:  
 ¡Lauros que arrancó á la gloria  
 Con la pluma y con la espada!

En el cielo de su vida  
 Todas las nubes son blancas,  
 Su amor en la paz un libro,  
 En la guerra la montaña,  
 En el poder la justicia,  
 La honra en su hogar en calma  
 Y en todos sus pensamientos  
 La grandeza de la Patria!

## Los Mártires de Uruapan.

(21 DE OCTUBRE DE 1865.)

A MI EXBELENTE, PREDILECTO Y MUY QUERIDO AMIGO  
MANUEL A. MERCADO.

### I

Hay un verjel escondido  
En pintorescas montañas,  
Que lo coronan las flores  
Y lo acarician las auras;  
Dando al collado que cruzan  
Del Capatitzio las aguas,  
Aromosa y fresca sombra  
Las retorcidas zirandas.

Del fragante chirimoyo  
La nivea flor embalsama  
Al viento que manso gime  
En las ojas esmaltadas  
De los cafetos que ostentan  
Sus dulces frutos de grana.

En alegres *callejones*  
De doble y florida valla,

Se cruzan entretejiendo  
Sus verdes flexibles ramas  
Arboles de opuestos climas  
Que dan frutas sazonadas.

Y entre los bosques de flores  
Y como música grata,  
Susurran los arroyuelos  
Y murmurán las cascadas,  
Y zumban los chupamirtos,  
Alegres *Zanates* cantan  
Y se plañen las palomas  
Y se duelen las calandrias.

En las casitas ocultas  
Entre la verde enramada,  
Lucen las *guaris* hermosas  
Su gentileza y su gracia.

Su color envidia el trigo  
La mar sus dientes reclama,  
Que son perlas escondidas  
En un estuche de grana.

Fulgura en su bello rostro  
El fuego y la luz del alba,  
Y su negra cabellera  
Es la noche aprisionada  
Sobre una morena frente  
Con una cinta escarlata.

El sol desde el limpio cielo.  
Templa su fuego y derrama  
Calor, vida y regocijo  
Sobre la hermosa comarca.

Todo es alegre y risueño;  
La pradera dilatada;

La cordillera fragosa  
 Que en su torno se levanta,  
 El torrente que á lo lejos  
 Suelta la lluvia encantada  
 En que convierte sus olas  
 La Sonora catarata  
 Que á sus rocas debe el nombre  
 Popular de *saráracua*.

Son los collados alegres  
 Y son alegres las casas  
 Que entre bosques de naranjos  
 Rojizos techos levantan.

Pródiga Naturaleza  
 Allí en todo se retrata,  
 Y no en vano le llamarón  
 De toda la nueva España  
 El *paraíso escondido*  
 En la tierra *michoacana*,  
 No hay pincel que lo retrate,  
 Ese verjel es Uruápam.

## II

Una tarde los vecinos  
 De Uruápam ven asombrados  
 A las tropas imperiales  
 Por el Occidente entrando,  
 Y la noticia circula  
 De que fueron derrotados  
 En Amatlán, los valientes  
 Guerreros republicanos.

Una sorpresa que el pueblo  
 No comprende, abrióle paso  
 Al ejército de Mendez

Hasta llegar sin obstáculo,  
 Sin encontrar resistencia,  
 Al lugar donde alojados  
 Estaban los generales  
 Que allí tenían el mando.

Era Arteaga el primero,  
 Y Salazar, que á su lado,  
 Fueron por el enemigo  
 Presos en el mismo campo.

En tan violenta sorpresa  
 Las tropas se dispersaron;  
 Más un número crecido  
 De oficiales y soldados,  
 Heridos ó prisioneros  
 Hizo el enemigo bando.

Y se contaba en Uruápam  
 Que tras aquel descalabro,  
 Fué para los generales  
 El camino del Calvario,  
 El que entre cerradas filas  
 A seguir les obligaron.

Era Salazar un hombre  
 De hercúlea talla, extremado  
 En las corporales fuerzas,  
 De carácter espartano;  
 Pronto á encender en la ira  
 Y con los débiles manso;  
 Terrible para el combate,  
 Risueño para el estrado.

Arteaga era corpulento,  
 No nervudo ni gallardo;  
 Con la cútis tersa y fina,

De color apiñonado;  
Sobre su pequeña boca  
El bigote negro y lacio:  
Vivos y ardientes los ojos,  
Sedoso el pelo ca taño.

Una fiera en la batalla,  
Siempre festivo en el trato,  
Y de carnes muy obeso,  
Perpetuas huellas llevando,  
En ambas piernas, heridas  
Que á sanar nunca llegaron.

Con gran pesadez camina,  
Que andar le cuesta trabajo,  
Y sufre agudos dolores  
Con el trote del caballo.

Mas si el clarín al combate  
Le llama, fiero y osado,  
Ni sus dolores recuerda  
Ni es su obesidad obstáculo  
Para arrostrar el peligro  
Á los suyos animando,  
Por que en tan graves momentos  
Se siente regenerado,

Con ellos, presos caminan,  
Al general ayudando,  
Villagómez y Villada  
Y Diaz el de Paracho.

Van en la azarosa senda  
Serenos y resignados.  
A teaga apenas, puede,  
Por sus heridas dar paso,  
Y es Villada quien le deja

El triste, endeb'e caballo  
Que en prueba de gran estima  
El enemigo le ha dado.

Sube el general, más luego  
Sufrá mayores trabajos:  
La montura, por estrecha,  
Da martirio y no descanso,  
Y el animal es tan débil,  
Que camina tropezando,  
Y junto con el jinete  
Da en tierra entre los peñascos.

Se multiplican los golpes  
Pero no abaten el ánimo  
De aquel héroe que prosigue  
sin un reproche en los labios  
Por la trabajosa via  
Que le conduce al Calvario.

Ocupa su pensamiento  
El triste recuerdo ingrato,  
De que en aquella jornada  
Quizá pudieran culparlo,  
Porque cuando en Uruápan  
Se presentó el emisario  
A decir que el enemigo  
Había salido de Pazcuaro,  
En una junta de guerra  
Sostuvo Riva Palacio  
Que era oportuno el combate  
Y era preciso librarlo.

Arteaga, por desgracia  
Tuvo parecer contrario.  
Salazar pensó lo mismo,  
Y entonces quedó acordado,

Entre los tres generales,  
Que se retiraran ambos,  
Y que al instante saliendo  
De Uruápam Riya Palacio  
Marcháse á atacar Morelia  
Sin demora y sin descanso.

Por eso va el prisionero  
Pensativo, y anhelando  
Villada saber la causa  
De aquel repentino cambio  
Al Jefe se la pregunta  
Que le responde en el acto:

- La reflexión que me apena,  
Y me trae contrariado,  
Es pensar en cuán distinta  
Fuera la suerte, si acaso  
Seguido hubiera el consejo  
Que en Uruápam desechámos;  
Ya tal vez hubiera muerto  
Como merezco, en el campo,  
No con tan grandes trabajos  
Para llevarme al cadalso.

Y al decir estas palabras  
En sus miradas brillarán,  
Por la cólera encendidos,  
Deslumbradores relámpagos.

## III

Como si tranquilas horas  
Dél nuevo sol esperaran,  
Ya sentenciados á muerte  
Y en capilla, quietos pasan  
Su tiempo los prisioneros

Díaz, Salazar, Arteaga,  
González y Villagómez,  
Que á la siguiente mañana  
Ven las tropas imperiales  
A pasarlos por las armas.

La última noche de un reo  
Qué horribles crímenes paga  
Y á patíbulo afrentoso  
L'eva la justicia humana,  
Está llena de terrores,  
La ve'an negros fantasmas  
Y parece que á la vida  
Las víctimas inmoladas  
Vuelven en aquellas horas  
Que son como siglos largos.

Pero la postrera noche  
Del que muere por la patria,  
Es limpia cual la conciencia  
Y serena como el alba.

Ni acuden remordimientos,  
Ni sofocan torpes ansias,  
Hoye el terror y una fuerza  
Siente misteriosa el alma,  
Que la eleva y la sostiene,  
La diviniza y la ensancha,

Por eso ven el cadalso  
Como el suelo que prepara  
La Gloria á los que sucumben  
Y el triunfo á los que batallan.

Ninguno está amedrentado;  
Todos en sentidas cartas  
Que escriben con mano firme  
Y piensan con mente sana,

Se de piden cariñosos  
De los seres que más aman.

Comienza á lucir el día,  
Y el redoble de las cajas  
Les anuncia que ha llegado  
El momento y que no tardan  
Los jefes que han de llevarlos  
A morir.—Está en la plaza  
Formado el cuadro; los héroes  
Recorren con la mirada  
A las tropas, y serenos  
Sin vecilar, sin que nada  
Temor revele en sus rostros  
Ni turbación en sus almas.  
Se colocan, vitoréan  
Con entusiasmo su causa;  
Se yerguen mirando al cielo,  
Escúchanse las descargas,  
Y de los frágiles cuerpos  
Salen las gigantes almas,  
Llevando de aquellas frentes  
Por el plomo destrozadas,  
Como postrer pensamiento,  
La libertad ó la patria.

Uruápan, están tus calles,  
Tus jardines y tus plazas,  
De aquellos héroes augustos  
Por la sangre consagradas.

Desde entonces los perfumes  
Que de tus flores se exhalan,  
El susurro de tus brisas,  
El murmurio de tus aguas,

El canto de tus pa'omas,  
Y el rugir de tus cascadas,  
Son el himno que la Gloria  
En homenaje levanta  
De los que dieron la vida  
Del patriotismo en las aras

Los árboles que flexibles  
Les prestaron sombra grata,  
Renovado han veinte veces  
Sus túnicas de esmeralda,  
Y viva está la memoria,  
Viva, que el pueblo la guarda  
Del sublime apoteosis  
De los martires de Uruápan.



## EL CENTINELA

A MI AMIGO EL GRAL. CARLOS FUERO

1

Como cingulo de acero  
Que flexible va estrechando  
A cada instante los muros  
Del recinto queretano,  
En donde el último esfuerzo  
Con valor desesperado,  
Los defensores del trono  
Hacen en el mes de Mayo;  
Tal se ven los batallones  
Que sin abrigo es el campo  
En ruda y tenz vigilia,  
Están la ciudad sitiando.

En Querétaro es el Jefe  
Supremo Maximiliano,  
Que más que trono y corona  
Dfiende al i sin descanso,  
So fama que ve muy limpia,  
Su nombre que ve muy alto

Le acompañan en la lucha  
Los que son más esforzados  
De todos los generales  
En saber, arrojo y rango.

Allí Miramón y Méndez  
Como buenos han luchado;  
Allí Castillo y Mejía  
Que tienen fama de bravos,  
Sin desmentir esa fama  
Ayudan al soberano.

Cada oficial, cada jefe  
Y cada humilde soldado,  
Se batan como acostumbraa  
Batirse los mexicanos;  
Sin medir nunca el peligro,  
Y con la risa en los labios.

Pero enemigo tan fuerte  
Exige fuerte adversaria,  
Y a revidos sitiadores  
A tan valientes sitiados.

II

El general Escobedo  
Es de los republicanos  
El primer jefe y lo siguen:  
Corona, que tiene el mando  
De las tropas de Occidente;  
Treviño y con él Naranjo  
Con las del Norte que llegan  
Desde la margen del Bravo;  
Con las del Centro y Guerrero  
Que manda Riva Palacio,  
Viñea Jiménez y Vélez;  
La reserva queda á cargo

De Rocha, que, presuroso  
Y oportuno, acude al campo  
En donde el fiero combate  
Se desata encarnizado.

Manda la caballería

Gu daríama con los bravos  
Martínez Pedro y Juan Doría,  
Que en la acción del Cimasta io  
Cargó con tan fiero arrojo,  
Que dió asombro á los contrarios

## III

Una tarde, y á la hora  
En que estaban relevando  
El servicio entre la tropa  
Del cuartel republicano,  
Y era de San Luis el sexto  
Batallón, que estaba al mando  
De Carlos Fuero, y se hallaba  
En San Sebastian formado.

Un proyectil enemigo,  
Carva invisible trazando,  
A los piés del centinela  
Llega, y moviéndose; en raudos  
Y espantoso torbellino,  
Estalla, sin que el soldado.  
Ni muestre en la faz asombro  
Ni sienta en el pecho espanto.

Vuelan sembrando la muerte  
Los fragmentos inf am dos.  
Del bronce, entre nubes densas.  
De polvo y humo, y del brazo  
Del centinela arrebatan  
El fusil despedazado.

Al disiparse la nube,  
En su puesto, sin que un paso  
Atrás ni adelante diere,  
Sin una señal de pasmo.  
El centinela aparece;  
Que grita: —¡Cabo de cuartel!  
—¿Qué ocurre?—se le pregunta  
Y agrega: —¡Estoy desarmado!—

Otro fusil se le entrega,  
Lo recibe, y muy ufano  
Sigue tranquilo en su puesto  
Sin hacer á nadie caso.

## IV

El nombre de aquel valiente  
La fama llevó en su canto,  
Y habló de Damián Carmona  
A los hijos del Estado  
De San Luis, á quienes hizo  
Este sencillo relato:

“Nació Carmona en el pueblo  
De Mezquitic, y premiaron  
Con un ascenso su arrojo  
Aquella tarde en el campo,  
Ciñeron los pojosinos  
Su frente con verde lauro,  
Y guardan como reliquia  
Su fusil hecho pedazos.

La suerte premiarlo quiso,  
Fin á su existencia dando

<sup>1</sup> El fusil de Carmona, destrozado por el proyectil, se conserva en el salón de sesiones del Congreso de San Luis Potosí. —NOTA DEL AUTOR

Entre el fragor del combate  
Y á la luz del sol de Mayo.\*

El pueblo en Damián Carmona  
Verá un ejemplo preclaro  
De que, para entrar al templo  
De la Fama, es necesario,  
No el timbre de la nobleza  
Ni de la opulencia el fausto,  
Sino el corazón ardiendo  
En un patriotismo santo,  
Que haga despreñar la muerte  
Y ofrecer en holocausto,  
Del deber ante las aras,  
Lo más amante y amado,  
Que a í no se necesita  
Para vencer á los años,  
Ni estatua tallada en bronce,  
Ni templo erigido en mármol.

## HEROISMO MEXICANO.<sup>1</sup>

A MI AMIGO EL DOCTOR RAMON GUERRERO.

Las armas republicanas  
En Querétaro han vencido;  
Presos con Maximiliano  
Fueron soldados adictos,  
En la guerra sin fortuna  
Y en el infortunio altivos.  
El vástago de cien reyes  
Perdió con pompas y títulos  
La cabeza y la corona,  
Que ante el honor son lo mismo.

Han los antiguos conventos  
De prisiones convertido,  
Y jefes y subalternos  
Ni tristes ni pensativos,  
El fin de su causa esperan  
Con los animos tranquilos.

<sup>1</sup> El hecho que motivó esta composición, lo tengo suficientemente comprobado con cartas de autorizadas personas que fueron testigos de lo narrado.

Queda entre los generales  
 Uno anciano y aguerrido,  
 De la bandera triunfante  
 Daro y tenaz enemigo;  
 Arrojado en la campaña,  
 Inteligente, instruido,  
 Incansable conspirando,  
 Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,  
 Le han su sentencia leído,  
 Y después de que la escucha  
 No queda turbado y livido,  
 Sino que amable y sereno  
 De su triste fin convicto,  
 Llama al jefe que custodia  
 La prisión do está cantivo, (1)  
 Y con voz firme le dice:  
 — Coronel, yo necesito  
 Mi conciencia y mis negocios  
 De prisa arreglar hoy mismo;  
 Podéis para tal objeto  
 Llamar aquí, y os lo pido,  
 Un abogado y un cura  
 Para dejar todo listo. —

Era el coronel un joven  
 De antecedentes muy limpios,  
 Tan bravo como arrogante,  
 Tan discreto como altivo,  
 Vástago de ilustre jefe  
 En ruda campaña herido  
 Lo conoció el prisionero  
 Años atrás, siendo niño,  
 Y allí, su acento escuchando  
 En aquel instante crítico.

(1) El ex-convento de Capuchinas en Querétaro.

Fija serenos tus ojos  
 En el general cautivo,  
 Y de esta suerte responde:  
 — Sin ser de vuestro partido  
 Os conozco y os respeto  
 Por pundoneroso y digno.  
 Yo venero en todas partes  
 A los soldados antiguos,  
 Y si son de vuestro temple  
 En su palabra confío.  
 Sabéis que os han sentenciado  
 A muerte; lo habéis oído,  
 Y necesitáis dos hombres  
 Para dejar todo listo,  
 No seré yo quien los llame;  
 Id buscarlos vos mismo  
 Y volved, que aquí os espero;  
 Libre estáis, yo lo permito. —

Quedó el prisionero alónito,  
 Y de sus ojos el brillo  
 Aumentóse con dos lágrimas  
 Brotadas de lo más íntimo.  
 Saltó después, con asombro  
 De centinelas y esbirros  
 Y cuantos salir le vieron  
 Murmuraron del permiso.  
 Pasáronse muchas horas,  
 Horas largas como siglos,  
 Y por fin, con voz vibrante,  
 El campanario vecino  
 Anunció la media noche:  
 — Ya no vuelve — alguno dijo  
 Y el coronel respondió:  
 — Volverá que yo lo fio,  
 Y si no vuelve yo quedo  
 En su lugar, y es lo mismo. —

¡A poco suenan tres golpes  
Tras ellos resuena el grito  
De "¿Quién vive?" al que contestan:  
"Yo, Severo del Castillo.

Era el jefe prisionero  
Que siempre valiente y digno,  
Esclavo de su palabra  
Iba á esperar el patíbulo. <sup>1</sup>  
Estrechó la franca mano  
Del coronel, conmovido,  
Y retiróse á su celda  
Ni consternado ni tímido.

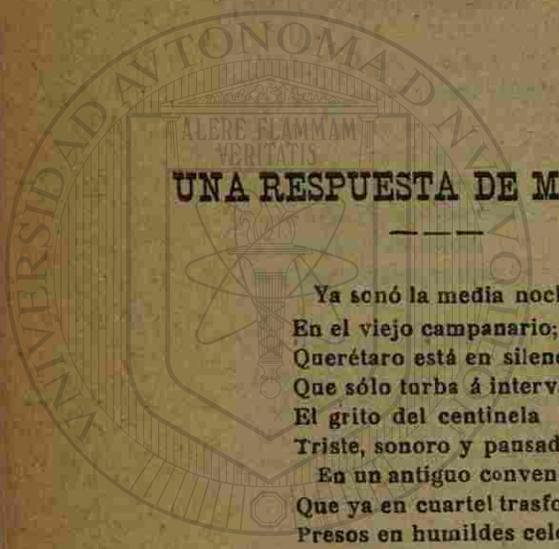
¿Cuál de los dos es más grande?  
¿Cuál de los dos? No lo digo:  
Digalo aquel que conozca,  
Que rasgos como el que pinto  
Puede envidiarlos Esparta  
Y otro Homero describirlos.

Vive el que, joven entonces,  
Dió al prisionero permiso;  
Aun le sirve á la bandera  
A que Juárez le dió brillo.  
Y, como entonces, mantiene,  
Su modesto nombre limpio:  
El General Carlos Fuero,  
Honrado, valiente y digno.

No me culpéis, si, viviendo,  
Tan altos hechos publico;  
Es por gloria de esta tierra  
Que adoro amante y rendido.

<sup>1</sup> El General Severo del Castillo fué después indultado de la pena de muerte y se le llevó preso á la fortaleza de Ulúa.

Es por gloria de las armas  
Que á la Libertad dan brillo  
Y es por honrar á los muertos  
Enalteciendo á los vivos.


 A circular seal of the Universidad Autónoma de Nuevo León is visible in the background. It features a central shield with a cross and a chalice, surrounded by the text 'UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN' and the motto 'ALERE FLAMMAM VERITATIS'.
 

### UNA RESPUESTA DE MIRAMÓN

Ya sonó la media noche  
 En el viejo campanario;  
 Querétaro está en silencio  
 Que sólo turba á intervalos  
 El grito del centinela  
 Triste, sonoro y pausado.  
 En un antiguo convento  
 Que ya en cuartel trasformaron,  
 Presos en humildes celdas  
 Estan la muerte esperando  
 Miguel Miramón, Mejía  
 Y el noble Maximiliano.

Ya poco tiempo les queda  
 De vida á los sentenciados  
 Y el Archiduque, que siempre  
 Fué de la forma un esclavo,  
 Llama á Miramón, queriendo  
 Sobre un punto interrogarlo,

Llega el arrogante jefe  
 Obediente á tal mandato;  
 Y órdenes pide gustoso  
 Á su infeliz soberano.  
 Este le dice:—Seis horas  
 Nos faltan.—Las voy contando

Pues ya que no tengo sueño  
 He de entretenerme en algo.  
 — Perdonad que os distrajera,  
 Pero quiero consultares  
 Cual traje será más propio  
 Para salir al cadalso.  
 — No entiendo vuestra pregunta.

— Y agrega Maximiliano:  
 ¿Nos vestimos de uniforme  
 O saldremos de paisanos?

Y Miramón le replica:

— Magstad voy á ser franco,  
 Como está es la vez primera  
 Que me fusilan, no es raro  
 Que ignore lo que previene  
 El ceremonial del caso.

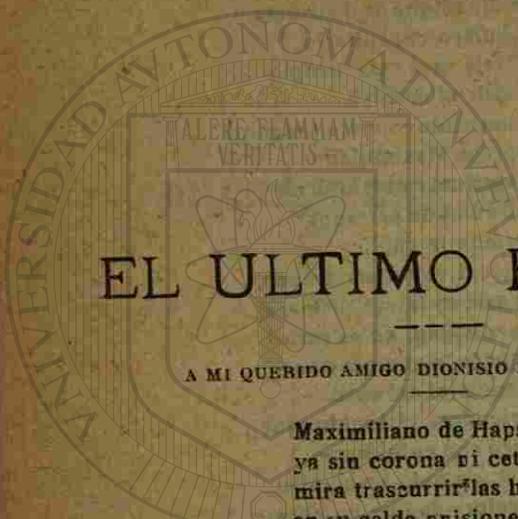
Sonriéndose el Archiduque  
 Y agregó con entusiasmo:

¡ Miguel, en todo os admiro....

“Qué valor! ¡dadme un abrazo!”

CAPITULO III

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EL ÚLTIMO PUESTO

A MI QUERIDO AMIGO DIONISIO MONTES DE OCA

Maximiliano de Hapsburgo,  
ya sin corona ni cetro,  
mira trascorrir las horas  
en su celda prisionero.  
En una noche de Mayo  
á cenar iavita ateato  
á Miramón y Mejía  
de su prisión compañeros.  
—“Pronto—dijo el Archiduque—  
juntos al cadalso iremos.”  
—“Eso—Miramón responde—  
lo ven claro hasta los ciegos.”  
—“No hay esperanza de indulto?”  
—“Podrá ser que allá en el cielo  
nos indulten, pero nunca  
esperéis que lo haga Lerdo.”  
—“Somos tres y como vamos  
al cadalso sobre un cerro,  
se imaginarán las gentes  
que es un Calvario moderno.”  
—“En tal caso—agregó entonces  
Miramón—lleváis buen puesto;

seréis nuestro Jesucristo!

—“¿Por qué?”

—“Porque vais en medio.

Los que estamos mal jugados  
somos yo y mi compañero”.

—“Miguel, siempre los valientes  
á mi derecha estuvieron”.

—“Graciss—respondió Mejía,  
yo de *maladrón* me quedo.

—“¡Nól—Interrumpió el soberano—  
que por un valiente os tengo.

—Pues seré yo quien se quede—  
siguió Miramón—mal trecho.

Es mal papel el de *Gestas*  
y uno ú otro habrá de hacerlo”

Bajó el príncipe sus ojos,  
lanzó un suspiro su pecho  
y dijo á sus dos amigos:

“Ya veremos, ya veremos.”

.....  
Cumpliósese el fin la sentencia,  
juntos al cadalso fueron,

y al pisar el triste sitio

donde se efectuó el suceso,

así dijo el Archiduque

á sus bravos compañeros:

“Hemos llegado al calvario,

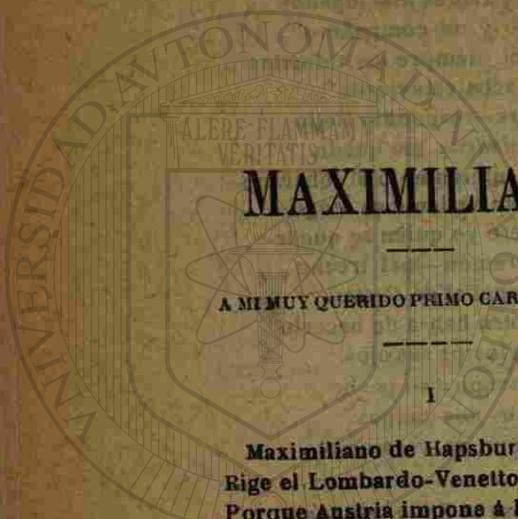
Miramón quedad en medio;

á la derecha Mejía

y yo tomo el lado izquierdo,

que le guardo hasta en la muerte

á los valientes su puesto.”



## MAXIMILIANO

A MI MUY QUERIDO PRIMO CARLOS ADAME

I

Maximiliano de Hapsburgo  
 Rige el Lombardo-Venetto,  
 Porque Austria impone á la Italia  
 Sus hombres en el gobierno.  
 Es gallardo el archiduque,  
 joven y de gran talento,  
 Avezado á las borrascas  
 Del mar, que por mucho tiempo  
 Cruzó en todas direcciones  
 Visitando extraños pueblos.  
 Tiene los ojos azules,  
 Tan azules como el cielo  
 Y es tan rubio que semejan  
 Reyces de sol sus cabellos.  
 Fina y espesa la barba  
 Se le parte por enmedio  
 Y le baja hasta los hombros  
 Libre dejándole el pecho.  
 Vástago de Carlos Quinto

Y agnado á su trono excelso,  
 Siempre lleva el toisón de oro  
 Ornando el erguido cuello.  
 Es con las damas galante  
 Y dadivoso en extremo,  
 Con sus iguales altivo  
 Y con los súbditos tierno.  
 Adora las bellas artes,  
 Y como amigos discretos  
 Le acompañan sabios libros;  
 Cuadros de grandes maestros  
 Y estatuas en que palpita  
 El alma del gusto griego,  
 Y cumplido y caballero,  
 Y juntos en su semblante  
 Brillan conquistando afecto,  
 La juventud, la nobleza  
 Y la magestad y el genio.

II

En una tarde de Mayo  
 Tranquilos el mar y el cielo,  
 Maximiliano va solo  
 En sus jardines amenos,  
 Cruzando por las callejas  
 De castaño y de almendros.  
 Lleva la cabeza baja  
 Absorto en mil pensamientos  
 Y está su rostro tan pálido  
 Que se le creyera enfermo.  
 No ha recibido á ninguno  
 De los hombres del gobierno,  
 Ni ha de sus íntimas cartas  
 Los blancos sobres abierto.  
 Halla de pronto á su paso

Sentado en el césped fresco,  
Sobre un banquillo de mimbres  
Junto al tronco de un abeto,  
A un hombre de blanca barba  
Y escaso y cano cabello,  
Vestido con traje humilde,  
Pero limpio alegre y nuevo.  
Sonríe Maximiliano  
Gustoso de tal encuentro  
Y brillan sus claros ojos  
Con honda expresión de afecto.  
—Señor, le dice el anciano  
Con dulzura y con respeto—  
¿Vuestra Alteza viene triste?  
—Tienes razón, triste vengo.  
—Lo sé que os conozco tanto  
Como el que más,

—Bien lo creo:

No en vano mi augusta madre  
Te nombró mi camarero  
Siendo yo niño.

—Teníais

Seis años ni más ni menos,  
Y desde entonces por nada,  
Ni del mar en los riesgos,  
Ni de la Corte en las fiestas,  
Ni estando en extraño suelo  
Os he dejado, ni es fácil  
Que os deje, señor; os quiero  
Hasta donde más alcanza  
Querer un honrado pecho.  
—Me ves muy triste....

—Os lo he dicho.

—Pues ríe de lo que pienso.

—¿Reír?

—Son cosas de risa.

—Todo en vos es de respeto.  
—Oyeme y no me hagas caso.  
—Señor, siempre os obedezco.  
—Entre mil supersticiones  
Una ridícula tengo.....  
¿No ves en estos jardines,  
En el palacio, en el templo,  
En las salas de tertulia,  
En el salón del Consejo,  
En los anchos corredores,  
En todo, en fin, lo que tengo,  
A mi alrededor, no encuentras  
Emes de mármol, de hierro,  
De alabastro, de maderas,  
De granito?....

—Lo comprendo,

Es cifra de vuestro nombre,  
Y cuanto mirais es vuestro;  
Natural es que esté en todo.  
—Es natural, pero pienso  
Que tal letra es mi sentencia.  
—Hablad, señor, no comprendo.  
—Ni habrás de entenderme nunca.  
—Es un fatalismo necio!  
Las emes me aterrorizan,  
Sábelo, me causan miedo,  
Y han de estar en todas partes  
Mi espíritu entris'eciendo.  
Moriré entre muchas emes,  
—Perdón, señor, que no acierto  
En qué podáis cuerdamente  
Fundaros.....

—¡Presentimiento!

Sábelo y ríe, porque rísa  
Provocan y no respeto  
Las vanas supersticiones  
Cual estas que te refero ...

¡Moriré entre muchas *emes!*  
Tú lo verás....

Bajó el viejo  
Los ojos y hondo suspiro  
Dejó escapar de su pecho,  
Y sigió Maximiliano  
Esa frase repitiendo  
Por las alegres callejas  
De castaños y de almendros.  
Lleva inclinada la frente,  
Pálido está como enfermo,  
Y están húmedos sus ojos  
Tan azu'es como el cielo.

## III

Pasáron e muchos años,  
Y una mañana de invierno  
Llegó en una barca iag'esa  
A Miramar un viajero.  
El mar estaba agitado,  
Estaba plomizo el cielo,  
Menudos copos de nieve  
Bajando en alas del viento  
Posábanse en las cornisas,  
En las torres, en los hierros,  
En las gallardas almenas  
Y en el rico pavimento  
Del legendario Castillo  
Tan triste desde hace tiempo.  
Pidió que le permitieran  
El visitarlo por dentro,  
Y acompañóle galante  
Un hombre afable y discreto,  
Blanca y poblada la barba,  
Escaso y cano el cabello.

— ¿Vivís aquí desde cuando?  
Interrogóle el viajero.  
— V vo aquí... pero no vivo,  
Que yo, señor soy un muerto;  
Me tienen aquí enterrado  
Entre lágrimas y duelo,  
Desde que por negra suerte  
Mi noble señor no ha vuelto.  
Su santa y augusta madre  
Me nombró su camarero  
Desde que cumplió en la vida  
Seis años ni más ni menos.  
Le acompañé á todas partes,  
Me quiso con hondo afecto,  
Y una vez en sus jardines,  
Allá en Lombardo-Veneto...  
Me dijo... Mas perdonadme  
Que calle un rato, no puedo...  
Las lágrimas me enmudecen...  
Y de los ojos del viejo  
Rodaron dos grandes gotas,  
Iguales á las que el viento  
Arranca por las mañanas,  
En el rigor del invierno,  
De los vetustos sabinos  
Coronados por el heno.  
Habló después; refirióle  
La escena del jardín regio  
Y así agregó conmovido  
Al hablar estando trémulo:  
No eran supersticiones;  
Lo que me dijo era cierto;  
¡Ha muerto entre muchas *emes!*  
Fué de Miramar á México,  
Imperio de MOCTEZUMA,  
Que lo conquistó un guerrero  
A quien llamaron MALINCHE

Los indígenas del suelo.  
 Dos **MARISCALES** de Francia  
 Le engañaron y vendieron;  
 A Querétaro marchóse  
 Reemplazándole en su puesto  
**Márquez**, que según me dicen  
 Le olvidó en el mayor riesgo.  
 Jefe de los sitiadores  
 Era **Mariano Escobedo**,  
 Y cuando cayó la plaza,  
 De **Miguel López** dijeron  
 No sé qué cosas estrañas  
 Que á darles fe no me atrevo.  
 Cayó con sus generales  
 En **Mayo**, y al poco tiempo  
 Le fusilaron á **Méndez**  
 Que le tuvo tanto afecto....  
 Llamóse **Manuel Azpiroz**  
 El fiscal de su consejo,  
 Riva Palacio **Mariano**  
 Fué á la plaza á defenderlo  
 Con **Martinez de la Torre**,  
 Abogado muy experto.  
 Con **Miramón y Mejía**  
 Fué á morir mi noble dueño,  
 Y era un **Mejía** el **Miainstro**  
 De **Juárez** que en el gobierno  
 Firmó la fatal sentencia  
 Que me tiene en tanto duelo.  
<sup>1</sup> **Monte mayor** se llamaba  
 El capitán del ejército  
 Que á su frente en el cadalso  
 Hizo la señal de fuego.  
 Ha muerto el principe en **Martes**  
 Ya véis, señor si era cierto

1. El capitán Montemayor era natural de Monterrey. (N. del A.)

Lo que me dijo muy triste  
 Allá en **Lombardo-Venetto**....  
 Ha muerto entre muchas *emes*  
 Y jamás olvidaremos  
 Que llamó cosas de risa  
 A cosas de tanto duelo.  
 Después sin decir palabra,  
 El anciano y el viajero,  
 Siguiéron ambos muy tristes  
 Por los salones desiertos  
 Del legendario **Castillo**,  
 Tan solo desde hace tiempo.

## PENSADOR Y HEROE

(27 de Abril de 1867.)

I

En medio de las angustias  
Que sufre Maximiliano  
De Querétaro en el sitio  
Y en su desatino pensando;  
Convoca á sus generales,  
Los cuales le aconsejaron  
Emprender una salida  
Sin medir ningún obstáculo.  
Miramón como Mejía,  
Castillo como Arceano  
Se lanzan con fiero arrojo  
Al cerro del Gimnasio.  
Aunque Castillo fracasa  
De Callejas en los llanos,  
Miramón que siempre lleva  
La victoria de su brazo,  
Aniquila al enemigo  
Que retrocede espantado,  
Y entusiasmado y enardece  
A su joven soberano.

Méndez con igual arrojo  
Obtiene vivas y aplausos,  
Y una victoria segura  
Sueñan lograr sus soldados.

II

Las tropas aniquiladas  
En el enemigo campo,  
De seguro no contaban  
Más de trescientos caballos.  
Los imperiales ignoran  
Que á reparar tal fracaso  
Vienen más de seis mil hombres,  
De Sostenes Rocha al mando.  
Alfstande presurosos  
Para combatir bizarros;  
Miramón y Méndez quieren  
Darles nuevos descalabros,  
Y al encenderse los fuegos,  
Cuando atronaba el espacio  
La lluvia de proyectiles  
Destrectores como rayos,  
Vuelve Rocha la cabeza,  
Y á los piés de su caballo  
Se encuentra con un amigo  
A quien quiere como hermano,  
Y á quien todos lo respetan  
Por pensador y por sabio.  
—“¿Qué haces en tanto peligro,—  
Le dice Rocha turbado;  
“Vengo, hermano á tomar parte  
“Como el último soldado,  
“En este ataque que juzgo  
“Decisivo en nuestro campo;  
“Permiteme que mi rifle  
“Lance su primer disparo

"A la vanguardia de todos  
 "Los que tienes á tu mando."  
 —"Ve á cumplir lo que me pide,  
 Y si murieses luchando,  
 "Sabrá agradecer la patria  
 "Tu heroísmo noble y santo."  
 Sin escuchar más palabras  
 Se lanza el jóven bizarro  
 Hasta las primeras filas  
 Lleno de ciego entusiasmo,  
 Y como un simple riflero  
 Hace todos sus disparos  
 Y combate hasta que Rocha  
 La victoria conquistando,  
 Recobra las posiciones  
 Y pone su honor en salvo.

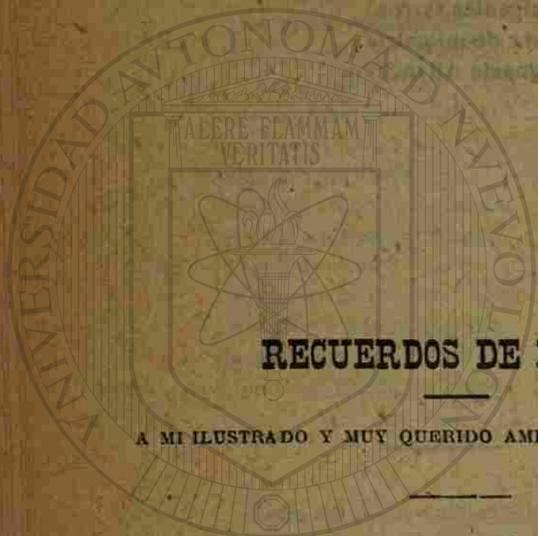
L'eno de polvo y de sangre  
 Torna el joven denodado,  
 A quien Rocha dice al punto  
 Estrechándolo en sus brazos:  
 —"Te admiraba como un genio,  
 "Hoy te admiro como un bravo."

## III.

Era aquel joven, un indio  
 De rostro expresivo y franco;  
 En la tribuna un Demóstenes,  
 En la campaña un Bayardo;  
 Tierno y dulce con el pueblo;  
 Soberbio para los altos.  
 La juventud pensadora  
 Tavo en él Mentor y hermano,  
 Pues como un padre la quiso  
 Y la elevó con su brazo.

Hoy duerme el eterno sueño,  
 Mas de la historia en los fastos,  
 Son las letras de su nombre  
 Como refulgentes astros.  
 Era el honor de mi patria,  
 Era... ¡¡Ignacio Altamirano!!

Febrero de 1893.



## RECUERDOS DE MAYO

A MI ILUSTRADO Y MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA

Quando ya el cuerpo sustenta  
Cerca de cuarenta Abriles,  
Y ya pico en los cuarenta,  
La memoria se alimenta  
De recuerdos infantiles.

Voy á narrar una historia  
Oportuna en este mes,  
Mes de recuerdos de gloria,  
Es un hecho, una memoria  
Que tiene algún interés.

Sano, fuerte y bullicioso,  
Creyendo en muchas quimeras  
Era yo un rapaz choso,  
Como que estaba orgulloso  
De mis trece primavera.

De' mundo solo sabía  
Lo que á la inocente tropa  
Enseña la geografía,  
Que hay Asia, Africa y Europa  
Y América y Oceanía.

Aunque estaban en fermento  
Mis gas os y mis ideas;  
Juzgaba la historia un cuento  
Y el amor un sentimiento  
Que se apaga ante las feas.

Estudiaba sin desmayo,  
Conversaba sin misterio,  
Era por activo un rayo  
Y así llegué á un mes de Mayo  
En la época del Imperio.

El pueblo á Maximiliano  
Le llamaba sin temor,  
En estilo liso y llano,  
En lugar de "soberano"  
"Intruso y usurpador."

Los estudian'tes ajenos  
A las pompas imperiales,  
Escuchabamos serenos  
Esos epitetos llenos  
De resabios liberales.

En nuestros pechos ardía  
La libertad como norma,  
Como faro, como guía,  
Eran nuestra idola ría  
Los hombres de la Reforma.

A la estudiantina grey  
Nada importaban la Corte  
Ni los festejos del Rey;

Sabía solo que la ley  
Andaba en P. so del Norte.

Por fin, en una ocasión  
Se puso á prueba el colegio  
Con una extraña función:  
La solemne recepción  
De un huésped preclaro y regio!

Cada cual se disponía  
A la fiesta sorprendente  
Que agitados nos tenía,  
¡¡El Emperador vendría  
A vernos el día siguiente!

Y era la fecha elegida  
Una que en gloria reboza  
De nuestra historia en la vida:  
¡La que en Puebla dejó ungida  
Con su triunfo Zaragoza!

Convenimos con recato  
En conmemorar tal hecho  
Dando al gobierno un mal rato;  
¿Cómo? ¡Ostentando el retrato  
De Zaragoza en el pecho!

Fué un complot hecho de brujas,  
Cada cual tendió la mano  
Jurando por las tres cruces  
Ser muy digno á todas luces  
De llamarse maximiliano.

Y en ademán decisivo  
Que mi memoria no olvida  
Juramos por el Dios vivo  
Ponernos tal distintivo  
A una señal convenida.

Llegó el momento anhelado,  
Pusieron en un salón  
Todo el colegio formado  
Ya dispuesto y arreglado  
Para la gran recepción.

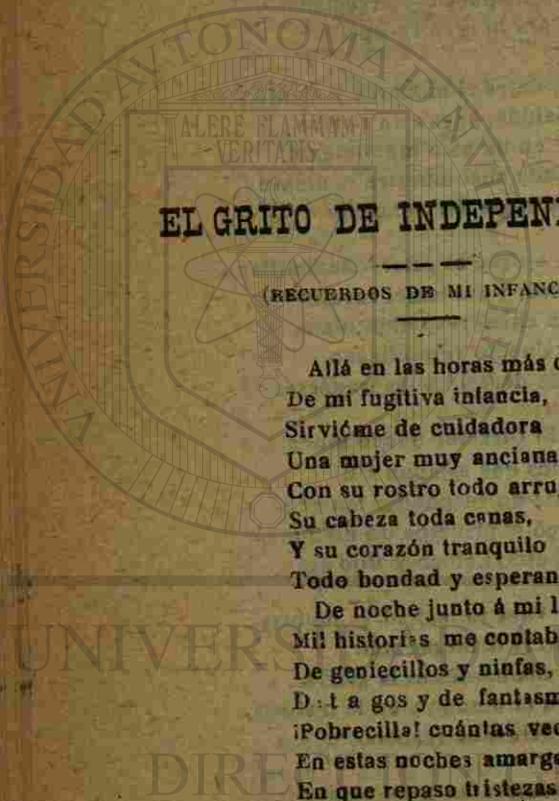
Entra el monarca y atento  
Saluda, suena un rumor,  
Y en un solo movimiento,  
Cada cual muestra contento  
La efigie del vencedor.

—¿Qué es esto?—Maximiliano  
Dice, y sin temer reveses  
Un chico responde ufano:  
“¡Un jefe republicano  
Que derrotó á los franceses!”

El Director quedó mudo  
Y los que estaban allí  
Ante un responder tan rudo;  
Sacó el príncipe un escudo  
Lo dió al chico y dijo así:

“Vues'ra lealtad es notoria  
Y yo la debo premiar,  
De los héroes es la gloria  
Y en el mundo y en la historia  
La debemos respetar.”

Prodújose un gran rumor  
Que retumbó como un rayo  
Y aquel grupo encantador  
En vez de “al Emperador”  
Vitoreó “al 5 de Mayo.”



## EL GRITO DE INDEPENDENCIA

(RECUERDOS DE MI INFANCIA)

Allá en las horas más dulces  
 De mi fugitiva infancia,  
 Sirvióme de cuidadora  
 Una mujer muy anciana;  
 Con su rostro todo arrugas,  
 Su cabeza toda canas,  
 Y su corazón tranquilo  
 Todo bondad y esperanzas.  
 De noche junto á mi lecho  
 Mil historias me contaba  
 De geniecillos y ninfas,  
 De t a gos y de fantasmas.  
 ¡Pobrecilla! cuántas veces  
 En estas noches amargas  
 En que repaso tristezas  
 En mi alcoba solitaria,  
 Al oír que de la torre  
 Vuelan en lentas parvadas  
 Las mismas horas que entonces  
 Pasé á su lado tan gratas,  
 He pensado en ella y visto  
 Llegar su sombra á mi estancia  
 Pretendiendo como en antes

Secar con cuentos mis lágrimas!  
 En cierta vez caí enfermo,  
 La fiebre me devoraba,  
 Y en mi delirio quería  
 Para volar tener alas.  
 "Dámelas tú"—grité altivo—  
 "Tú nunca me niegas nada."  
 —"Es verdad, nada te niego,"  
 Pero no sufras, ten calma,  
 Las alas que Dios te ha dado  
 Las tiene tu ángel de guarda  
 Esta noche se las pido  
 Y te las daré mañana."  
 Nunca le faltó manera  
 De responder á mis ansias,  
 Y siempre al verme llorando,  
 Con la paciencia más santa,  
 Me dijo tales ternuras  
 Que aún me conmueven el alma;  
 Ella, que al velar mi sueño  
 De punt llas caminaba,  
 Y porque rumor ninguno  
 A mis oídos llegara  
 Iba á rosegar el péndulo  
 De un viejo reloj de sala;  
 Ella, que jamás hubiera  
 Permittedo á gente extraña  
 Lanzar un débil suspiro  
 A dos pasos de mi cama,  
 Que en balcones y rendijas  
 Cortaba al aire la entrada  
 Y por no causarme susto  
 Rezaba siempre en voz baja;  
 Una noche fué á mi lecho  
 Alegre y entusiasmo fa  
 Diciéndome:—ven, despierta,  
 Ya es hora... no tardes... anda!

Sobrecogido de miedo  
 Yo le pregunté: ¿qué pasa?  
 — Ya lo sabrás cuando escuches  
 El vuelo de las campanas,  
 El tronar de los petardos  
 Y el disparo de las salvas—  
 Abrigado hasta los ojos  
 Sali con la pobre anciana,  
 Y en un sueño del paraíso  
 Me fingió lo que miraba.  
 Desde las enhiestas torres  
 A las humildes ventanas,  
 Lo mismo en extensas calles  
 Que en las más estrechas plazas,  
 Faroles y gallardetes,  
 Banderolas y oriflamas  
 Con los hermosos colores  
 De la bandera de Iguala.  
 Y al escuchar tan'os gritos,  
 Tantos himnos tantas dianas,  
 El rumor de los repiques  
 Y el estallar de las salvas,  
 En brazos de mi niñera  
 Llore sin saber la causa.  
 — Lloras de placer, me dijo, —  
 Esta es una fiesta santa,  
 La sola fiesta que alegra  
 Mi corazón y mis canas.  
 "Hoy es quince de Septiembre,  
 Y en esta noche sagrada,  
 Hace cuarenta y cuatro años,  
 Si mi memoria no es mala,  
 Un cura humilde en Dolores  
 Hizo nacer á la Patria.  
 Cuando era yo jovencita,  
 Mi padre, que en paz descansa,  
 Me traía de la mano

En esta noche á la plaza  
 Para repetir con todos  
 Los que aquí gozan y cantan,  
 El grito de Independencia  
 Que repercute en el alma;  
 Mi padre, mi pobre padre  
 Fué soldado de Galeana;  
 Pero mire... allí está el héroe—  
 Al é mis ojos con ansia  
 Y vi un inmenso retrato  
 Entre lucientes guirnaldas  
 Bañado por los reflejos  
 De las luces de Bengala.  
 Un rostro apacible y dulce,  
 Una frente limpia y ancha,  
 Una mirada de apóstol,  
 Una cabeza muy cana...  
 Era Hidalgo, el Padre Hidalgo,  
 El salvador de la Patria!  
 ¿Lo ves? me dijo temb'ando  
 De regocijo la anciana...  
 Sí, le respondí sintiendo  
 No sé qué dentro del alma,  
 Y entonces á un mismo tiempo  
 Con las manos enlazadas,  
 Nos pusimos de rodillas  
 Llenos los ojos de lágrimas.



## ¡PATRIA!

A MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO SOSA

I

Ayer mi primógenita Conchita,  
 Alma en flor de mis dulces i usiones,  
 Me dirigió una carta, que está escrita  
 Con letras que parecen mosc rd nes  
 No falta, por supuesto, el sobrescrito  
 Que dice: "A mi papa" .yo soy lo veo;  
 Buen chasco se pegaba el angelito  
 Si mandara su epistola al correo!  
 Con mucha gravedad he roto el nema,  
 Que, sin seguir la practica aceptada,  
 No es monograma, ni blasón, ni lema,  
 Sino un poco de goma mal untada.  
 El papel de la carta maravi la  
 Por su extraño doblez y su figura.  
 En sus mejores tiempos fue planilla  
 De un cuadro segundo de escritura.  
 Doy principio á leer y no comento:  
 "Mi querido papá, mucho te extraño;  
 Margot está muy gorda, y Juan conten'o,  
 Porque ha estrenado, al comenzar el año

Te vas á sorprender con su vestido;  
 No te quiero contar, son calzoneras;  
 Su sombrero jarano, y le han traído  
 Una de esas pistolas de . . . de veras.  
 No digas que te dije, si pregunta,  
 Porque si no, dirá que soy muy mala;  
 Ven á ver su pistola, si te apunta.  
 No te asustes, papá, no tiene bala.  
 Ya no te escribo más; en otro día  
 Seré tan larga como tú lo pides;  
 Adios papá, bendice á tu María . . .  
*Post-data.*— Mi muñeca; no te olvides."

II

Al domingo siguiente, muy temprano,  
 Tomé asiento en un coche de primera  
 De aquel tren más inglés que mexicano  
 Que lleva á Veracruz, no á la frontera.  
 Dos horas de camino con el alma  
 Hinchida por las gratas impresiones  
 De una mañana alegre y á "La Palma"  
 Llegó, como quien dice, en dosti ones.  
 Abandonó el vagón, y lo primero  
 Que á mi vista en el campo se presenta,  
 Es Jeanito vestido de ranchero  
 Tal y como la carta me lo cuenta:  
 Un sombrero jarano con tequilla,  
 Un freno á cada lado por chape's,  
 Un ancho barboquejo con hebilla,  
 De cetro de venado la chaqueta,  
 Amplia la calzonera y con golana  
 Botonadura; la corbata suelta;  
 Al cinto la pistola en la canana,  
 La mano airosa ante la crin revuelta.  
 Espuelas de Am zoc, cuyo pavones  
 Ni el tiempo borra ni el andar mallata;

Ostentando en sus mil incrustaciones  
Gallardas cifras en bruñida plata.  
En el sencillo tuste, por adorno,  
Redondos chapetones cincelados,  
Y de la teja y la cabeza en torno,  
Anchos cercos de plata repujados.  
Cubierto el hombro por la manga oscura  
De paño azul y de olvidada usauza,  
Con fleco y con galón la embocadura:  
Fleco que al sol sus esplendores lanza.  
Y tal me pareció que revivía  
Con su traje y airoso continente,  
El tipo que mi ardiente fantasía  
Formara en mi niñez de un insurgente.  
Adelantó el caballo, mezcló un grito  
De júbilo con una escajada,  
Y me puse á mirarle de hito en hito  
Fingiéndome una sorpresa inesperada.

## III

Después, cuando ya juntos caminamos,  
Hablábamos los dos de esta manera:  
(Antes debo advertir, que á lo que hablamos  
Puede ó no darle crédito cualquiera).  
—¿Por qué dices, papá que te parece  
Que soy un insurgente? di: ¿qué es eso?  
—Te lo voy á explicar, pero merece  
Un prólogo de amor ¿me das un beso?  
Hace ya muchos años... todavía  
El abuelito de que fuiste encanto...  
—¡Ah! sí, mi papá grande... No nacía.  
—¿Hará como cien años?

—No, no tanto.

Era el año de diez, han transcurrido  
Desde entonces acá, más de setenta....

—¿Serán doscientos años?

—¡Aturdido!

En nombre de tu edad, no hagas la cuenta  
Hubo por aquel tiempo una gran guerra:  
Luchaban los de aquí con los extraños  
Por quitarles el mando en esta tierra,  
Y fué tan grande que duró diez años.  
—Y quién ganó por su?

—Poco me extraña

Esa pregunta de la cual me río;  
¡Luchábamos nosotros contra España  
Y ganamos nosotros, hijo mío!  
Pero voy á decirte en breve historia  
Como tan noble triunfo conseguimos,  
Rogádotte la guarde tu memoria  
Por ser del suelo en que los dos nacimos  
Muy cerca de la hacienda, en aquel llano  
La iglesia desde aquí bien se divide;  
Vive un amable cura muy anciano,  
Que los domingos viene á decir misa.  
¿Ya lo conoces?

—Sí.

—Mucho cariño

Te profesa por cierto el buen abate...  
—Sí, ¿no sabes? me llama su buen niño,  
Y me convida pan y chocolate.  
—Pues bien de igual edad, con los honores  
Mismos que él tiene, amado por las gentes  
Hubo un cura en el pueblo de Dolores,  
Al cual debemos ser independientes.  
Era de nob'e corazón, y dijo:  
«Cuanto tengo en la tierra y cuanto valgo  
Por mi patria lo doy como buen hijo.»  
Era aquel cura Don Miguel Hidalgo!  
Y sin más que su esfuerzo y su conciencia  
Que la alta voz del patriotismo escucha,  
Proclamó sin temor la Independencia

Y antes que nadie se lanzó á la lucha.  
 Muchos le acompañaron, más la suerte  
 Corresponder no supo á sus desvelos:  
 Por darnos libertad halló la muerte  
 Dejando en su lugar al gran Morelos.  
 Era cara también de pobre aldea,  
 Pero dotóle Dios de tal bravura  
 Que era un rayo de Dios en la pelea.  
 El que manso pastor era de cura.  
 Ejércitos formó, rompió murallas,  
 Hizo temblar al enemigo osado,  
 Y en tres años ganó tantas batallas  
 Que el mundo todo lo miró asombrado.  
 —¿Ese llegó á ganar?

—Dios no lo quiso.

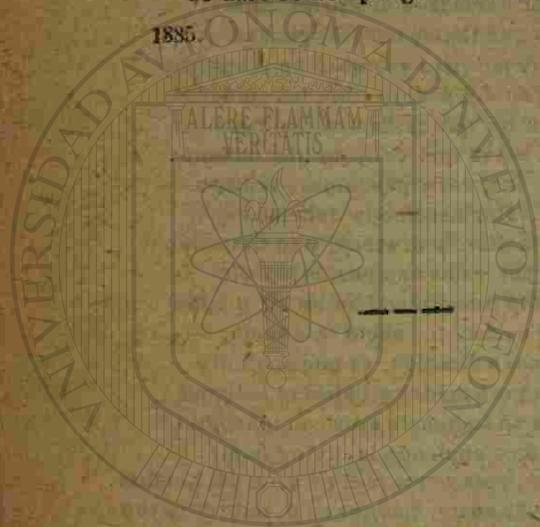
Murió sin desmayar altivo y fiero;  
 Pero seguir luchando era preciso  
 Y así para luchar surgió Guerrero.  
 Hijo del pueblo, ardiendo en sus entrañas  
 El fuego celestial del patriotismo,  
 Era un león nacido en las montañas,  
 Que arrulló el huracán sobre el abismo,  
 Modelo de valor sin arrogancia,  
 Con un corto puñado de valientes  
 Empleo fué de indómita constancia  
 Y faro de las tropas insurgentes.  
 ¿Entiendes lo que digo? Aquellos bravos  
 Que, sin medir peligros, duelos, penas,  
 Les dieron libertad á los esclavos,  
 Rompiendo al oprimido sus cadenas;  
 Aquellos hombres cuyo arrojo fiero  
 Todo lo grande y lo sublime entraña;  
 Sin títulos, ni honores ni dinero;  
 Sin más cuartel que el llano y la montaña  
 Que siempre estaban en constante guerra  
 Sufriendo los rigores de la suerte.  
 Sin esperar más premios en la tierra

Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.  
 Con una manga tosca por abrigo,  
 Con un nombre sin mancha por herencia  
 Con su caballo por mejor amigo,  
 Y por única fe la independencia.  
 Esos que tantos hechos ignorados  
 Nos dejan para asombro de las gentes,  
 Fueron del pueblo libre los soldados  
 Y son los que se llaman insurgentes.  
 Esta tierra que ves y en que tenemos  
 Aire, luz, casa, pan, amor, ventura,  
 A su valor heroico la debemos;  
 Nos la dieron su arrojo y su bravura.  
 Este sol, estos campos, este cielo,  
 Es todo nuestro con su honor ungió:  
 Aquí naciste tú, nació tu abuelo,  
 Y nací yo también; es nuestro nido.  
 Es la gran madre y Patria se le llama;  
 Nada en su bien te asuste ni te asombre;  
 Su amor enciende la divina llama  
 Que alienta y mueve el corazón del hombre.  
 Más que en mí, más que en tí, todo el cariño  
 De que fueres capaz, cífralo en ella,  
 Y en tu inocente corazón de niño  
 Brille ese amor como fulgente estrella.

## IV

Después, al terminar nuestra jornada,  
 Quedéme largo rato pensativo,  
 Y dije á Juan, fijando una mirada  
 En su semblante alegre y expresivo:  
 —¿Ya ves por qué me gustas de ranchero.  
 Grita, cual si te oyeran muchas gentes:  
 ¡Viva Hidalgo, Morelos y Guerrero,  
 Y vivan los soldados insurgentes!

¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;  
Yo su grito escuché con embeleso,  
Y le dije: pues hemos acabado,  
Te daré como epílogo otro beso!



## A JUAREZ

Dadte á mi voz, del huracán rugiente  
El poder no domado y estruendoso,  
Que así quiero cantar de gente en gente  
Las inmortales glorias de un coloso.

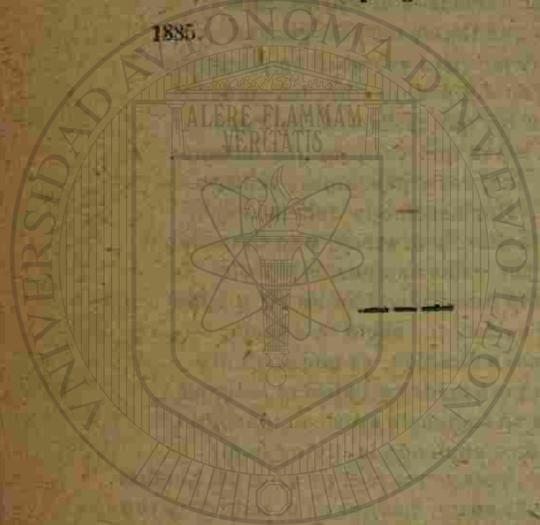
Si la muerte que á todos nos aterra,  
Un trono sobre el ancho firmamento  
Guarda á los semidioses de la tierra,  
Júarez el inmortal, tiene ese asiento.

Nacido en el peñón de una montaña,  
Bajo el dosel del azulado espacio,  
Su alcázar infantil fué una cabaña  
Y el abierto horizonte su palacio.

Por su indígena raza, firme, austero,  
Por su oscuro nacer; del pueblo hermano;  
La tez de bronce, el corazón de acero  
Griego el pensar y el alma de romano.

Los más brillantes lauros de Gloria  
Estaban á su frente destinados.  
Los grandes caracteres de la historia  
Estaban en el suyo condensados.

¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;  
Yo su grito escuché con embeleso,  
Y le dije: pues hemos acabado,  
Te daré como epílogo otro beso!



## A JUAREZ

Dadte á mi voz, del huracán rugiente  
El poder no domado y estruendoso,  
Que así quiero cantar de gente en gente  
Las inmortales glorias de un coloso.

Si la muerte que á todos nos aterra,  
Un trono sobre el ancho firmamento  
Guarda á los semidioses de la tierra,  
Júzate el inmortal, tiene ese asiento.

Nacido en el peñón de una montaña,  
Bajo el dosel del azulado espacio,  
Su alcázar infantil fué una cabaña  
Y el abierto horizonte su palacio.

Por su indígena raza, firme, austero,  
Por su oscuro nacer; del pueblo hermano;  
La tez de bronce, el corazón de acero  
Griego el pensar y el alma de romano.

Los más brillantes lauros de Gloria  
Estaban á su frente destinados.  
Los grandes caracteres de la historia  
Estaban en el suyo condensados.

El alma de Catón, el gran civismo  
De Leónidas, y de Agis la justicia,  
De Temístocles todo el patriotismo,  
De Licurgo el saber y la pericia.

Todo en aquel humilde pequenuelo  
Que en la tierra de Ixtlán pobre crecía,  
Como en una arca lo guardaba el cielo,  
Sólo el Dios de los Libres lo sabía.

Aguila audaz que sobre abrupta peña  
Y en muda soledad cueлга su nido,  
Cuanto más tarde la extensión domeña  
El valle ante sus piés queda vencido.

Así Juárez, así; sin esas galas  
Falsas con que la corte irradia bella,  
Aguila de Anahuac, abrió sus alas  
Miró á su patria y combatió por ella.

La lucha era terrible; usos y leyes  
Ibanse á derrocar; el antro oscuro  
Nido de encomenderos y Virreyes  
Iba á crugir con su imponente muro.

Aún vagaba en la atmósfera el aliento  
De otras edades á la luz ajena;  
Ibase á desatar el pensamiento,  
A dejar el derecho sin cadenas.

Al mirar á aquel hombre que surgía  
De las revueltas masas populares  
Grande cual surge el lumínar del día,  
De las revueltas ondas de los mares,

Rugió la envidia en su furor tremenda,  
Y el fanatismo, de rencor eterno.  
Sintió como el Satán de la leyenda  
Odio al Jehovah que lo lanzó al infierno.

Juárez sereno en su saber profundo  
Fija en el porvenir su audaz mirada,  
Y ve como Colón un nuevo mundo  
Entre las sombras de la edad pasada.

A descubrir sus luchas no me a'rovo,  
Ante tanta grandeza yo me inclino,  
Aquel reformador gigante y nuevo  
Tuvo un Gólgota horrible por camino.

A sus guerreros bravos y animosos,  
Apóstoles, heraldos, campeones,  
Vió morir en cadalsos afrentosos  
Entre befa y escarnio y maldiciones.

Y en medio del tumulto y la matanza,  
Siendo el derecho su sagrada norma,  
Su fé renueva, atiza su esperanza,  
Mata el fuero y cimenta la *Reforma*.

Allí está Veracruz en donde raya  
A tal altura ante la patria historia,  
Que nuestro mar rompiéndose en la playa  
Aun parece gair: "¡A Juárez gloria!"

Nunca de aliento ni firmeza faltó,  
Coronó allí sus grandes ideales....  
Aguila junto al mar, voló tan alto  
Que humilló el mar al verlo sus cristales.

Allí fué tempestad, que con el trueno  
Asorda y llena la extensión vacía,  
Y con el rayo de fulgores lleno  
Rompe los muros de prisión sombría.

Más tarde, tres naciones se congregan  
Para vencerle y destrozarle unidas;  
Cuando á las puertas de la patria llegan  
Las encuentran por Juárez defendidas.

La que se queda sola en el combate  
No vence á Juárez que al burlarla experto  
Lleva nuevo Israel que no se abate,  
El arca de la Patria hasta el desierto.

Allí en el llano inculto, en la ribera  
Del Bravo que nos guarda y nos limita,  
Clava en nómada tienda su bandera  
Y la muerta esperanza resucita.

No lo mancille la facción injusta  
En cuyos odios la verdad se estrella,  
¡El, salvó el arca de la ley augusta!  
¡Con ella huyó, pero triunfó con ella.

Que nada el vuelo de su fama corte:  
Todo lo tuvo ese hombre extraordinario  
Sinaí en Veracruz y allá del Norte  
En los desiertos, Gólgota y Calvario.

Pero el Tabor en que brilló su idea  
Con eternos y vivos resp'andores,  
Lo fué toda esta Patria, en la que ondea  
El lábaro inmortal de tres colores.

La muerte al arroparlo en negro manto  
Lo arrebató de la familia humana,  
Pero su nombre ha de vivir en tanto  
Que haya un palmo de tierra mexicana

Fué el plebeyo humillando á la nobleza;  
Fue el derecho imponiéndose á la historia:  
Do acaba el hombre, el inmortal empieza,  
Su fama universal se llama gloria.

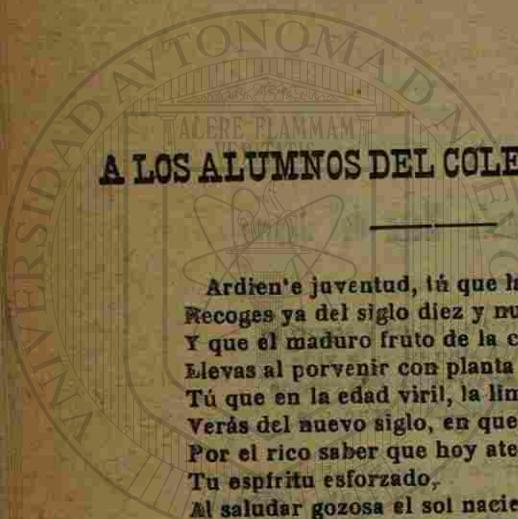
### Margarita Maza de Juárez.

Tierna, sencilla, dulce y amorosa  
En derramar el bien pasó la vida,  
Que á todas las virtudes dió cabida  
En su alma levantada y generosa.

Del redentor de un pueb'o digna esposa,  
Grande en la adversidad, noble y sufrida,  
Fué en la victoria, por el cielo ungida,  
Del hogar ángel, de su pueblo diosa.

Cifró sus más hermosos regocijos  
En aliviar miserias y dolores  
Y en ser otra Cornelia ante sus hijos.....

Justo es ¡oh pueblo! que su ausencia llores:  
En su tumba en que están tus ojos fijos  
Siempre habrás de encontrar frescas las flores.



## A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Ardien'e juventud, tú que la herencia  
 Recoges ya del siglo diez y nueve,  
 Y que el maduro fruto de la ciencia  
 Llevas al porvenir con planta breve;  
 Tú que en la edad viril, la limpia aurora  
 Verás del nuevo siglo, en que, alentado  
 Por el rico saber que hoy atesora,  
 Tu espíritu esforzado,  
 Al saludar gozosa el sol naciente,  
 Honrarás las conquistas del presente  
 Con las sabias lecciones del pasado:

Atiende aquí á mi voz; vibre mi acento  
 Como un canto triunfal en tus oídos;  
 Y en noble sentimiento,  
 Como al sonar el bélico instrumento,  
 Los generosos pechos encendidos  
 Al escucharse de la lira mía  
 Las toscas pulsaciones,  
 La acompañen en rítmica armonía  
 Latiendo vuestros nobles corazones.

Madre es la Patria, que confiada espera  
 Al contemplaros, de su amor ufana,  
 En la marcial carrera;  
 Su porvenir, su nombre y su bandera

En vues'ras manos entregar mañana;  
 Y escudos de la ley y del derecho,  
 La mente con la ciencia engalanada,  
 Las patricias virtudes en el pecho,  
 Podréis decir que irradia vuestra espada  
 Aquella luz, que en Africa una noche  
 Vieron brillar de César los guerreros  
 Como lenguas de fuego en sus aceros.

Que no siempre el aliento de la guerra  
 Fué engendro de rencor y de venganza,  
 Ni el odio y la matanza,  
 Sobre la faz de la extendida tierra.  
 Han llevado las huestes victoriosas  
 Que cual fieros torrentes desbordados,  
 Destruyeron naciones poderosas  
 En los heroicos tiempos, ya pasados.

El saber, las costumbres, las ideas,  
 El rico idioma que á mezclarse llega  
 Con ignotos idiomas escondidos,  
 La exaña actividad que se despliega  
 Al formar vencedores y vencidos,  
 Nuevos pueblos, y razas y naciones,  
 Con más altas tendencias,  
 Con más nobles creencias  
 Y más rico caudal de aspiraciones.

Es'la la guerra fué. Cuán grande miro  
 Sobre la des'umbrante Babilonia  
 Su poderoso imperio alzando Ciro!  
 Y al hundirse la asiática monarquía,  
 De sus escombros de oro y alabastro  
 Surgir una era nueva, como un astro,  
 De r. mandó la luz del nuevo día!

El espíritu helénico ¿á quién debe  
 Su más alto esplendor? Se hizo primero,

CAPITULO RESPONSIVA

Como lejana luz brillando leve;  
Lo trasforma en un sol la voz de Homero,  
Y su inmortal fulgor, grande y fecundo,  
Viene á alumbrar la historia,  
Cuando Alejandro, en alas de la gloria  
Lo extiende en sus conquistas por el mundo.

Predilecto del genio y la victoria,  
Por donde quiera que la firme planta  
Asienta el hijo de Filipo, un templo  
Para honrar el progreso se levanta.  
¡Oh caudillo esforzado y sin ejemplo!  
Su triunfal es andarte,  
Pueblos, reyes y obsáculos desprecia,  
Porque lleva con él la fe de Grecia,  
La voz del genio y el poder del arte.  
Y al calor de la lucha y de las armas  
Y é la sombra del aguila altanera  
Que hacia el Oriente sus legiones guía  
Cifra imperecedera  
De inmensa gloria, nace Alejandría!

¡Augusto emporio del saber humano,  
Irgióse altiva entre la mar y el Nilo,  
Siguiendo el trazo que con diestra mano  
Sapo copiar Dinócrates tranquilo  
Del manto militar del soberano!  
Ved, las romanas picas aparecen  
Anunciando á la tierra  
Que otros gérmenes crecer;  
Que en la ciudad de Rómulo se encierra  
El porvenir de cien generaciones,  
Que llevarán en alas de la guerra  
Fuertes y victoriosas sus legiones.  
Y bajo el sol ardiente de Cartago,  
Y en la márgen del Támesis sombrío,  
Y del Danubio entre el murmullo y go

Y al pintoresco pie del Alpe frío,  
Con César y Pompeyo soberanas,  
Llevando al mundo entre sus garras preso  
De la victoria al encendido beso  
Se han de cernir las águilas romanas.

Y al cruzar esas huestes, anchas vías  
Se abren para el visjero;  
Despierten en los pueblos simpatías  
De mercader sudaz rico venero;  
Surcan tendidos mares los bajetes,  
Y nuevo Dencalión. Roma dejando  
Su camino regado de laureles,  
Fantásticas ciudades van brotando,  
Y el polvo que levantan los corceles  
Al disipar los vientos,  
Dejan ver como huellas de su paso,  
Soberbios monumentos  
Desde do nace el sol hasta el ocaso.

Después de tantos siglos de victoria  
Roma también inclina su bandera;  
Y los últimos fastos de su historia  
El triunfo son de muchedumbre fiera.  
Atravesando con feroz encono  
Los lejanos y estériles desiertos,  
Y en numerosas hondas conducidos  
Por caminos inciertos;  
Cual de mares que están embravecidos  
Su espuma salpicando en las arenas,  
Les gigantescas olas  
Llegan á sepultar playas serenas,  
Así vienen ardientes y terribles  
Hunos, godos, alanos y lombardos,  
Vándalos, francos, suevos, búrguñones,  
Galos y anglo-sajones,  
Y de ese hervor de muchedumbre extraña

Surgen nuevas naciones,  
Inglaterra, Alemania, Francia, España.

Del escondido seno de la Arabia  
Brota un incendio nuevo que devora  
Al mundo ya cristiano;  
Brilla la media luna aterradora;  
Lanza un grito de guerra el africano;  
Y Europa, en otro tiempo vencedora,  
Trémula mira la atrevida mano  
Del hijo del profeta,  
Que incontrastable vino,  
Al clavar su pendón sobre los muros  
De la imperial ciudad de Constantino,  
Su irresistible empuje  
Hace rodar el trono de los godos;  
Al paso del islam la tierra cruje,  
Y al cielo de la ciencia tres estrellas  
En tan sangrienta y trágica demanda  
Asoman luego espléndidas y bellas:  
Son Córdoba, Bagdad y Samarcanda.

Y en esa larga noche tenebrosa  
Del espíritu humano en la Edad Media,  
Esos astros de luz esplendorosa  
Guardan el sacro fuego  
Que el mundo entonces desconoce ciego  
Y que otra culta edad mira a osbrada,  
Cuando su noble admiración escita  
De Córdoba la arábica Mezquita  
Y la soberbia Alhambra de Granada.

Siempre tras de la guerra,  
Más vigorosa llega la cultura;  
Así sobre la tierra  
La negra tempestad roje en la altura;  
Tremenda se desata

De su seno la hirviente catarata;  
El formidable rayo serpentea:  
El relámpago incendia el horizonte,  
El huracán los ámbitos patea  
Infundiendo el terror del prado al monte;  
Y aquella confusión que estremecida  
Y acobardada ve Naturaleza,  
Es nueva frente de vigor y vida  
Y manantial de amor y de belleza

Recordadlo, vosotros, cuyo pecho,  
Desde temprana edad honra la insignia  
Del soldado del pueblo y del derecho;  
Y no olvidéis jamás: si acaso un día  
Siguiendo con valor vuestra bandera,  
Llevais ó resistis la guerra impla  
De nación extranjera  
Sin consentir jamás infame yugo,  
Que la espada esgrimís del ciudadano  
No el hacha del verdugo;  
Que el pendón que enarbola vuestra mano  
Es la antorcha de luz y no la tea  
Del incendiario vil; que los desvelos  
De esta patria tan tiernos y prolijos,  
Es hallar en vosotros dignos hijos  
De Hidalgo, de Guerrero y de Morelos.

No olvidéis que mecióse vuestra cuna  
En el mismo recinto  
Sobre el cual resistieron los aztecas  
A las huestes del César Carlos Quinto  
Y que el indio jamás huyó cobarde,  
Ni al ver flotando espléndidos palacios  
En el revuelto mar, de audacia alarde;  
Ni al ver cruzar silbando en el espacio  
El duro proyectil; ni ante el raído  
Atronador del arcabuz ibero,  
Ni al conocer el ágil y ligero

Corcel que resoplando entre la espuma  
 De sus hinchadas fauces, parecía  
 Huir el virgen suelo que regia  
 Con su dorado cetro Moctezama.  
 Recordad que á los golpes de la espada  
 Y de las lanzas á los botes rudos,  
 Nunca temió la raza denodada  
 Cuyos pechos desnudos  
 Paso ante los cañones por escudos.  
 Recordad que este pueblo cuando siente  
 Herir su dignidad, fulmina el rayo.  
 Lo mismo en las montañas insurgente,  
 Que en los baluartes bajo el sol de Mayo,  
 Que en páginas de luz dejando escritas  
 Glorias que nunca empañará la niebla,  
 Hi algo fué un titán de Granaditas,  
 Y fué un gigante Zaragoza en Puebla!  
 Que merece en la historia eterna vida,  
 La guerra al invasor osado y fiero,  
 Cual merece la guerra fratricida  
 La maldición del Universo entero!  
 Que una docta experiencia  
 Dicen que da el triunfo ambicioso,  
 Más que las toscas armas del soldado  
 Las invencibles armas de la ciencia.  
 Y sabios y prudentes,  
 Al recoger la enseña sacrosanta  
 De esta patria que hoy ciñe vuestras frentes  
 Con el lauro debido á vuestro celo,  
 Veladla siempre con amor profundo,  
 Y así cual brilla el sol sobre la esfera  
 Mire brillar en vuestra mano el mundo  
 Libre y llena de honor vuestra bandera.  
 Dad de firmeza y de heroísmo ejemplo,  
 Nunca lucheis hermano contra hermano,  
 Amad la patria y hallaréis por templo  
 El corazón del pueblo mexicano.

### AL "BLASCO DE GARAY"

El ancla al peñón aferra  
 Sobre la mar espumante,  
 La fortaleza flotante  
 Que dá terror en la guerra.  
 No amenaza nuestra tierra  
 Ni viene en pos de conquista;  
 Surge arrogante á la vista,  
 Y su hermoso pabellón,  
 En vuelo en negro crespón,  
 Cubre los restos de Arista.

No nave de tierra extraña,  
 La llaméis con voz impía,  
 Que nunca la patria mía  
 Vió nada ajeno en España.  
 Esa nave, amor entraña  
 Y en ella mis ojos fijos  
 Sorprenden los regocijos  
 Que causa á la madre ausente  
 Honrar el independiente  
 Y santo hogar de sus hijos.

De amistad símbolo cierto,  
 El fiero bajel hispano

Trae al suelo mexicano  
Tristes de ojos de un muerto:  
Al verle entrar en el puerto  
De las brumas al través  
Grita el vigilante "él es"  
Y alza un himno de alegría  
El mismo mar en que un día  
Quemó sus naves Cortés.

Dando ejemp'o á las naciones,  
Sobre el bajel confundidos,  
De duelo flotan unidos  
Dos hermosos pabellones,  
Sus glorias, sus tradiciones  
Allí enlazadas se ven,  
Y astros del honor sostén  
Iradian sobre la nebla  
Juntas las glorias de Puebla  
Con las glorias de Bailén.

Alzando montes de espuma  
Encuentra el bajel abierta  
A orillas del mar la puerta  
Del país de Moctezuma,  
Ningún recuerdo le abruma,  
Cumple una santa misión,  
Viene á honrar una nación  
Que llena de amor profundo  
Encisura en el nuevo mundo  
El mundo del corazón.

¡Paso al bajel castellano!  
Que de mi siglo á la faz  
Le dén ósculos de paz  
Las olas del golfo indiano.

¡Paso á España! al pueblo hermano.  
Heroico, grande y esperto,  
Que toda virtud despierto  
Manda á mi patria querida,  
Lauzeles de eterna vida  
Con las cenizas de un muerto.

Astro de unión, con tu luz  
Dios nuestros pueblos ampare,  
Y no haya mar que separe  
A Cádiz de Veracruz.  
Surge el tabor tras la cruz,  
La paz tras el batallar  
Y así podemos mirar  
A España y México unidas,  
Hoy que flotan confundidas  
Sus band'ras sobre el mar.

Vuelve á tus playas, bajel,  
Playas héricas y bellas  
Y verán que entras en ellas  
Llevando un nuevo laurel;  
Va vuestra amistad con él  
Y no hay hoz que la destruce,  
Interpreta nuestro goce:  
México republicano  
Tendrá siempre por hermanos  
La España de Alfonso Doce.



## MEXICO Y ESPAÑA

Allá detrás del mar la playa amena  
De la tierra del Cid y los Guzmanes;  
La cruz plantada en la morisca almena  
Y rotos á sus piés los yataganes.

Allá, campos cruzados por gomeles;  
Murallas que los godos defendían;  
Palacios con ojivas y caireles  
Donde las ninfas del harém dormían.

Allá las cinceladas armaduras;  
Los cascos relucientes con ciméras;  
Los castillos poblados de aventuras;  
Las torres coronadas de banderas.

Allá, los altos picos del Moncayo;  
El Guadalete con la sangre tinto;  
Los manes de Rodrigo y de Pelayo;  
Las tumbas de Fernando y Carlos Quinto.

Allá, todo eso que esplendor se llama,  
La tradición, la fábula, la historia,  
Los hechos coronados por la fama  
Y los héroes ungidos por la gloria.

Aquí la noche llena de luceros;  
El campo lleno de silvestres flores;  
El volcán con sus hondos ventisqueros  
Y el lago con sus juncos tembladores.

Aquí, la virgen tierra americana,  
Bajo su azul y eterno cortinaje;  
El rey desnudo, la vestal indiana,  
El bosque inculto y el aduar salvaje.

Aquí, errabundo el ígucrado alleta  
De audacia ejemplo y de valor tesoro;  
En las entrañas del peñón la veta  
Y el barro confundido con el oro.

Aquí, el templo de tosca gradería;  
El ídolo hecho un Dios armipotente,  
Y del pueblo la sorda gritería  
Al verlo bautizar con sangre hirviente.

Aquí, el carcax, el arco y la rodela  
De torca piel, con plumas adornada;  
La aguda flecha que en los aires vuela  
Y la macana en pedernal labrada.

Aquí, sólo un baluarte: la montaña;  
Allá, torres, y naves y cañones;  
Tal fué Tenoxtitlán; tal era España,  
¿Cuál vencerá en la lid de ambas naciones?

### II

Admiro, Iberia altiva, tu nobleza,  
Tu carácter indómito y bravo,  
Pero á la par admiro la grandeza  
Del heróico valor del pueblo mío.

¿Qué hal'aste en estos reinos ígucrados?  
Un pueblo que del oro no se engría;

Una Otumba que asombra á tus soldados  
Y un Guatimoc que en el tormento rie.

Cu'parte en nuestro siglo fuera mengua;  
Venciste y nadie in'entrará culparte;  
Entre tus dones heredé tu lengua  
Y nunca la usaré para insultarte.

Si á la justicia destronó el capricho;  
Si está con sangre escrita cada hozaña,  
¡Ab! yo diré lo que Quintana ha dicho:  
"Crímenes son del tiempo y no de España."

¡Nuestra sangre es igual! que nadie oponga  
A nuestra unión calumnias ni rencores;  
¡La plegaria inmortal de Covadonga  
Sig'os más tarde resonó en Dolores!

La misma es nuestra raza altiva y fiera;  
Igual nuestro carácter franco y rudo,  
Aquí, el águila libre por bandera;  
Allá el león, por símbolo y escudo.

No de venganza con mentido alarde  
Nuestras glorias hundamos en la niebla;  
Hijos de Zaragoza y de Velarde  
Juntos cantemos á Bai.éa y á Puebla!

Juntos el mexicano y el ibero  
Tener debiéran en mejores días:  
¡Para cantar su patriotismo á Homero!  
¡Para llorar sus duelos, á Isaias!

Hoy la g'oria con bellos arreboles  
Ilumina enlazadas nuestras menas;  
¡Honor eterno á México, Españoles!  
¡Honor eterno á España, Mexicanos!

## A MEXICO

EN LAS ULTIMAS DESGRACIAS DE ESPAÑA

Allá del rayuelto mar  
Tras los secos arenales,  
Donde sus limpios cristales  
Las ondas van á estrellar;  
Donde en lucha singular  
Disputando á la fortuna  
Las ciudades una á una  
De sus guerreros el brío,  
Mostraron su poderío,  
La cruz y la media luna.

En esa tierra encantada,  
Que esconde en perpetuo Abril,  
Las lágrimas de Boabdil  
En las vegas de Granada.  
Donde el ave enamorada  
Repite entre los vergel  
El canto de los gomeles;  
Y cuelga su frágil nido  
Del minarete prendido  
Entre ojivas y caireles.

Donde señados ultrajes  
 Vengaron fieros zегries,  
 Regando los albelies  
 Con sangre de abencerrajes.  
 Donde entre muros de cacajes  
 Y torres de filigrana,  
 Lloró la hermosa sultana  
 Amorosos sentimientos  
 A los rítmicos acentos  
 De una trova castellana.

Allí donde nueva luz  
 Alumbro limpia y serena  
 Sobre la morisca almena  
 El símbolo de la cruz;  
 En ese suelo andaluz  
 Cuyos cármenes hollando  
 Y en otro mundo soñando,  
 Cruzaron en su corcel  
 La magoánima Isabel  
 Y el católico Fernando,

En esa región que encierra  
 Tantos recuerdos de gloria,  
 En ese altar de la historia,  
 En ese edén de la tierra.  
 No el azote de la guerra  
 Infunde duelo y pavor,  
 Ni causa fiero dolor  
 El negro contagio inmundos;  
 Que mira asombrado el mundo,  
 A la otra plaga mayor.

Surgen allí tempestades  
 Del suelo entre las entrañas,  
 Y vacilan las montañas  
 Y se arrasan las ciudades  
 Escombros y soledades

Son el cortijo y la aldea;  
 La muerte se enseñorea,  
 Y en medio á tanta ruina,  
 Se ve cual llama divina  
 La caridad que flamea.

Con sordo bramido el duelo  
 Todo lo enluta y recorre;  
 Yace la maciza torre  
 En pedazos sobre el suelo.  
 Salvarse forma el anhelo  
 De los espantados seres  
 Y hombres, niños y mujeres  
 Las crispadas manos juntan,  
 Y viendo al cielo preguntan:  
 "Dinos, Dios: ¿Por qué nos hieres?"

Recordando en sus delitos  
 Las bíblicas amenazas,  
 Van por las calles y plazas  
 Confesándolos á gritos.  
 Los corazones precitos  
 Se niegan á palpar,  
 Y todos ven transformarse  
 Al golpe del terremoto,  
 En abismo el verde soto,  
 Y en escombros el hogar.

Se abate el pesado muro  
 Que adornó silvestre yedra  
 Y brotan de cada piedra  
 Una oración y un conjuro.  
 No hay un asilo seguro:  
 Ciérnese el ángel del mal;  
 Cada fosa sepulcral  
 Abrese ante fuerza extraña  
 Y parece que en España  
 Comienza el Juicio Final

Y entre la nube sombría  
 Que el denso polvo levanta,  
 El coro terrible espanta  
 De los gritos de agonía  
 Y entre aquella vocería,  
 Con rostro desencajado,  
 El padre busca espantado  
 Con ayes desgarradores,  
 El nido de sus amores  
 Entre escombros sepultado.

Convulsa, pálida, errante,  
 Sobre el suelo que se agita  
 La madre se precipita  
 Por la angustia delirante;  
 Vuela en pos del hijo amante;  
 El rostro al abismo asoma,  
 Lo llama llorando; y toma  
 Por voz del hijo querido,  
 La que acompaña al crujido  
 De un techo que se desploma.

En repentina orfandad  
 Trémulas las manos tienden  
 Los niños, que no comprenden  
 Su espantosa soledad.  
 Tan solo la caridad  
 Velará después por ellos,  
 Curando con sus destellos  
 Su miseria y su aflicción:  
 ¡Cómo no amarlos, si son  
 Tan inocentes, tan bellos!

¿Qué pecho no se conmueve  
 Ante cuadro tan sombrío  
 Que el corazón más bravío  
 A contemplar no se atreve?  
 Ante el infortunio leve

¿Quién no es noble? ¿quién no es bueno?  
 ¿Quién de piedad no está lleno  
 Cuando es la virtud mayor,  
 Aun más que el propio dolor  
 Sentir el dolor ajeno?

Manda ¡oh noble patria mía!  
 La ofrenda de tus piedades  
 A las hoy, tristes ciudades  
 De la hermosa Andalucía,  
 No es favor, es hidalguía;  
 Es deber, no vanidad;  
 Llaman otros Caridad  
 A estos óbolos del hombre,  
 Tienen nombre, solo un nombre:  
 Se llaman Fraternidad.

Con tierno entusiasmo santo,  
 Mezcla ¡oh patria amante y buena!  
 Esa pena con tu pena,  
 Ese llanto con tu llanto.  
 Si al mirar ese quebranto  
 Tu triste historia repasas,  
 Verás que angustias no escasas  
 Pasó entre llantos prolijos,  
 Por amparar á tus hijos  
 Bartolomé de las Casas.

**¡POR CONSUEGRA! ¡POR ESPAÑA!**

Leída en el Gran Teatro Nacional de México  
en la función organizada por la Junta de Damas a beneficio  
de los inundados.

Para goces ó due los que sienta España  
Cuando el llanto ó la dicha su faz enciende,  
Tengo una lira humilde que la acompaña  
Y un corazón de hermano que la comprende.

Por eso aquí de nuevo mi voz levanto  
Y pido á pobres cuerdas sus armonías;  
Ya lo sabéis vosotros, la quiero tanto  
Que sus penas intensas las hago mías.

Yo vi de cerca todo lo que se encierra  
De noblezas hidalgas en su recinto;  
Sentí el sol de la historia sobre esa tierra  
Que vió el sol sin Ocaso de Carlos Quinto.

Si allí buscáis leyendas encantadoras  
Soñaréis que os arrullan notas lejanas,  
De rabeles cristianos y guzlas moras  
Bajo los minaretes de las sultanas.

Soñaréis cabe albercas con arrayanes  
En cautivas que lloran por sus donceles;

En alquiceles blancos y en yataganes  
Sobre la verde cuesta de los gomeles.

¡Ah! yo he visto la hermosa vega extendida  
Que el Genil argentado de flores cuaja,  
Y soñe en otros tiempos y en otra vida  
Mirando los jardines de Lindajara.

Recogi de Granada los alhelios  
Que un sol de fuego esmelta con luz divina,  
Y al cruzar por el campo de los zegries  
Me hablaba de mi patria la golondrina.

España nos recibe con regocijos  
Porque colmar supimos su afán profundo,  
Siente orgullo de madre que ve á sus hijos  
Honrar ya independientes el Nuevo Mundo.

En cada leal amigo me dió un hermano  
Que hizo suyos mis goces y mis pesares,  
Porque basta en España ser mexicano  
Para encontrar abiertos pechos y hogares!

Allí ninguno alienta rencor ni dolo  
Al vernos vivir libres en otra esfera,  
Pues saben que ostentamos de polo á polo  
Con honor y sin mancha nuestra bandera.

Ya no existe la España dominadora  
Sino la Iberia hermana que he conocido,  
Y cuya lengua rica dulce y sonora,  
Honramos en la tierra donde he nacido.

Ya no existe la España grave y austera  
Que lanzó en sus legiones fieros aludes,  
Que Cortés hizo odiosa con una hoguera  
Y vindicó Las Casas con sus virtudes:

Soldados de Alvarado; Reyes Aztecas;  
 Todos «óis polvo vano, ya nada existe;  
 De aquella edad aun tiemblan las hojas secas  
 Del árbol que recuerda «la noche triste.»

Se quebró la macana que el casco abolla,  
 La inquisición no ostenta tizones rojos;  
 Y al fundirse dos razas nació la criolla  
 De apiñonado cutis y negros ojos.

La de pies diminutos y andar galano,  
 La que junta con dulce melancolía  
 Lo humilde y apacible del tipo indiano  
 Al garbo y á la gracia de Andalucía.

¡Oh España! oh noble España! tú nos legaste  
 Una fé y una lengua; tienes derecho  
 A buscar en los pueblos que aquí fermaste  
 El corazón hidalgo que hay en tu pecho.

España es igual siempre bajo tu rayo  
 ¡Oh sol del patriotismo que la iluminas!  
 Resucitó á sus héroes del Dos de Mayo  
 Al ver amenazadas las Carolinas!

¿Cómo no tributarle justos honores  
 Al laurel siempre vivo que la enguinalda?  
 ¡Unámonos nuestra enseña de tres colores  
 A su gloriosa enseña de rojo y gualda

Hoy que triste se envuelve con gasa negra  
 Que le atara un espectro de heladas matos;  
 Cual fraternal tributo llegue á Consuegra  
 El óbolo que mandan los mexicanos.

¡Oh caridad sublime! ¡Soy que derramas  
 De amor y de consuelo rayos ardientes!

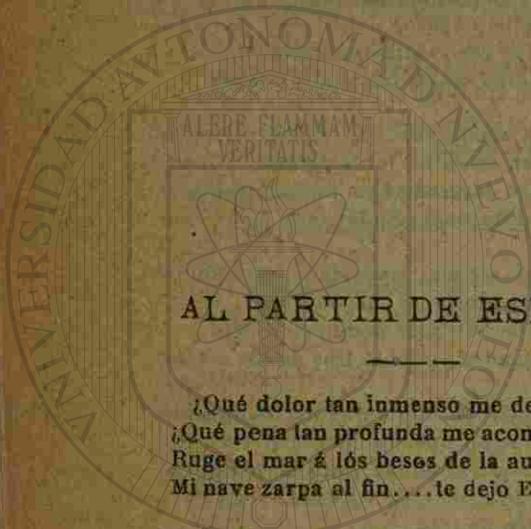
Mira cómo á tu influjo son nuestras damas  
 Los ángeles de guarda de los ausentes.

Campos ayer hermosos, son tristes yermos;  
 Escombros los hogares; las dichas, penas;  
 Los espíritus sanos gimen enfermos.....  
 ¡Aliviad tantos males las almas buenas!

¡Oh! bien hacéis vosotras en ser primeras  
 En consolar amantes, tanta agonía,  
 ¡Para aliviar desgracias ya no hay fronteras!  
 ¡La Caridad no tiene ciudadanía!

Damas que sois las joyas de nuestro suelo  
 Y galardón y gloria da sus hogares;  
 Vuestras altas virtudes bendice el cielo;  
 Vuestra piedad un pueblo tras de los mares!

A la ofrenda tan noble que haréis mañana  
 Yo la inscripción pusiera cual la merece:  
 «Los ángeles de Anáhuac, para su hermana  
 La España de Cristina y Alfonso Trece.»  
 México, 14 de Octubre de 1891.



## AL PARTIR DE ESPAÑA

¿Qué dolor tan inmenso me devora?  
 ¿Qué pena tan profunda me acompaña....?  
 Ruge el mar á lós besos de la aurora:  
 Mi nave zarpa al fin....te dejo España.

De mi postrer adios fueron testigos  
 Cariñosos tendiéndome las manos,  
 Los que ayer al tratarlos llamé amigos  
 Y dejándolos hoy los siento hermanos.

¡Ay! olvidarte España fuera mengua  
 Azul como el de México es tu cielo,  
 El mismo corazón, la misma lengua,  
 Y la fe, y el arrojo y el anhelo.

¡Con cuánto amor acojes afanosa  
 Al que llega de México á tus lares!  
 ¿Cómo olvidarte nunca, tierra hermosa,  
 Si ungieste con aplauso mis cantares?

Adiós España, adiós; la varia suerte  
 No sé si á ti me volverá mañana,  
 Mas ya guardo en el alma hasta la muerte  
 Tus recuerdos ¡oh tierra castellana!

Será siempre tu nombre ya esplendente  
 Donde me lleve la fortuna loca  
 El más dulce recuerdo de mi mente,  
 La más tierna palabra de mi boca.

España ¡adiós! dejarte no quisiera,  
 Mas torno al suelo que meció mi cuna;  
 Mi patria voy á ver..... ella me espere:  
 ¡Tierra como la patria no hay ninguna!

De líquido zafir, de hirviendo plata  
 Alza montes el mar, despun'a el día,  
 Y el hermoso horizonte se dilata  
 Contado por la agreste serranía.

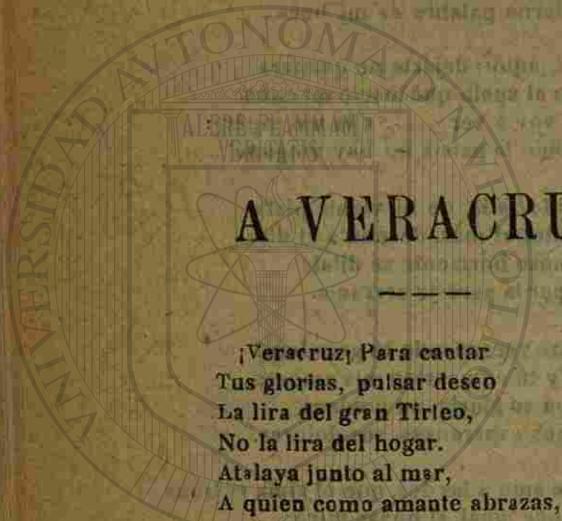
¿Qué diré recordando tu grandeza?  
 Mi patria y tú comparten mis amores,  
 Iguales son su gloria, su nobleza,  
 Su afán, sus esperanzas, sus dolores.

Diré que amo á las dos, que el alma extraña  
 A las dos por igual, si no las miro;  
 Que en España por México suspiro;  
 Y en México suspiro por España.

Santander.

CAPITULO ALTERNATIVO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## A VERACRUZ

¡Veracruz! Para cantar  
 Tus glorias, pulsar deseo  
 La lira del gran Tirteo,  
 No la lira del hogar.  
 Atalaya junto al mar,  
 A quien como amante abrazas,  
 Cuantos duelos y amenazas  
 Atacan los patrios bienes,  
 Antes que nadie sostienes  
 Y antes que nadie rechazas.

Están de recuerdos llenas,  
 Recuerdos de cien batallas,  
 Tus batidas murallas  
 Y tus erguidas almenas.  
 ¡Cuántas páginas serenas  
 Ocupas en nuestra historia!  
 Que al par que heroica memoria  
 Guardan tus montes, tus valles,  
 Cada piedra de tus calles  
 Tiene un bautismo de gloria.

Caluarte de dignidad,  
 De arrojo, de patriotismo,

De abnegación, de heroísmo,  
 De gloria y de libertad:  
 Formó tu virilidad  
 La reforma benéfica;  
 Fuiste la cuna, la aurora  
 De ese cielo en cuyas huellas  
 Son inmortales estrellas  
 Llave y Gutiérrez Zamora.

Orgullosa de tu grey,  
 Nadie brilla junto a ti,  
 Dista, nuevo Sinaí,  
 Las tablas de nuestra ley;  
 Es tu pueblo el pueblo rey,  
 Que fiero en el batallar,  
 Para sufrir y gozar  
 Tiene en su entusiasta anhelo,  
 Por único manto el cielo,  
 Por único amigo el mar.

En la primera invasión  
 A que Francia se atreviera,  
 Salvaste con la bandera  
 El nombre de la nación,  
 Es la lealtad tu blasón,  
 Tu fe la fraternidad,  
 Tu divisa la igualdad,  
 Y en frente del porvenir,  
 Veracruz quiere decir  
 Puerta de la Libertad.

Acoge, pues, al viajero  
 Que en ti pone entusiasmo,  
 Un corazón desgarrado  
 Pero para tí sincero.  
 Pueblo activo y caballero,  
 Nada mis palabras con,

Es pobre mi inspiración;  
La tuya al cielo se eleva  
Con Carpio, con José Esteva,  
Con Zayas y Díaz M rón.

Es mi paso junto á tí  
Rauda como el pensamiento;  
Mas quisiera que mi asiento  
Eterno vibrara aquí.  
No busques, pensando en mí  
Al poeta, busca al hombre,  
Que yo vivo, no te asombre,  
Para ensalzar tu memoria,  
Para celebrar tu gloria,  
Para vendecir tu nombre.

De más glorias al través  
Yérguete noble y bravía,  
Junto á este golfo á que un día  
Trajo sus naves Cortés.  
El mar ofece á tus piés  
Ancho foso de tu hogar:  
Mira en sus ondas brillar  
De tu heroísmo la luz,  
Y sé siempre, Veracruz,  
Indomable como el mar.

## A GUADALAJARA

Te soñé desde niño, tierra de flores,  
Mas valia que nunca yo te soñara,  
Pues hoy sin esperanza, sin paz ni amores,  
Nada puedo ofrecerte Guadalajara.

Ya con el alma enferma llegué á buscarte  
Para aliviar mi amarga melancolía,  
Y así cual te soñaba logré encontrarte  
Con cármenes y vegas de Andalucía.

Tienes en tus palacios nuevas Alhambras  
Con Zaidas y Moraimas en sus vergeles,  
Y tus campestres fiestas son cual las zambras  
Que alegraban las cuevas de los Gomeles.

Mirando tus gardenias, tus tulipanes,  
Tus floridos naranjos, tus alhelios,  
Recuerdo aquellos campos de mulmanes,  
Tumbas de abucerrajes y de zegríes.

Mirando á tus mujeres des'umbradoras,  
Las de talles esbeltos y labios rojos,  
¿Quién no sueña en la magia de aquellos moras  
De crenchas abudosas y negros ojos?

Arabe en tus pasiones y en tus festines,  
Bajo un diáfano cielo respandecient\*,  
Con azalias y lirios de tus jardines  
Teje e. amor guirnaldas para tu frente.

Búcaro de gardenias, tazón de aromas,  
Pe la cual no la guardan indicos mares,  
Blancas, dulces y tiernas como plumas  
Son las felices reinas de tu hogar.

El sol brilla en tu cielo más fulgoroso,  
Te da con sus celajes clámides bellas,  
Y en ti, Guadalajara, todo es hermoso:  
Mujeres, flores, aves, nubes y estrellas.

De la noble franqueza cuna y abrigo,  
De la virtud austera trono y escudo,  
Reina del Occidente, yo le bendigo;  
Edén de las hermosas, yo te saludo.

De tu benigno clima como tesoro  
No tiene en sus espacios región alguna,  
Tardes como tus tardes de nacar y oro,  
Noches como tus noches de blanca luna.

Yo que nací en un valle que Dios regala  
Con lagos y volcanes que el mundo admira,  
Ansioso de mirarte crucé el Chapala  
Y al rumor de sus ondas templé mi lira.

Eres cuna de genios: en ti han nacido  
Artistas, héroes, bardos, sabios, guerreros,  
Y han sobre nuestra historia re-plandecido  
Como en tus lianas noches tantos luceros.

Tazón de tuberosas y tulipanes,  
Ciudad de los palacios y las huries,

Dime si te formaron los musulmaues,  
Si eres de abencerrajes ó de zegrías.

Esas m'gas que ocultan en los chopines  
Pie: que á Fidiás y á Venus bellos recrean,  
Son las flores con almas de tus jardines,  
Gardenias que suspiran y pestañean.

Son embeleso, gloria, blasón y orgullo  
De tu suelo en que hoy vibra la lira mía;  
El canto de tus hijas es el arrullo.  
Del aura entre las vegas de Andalucía.

Tierra de los ensueños y de las flores,  
Per a cual las esconden indicos mares,  
Dios que puso en tus selvas los ruiseñores  
Mandó sus bendiciones á tus hogares.

Para poder cantarte me falta acento,  
Para admirar tu hechizo me falta calma:  
Llevo triste y de luto mi pensamiento,  
Y el invierno y la muerte dentro del alma.

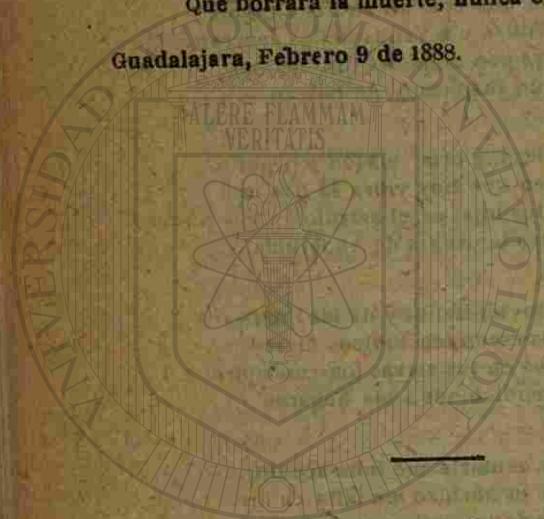
Quando en tus caras noches sueñes dicha,  
Quando con arrebo'es te adorne el día,  
La brisa de tus campos dirá medrosa  
Lo que decir no puede la lira mía.

Siempre para ensalzarte seré el primero,  
Siempre mi pensamiento vendrá á buscarte;  
Y en medio de mis penas tanto te quiero,  
Que en medio de mis penas no he de olvidarte.

Ya brilla del Progreso la nueva aurora,  
Yo sé que al alejarme de tus linderos  
Ponto veadrá la rauda locomotora  
Trayendo á que te admiren nuevos vijeros.

Que á todos les captive, que les esombre  
 Como á mí tu belleza, de dichas n'do,  
 Y que cual yo en el alma guarden tu nombre,  
 Que borraré la muerte, nunca el olvido.

Guadalajara, Febrero 9 de 1888.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## A JALAPA

Jalapa! nido de amores,  
 Fué mi más dulce ilusión  
 Curar mirando tus flores,  
 Los más secretos dolores  
 Que llenan mi corazón.

Entre pintorescas lomas  
 Surges gallarda y gentil,  
 Como un nido de palomas  
 Que incesan con sus aromas  
 Las tuberosas de Abril.

La azucena te perfuma,  
 Te matiza el arrebol;  
 Venus nació de la espuma,  
 Y tú de la tenue bruma  
 Que celoso ahuyenta el sol.

Te colma el cielo de bienes,  
 Y tu esclavo el amor es:  
 ¿Quién no ha de amarte, si tienes  
 Rojos mirtos en tus sienes,  
 Blancos lirios á tus piés?

Dejas en el alma huellas  
Que nada logra borrar,  
Y tienes mujeres bellas  
Como el cielo tiene estrellas  
Y tiene arenas el mar.

Si bardos de alto destino  
Tu belleza singular  
Cantan con plectro divino,  
¿Qué dirá quien sólo vino  
A tu recinto á soñar?

¿Qué hará al mirar tus jardines  
Quien de tanta dicha en pos  
Admira ya en tus confines  
Los alados serafines  
Que en tu seno puso Dios?

Sentir y aspirar la brisa  
Que refresca tus cabañas,  
Ser feliz cuando divisa  
Tu ciudad, que es la sonrisa  
Del ángel de las montañas.

Olvidar su duelo impío  
En tu seno encantador,  
Donde el monte, el llano, el río,  
El bosque y el caserío  
Brindan paz dicha y amor.

Son como encajes sutiles  
Tus nieblas de blanco tul,  
Todas tus huertas pensiles,  
Todos tus meses Abriles,  
Todo tu horizonte azul!

Hasta esa niebla ligera  
Encanta mi corazón,

Pues pareces la hechicera  
Novia de la primavera  
Envuelta en albo crespón.

Tus blancos muros, tus rejas,  
Reflejando vida y luz,  
Tus techos de bardas tejas  
Y tus quebradas callejas  
Cual las del suelo andaluz,

Forman las gracias más bellas  
Con que al que te mira engries,  
Y entre las flores descuellas  
No sé si escondiendo en ellas  
Mujeres ó colibríes.

Deja, ciudad encantada,  
Que de ti me acerque en pos  
De una esperanza soñada;  
Quiero darte una mirada,  
Soñar y decirte adios.

No será el adiós postrero  
Del que nunca ha de volver  
A tu jardín hechicero;  
Aun no te dejo, y ya quiero  
Soñar en volverte á ver.

No soy trovador. Si fuera,  
Dulces cantos te daría,  
Ma: te dejo el alma entera,  
Jalapa, tierra hechicera!  
Jardín de la patria mía!

Jalapa, Enero 19 de 1898.


 EN JALAPA

A MI INTELIGENTE AMIGA ISABEL RIVADENEIRA.

En este vergel risueño,  
 Donde es tan pródiga en dones  
 Naturaleza, que viste  
 Todos sus campos de flores,  
 En este edén encantado,  
 Donde son las ilusiones  
 Hermanas de las gardenias  
 Que dan al céfiro amores;  
 Cómo transcurre la vida  
 Y van las horas veloces  
 Curado las hondas penas  
 De los tristes corazones,  
 Cómo se olvidan los duelos  
 Y surgen encantadores  
 Ensueños de nácar y oro  
 Que al viejo tornan en joven  
 ;Quién pudiera con la lira  
 Que á Apolo presta sus sonos,  
 Cantar en dulces endechas  
 Este emporio de las flores,  
 Cantar de sus lindas hijas  
 Las pupilas como soles.

Las mejillas como rosas,  
 Sus voces de ruiseñores,  
 Y sus talles de palmera,  
 Y sus sentimientos nobles.  
 Ja'apa, jirón de cielo,  
 Que entre pintorescos montes  
 Te recatas hechicera  
 De las miradas del hombre;  
 Deja que en humildes notas  
 Que han de apagarse veloces,  
 Te diga en toscos acentos  
 Cuanto de mi pecho brote;  
 Deja que te dé en mis versos  
 Desaliñados y pobres,  
 Lo que el corazón me dicta  
 Olvidando sus dolores;  
 Deja que espire los auras  
 De tus aromados borques  
 Y que viva en tus hogares  
 Consuelo á mis aflicciones;  
 Deja que te diga todo  
 Lo que en mi pecho se esconde  
 Y resuciten tus brisas  
 La flor de mis ilusiones.  
 Soy el viajero cansado  
 Que los desiertos recorre  
 Y que no encuentra una tienda  
 En los negros horizontes,  
 Pero que tú me la ofreces  
 Revestida por tus flores  
 Y velada en todo tiempo  
 Por el manto de tus noches  
 Que están cuajadas de estrellas  
 Que deslambrian como soles,  
 Y por tus limpias auroras  
 Que rompen el áureo broche  
 Al ver como las saludan

Los mirlos y los zenzontles,  
 Doblo en tierra la rodilla,  
 Y así como el sacerdote  
 Se inclina cuando levanta  
 El místico pan de amores,  
 Inclino la frente mustia  
 Que no hay quien doblarla logre,  
 Y así mi pasión te expreso  
 En estos tristes acordes:

Tierra de amor y de fe,  
 De ternura y de cariño,  
 Que allá en mis horas de niño  
 Como ilusión te soñé,

Deja que te diga aquí,  
 Al son de mi humilde lira  
 Cuánto tu afecto me inspira  
 Y cuánto siento por tí.

Eres un nido de amores,  
 Do se querellan sin penas  
 La brisa y las azucenas,  
 El lirio y los ruisseños;

Donde al pálido arrebol  
 Que en tus horizontes arde,  
 Se enamoran por la tarde  
 La luciérnaga y el sol;

Donde el dulce desvarío,  
 El aire de tus montañas  
 Canta amor entre las cañas  
 Que bordan el manso río,

Donde fluyen blandos lules  
 Con que tus cañadas pueblas,

Un manto de blancas nieblas.  
 Entre horizontes azules;

Donde ante el nitido espacio  
 De tu eterna primavera,  
 Es junto á cada palmera  
 Cada cabaña un palacio;

Donde corteja el rocío  
 A los mirtos encarnados,  
 Bajo los rojos tejados  
 De tu hermoso caserío,

Y entre los verdes ramajes  
 Y los juncos tembladores.  
 Es toda la tierra flores  
 Y lodo el cielo celajes.

Donde, entre la viva luz  
 Que vierte en el monte el cielo  
 Se alza, brindando consuelo,  
 Sobre la ermita la cruz.

¿Qué puedo entre tus jardines  
 A tu belleza cantar,  
 Si te he venido á encontrar  
 Poblada de Serafines?

Verjel hermoso, ¿qué quieres  
 Que te diga en pobre acento,  
 Si tienes un firmamento  
 Cuyos astros son mujeres?

Su candor disipa enojos,  
 Su pureza vence agravlos.  
 No hay lábios como sus labios,  
 Ni hay ojos como sus ojos;

Su franqueza peregrina  
La vida en el alma acrece,  
Y su sonrisa enloquece,  
Y su mirada fascina;

Tiene su faz expresión,  
Su cerebro pensamiento;  
Hay en su alma sentimiento  
Y amor en su corazón.

Nunca mienta sus sonrisas,  
Nunca engañan sus amores,  
Son tiernas como tus flores,  
Y puras como tus brisas.

Quien las visita en su hogar  
Les da cariño profundo,  
Y después recorre el mundo  
Sin poderlas olvidar.

Jalapa, eterno pensil,  
Nido de blancas palomas,  
Todo rosas, todo aromas,  
Que vela un eterno abril.

¿Qué te daré á mi partida?  
Tu franca hospitalidad  
Me dió la felicidad  
Que yo soñaba en la vida.

Mañana ¡triste de mí!  
Estarán, aún olvidarte,  
Mi cuerpo en cualquiera parte  
Y mi pensamiento en ti.

Jalapa, Enero 26 de 1889.

## COATEPEC

A MI FRATERNAL AMIGO MANUEL LEVI

Velado entre un cortejo  
De brisas y de aromas,  
Que de las nieblas rompen  
El trasparente túl,  
Los mirlos lo despiertan,  
Lo arrullan las palomas,  
Sobre una alfombra verde,  
Bajo un dosel azul.

Colmena de alabastro  
Semeja el caserío;  
Le forman los tejados  
Coronas de rubies,  
Y reposado corre  
El marmurante río  
Entre gardenias, mirtos,  
Camelias y alhelios.

Tupidos cafetales  
Esconden la cabaña  
Que el sol americano  
Incendia con su luz,  
Y entre el follaje denso  
Difunde la montaña

La ermita alzando al cielo  
Su solitaria cruz.

El liquidámbar tiende  
Sus ramas aromosas  
Sobre las verdes cañas  
Riqueza del verjel,  
Cortegan los naraojos  
Las áureas mariposas,  
Mientras las piñas brindan  
A los jilgueros miel.

Al soplo de las brisas  
El platanar resuenas;  
Al peso de los frutos  
Se dobla el cafetal,  
Y al pie del floripondio  
Se asoma la azucena,  
Cuyo nevado seno  
Refresca el manantial.

Cuando la fibia noche  
Su clámide desata,  
Y el río da á los vientos  
Su mágico rumor,  
Los azabares fingen  
Alfójares de plata,  
Que bañan los insectos  
Con vívido fulgor.

Es Coatepec un carmen  
Oculto en el follaje,  
Un sueño de pceta,  
La flor de una ilusión;  
Del mar de la existencia,  
Venciendo al oleaje,  
Un puerto en que se encuentra  
La paz del corazón.

Sus hijas son morenas,  
Afables y sencillas;  
Las flores dé su huerto  
Su majestad les dan,  
Es ébano su pelo,  
Son rosas sus mejillas  
Y pétalos sus labios  
Del rojo tullipán.

Aquí, para las dichas,  
Para soñar amores,  
Para gozar tranquilo  
De paz y de quietud,  
La noche tiene estrellas,  
El campo tiene flores.  
Y la mujer el alma  
Radiante de virtud.

Jardín agreste y bello,  
¡Con qué placer te miro!  
Revive de mi pecho  
La amortiguada fe;  
Contemplo tus encantos,  
En atmósfera respiro;  
Adiós, vergel hermoso.  
Jamás te olvidaré.

Ausente, veré en sueños  
Tus flores, tus esbañas,  
Tu panorama hermoso  
Que ante mi vista está;  
Y en alas de la brisa  
Que corre en tus montañas  
Mañana á visitarte

Mi corazón vendrá.

Coatepec, Enero 21 de 1889.

## EN LA FERIA DE TLACOTALPAM

A LA SEÑORA DOÑA PETRONILA CHAZARO DE CHAZARO

Está en su punto la feria  
De la alegre Tlacotalpam,  
Todo es músicas y risas  
Y confusión y algazaras.

Por las pintorescas calles  
Entre las risueñas casas,  
Todas con portales blancos  
Y con tejados de grana,  
En medio de los fulgores  
De las encendidas hachas,  
Retozando con el pueblo  
Ya pasó la mogiganga.

¡Qué extraños los gigantes  
Que se achican y se agrandan  
En manos de los chetuelca  
Que con orgullo los cargan!

¡Qué revoltosos los toros,  
Los elefantes, las garzas,  
Que, como si fueran vivos,  
Asustando al vu lgo pasan!

¡Qué alegre está, qué contenta  
La reina del Papaloapam!  
Se preparan el embalse  
Las corredoras piraguas,  
Pintadas con los colores  
Del pabellón de la patria;  
Coronadas de banderas,  
De ga lardetes y flámulas,  
Y listas para moverse  
Al romper la luz del alba.

La gente que está en el muelle  
Dichosa se mueve y canta,  
Y en las puertas de la Iglesia  
Las mujeres apiñadas,  
Pugnan por ver á la hermosa  
Virgen de la Candelario,  
Que viste traje muy rico  
De seda luciente y blanca  
Por mano de las doncellas  
Con arte y amor bordada.  
Es el altar de la Virgen  
Anecho torrente de llamas  
Que fingen un firmamento  
De inmensas estrellas áureas.

Fuera del templo, y llenando  
De rumor la alegre plaza,  
El pueblo formando coro  
Se entrega libre á la danza.

¡Quién á los balles de *sones*  
No va á dar una mirada,  
Donde con lascivas notas  
Paebra el aire la guitarra?  
Allí no penetra nunca  
La tierna, exquisita dama

Que en los tranquilos hogares  
 Es reina en virtud y gracia.  
 Allí no está la señora  
 Orgullo y flor de su casa,  
 Encanto y luz de la costa,  
 Lujosa y aristocrática.

Llenan el baile de sonos  
 Jarochas de rombo y rasgo,  
 Que en la sonante tarima  
 A vista de todos danzan.

Es la jarocha, morena,  
 Con faz por el sol tostada,  
 Ojos negros y brillantes  
 Como los ojos del águila;

Con un andar muy garboso  
 Y una sonrisa muy franca  
 Y un talle esbello y flexible.  
 Que se cimbraba cuando marcha.

Tiene los negros cabellos  
 Sujetos en trenzas largas,  
 Que circundan su cabeza  
 Con aire de musulmana;

Ciñe las trenzas oscuras  
 La cinta azul ó encarnada,  
 Que en ancho y vistoso moño  
 Sobre la frente remata;

Por detrás de la cabeza  
 Relumbrando se destaca  
 Ostentoso cachirulo  
 Con rica teja dorada;

Envuelve su airoso cuello  
 Rica pañoleta blanca,  
 Ligera como la espuma,  
 Brillante como la plata;

Rebozo de grandes puntas  
 Sobre su mórbida espalda,  
 Y con doñaire descendiendo  
 Sobre la ligera enagua  
 Que adornan anchos o'anes;  
 Lustrosas y almidonadas.

Al bailar, con qué soltura  
 Pone los brazos en jarras,  
 En tanto que en terno suyo  
 Canta el pueblo las *guarachas*:

«Jarochita de mis ojos,  
 ¿Por qué me olvidas ingrata?  
 Mirame y dame la muerte,  
 Jarochita de mi alma.

«Dejé mi corazoncito  
 A la sombra de un palma  
 Y una jarochita infame  
 Lo mató de una mirada.»

Aplaude el pueblo los cantos.  
 Unos gritan, otros bailan,  
 Otros arrancan los lozos  
 A las dolientes guitarras,  
 Y así se pasa la noche,  
 Y así llega la mañana,  
 Entre risas y suspiros  
 Y confusión y algazara,  
 Mientras hermoso, imponente,  
 Con su manto de esmeralda,

Alegra y fecunda el río  
Cocos, cafetos y cañas.

¿Quién sufre terribles duelos?  
¿Quién lora penas amargas?  
Está en su punto la feria  
De la alegre Tlacotalpam.  
El nenúfar de las ondas,  
De la costa la saltana,  
Trono de las mejiposas  
Y perla del Papaloápam.

Tlacotalpam, Febrero 4 de 1899

## AL PAPALOAPAM

A mi fino amigo señor D. Juan Cházaro Soler.

¡Salve, anchuroso río,  
Con muros de esmeralda por riberas!  
¡En medio de tus ondas pasajeras  
Concibe a Dios el pensamiento mío!

Con eterna ansiedad é igual encanto  
Hasta la mar profunda te deslizas,  
Y al blando soplo de las auras rizas  
Sobre un abismo azul tu regie manto.

No hay en mi numen que tu luz abrasa  
Nada digno de tí. Débil aspiro  
A cantar tu esplendor. Prosigue, pasa....  
¡Al ver tu majestad, callo y te admiro!

¿Qué mano augusta y pródiga en belleza,  
Al extenderte sobre el virgen suelo,  
Coronó con sus pompas tu grandeza?  
¡Nuestra madre inmortal, Naturaleza,  
En tus remansos aprisiona el cielo!

¿Qué estrofas no aprendidas te murmura,  
Robándote al pasar tus frescas galas,

La brisa que deshace con sus alas  
 El niveo encaje de tu linfa pura?  
 Estrellas tejen tu inmortal corona  
 En las noches del trópico calladas,  
 Y las tibias, tranquilas alboradas,  
 Oro derraman en tu fértil zona.

Cuanto la tierra esconde  
 Hermoso y rico en montes y praderas  
 Su gran tesoro de misterios lleno,  
 Lo puso en tus riberas  
 Y lo fecunda tu anchuroso seno.

Si muere el sol en lecho de escarlata,  
 Líquida lumbre entre sus ondas brilla,  
 Y en ellas alza la cortante quilla  
 Al moverse el bajel, rosas de plata.

La alegre casa rústica escondida  
 De tu serena margen en la falda,  
 Y la palmera erguida  
 Con su inmenso penacho de esmeralda;  
 En el diáfano espacio,  
 Fúlgida antorcha que a lo lejos arde,  
 Lágrima de topacio  
 La solitaria estrella de la tarde;  
 Bordando las laderas  
 Del pescador humilde las cabañas;  
 Las espigas en anchas sementeras;  
 La agreste soledad en las montañas;  
 El resonante coro  
 A que tu eterno murmurar responde  
 Y en que á los gritos del salvaje loro  
 Se mezcla el arpa de oro  
 De los jilgueros que la yagua esconde;  
 La torina saltando en tus espumas  
 Que el pesado alcatraz roza intranquilo;  
 La esbelta garza de nevadas plumas

Barando el asechar del cocodrilo;  
 El huaco centinela entre el follaje,  
 La guacamaya de pausado vuelo,  
 Y como bardo errante del boca-  
 El pardo ruiseñor, eco del cielo:  
 Todo forma tu trono y tu palacio,  
 Todo matiza y bordea tus orillas,  
 Y tú grande, magnífico, fecundo,  
 En medio de tan regias maravillas  
 Bascas por tumba el mar del Nuevo Mundo.

Eres la eternidad que se desliza  
 Sobre las obras frágiles humanas,  
 Y en ra igual el fuego y la ceniza  
 Mientras el soplo de los siglos riza  
 Su larga cauda de temblantes canas.

Corre, anchuroso río  
 Corre y torna á correr sin detenerte;  
 Todos vamos á un fin triste y sombrío:  
 ¡Tú vas hacia la mar, yo hacia la muerte!

¡Tú puedes, en tus fértiles riberas,  
 Ver nacer y morir año tras año,  
 Aves, flores, espigas y palmeras,  
 Sin que nunca en invierno sientas daño  
 Ni te alienten las dulces primaveras!

Indiferente á todo, raudos lanzas  
 A un abismo sin fin tus verdes ondas,  
 Y arrastras cual perdidas esperanzas  
 Las aves muertas, las marchitas frondas,  
 El roble añoso por el rayo herido,  
 Los frutos arrancados  
 Antes de que estuvieran sazonados,  
 Y algún desierto nido,  
 Hogar sin fe ni amor, que va al olvido;

Cual tú rápido vas al Océano,  
Siempre lleno de luz y en blanda calma,  
Vuela á lo inmenso el pensamiento humano  
Copiando en su cristal el sol del alma.

Así vuelan las aves de colores  
Que en el nidal de la ilusión se crían;  
Así se van la dicha y los amores  
Que á las volubles ondas todo fian;  
Así cual tú, se lanza  
A otro abismo sin fondo la esperanza;  
Así la hermosa juventud camina  
De místicos acentos al arrullo,  
Y así todo declina  
De la corriente humana en el murmullo.

¡Sólo tú eres eterno!

Ni te abrasas  
Con la lumbré del sol, ni en el invierno  
Tas impetus sostiegas! Siempre pasas  
Y el hombre envidia tu pasar eterno!

¡El hombre, el rey que en tus volubles olas  
Callando males que su pecho afligen,  
No puede nunca, meditando á solas,  
Saber su fin ni descubrir su origen!

¿De dó viene? ¿A dó va?

¿Quién ha logrado  
Su destino explorar? ¡Negra es la suerte!  
Que esconde lo futuro y lo pasado!  
¡Tú paras en el mar, él en la muerte!

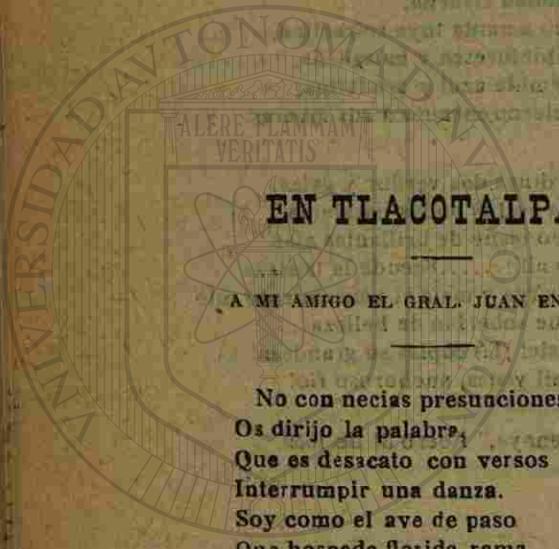
Deja que mi cansada fantasía  
Tu regia pompa y majestad admire;  
Deja que el alma mía  
Mirándote correr sienta y se inspire.  
Eres grande y hermoso,

Cuando entre flores mil soberbio crece,  
Y si te encrespa el norte proceloso,  
Gigante brazo de la mar pareces.

A la ciudad risueña,  
Que como amante tuya se reclina,  
P ácida, pintoresca y halagüeña,  
En tu clámide azul y cristalina,  
Prestas eterno encanto á sus riberas,

A sus jardines das verdor y galas,  
Y se mira en tus ondas pasajeras  
Cual niveo cisne de brillantes alas.  
¡Llévame allí! . . . . . Sacude la tristeza  
Que embarga y mata el pensamiento mio  
Y prosigue soberbio de belleza . . . . .  
¡Dios existe! ¡Tú copias su grandeza!  
¡Salve, mil veces, anchuroso río!

A bordo del "Tency," Enero 31 de 1889.



## EN TLACOTALPAM

A MI AMIGO EL GRAL. JUAN ENRIQUEZ.

No con necias presunciones  
Os dirijo la palabra,  
Que es desacato con versos  
Interrumpir una danza.  
Soy como el ave de paso  
Que hospeda florida rama  
Y el ave entre tantas flores  
Se siente feliz y cana:  
Seré breve, y dadme ofdo  
Que os voy á hablar con el alma.

Es una ciudad ri-seña  
Alegre y hospitalaria,  
La que lleva el justo nombre  
De perla de Papaloápm.  
Surge entre las verdes ondas  
Como una paloma blanca,  
Porque es la novia del río  
Más hermoso de mi patria.  
Centinelas vigilantes  
Y opulenta llombra de oro

Sus ancho; campos de cañas.  
¡Qué limpias son sus auroras  
En horizontes de nácar....!  
¡Qué crepúsculos tan tibios  
En sus tardes roseadas!  
¡Qué música misteriosa  
Su dulce paz acompaña  
Cuando con manos las brisas  
Y los nenúfares arpas....!  
¡Cómo matizan los pliegues  
De su manto de esmeralda  
Las rosas, urnas de aroma,  
Los narjos, cetros de plata!

¡Cuánta paz en los hogares,  
En los campos y en las auras!  
En el carácter franqueza,  
Honradez en la palabra,  
Sin engaños en la forma  
Ni doblez en la mirada,  
Ofrecea sus moradores  
La hospitalidad más franca,  
Y al que le llaman su amigo  
Como su hermano le tratan,  
Porque á quien le dan la mano  
Con ella le dan el alma.  
Es una ciudad muy bella,  
La perla de Papaloápm,  
La ciudad novia del río  
Más hermoso de mi patria.

Feliz y brillante pluma  
La que acierle á retratarla,  
Describiendo en dulces versos  
Cuanto en su recinto guarda;  
La dama de sus hogares  
Es una perfecta dama,

Bella cual la flor del río  
 Que vió deslizar su infancia;  
 Es en el andar airosa,  
 En el mirar recatada,  
 Para sus virtudes, reina;  
 Para su deber, esclava;  
 Nunca hipócrita ni aleve,  
 Y siempre sincera y franca.

¡Oh mujeres de la costa  
 Que el indiano sol abrasa!  
 ¡Oh flores cuyos encantos  
 Las verdes ondas retratan!  
 Dejadme que osado os cante  
 Con arpa mu-ti-la y cansada,  
 Como el cardo de la tierra  
 Canta á los lirios del agua,  
 Poniendo para cantaros  
 Mi corazón en el arpa . . . !

Mañana estaré muy lejos  
 De vuestra tierra encantada,  
 Y al recordar sus hechizos  
 Sentiré muy triste el alma.  
 Me llevo dulces recuerdos  
 Que ni se borran ni pasan,  
 ¿Habéis visto cómo surge  
 Entre las ondas gallarda  
 Esta ciudad á los ojos  
 Del que deja tierra extraña?  
 Si fuera pintor, pudiera  
 Copiar el panorama:  
 Miranse los carretores  
 De esbeltas columnas blancas  
 Como si fueran de nieve  
 O de reluciente plata,  
 Recordando con sus arcos.

Sus puertas y sus ventanas  
 Los muros y minaretes  
 De una ciudad musulmana;  
 Y así en sus rojos tejados  
 Como en sus callejas largas,  
 Se sorprende una sonrisa  
 Espontánea alegre y franca,  
 Que está diciendo al viajero:  
 —Entre todas estas galas,  
 Lo que encontrarás, si llegas,  
 Es la lealtad en el alma.

¡Y queréis que yo me olvide  
 De la alegre Tlaco-tálpam!  
 Su recuerdo mi memoria  
 Ya para siempre lo guarda.  
 ¡Oh perla de la corona  
 Que ciñe l bre mi patria!  
 Que siempre las verdes ondas  
 Que tu hermosura retratan,  
 Te encuentren feliz, risueña,  
 Próspera, rica y en calma,  
 Y que al hablar de tu suerte  
 Las gentes própi-as y extrañas,  
 Digan lo que yo le digo  
 Desde el fondo de mi alma:  
 Es un edén de ventura  
 La perla de Papaloápam.

Tlaco-tálpam, Febrero 3 de 1889.

## ADIOS A MONTERREY

EN UN BAILE DEL "TIVOLI REINERO")

Quando cruzan peregrinas  
El cielo las golondrinas  
En bullicioso tropel,  
Verán las flores divinas  
Que tiene cada verjel?

Verán la rosa encarnada,  
La gardenia delicada,  
El lilio de hojas de tul,  
Cuando surcan en bandadas  
Del espacio el mar azul?

En su rápido alateo  
Verán al fulgor febeo,  
Un ensueño, una ilusión,  
Verán esto que yo veo  
En medio de este salón.

Un verjel de amor y calma,  
Donde la virtud es palma,  
Y eterno sol la honradez:  
¡Un edén que anhela el alma  
Volver á verlo otra vez!

Bendiga Dios los primores  
De aqueste jardín, sin par.

Do tiene el alma las flores;  
Donde brillan los amores  
Sacrosantos del hogar

¿Juzgáis que olvide algún día  
Esta mansión de alegría  
Donde la ventura está?  
¡Si me dice el alma mía  
Que nunca la olvidará!

¿Qué pudiera en esto vez  
Deciros, en honra y prez  
De esta tierra, mi laúd ...?  
Si yo adoro la honradez,  
La franqueza y la virtud!

Si yo con el pecho lleno  
De pesar y de veneno,  
Conservo viva la fe,  
Y he de dar culto á lo bueno  
En dónde quiera que esté!

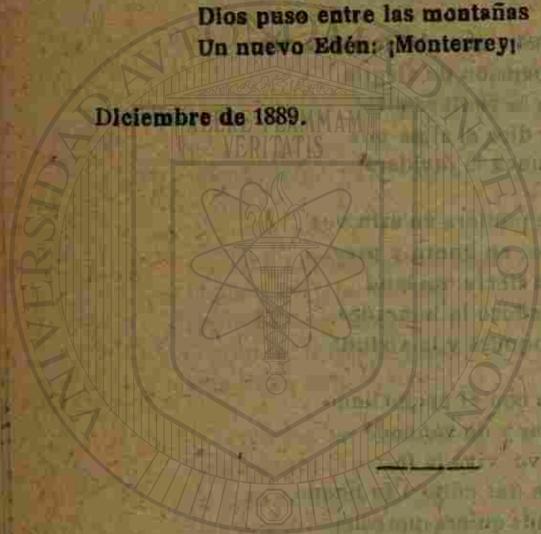
Arcángeles de ternura,  
De bondad y de hermosura,  
Que miro en mi derredor....  
Miraros, es la ventura;  
Dejaros, es el dolor.

Bellas rosas sin espigas,  
Vuestras gracias peregrinas,  
Admiran con freno  
Las viajeras golondrinas  
Que han cruzado por aquí.

¿Qué dirán volviendo al nido  
Acerca de este florido  
Y sosegado verjel?  
Que solo dicha han sentido  
Cuando estuvieron en él;

Que entre narajos y cañas,  
Sin pompas falsas ni extrañas  
Y con ángeles por grey,  
Dios pase entre las montañas  
Un nuevo Edén: ¡Monterrey!

Diciembre de 1889.



## EN COAHUILA

(EN UNOS PREMIOS)

A vosotros, hijos tiernos  
Del Estado de Coahuila,  
Para quienes tiene encanto  
La alborada de la vida,  
Vosotros, que halláis un padre  
Que os i ustra y que os vigila  
En esta comarca heróica,  
En esta tierra bendita,  
Dadme atención á mi acento,  
Y sabed que cuanto os diga  
Brota del fondo del alma,  
Que se entusiasma si os mira.

Niños, sabéis ¿qué es el mundo?  
Niños, ¿sabéis qué es la vida?  
Es un campo de batalla  
En que el ignorante es víctima.  
El hombre llega á la tierra  
Y entre las sombras vacila;  
Pero hay luz para las sombras  
Y un templo en que nace el día.  
Esa luz se llama: el libro,  
Pues en sus páginas brilla  
La razón de cuanto existe,  
De todo lo que palpita

Bajo la bóveda inmensa  
 Donde los astros cintilan.  
 Mucho sabe quien estudia,  
 Y si los espacios mira,  
 Sabe lo que cada estrella  
 A los ojos significa;  
 Si mira el pañón abrupto  
 Que por gigante intimida,  
 Sorprende la oculta veta  
 Que da riqueza en las minas;  
 Se mira el campo, conoce  
 Cómo se nutre y se anima  
 La madre naturaleza  
 Que tanto secreto abriga,  
 Y así protege la industria,  
 El comercio fortifica  
 Y levanta y ennoblece  
 Cuanto abarcan sus pupilas.

Todo nos lo enseña el libro,  
 Todo la razón lo dicta  
 En un gran templo, en la Escuela,  
 Centro de luz y de vida.

La mujer en nuestro siglo  
 No es ya la esclava sumisa  
 Que allá en los antiguos tiempos  
 Estuvo siempre abatida.

Hoy alza con noble orgullo  
 Al cielo su frente limpia  
 Y es el ángel que da gloria  
 Y ventura á la familia.  
 Hoy la mujer es un ángel  
 En la ciencia y en la lira,  
 Lucha por salvar la patria  
 Cuando la patria pelagra,  
 Que así fué León, Vicario

Para la patria oprimida  
 La infatigable y heroica  
 Que su nombre inmortaliza.

Niña que escucháis los versos  
 De mi destemplada lira,  
 ¿Qué me acerca hasta vosotras?  
 ¿Por qué mis ojos os miran,  
 Y el regocijo les nubla  
 Con emoción las pupilas?  
 Vosotras habéis cumplido  
 Con vuestra misión bendita,  
 Y el Estado que es un padre  
 Que vuestros pasos vigila  
 Y que os ha dado amoroso  
 En vez de vanas caricias,  
 El pan del alma, la ciencia  
 Que os salva y os dignifica  
 Hoy, por manos del que rige  
 Los destinos de Coahuila,  
 Premia al que más se ha esforzado  
 En esta lucha pacífica.

Todo lo alcanza el estudio:  
 La mujer es la heroína,  
 Que se redime y se salva  
 Y que su misión sublime  
 Cuando explora los secretos  
 De la ciencia y de la dicha.

Guardad con orgullo el premio  
 Que vuestras manos reciban  
 Porque es la joya más grande,  
 La prenda de más estima  
 De cuantas sobre la tierra  
 Os concedan en la vida.  
 Mañana... cuando los años  
 Hayan corrido de prisa

Y recordéis estas horas  
De sacrosanta delicias,  
No olvidéis á los que os dieron  
En el libro, eterna guía,  
Y entonces entre los goces  
Callados de la familia,  
Benedicid á quienes fueron  
Vuestro sostén y que os miran  
Como esperanzas hermosas,  
Como predilectas hijas.

Si detrás de los espacios  
En donde los astros brillan  
Hay ojos que están mirando  
El combate de la vida,  
Ellos sigan vuestros pasos,  
Ellos vuestra lucha midan  
Y enaltezcan vuestros nombres  
Y vuestro esfuerzo os bendigan.  
Dios salve á las almas puras,  
A las tiernas sensitivas  
Que han de brillar como estrellas  
En el cielo de Coahuila!

Saltillo, Diciembre de 1869.

## ¡POR EL PUEBLO!

EN UN BANQUETE DE RURALES

Un brindis muy mexicano  
Que es mexicano el poeta:  
Por el pueblo Soberano,  
Por el que viste chaqueta  
Y usa sombrero jarano.

Por el que mira en París  
La casa del invasor,  
Y al estilo del país  
Llama al amigo manis  
Y al cómplice valedor.

Por ese pueb'o que grita  
Lo mismo un viva que muere,  
Y ve á Venus afrodita  
Tras de la cara bonita  
De la uraña garbancera!

Por la inmensa humilde grey  
Que, avara de nuevas luces,  
Muere por salvar la ley  
En el "Molino del Rey"  
Y en el "Monte de las Cruces."

Por la grey descamisada  
Que, tras la tosca refriega,  
Como una veste sagrada  
Usó la blusa encarnada  
Junto á González Ortega.

Por el pueblo grande ó chico  
Que del progreso á la luz,  
Derrotó, en virtudes rico,  
A Barradas en Tampico  
Y á Jonville en Veracruz.

Por el pueblo extraordinario  
Que bebe Lantite en Apam,  
Y va á triunfar temerario  
Con Rocha en el Cimatarío,  
Con Régules en Uruápam.

Por el que de gloria al rayo,  
Salva el nativo pensil,  
Y sin temor ni desmayo,  
Asombra él "Cinco de Mayo"  
Y deslumbra el "Dos de Abril."

Por el que en noble ardimiento  
En pos de lo grande vuela,  
Y en pos de su sentimiento,  
Donde derriba un convento  
Levanta siempre una escuela.

Por el pueblo que ha salvado  
Al pabellón nacional,  
Y que está representado  
En el ranchero soldado,  
En el valiente rural.

Por el pueblo en cuyos lares,  
Adorándole naci:

Por sus dioses tutelares;  
Por el que condensa en Juárez  
Un Moisés y un Sinai.

Por estos charres, señores,  
Que en sus caballos sin par,  
Altivos y vencedores,  
Lanzan á los inavores  
Si no los pueden matar.

Por este charro guerrero  
De traje deslumbrador,  
Que es jinete en el potrero,  
En el monte guerrillero,  
Y en el estrado señor.

Y aquí en esta población  
Que fué cuartel general  
Del Jefe de la Nación  
Cuando su altiva legión  
Abatió el cetro imperial,

Os pido en acento extraño,  
Del héroe invicto á la faz,  
Que vengamos sin engaño  
A cantar año por año  
Las viciorias de la paz.

Mayo 3 de 1989.

## A LERDO DE TEJADA

EN LA TRASLACION DE SU CADAVER A MEXICO

Ya don Sebastián volvió...  
 Cuando entre salvos y dienas  
 Por Querétaro pasó,  
 Dicen que se estremeció  
 El Cerro de la Campana.

Y halló coronas y altares  
 De la Patria en el regazo,  
 Y al volver á nuestros lares  
 Dejó su sepulcro Juárez  
 Para darle estrecho abrazo.

Su hogar es la Patria entera;  
 El pueblo libre, su corte;  
 Su juez, la Historia severa;  
 Su mortaja, la bandera  
 Salvada en Paso del Norte.

## ¡POR LA FRONTERA!

(BRINDIS EN EL SALTILLO)

En la nación mexicana  
 ¿Quién no ha oído por doquiera  
 Ensalzar la honradez sana  
 La franqueza noble y llana  
 Que distingue á la frontera?

No hay caracter más sencillo:  
 La lealtad es sola ley  
 Y la honradez solo brillo,  
 Bajo al cielo del Saltillo,  
 Bajo el sol de Monterrey.

Pueblos valientes y honrados,  
 Todos franqueza y valor,  
 Campesinos sossegados  
 Que se cambian en soldados  
 En frente del invasor.

No hollarán plantas extrañas  
 Su tierra bendita y pura,  
 Que de hogares y cabañas,  
 Son baluartes las montañas  
 Que eternizó la Angostura.

El patrio amor es su esencia,  
La fraternidad su norma,  
Y su mentor la experiencia;  
Salvaron la Independencia  
Y salvaron la Reforma.

¿Por qué mi labio sincero  
No ha de expresar la verdad?  
Como bardo y caballero,  
Aplaudo, estimo y venero  
La tierra de la lealtad.

Porque aquí no es sueño vano  
La amistad; es religión:  
El amigo es un hermano,  
Y al que se le da la mano  
Se le entrega el corazón.

Alzo mi copa, señores,  
De la Frontera en honor,  
Por sus francos moradores,  
Por las damas, que son flores  
De virtud y de candor.

Por el gobernante honrado  
Que de todos es querido  
Y de todos respetado,  
Por tanto bravo soldado  
Que en la frontera ha nacido.

Por Coahuila que, esplendente  
Se nombra ante quien lo admira,  
"Muzquiz" junto al Insurgente,  
Junto á "Jaárez" de la Fuente,  
Y "Acuña" junto a la lira.

15 de Diciembre de 1889.

## AL PARTIR DE GUADALAJARA

Tierra galana y hermosa  
Que de mi patria en el sueño,  
Brillas cual brilla en el cielo  
Una estrella esplendorosa.  
¿Qué voz dulce y misteriosa,  
Qué ritmo, qué grato acento  
Podrán las arpas del viento  
Prestar á mi humilde lira,  
Para decir lo que inspira  
Tu amor á mi pensamiento.....?

Si fuera un bardo, cantara  
Un himno á tu porvenir,  
Mas lo que puedo decir  
Es poco, Guadalajara,  
Vierte el sol su lumbre clara  
Y te esmalta en mil colores,  
Y como ángeles de amores  
Núblan tus mujeres bellas,  
Con sus ojos las estrellas  
Y con sus labios las flores.

¡Con qué afán te besa el sol  
Y en purpúreos cortinajes

Prende ante rojos celajes  
 Su vespertino arrebol!  
 Como el Edén español  
 Que se llama Andalucía  
 Eres de la tierra mía  
 Perla de rica aureo'a .....  
 Cante España á su manola,  
 ¡Mi patria á su lapatía!

Canto á la mujer hermosa  
 De talle esbelto y pie breve,  
 Con la tez de grana y nieve  
 Y las mejillas de rosa.  
 Que medita y ruborosa  
 Acata deberes fijos,  
 Sin tener más regocijos  
 Ni más joyas ni más flores,  
 Que el altar de sus amores  
 En la cuna de sus hijos.

Canto con pobre laúd,  
 Con el alma entristecida,  
 Esta tierra donde acida  
 La franqueza y la virtud;  
 Que obliga á la gratitud  
 Con santa hospitalidad  
 Y que en anterior edad,  
 Alzando el patrio estandarte,  
 Fué trono, escudo y baluarte  
 Del sol de la libertad.

Elegida de la Gloria,  
 Al defender sus derechos  
 Llenó con heróicos hechos  
 El libro de nuestra historia.  
 Yo los guardo en la memoria  
 Llenos de brillo y honor;

Si fuera digno cantor,  
 Nuevo Homero los cantara ...  
 ¡Quién dice: Guadalajara  
 Dice lealtad y valor!

De paso por tus confines  
 ¿Qué notas daré suaves?  
 Tienes más bardos que aves  
 En tus risueños jardines!  
 Tus genios, tus paladines  
 Tus mujeres, dignas son  
 De elevada inspiración;  
 Yo te doy mi valimiento:  
 Por lira mi pensamiento,  
 Por trono, mi corazón.

Tierra de vírgenes bellas  
 Que tienes en tus amores,  
 Tu campo lleno de flores  
 Tu cielo lleno de estrellas:  
 Al adornarte con ellas  
 Tu suerte bendijo Dios;  
 Yo voy de mi afán en pos,  
 De mi deber al reclamo ....  
 Se feliz! .... como te amo  
 No puedo decirte, adios!

1888.

®

## ¡Por la Caridad!

En la tranquila noche callada  
Bajan los copos de la nevada,  
Cubren los nidos del torreón,  
Y, al ir á verlos con la alborada,  
Sólo sepulcros los nidos son.

Nadie en los sueños del mundo fe:  
El que con ellos goza y se engrie  
Es el esclavo de su pesar,  
Es el marino que alegre rfe  
En las tormentas que esconde el mar.

Cuando natura persigue al hombre  
¿Dónde está el fuerte que no se asombre  
Del terremoto, del huracán... ..?  
Fuerza, talento, riqueza y nombre  
¿De dónde vienen y á donde van?

Frente á esas rocas grandes y solas  
A que empenachan las aureolas  
De un sol que incendia la inmensidad,  
¡Qué turbulentas pasan las olas  
Tal como pasa la humanidad!

Las olas negras que nadie alcanza  
Y que sepultan con asechanza  
Las fuertes naves, son el dolor;  
Las olas verdes son la esperanza,  
Y las azules son el amor.

Esos espejos tóidos de bruma  
Que el sol matiza, que el viento esfumá,  
De nuestras dichas reflejos son,  
Pues se deshacen como la espuma,  
Como los sueños del corazón.

En el desierto buscad la palma,  
Y ni á su sombra tendréis la calma;  
El hombre lucha sin descansar;  
Dios ha formado voluble el alma,  
La tierra aleve, traidor el mar.

En este eterno combate humano,  
Si todo es falso, si todo es vano,  
¿Nuestro martirio no tendrá fin?  
¿Se alza el hermano contra el hermano?  
¿En nuestro siglo, vive Cain?

¡No! ¡Dios es grande y omnipotente!  
El nos ha dado la llama ardiente  
Que significa la humanidad,  
Virtud eterna, san'a, esplendente,  
Amor de amores ¡la Caridad!

Vive sin popa y sin testigo;  
Ella á los pobres da pan y abrigo,  
Es del enfermo fuerza y so tén.  
Sa va al esclavo, vela al mend go,  
Y hasta en las tumbas derrama el bien.

Hoy que en un pueblo franco y risueño,  
Airada suer'e con torvo ceño

Difunde muerte, siembra terror . . .  
 México entero con santo empeño  
 Como una madre muestra su amor . . . .

Alli entre duelos y hondo quebranto  
 En las ruinas cunde el espanto . . . . .  
 Todo es miseria, luto, orfandad,  
 Y con el agua se mezcla el llanto,  
 Y con las quejas la tempestad.

Murió la pompa de antiguas éras,  
 Ya son escombros casas enteras,  
 Ya los hogares escombros son,  
 Se han vuelto lagos las sembreras,  
 Y es un sepulcro todo León.

Alli son tantas las aflicciones,  
 Que todos visten negros crespones,  
 Pues siempre ha sido negro el dolor . . . .  
 Pero hoy responden los corazones  
 Con nobles obras de inmenso amor.

"¡Gracias!" nos dicen los afligidos,  
 "¡Gracias!" murmuran los desvalidos,  
 Los infelices, gracias nos dán;  
 Vuestros esfuerzos están cumplidos;  
 Dais á los pobres vestido y pan.

Gracias—os digo— que el cielo os mande  
 Por solo premio, cuanto demande  
 Vuestra ternura del pobre en pos . . . . .

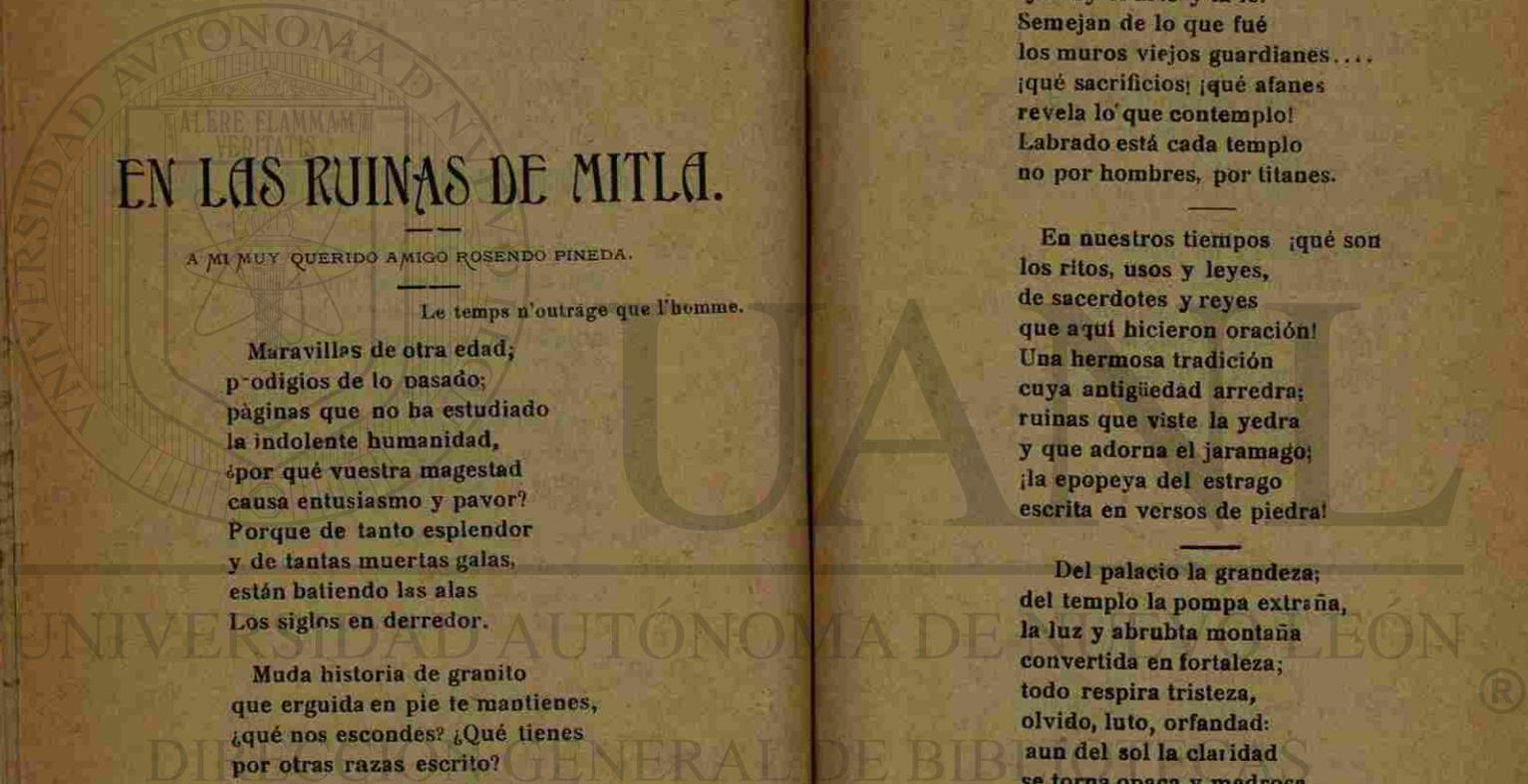
¡Grande es mi patria, que un pueblo es grande  
 Cuando en sus obras refleja á Dios!

### Al Ahuehuete de Santa María del Tule.

¡Con qué pompa á la vista te presentas  
 Titán de estas risueñas soledades!  
 Si sacuden tu copa las tormentas,  
 Sollozan en tus ramas las edades.

¿Qué te puedo decir? inspiras tanto,  
 Que á mi me basta recojer tu nombre  
 Y darte mi mutismo como canto;  
 ¡Junto á un árbol así, nada es el hombre!

Santa Maria del Tule (Oaxaca), 14 de Noviembre de 189\_.



## EN LAS RUINAS DE MITLA.

A MI MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA.

Le temps n'outrage que l'homme.

Maravillas de otra edad;  
prodigios de lo pasado;  
páginas que no ha estudiado  
la indolente humanidad,  
¿por qué vuestra magestad  
causa entusiasmo y pavor?  
Porque de tanto esplendor  
y de tantas muertas galas,  
están batiendo las alas  
Los siglos en derredor.

Muda historia de granito  
que erguida en pie te mantienes,  
¿qué nos escondes? ¿Qué tienes  
por otras razas escrito?  
Cada inmenso monolito,  
del arte eximio trabajo,  
¿quién lo labró? ¿quién lo trajo  
á do nadie lo derriba?  
Lo saben, Dios allá arriba,  
la soledad aquí abajo.

Cada obelisco da pie  
me dice en muda arrogancia:  
Tú eres dudas é ignorancia,  
yo soy el arte y la fé.  
Semejan de lo que fué  
los muros viejos guardianes...  
¡qué sacrificios! ¡qué afanes  
revela lo que contemplo!  
Labrado está cada templo  
no por hombres, por titanes.

En nuestros tiempos ¿qué son  
los ritos, usos y leyes,  
de sacerdotes y reyes  
que aquí hicieron oración!  
Una hermosa tradición  
cuya antigüedad arredra;  
ruinas que viste la yedra  
y que adorna el jaramago;  
¡la epopeya del estrago  
escrita en versos de piedra!

Del palacio la grandeza;  
del templo la pompa extraña,  
la luz y abrubta montaña  
convertida en fortaleza;  
todo respira tristeza,  
olvido, luto, orfandad:  
aun del sol la claridad  
se torna opaca y medrosa  
en la puerta misteriosa  
de la negra eternidad!

Despojo de lo ignorado,  
busca un trono la hoja seca  
en la mutilada greca  
del frontón desportillado

Al penate derrivado  
 la ortiga encubre y escuda;  
 ya socavó mano ruda  
 la perdurable muralla.....  
 Viajero: medita y calla....  
 ¡lo insondable nos saluda!

Sabio audáz; no inquieras nada,  
 que no sabrás más que yo:  
 aquí una raza vivió  
 heróica y civilizada;  
 extinta ó degenerada,  
 sin renombre y sin poder,  
 de su misterioso ser  
 aquí el esplendor se esconde  
 y aquí sólo Dios responde  
 y Dios no ha de responder.

Mitla (Oaxaca), Noviembre 15 de 1892.

## IN TERRA PAX HOMINIBUS

En la inauguración del Ferrocarril de San Luis

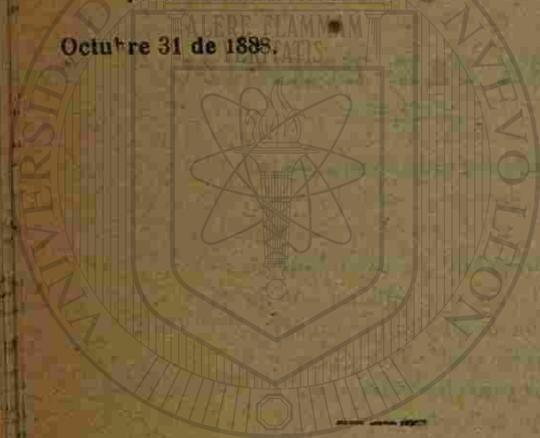
¡Salve al Progreso! ¡Salve al poderoso  
 Siglo de la Razón, que inflama y llena  
 El cosmos con su aliento luminoso!  
 Desde la limpia, azul, vasta y serena  
 Región de los espacios estelares,  
 Hasta el lecho de arena  
 Do en muda soledad due men los mares,

Todo lo inunda con fulgor divino  
 La omnipotente y sola soberana  
 Que ha regado de lauros el camino  
 Del siglo actual: ¡la inteligencia humana!

Salvan las empinadas cordillera,  
 Y los desiertos y el profundo océano.  
 La palabra y la voz ¡ya no hay fronteras!  
 ¡El hombre es ya del mundo ciudadano!  
 Y el pensamiento en el alambre preso,  
 La voz en el fonógrafo cautiva,  
 Lanzan en coro el estruendoso viva  
 Al dogma de los libres: ¡el Progreso!

El vapor en esclavo convertido  
 Y la eléctrica chispa dominada  
 El mundo han transformado y redimido,  
 Enalteciendo del mortal el nombre!  
 Dad un himno á la paz, ¡es alma: pura!  
 ¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios en las alturas!  
 ¡Paz en la tierra al hombre!

Octubre 31 de 1888.



## Recuerdos

EN EL ALBUM DE UNA MEXICANA

Fa'gura el sol ea el zenit, su lumbr  
 Las plantas y los árboles desmaya,  
 Contra las negras rocas de la playa  
 Sus ondas quiebra perezoso el mar.

Reina del aire la gaviota errante  
 Va por la azul inmensidad cruzando  
 Mientras yo triste vago sus irando  
 Muy lejos de la patria y del hogar.

Busca en vano la men'e fatigada  
 Los bosques de sabinos seculares,  
 Las ceibas, los naranjos, los palmores,  
 Que ayer alegre y satisfecho ví.

Y humedecen las lágrimas mis ojos,  
 Se llena el alma juvenil de duelo,  
 Porque este cielo azul no es aquel cie'o,  
 Porque nada de América hay aquí.

Recuerdo alborozado aquellas tardes,  
 De la natura y del Amor tesoro,  
 Cuando el sol que se oculta en mar de oro  
 Baña del cielo el nacarado tul.

Y los volcanes cuya eterna nieve  
Mares esconde de candente lava  
Y el pico de cristal del Orizaba,  
Que altivo rasga el infinito azul.

Los mangles, atalayas de la costa  
Con sus penachos altos y severos,  
Los erguidos, sonantes cocoteros  
Que fruto y sombra al caminante dan.

Aquellas flores de perpetuo aroma,  
Aquellos tan alegres horizontes,  
La frente audaz de los soberbios montes  
Donde estrella su furia el huracán.

¿Dónde está la caléndula de nieve  
Rojos jacintos y púrpúreas rosas,  
Que buscan las doradas mariposas,  
Y besa revolando el pica-flor?

¿Dónde está la blanca garza voladora  
Que los juncales en el lago azula?  
¿Dónde está el zenzonte, que dormido imita  
De las vírgenes selvas el rumor?

La brisa de mi patria, cual la brisa  
Que los cedros del Líbano atraviesa,  
Caliente y perfumada, mueve y besa  
Las hojas del florido cefetel.

Sobre eternas campiñas de esmeralda  
Brilla en el cielo azul la blanca luna,  
Que refleja el cristal de la laguna  
En la serena noche tropical.

Allá bajo los toldos de follaje  
Que otoño esmalta con doradas pomar  
Bulliciosa bandada de palomas  
Se arrullan tristes al morir el sol.

La alondra habita los risueños valles,  
Y cual flores con alma, en los jardines,  
Agitan los parleros *colorines*  
Sus alas que envidiara el a rebol.

¡Oh verjel de mis sueños! Tierra he'mos,  
Que guardes mis recuerdos y mis lares,  
Queda con Dios tras los revueltos mares:  
Yo lejos vengo á suspirar por tí.

Buscando tus estrellas y tus flores  
Suspira el alma con profundo duelo,  
Porque este cielo azul no es aquel cie'lo,  
Porque nada de América hay aquí.

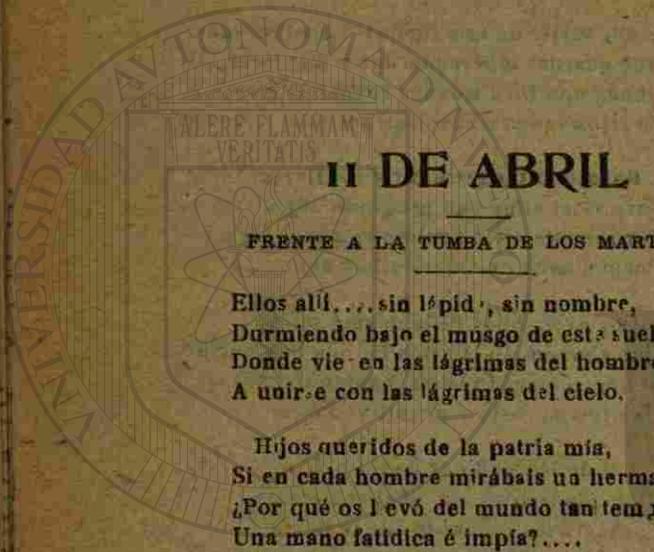
Dos aves, hijas de la misma selva,  
Que abandonan la rama en que han nacido,  
Si llegan á encontrarse, hablan del nido  
Que fué su casto y primitivo hogar.

A tí de los jardines de mi patria,  
Flor que tesoros sin igual encierra,  
Consagro los recuerdos de la tierra  
Que allá quedó tras la extensión del mar.

Llevas la luz del trópico en los ojos  
Y la vez de sus brisas en tu acento,  
Su clima en tu ardoroso pensamiento,  
Su grandeza en tu propio corazón.

Feliz si el nombre de la patria hermosa  
Tus más bellas palmas acompaña:  
El nombre de la patria en tierra extraña  
Es un poema, un himno, una oración.

Cósta Cantábrica, 1878.



## 11 DE ABRIL

### FRENTE A LA TUMBA DE LOS MARTIRES

Ellos allí... sin lápida, sin nombre,  
Durmiendo bajo el musgo de este suelo  
Donde vie en las lágrimas del hombre,  
A unirle con las lágrimas del cielo.

Hijos queridos de la patria mía,  
Si en cada hombre mirábais un hermano  
¿Por qué os levó del mundo tan temprano  
Una mano fatídica é impía?....

Erais del porvenir... ya vuestras hue las  
Se ostentan en los campos del mañana....  
Miráreis cuyos nombres son estrellas  
Que las venera la conciencia humana.

A vosotros os traen los plegarias  
De los que amen al cielo en que nacieron;  
Los cielos vuestras almas recogieron  
Al verlas como estrellas solitarias.

¿Cuál es el mundo fué vuestro delito?....  
¡Ay de aquel que sangriento en sus excesos,  
En la tierra que envuelve vuestros huesos  
Dejó su nombre con infamia escrito!

Yo era un niño... en plácida bonanza  
Guardaba esta alma que el dolor derrumba...  
Y no sé, cuando vino á vuestra tumba,  
Lo que sintió mi pecho, era venganza.

Odio terrible, malestar horrendo,  
Y al cielo supliqué diera al verdugo  
Todo lo negro que á su infamia plego,  
Todo lo que hay de horrible y de tremendo.

Yo amo la libertad... amo la suerte  
De aquel que logra sucumbir por ella...  
Cada nombre de aquellos es la estrella  
Que alza la vida en medio de la muerte.

Pudo romper violento vuestro pecho  
El proyectil que disparó el encono...  
Moristeis proclamando ese derecho  
Que nadie puede disputarle el trono.

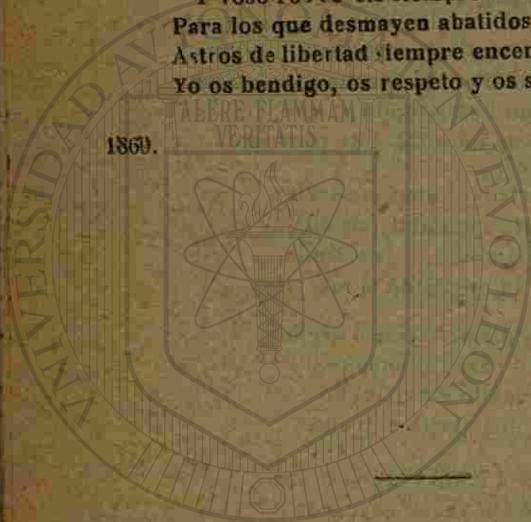
De vosotros quizá no hay un vestigio  
Que no recuerde allí vuestra existencia,  
Pero vivis llenando la conciencia  
De todo pensar de nuestro siglo.

¡Benditas vuestras tumbas lamoladas  
En aras del más noble sentimiento!...  
¡Bendito vuestro santo sufrimiento!  
¡Benditas vuestras almas ignorada!

Ya la patria no quiere más dolores,  
Cansada está su frente de pesares,  
Llenos de sangre corren nuestros mares,  
Llenas de llanto se hallan nuestras flores.

Hoy que la paz enarboló en el cielo  
Su blanco pabellón, su limpio manto,  
Tiempo es de que se enjogue nuestro llanto  
Y que el progreso reice en nuestro suelo.

Mañana... an'e 'a luz de aquella aurora  
 Que el cielo de los libres hermosos,  
 Cada alma que hoy en vuestra tumba llora,  
 Será otro nuevo apóstol de la Idea,  
 Y vosotros seáis siempre el escudo  
 Para los que desmayen abatidos,  
 Astros de libertad siempre encendidos  
 Yo os bendigo, os respeto y os saludo.



## EN CHAPULTEPEC

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,  
 A levantar mi voz y á saldaros  
 En medio de estos viejos ahuehetes  
 Que al aire entregan su cabello cano.

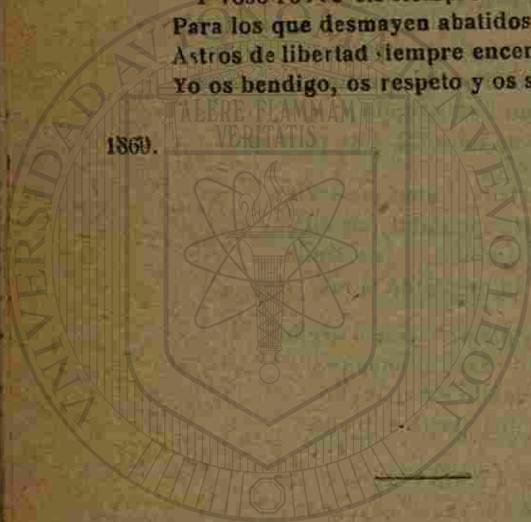
En este bosque que eligió por trono  
 La majestad del tiempo, y de altar sacro  
 Guarda el castillo cuyos fuertes muros  
 Están de heroica sangre salpicados;

Aquí, donde palpitan los recuerdos  
 De aztecas reyes y de heroicos años,  
 Torno de nuevo á veros, y mi lira  
 Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

\*\*

¡Hijos del porvenir! La Patria os pone  
 Con maternal amor el arma al brazo,  
 Para que siempre defendáis sus fueros  
 Sin provocar ni herir á los hermanos!

Mañana... an'e 'a luz de aquella aurora  
 Que el cielo de los libres hermosos,  
 Cada alma que hoy en vuestra tumba llora,  
 Será otro nuevo apóstol de la Idea,  
 Y vosotros seáis siempre el escudo  
 Para los que desmayen abatidos,  
 Astros de libertad siempre encendidos  
 Yo os bendigo, os respeto y os saludo.



## EN CHAPULTEPEC

A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,  
 A levantar mi voz y á saldaros  
 En medio de estos viejos ahuehetes  
 Que al aire entregan su cabello cano.

En este bosque que eligió por trono  
 La majestad del tiempo, y de altar sacro  
 Guarda el castillo cuyos fuertes muros  
 Están de heroica sangre salpicados;

Aquí, donde palpitan los recuerdos  
 De aztecas reyes y de heroicos años,  
 Torno de nuevo á veros, y mi lira  
 Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

\*\*

¡Hijos del porvenir! La Patria os pone  
 Con maternal amor el arma al brazo,  
 Para que siempre defendáis sus fueros  
 Sin provocar ni herir á los hermanos!

Más que el arma homicida, guarda el libro  
De la victoria el talismán sagrado,  
Que no hay arma que alcance cual la ciencia  
A la región ignota de los astros,  
Y allí siga su marcha, los explore  
Y les mida en sus órbitas el paso.

Ninguno alcanzará triunfo más grande  
Que el del guerrero valeroso y sabio,  
Que el talento es el arma de este siglo  
Para alcanzar inmarcesibles lauros.

La fuerza debe de escudar al débil,  
Siempre defiende el hijo al padre amado,  
Y el cielo es que mecióse nuestra cuna  
Velar se debe con el arma al brazo.

Por ley eterna, en afrentosa lucha  
Vivirán y han vivido los humanos,  
Y hay que esperar en el violento ataque  
Salvar de todo intento el suelo patrio.

El libro es astro, pero el arma es fuego;  
Mientras el uno nos alumbró el campo,  
El arma en semidiós convierte al hombre  
Que prede activo fulminar el rayo.

Si tan sólo á gozar se entrega Atenas  
La vencerá en su empuje el espartano,  
Y si sólo á gozar se entrega Roma,  
Atila la hollará con su caballo.

Jamás es tiempo de rendirse al sueño;  
Que siempre el enemigo está velando,  
Y, cual nueva Judith, llega á la tienda  
Cuando ninguno le detiene el paso.

Hoy la patria está en paz, su limpio nombre  
Respetan y consagran los extraños;

Pero en el viaje por el mar del mundo,  
En este mar tan hondo y tan amargo,

Hay que fijarse hasta en la blanca nube,  
No engendre tempestad y brote rayos;  
Y hay que velar el suelo en que nacimos  
Con fe en el alma y con el arma al brazo.

Hijos del porvenir ya en otros tiempos  
Brillaron en valor vuestros hermanos:  
Guarda sus nombres con amor la historia  
Y la fama les da brillantes lauros.

En este mismo bosque, ellos supieron  
Combatir sin temor y sin descanso;  
Suárez, Melgar, Barrera, Montes de Oca,  
Escutia, Márquez... Ellos demostraron

Que en las horas de lucha, en los instantes  
De combatir sin tregua á los extraños,  
"Muere el Colegio", pero no se rinde,  
Que así la muerte es triunfo sacrosanto.

Seguid tan noble y tan hermoso ejemplo  
Los que gozados recogéis ufanos  
El premio que alcanzáis en la lucha  
S rena del estudio y del trabajo.

Arde como en un templo en vue tras almas  
La fe que alientan los primeros años,  
Y en esa hermosa edad todo se mira  
Como un amanecer radiante y claro.

El tiempo correrá, vendrá la tarde,  
Con ella la tristeza y el cansancio,

Y los arbustos, hoy de verdes hojas,  
Serán cual estos árboles sagrados,  
Vigorosos y erguidos, manteniendo  
Fresca la savia y el cabello cano.

Recordaréis entonces con ternura  
La majestad solemne de estos actos,  
La diana que os despertaría cuando el sueño  
Es el más dulce sobre el lecho blando;

Las largas horas que en helada noche  
Sufriendo el cierzo y con el arma al brazo,  
Pasáis de centinelas y os parece  
Que dura un siglo inmenso cada cuarto.

Recordaréis las cátedras severas  
Tan animadas al nacer el año,  
Las ansias del exámen, la victoria  
Del más inteligente y del más apto.

Recordaréis al predilecto amigo  
Que os quiso en el colegio como hermano,  
Y que más tarde le abatió la suerte,  
O murió en la campaña á vuestro lado.

Y si tenéis hogar y tenéis hijos,  
Ellos escucharán de vuestros labios,  
Las dulces aventuras de esta vida  
En que soís estudiantes y soldados.

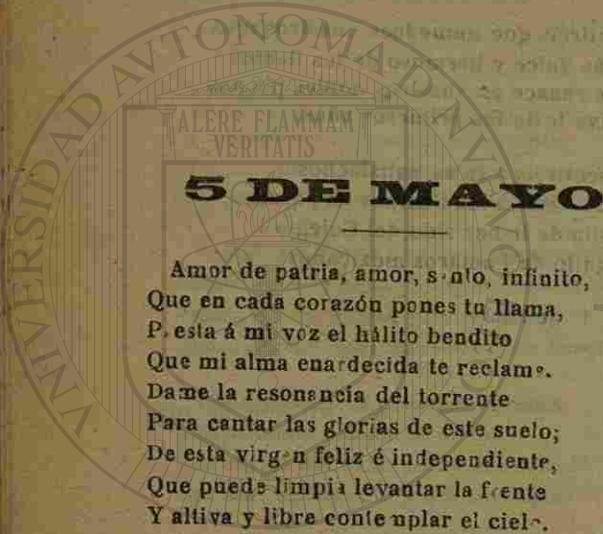
Les pintaréis la augusta ceremonia  
En que llenos de gozo y de entusiasmo,  
Mirábais al que rige con acierto  
El destino inmortal del suelo patrio,  
Grande en la guerra y en la paz más grande,  
Daros un premio con sus propias manos.

Y si entonces tornáis al viejo bosque,  
Y miráis estos árboles sagrados  
Y las blancas paredes del castillo  
Que e tí de heroica sangre salpicado,

Sentiréis que humedece vuestros ojos  
El más dulce y hermoso de los llantos,  
Y que renace en vuestros nobles pechos  
La viva fe de los primeros años;

Y sentiréis á so'as, satisfechos  
Hondo amor á los tiempos ya pasados,  
Orgullo de haber sido del Colegio  
Y orgullo de l'amaros mexicanos!

Diciembre, 1º de 1889.



## 5 DE MAYO

Amor de patria, amor, santo, infinito,  
 Que en cada corazón pones tu llama,  
 P. esta á mi voz el hálito bendito  
 Que mi alma enardecida te reclama.  
 Dame la resonancia del torrente  
 Para cantar las glorias de este suelo;  
 De esta virgen feliz é independiente,  
 Que puede limpia levantar la frente  
 Y altiva y libre contemplar el cielo.  
 Ella nació como luciente perla  
 Entre las claras ondas escocadas,  
 Ella nació durmiendo entre palmas  
 Con su diadema tropical enhiada,  
 Sintiendo dulce resbalar la vida  
 Al voluptuoso rruullo de los mares.  
 Tierra de amor tendiendo encantadora  
 Su rica alfombra de esmeralda y grana,  
 Que el sol de Mayo fertiliza y dora...  
 Joya que dejó Dios deslumbradora  
 Prendida en la diadema americana.  
 ¡Cómo no amarla si nació tan pura!  
 ¡Cómo no amarla si nació tan bella  
 Y lloró tantos años de amargura!...  
 La esclava ayer, hoy libre y con ventura,

¿Quién es?... mi patria... contempladla... es ella!  
 Mirala, pueblo... ¿sientes?... ¿te emocionas?  
 Ya libre del palacio á la cabaña,  
 Tiene á sus pies quebradas dos coronas  
 Y el pabellón de una nación extraña...  
 ¿Os acordáis?... La Francia, la severa  
 Emperatriz del mundo que ha llevado  
 Hasta el polo los carros de su gloria,  
 Arrancando el laurel de la victoria  
 Doquier su pabellón ha tremolado...  
 La que puso sus águilas altivas  
 Sobre Sebastopol, Palesiro y Jena,  
 Sin verlas nunca ante la lucha esquivas...  
 La que supo arrancar águilas vivas  
 Del águila ya muerta en Santa Elena.  
 Esa nación que eleva y que durrumba  
 Con su continuo batallar profundo,  
 Repúblicas é imperio con sus leyes;  
 Que con Dantón abofetea á los reyes,  
 Con Bonaparte tiraniza al mundo,  
 Con Voltaire amedrenta al fanatismo,  
 Con Chateaubriand sus creencias consolida,  
 Que en medio de la muerte halla la vida,  
 Que unas veces es luz y otras abismos;  
 Esa nación que cae agonizante,  
 Y con hurras sofoca su agonía,  
 Y quedándose atrás grita: "adelante"...  
 Esa nación, entonces, amenazante,  
 Te provocó á la lucha, patria mía,  
 Guerra te dijo y te retó insultante  
 Con el orgullo que su raza encierra,  
 Eras pequeña tú y ella gigante;  
 Guerra te dijo, y recogiste el guante  
 Y enfurecida respondiste: "guerra."  
 Y la lucha empezó... pero ¡ay! tú estabas  
 Débil por las revueltas de otros días  
 De luchas fratricidas; tú llevabas,

Aunque de amor y de entusiasmo ciegos  
 Y á sostener tu ley acostumbrados,  
 Frente á aquellos magníficos soldados  
 Tus tropas de artesanos y labriegos.  
 El bronce despertó con voz rugiente  
 Todas tus iras, te robó la calma;  
 Y el que débil te vió, te halló valiente,  
 Con muchas cicatrices en la frente  
 Y muchas cicatrices en el alma.  
 Monstruo de hierro que amenaza inerte  
 A quien su paso corta, en voz tronante  
 ¿Qué das á Francia? dijo, y al instante  
 Con tus cañones respondiste: *muerte*.  
 Y la muerte voló desde esas bocas  
 Donde la ciencia sorprendió un secreto.  
 ¡Con qué desden burlando tu destino  
 Miraba al triunfador de Solferino  
 El indio centinela del Loreto!  
 La lucha comenzó . . . . .nubes oscuras  
 Aquí y allí levantan los cañones,  
 Indignados los cielos ahogar quieren  
 A aquellos poderosos batallones,  
 Y desploman sobre ellos á torrentes  
 La lluvia que envolvió sus maldiciones.  
 Destácanse á lo lejos orgullosos  
 Los que la fama declaró titanes,  
 Zuavos de Argel, que trepan valerosos  
 Por la erizada roca,  
 Llevando en la pupila  
 Esa conformidad grave y tranquila  
 Que timidez ó admiración provoca.  
 Y suben ya . . . . se mezclan, se confunden,  
 Allí se encuentra la nación primera,  
 Las balas se difunden,  
 Los hurras se levantan,  
 Y allí soldados sin aliento gimen  
 Y aquí soldados valerosos cantan.

Ya casi á tocar llegan la trinchera  
 Que guarda nuestro ejército; no advierte  
 El invasor, que allí, venganza, muerte,  
 Dishonra vil y humillación le espera.  
 Pero llegar ¡ay! ¡oo! que aún quedan pechos  
 Que altivos, patria, su valor ostenten . . . .  
 "Atrás" clamó á una voz la siempre firme  
 Voz del soldado humilde mexicano,  
 Y como al sop'o de huracán terrible,  
 Retrocedió vencido el invencible  
 Sostenedor de Napoleón tirano.  
 Veí como ruedan de las altas peñas  
 O como al peso de la muerte inclinan  
 Aquellas frenes que tiñó el espanto . . . .  
 Y ellos siguen aún . . . ¡ay! ¿no adivinan  
 Que entre esos indios que se humillan tanto  
 Que en esos rostros por el sol tostados  
 Y en esos pechos ante el sol desnudos  
 Están todos los odios atados? . . . .  
 En México los pechos son escudos  
 Únicos que acostumbran los soldados.  
 Potente esfuerzo que arrancó el ultraje,  
 Ira de la pantera que ve herida  
 La prole que ocultaba en el bosque;  
 Odio terrible que estalló violento  
 Como una tempesta á contra la suerte,  
 Y con la rapidez del pensamiento  
 Sembró en las huestes invasoras muerte.  
 Todo lo que hay de grande y de espantoso  
 Que al hombre desvanece é intimida,  
 Todo eso cuyo velo tenebroso  
 Cubre el afán de arrebatarse la vida  
 Sop'aba sobre aquellos luchadores,  
 Como tronante, herviente e tarata  
 De ruegos y sollozos y clamores.  
 Dignidad ultrajada ante la Historia!  
 Todo eso cuyos hórridos ruidos

Predican muerte donde siembran gloria....  
 Y el triunfo sacé... porque jamás natura  
 Le negó la venganza al ultrajado,  
 Zaragoza hizo eterna su figura  
 Y el honor nacional quedó vengado.  
 ¡Zaragoza! el valiente, el aguerrido,  
 El grande, el inmortal, el denodado  
 Que aquellas santas tropas acompaña,  
 Miró á los defensores de cien reyes  
 Sin aliento rodar por la montaña,  
 Tirar las armas, traspasar el llano,  
 Y perderse por fin con la distancia.  
 Desde entonces el pueblo mexicano  
 Con frente altiva contempló á la Francia.  
 ¡Puebla! tú has visto al pabellón que el Sena  
 Retrata en sus cristales, al que flota  
 Sobre París con magnas ovaciones,  
 Flamear ruborizado sus giroses  
 En medio del terror de la derrota.  
 Y tú, sol de victoria, que ese día  
 Gloria nos diste con tu luz ardiente,  
 Con los rayos que viertes en mi frente  
 Manda más glorias á la patria mía....  
 Ella hoy tiende su manto de azucenas  
 Que la paz embalsama y engrandece  
 Se levanta ante el mundo y aparece  
 Gigante y poderosa ante la historia....  
 Desde la espiga que en el campo crece  
 Has'a el condor que en el azul se mece  
 Se bañan en la luz de la victoria  
 Mande siempre ¡oh sol! triunfos, grandeza,  
 Sin que jamás hermanos contra hermanos  
 Empañen con sus negros su pureza,  
 Y hallando en el trabajo su riqueza  
 No consienta invasoras ni tiranos.

1869 (Escuela Nacional Pr. p ratoria).

## AL GRAL. CARLOS FUERO.

LEIDA EN EL CEMENTERIO FRANCES.

En el albor de mi revuelta vida,  
 Allá en el despuntar de una mañana  
 Que doró sus celajes con los rayos  
 Del sol de mis primeras esperanzas;  
 Cuando sólo ví flores en la tierra  
 Y pájaros canoros en las ramas  
 Y era la sangre en las henchidas venas  
 Un torrente viril de hierro y lava:  
 Entonces entre el himno de Victoria,  
 Sobre el ya roto cetro de un monarca;  
 Heraldo de valor, sereno y fuerte,  
 Conocí á este soldado de la patria.  
 Fuerte cual los antiguos gladiadores,  
 Erguido como el roble en la montaña,  
 Con grandes ojos negros y brillantes  
 A que daba expresión la luz del alma;  
 Sutiles líneas perfilando el rostro  
 Lleno de austera gravedad romana  
 Y coronado en la severa frente  
 Por negra cabellera ensortijada;  
 Así lo ví, su mano generosa  
 Estrechó con lealtad mi mano frances:

¡Ay! yo empezaba á manejar la pluma  
 Y él acababa de soltar la espada.  
 El era un adalid . . . era un B. yardo  
 Sin dobléz, sin temores y sin tacha;  
 Tan sereno al hablar con un amigo  
 Como al cruzar el campo de batalla.  
 Desde niño, su hogar fué el campamento;  
 Su compañera inseparable el arma;  
 Su lecho el peñón tosco ó la llanura,  
 Su camarita la tienda de campaña  
 Y su mejor saludo á la Victoria  
 El retumbar sonoro de las salvas.  
 Profesó un culto humano y le dió toda  
 Su intensa adoración nunca turbada;  
 ¡Amó como á su Dios á la que tuvo  
 La gloria de llevarlo en sus entrañas!  
 Después de esa mujer que fué á su numen  
 A una novia inmortal idolatraba:  
 La que le dió su manto en todo tiempo  
 Como prueba de amor: la hermosa Patria!

.....  
 Cuando cayó en Querétaro vencido  
 El infeliz y soñador monarca,  
 A quien deshizo el pueblo la corona  
 Llevándolo á morir en las Campanas;  
 Este soldado custodió á Castillo  
 Que condenado á muerte, pidió gracia  
 De ver á un sacerdote y á un letrado  
 Para arreglar sus últimas demandas.  
 "Yo no los llamaré"—le dijo Fuero—  
 "Tenéis para buscarlos puerta franca;  
 "Sóis todo pundonor y aquí os espero  
 Que os van á ejecutar por la mañana."  
 Salió el anciano jefe, con asombro  
 De todos los que allí le custodiaban;  
 No vue' ve pensó alguno—y Fuero dijo:  
 "Un bravo así, no falta á su palabra,"

Y todos lo sabéis, tornó á su celda  
 El jefe honrado de la opuesta causa,  
 Y aún no ha podido decidir la Historia  
 Quién de los dos más alto se levanta,  
 Pero hechos como el hecho que recuerdo  
 El mundo admira y los envidia Esparta!  
 Y aquí yace el soldado valeroso  
 Sin expresión ni luz en la mirada;  
 Viene á dormir el sueño que no turba  
 El vano ruido de la grey humana.  
 Duerme, noble guerrero, en tu sepulcro  
 Florece el lauro que la Historia guarda  
 A los que como tú, todo lo dieron  
 Al deber, á su pueblo y á su patria!  
 Duerde; fuiste un soldado victorioso,  
 Y á ti no se te llora, se te casta;  
 Entra al mundo en que viven muchos héroes;  
 De pie te esperan don te nada acaba  
 Y al mirarte llegar, lleuos de gozo  
 Todos te van á presentar las armas.

13 de Enero de 1892.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

EN LOS FUNERALES  
DEL

**GRAL. JESUS GONZALEZ ORTEGA**

## I

No vengo débil á regar con llanto  
Los restos del soldado cuyo acero  
Al defender la patria brilló tanto.  
En acero viril, grave y austero,  
Premio debido al heroísmo santo,  
Vengo á cantar las glorias del guerrero:  
Al que tuvo por ley, por sola norma  
El lábaro inmortal de la Riforma.

## II

Ese enlutado féretro que encierra  
Del bravo luchador el cuerpo inerte,  
Que con su muda pompa nos aterra  
Y que conturba el ánimo más fuerte,  
Tan solo el cuerpo entregará á la tierra  
Que ha de trocarse en polvo por la muerte  
Pero eternos serán en nuestra historia  
Su fé, su nombre, su valor, su gloria.

## III

Como surge el león, fiero, animoso,  
Del fondo de los bosques seculares,

Tú surgiste caudillo valeroso  
Del seno de las masas populares;  
Y bajo el sol de libertad hermoso,  
Al sonar de los himnos militares,  
Llevaste con honor esa bandera  
Que de Sonora á Yucatán impera.

## IV

¿Qué corazón habrá que no se asombra  
De la epopeya liberal que habías  
Enaltecido taoto con tu nombre?  
¡Oh muerte! ¡y cambias en cenizas frías  
El venerado cuerpo de aquel hombre,  
Emblema de la fe de aquellos días!  
¿Qué viento helado extinguirá esa llama  
Eterna en los espacios de la Fama?

Quien vuelva sus miradas al pasado  
Y te contemple apuesto y agerrido,  
Con lauros de victoria coronado  
Y en los brazos del pueblo conducido;  
No creará que más tarde, abandonado  
Con negra ingratitud en hondo olvido,  
Te hallaste, como en lóbrego desierto,  
Vivo en la historia y en tu Patria muerto.

## VI

Aun puede recordar el pensamiento  
Que con su vuelo audaz todo lo alcanza;  
Aquel'as horas de luchar violento,  
De rencor, de bravura y de matanza.  
Eas de tus soldados el aliento,  
De redención del pueblo la esperanza,

Y orgullosos pasaban tus corceles  
Entre vivas, y aplausos y laureles

## VII

El lazo rojo en el erguido cuello  
Símbolo de su causa redentora,  
En tus ojos la fe como destello  
Y en tu diestra la espada vencedora;  
Bajo este patrio sol, ardiente y bello,  
A México llegaste y la sonora  
Voz del pueblo en tu torno repetía:  
¡Héroe de Calpulalpsam, Dios te guía!

## VIII

De angusta libertad el sol divino,  
Bañó en luz el peadón de tus legiones;  
Bajo palmas de triunfo en tu camino  
Latieron los patrios corazones:  
Y cuando en Puebla te veació el Destino,  
No de Francia los fieros batallones:  
Presentaste, asombrando al extranjero,  
Rotas las armas y el Honor en oro.

## IX

Tú fuiste de los libres la muralla  
En horas de dolor y luto llena;  
Tú, que joven los campos de batalla  
Regaste con la sangre de tus venas.  
¿Y después...? ¡ay! de sentimiento estalla  
El corazón, al comprender tus penas,  
¡Oh amarga y torpe ingratitud del hombre!  
¡Nadie en el triunfo pronunció tu nombre!

## X

Allá... muy lejos... pueblo hospitalario  
De patriotismo y de virtudes foco,

Te acogió como á nuevo Belisario,  
¡Ay! y aquí, tu valer teniendo en poco,  
Olvidaron al héroe solitario  
Y la ca'umania te llamaba loco.  
¡Cuán profundo dolor habrás sufrido  
Loco de decepción, loco de olvido!

## XI

No, no fué de la patria el golpe rudo  
Que te dejó en las sombras sepultado,  
La patria es madre, y cuando hablar e pudo  
Te dijo: "Vuelve á mí, noble soldado,  
Despierta gladiusor, ven con tu escudo  
Que ninguno venció ni está manchado."  
Y al oír de su voz el eco cierto  
De gratitud y de emoción has muerto.

## XII

Miradle allí... la Patria entristecida  
Llora en la cripta que su cuerpo encierra,  
Tiene su frente de laurel ceñida  
Y si ya no veremos en la tierra,  
En sus ojos el fuego de la vida,  
Ni en sus manos el rayo de la guerra:  
Su nombre alumbra con eterno rayo  
El sol de Zaragoza, el sol de Mayo.

## XIII

Héroe de cansa en paz, los que podemos  
Juzgarte sin envidia ni rencores,  
Siempre cual hoy, tu gloria cantaremos;  
Y siendo de tu ejemplo imitadores  
Con herra y con valor defenderemos  
La fe de tus principios redentores,  
¡Siempre, jóvenes hoy, mañana ancianos,  
Sostendrán tus banderas nuestras manes.

## XIV

Duerme el eterno sueño, has merecido  
 Bien de la Patria por tus grandes hechos;  
 Al borde de tu fosa hemos venido  
 Jurando defender nuestros derechos;  
 Tus glorias nunca empañará el olvido,  
 Y siempre habrán de verte nuestros pechos:  
 ¡Vivo en la historia, en el sepulcro inerme!  
 ¡Héroe de Calpulalpam, duerme.... duerme....!

México, Abril 10 de 1881.

## EN MEMORIA DEL GENERAL CARLOS PACHECO

Oh vida! ¡combate humano!  
 Tus adalides ¡qué son?  
 Deleznable encarnación  
 De polvo frágil y vano.  
 ¿Quién profundiza el arcano  
 Do tus desticos están?  
 La fe, la gloria, el afán  
 Que con la esperanza juegan,  
 Da un obscuro abismo llegan  
 Y á un obscuro abismo van.

Revuelto y profundo río  
 Donde el viento desbarata  
 Los aljófares de plata  
 Que le regala el Estío;  
 Légame inmenso y sombrío,  
 ¿Qué fueras sin la memoria,  
 Sin la verdad, sin la gloria  
 Que con el olvido en guerra,  
 A los muertos de la tierra  
 Los resucita en la Historia?

Ya el talento, ya el trabajo,  
 ¡Inmortal recuerdo deja;  
 No le se llama á la abeja

Y vil al escarabajo.  
 Del gusán que hienda el tajo  
 Al sabio que absó:to les,  
 No hay labor que útil no sea  
 Y que el hombre no bendiga:  
 El gañán busca la espiga  
 Y el sabio busca la idea.

No todo muere ni pasa,  
 Que no todo es polvo leve;  
 Si el sepulcro torna nieve  
 El fuego que nos abrasa;  
 Si todo la muerte arrasa  
 Y lo lleva al ataúd...  
 ¿Quién por el terrible alud  
 Rodar ha visto el Honor,  
 El Genio, la Fe, el Valor,  
 La Bondad y la Virtud?

Sin los nobles ideales  
 De un dulce romanticismo,  
 ¿Qué hicieran frente al abismo  
 De la muerte, los mortales?  
 ¿Todos seremos iguales  
 Al morir? ¿Vana impostura!  
 Aun en tosca sepultura  
 Quien vale al olvido humilla,  
 Que más el cocuyo brilla  
 Si la noche es más oscura!

Estudiad á los cautivos  
 Del mundo, sabios expertos,  
 Y encontraréis vivos muertos,  
 Y muertos que siguen vivos.  
 Los robles del monte, altivos  
 Desdeñan la tempestad,  
 Con la misma magestad  
 Que á un ser superior conviene;

Y así como el monte, tiene  
 Sus robles la humanidad.

Nacer en modesta cuna  
 Y en apacible pobreza,  
 Sin señue'os de nobleza  
 Ni mimos de la fortuna;  
 D meñar una tras una  
 Amargas contrariedades,  
 Y an e añejas sociedades,  
 Con suerte dura y contraria,  
 Ser como la procelaria,  
 Hijo de las tempestades.

Ser un gladiador romano  
 En los campos de batalla;  
 Entregar á la metralla  
 Despojos del cuerpo humano;  
 Sangrando, sin pie, sin mano,  
 Buscarse extraña andadera  
 Y trepar á la trinchera  
 Con medieval hidalgua,  
 Victoriano en agonia  
 Su caudillo y su bandera!

Vivir triste y mutilado  
 En constante actividad,  
 Con la extraña dualidad  
 Del apóstol y el soldado;  
 De nuevo lanzarse o:ado  
 Por su causa á combatir,  
 Hallar la meta, subir,  
 Y firme con la fe ilesa,  
 Darle cauce á toda empresa  
 De gloria y de porvenir...

Ser un Bayardo en lealtad,  
 Ser un Cid en el valer,

Un pródigo en el favor  
 Y un estóico en la verdad.  
 Ser prócer en la ciudad,  
 Gladiador en la campaña,  
 Cazador en la montaña,  
 En todo, sople que agita,  
 Y un labrador eremita  
 muriendo en una cabaña!

Tal admiré y comprendí  
 La labor inteligente  
 Del héroe humilde y ausente  
 Que recordamos aquí.  
 Jamás honrado me ví  
 Con el renombre mundano  
 De "su amigo" ó de su "hermano"  
 Muerto, aun vi ríe sus reflejos,  
 Y hoy que está lejos, muy lejos,  
 Busco en la sombra su mano!

Aseate: juzgue la Historia  
 Tus obras; yo sé que son  
 Hijas de noble ambición  
 De dar á tu patria gloria.  
 A tu fosa mortuoria  
 Basta un emblema viril:  
 Que allí corone el buril  
 Tu frente limpia y altiva  
 Con la fresca simpreviva  
 Que fecunda el sol de Abr. I.

México, Septiembre 26 de 1892.

## A LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

EL LA DISTRIBUCION DE PREMIOS DEL 29 DE NOVIEMBRE DE 1891.

¿Por qué en toda ocasión me halláis dispuesto  
 Entre vosotros á tañer el arpa  
 Y canto vuestros méritos, seguro  
 De que acojéis, benignos, mis pa'abras?

Porque sois á mis ojos, la más cierta  
 Encarnación viril de una esperanza;  
 Los predilectos hijos en que afirma  
 Su fe en el porvenir, la madre Patria!

Yo os hablo desde tiempos venturosos  
 En que lo mismo que soñáis, soñaba;  
 Cuando aún eran capullos esas flores  
 Que un aire helado marchitó en el alca.

Hay un íntimo culto en cada pecho  
 Que se alimenta con eterna llama  
 Y que la negra decepción no extingue  
 Ni el tiempo borra ni la edad se apaga.

El culto por la tierra en que nacimos,  
 Tierra que tantos héroes consagraran

Y á costa de dolores y amarguras  
Por bravos adalides libertad!

¿Qué fué de su grandeza primitiva?  
¿Dónde está el esplendor de sus monarcas?  
¿Qué nos dice este bosque de sus glorias?  
¿Qué nos cuenta ese sol de sus hazañas?

Preguntad á los viejos ahuehuetes  
De verdes hojas y guedejas blancas,  
Pues ellos pueden descifrar los signos  
Que en toscas piedras nos legó su raza.

Preguntad á los "cactus" espinosos  
Que pueblan las llanuras solitarias  
O á los azules lagos que en un tiempo  
Ondularon besando sus piraguas.

Cayó el guerrero intrépido que vive  
Cual semi-dios en la broncea estatua  
Y que aún parece irradia su semblante  
La luz de gloria del antiguo Anáhuac.

El espíritu heroico de ese atleta  
Quedó errando en su tierra infortunada  
Y aconsejó en la sombra á los primeros  
Que desafiaron el poder de España.

Cruzó á la par que satisfecho triste,  
Sobre el cadalso angusto de Chihuahua  
Y se cernió cual águila orgulloso  
Viendo á Morelos combatir en Cuzutla.

Acompañó hasta lo último á los bravos  
Que no tuvieron en la lucha santa  
Más recompensa que ominosa muerte  
Ni más afán que libertar la patria.

La columna de fuego que á los hijos  
Amados de Israel á Sión guiara  
No fué más que el espíritu gigante,  
Del indio rey que enaltecíó su raza.

Por los aires vagando infundió aliento  
Al caudillo del Sur en las montañas,  
Y recogió los últimos suspiros  
Lanzados en los campos de batalla.

Dió un ósculo en la frente á los guerreros  
Cuando la gloria coronó su causa  
Y á su tierra natal volvió posado  
En la nueva bandera de la patria.

Surgió otra vez cuando invasor odioso  
El bosque azteca con sus pies hollara  
Y estuvo al lado de los héroes—niños  
Que aquí murieron asombrando á España.

Fué ese espíritu el noble compañero  
De un hijo de su génio y de su raza,  
Que en el desierto se mantuvo errante  
Dando á la ley su corazón por arca.

Y ese espíritu aún vaga en estos sitios,  
Cruza en la soledad por estas ramas  
Y os mira con amor cuando la aurora  
Enhebra perlas y diamantes cuaja.

Baja al bosque en los rayos de la luna  
Que argenta las paredes de este alcázar,  
De magestad reviste á los volcanes  
Que se yerguen cual mudos atalayas  
Y os habla con la voz de los zenzontles:  
¡Alados bardos que escuchó el Anáhuac!

Qué puedo yo deciros cuando él sabe  
Comprender como nadie vuestras ársias,

Coronar con sus mantos vuestros sueños  
 Vestir de luz las dulces esperanzas  
 Y besar con orgullo vuestras frentes  
 Cuando en el brazo sustentáis el arma.

¿No sentís que se cierne jubiloso  
 En esta fiesta noble y consagrada?  
 ¿No sabéis que él aplaude la victoria  
 Que logran el talento y la constancia?

Imitad su entereza y su bravura,  
 Como él abrid para lo grande el alma  
 Y seréis en la tierra y en la historia.  
 Orgullo y regocijo de la patria.

29 de Noviembre de 1891.

## A Vicente Riva Palacio.

DESPUES DE SU PRISION; EN DIAS PRÓSPEROS.

Donec eris feliz....

Si adversa suerte con el genio impía  
 Quieres empañar tu nombre esclarecido  
 Y tornas á tus libros y á tu olvido  
 En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía  
 A hablarte de esperanzas al oído  
 Y tornaré á venir como he venido  
 A compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora  
 Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece  
 Tiembla y huye la turba adúladora.

Hoy que á cantarte van porque amanece  
 Dale un recuerdo al que padece y llora  
 Con el preso que llora y que padece!

1885.

Coronar con sus mantos vuestros sueños  
 Vestir de luz las dulces esperanzas  
 Y besar con orgullo vuestras frentes  
 Cuando en el brazo sustentáis el arma.

¿No sentís que se cierne jubiloso  
 En esta fiesta noble y consagrada?  
 ¿No sabéis que él aplaude la victoria  
 Que logran el talento y la constancia?

Imitad su entereza y su bravura,  
 Como él abrid para lo grande el alma  
 Y seréis en la tierra y en la historia.  
 Orgullo y regocijo de la patria.

29 de Noviembre de 1891.

## A Vicente Riva Palacio.

DESPUES DE SU PRISION; EN DIAS PRÓSPEROS.

Donc eris feliz....

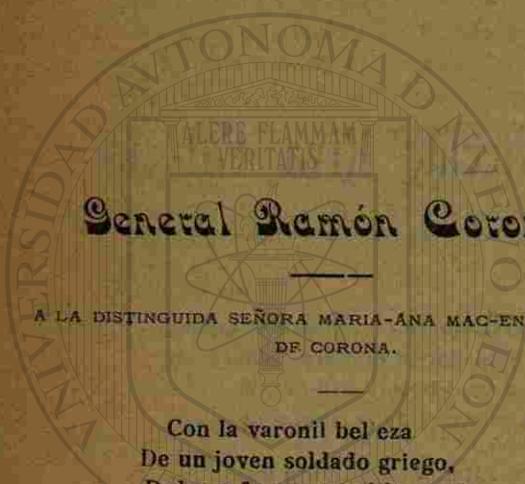
Si adversa suerte con el genio impía  
 Quieres empañar tu nombre esclarecido  
 Y tornas á tus libros y á tu olvido  
 En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía  
 A hablarte de esperanzas al oído  
 Y tornaré á venir como he venido  
 A compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora  
 Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece  
 Tiembla y huye la turba adúladora.

Hoy que á cantarte van porque amanece  
 Dale un recuerdo al que padece y llora  
 Con el preso que llora y que padece!

1885.



## General Ramón Corona.

A LA DISTINGUIDA SEÑORA MARIA-ANA MAC-ENTEE, VIUDA  
DE CORONA.

Con la varonil bel eza  
De un joven soldado griego,  
Dulce y franco en el lenguaje  
Y en el carácter enérgico;  
Alzándose con las alas  
Del trabajo y del talento,  
Y sin tener más blasones  
Que su valor y sus méritos:  
Ramón Corona es a un hombre  
De los que admiran los pueblos,  
Porque cruzan por la tierra  
Tan solo de tiempo en tiempo.  
Nació en honrada pobreza,  
Y desde su albor primero  
Con su personal trabajo  
Ganó renombre y sustento.  
Entró al campo de batalla  
Desde sus años más tiernos  
Y por sus costumbres puras,  
Por su carácter discreto,

Por su valor sin medida,  
Y su actividad sin término,  
El lugar más prominente,  
El más distinguido puesto,  
Lo conquistó con aplauso  
De contrarios y de adeptos.

Era al mirarle á caballo,  
Por lo arrogante y lo diestro,  
Rival del gaucho más ágil  
De cuantos las pampas vieron  
Y en las horas de peligro  
Era un adalid de hierro,  
Al que nunca rindió el brazo  
Ni la fatiga ni el sueño.  
Los franceses le temían  
De tal suerte, que pusieron  
Por una ley ominosa,  
Su noble cabeza á precio.  
Pero en *Villa Unión, Copala,*  
*Agua-zarca, Palos prietos,*  
*El Espinazo del Diablo,*  
*El Colorado, Siqueros,*  
*Veranos, Concordia, Vátamo*  
Y otros gloriosos encuentros,  
Les probó con su bravura  
Y con su heróico denuedo  
Que cuando invaden la patria  
Los más allivos ejércitos,  
Bastan para defenderla  
Algunos hijos del pueblo  
Que por invencibles armas  
Llevan la fe y el derecho.  
En Jalisco y Sinaloa  
Están vivos los recuerdos  
Del joven héroe, que supo  
Con inmortales ejemplos,

Alcanzar en nuestra historia  
Un nombre limpio y eterno.

Refieren cuantos lo han visto,  
Que en el sitio de Querétaro  
Fué Corona el más humilde  
A pesar de su alto puesto;  
Y cuando en el *Cimatarío*  
A sus soldados vencieron,  
Y se quedó triste y solo  
En medio del campamento;  
Al ver que llegaba Rocha  
Con poderosos refuerzos,  
Sin fijarse en su alto rango,  
Se le presentó diciendo:  
"Se han dispersado mis fuerzas,  
"Estoy solo y aquí vengo  
"A batirme á vuestras órdenes,  
"Y aquí no mando, obedezco."

Después de que fué vencida  
La bandera del Imperio,  
Era Corona en Jalisco  
El brazo de su Gobierno.  
Alzose en la sierra de Alica  
Amenazante y siniestro,  
Manuel Lozada, llamado  
*El tigre*, porque sus hechos  
Criminales y espantosos  
Amedrentaban al pueblo.  
Lozada entre las abruptas  
Montañas que lo nutrieron  
Con sanguinarios instintos  
Desde sus años más tiernos,  
Era el feudal más salvaje  
Que registran nuestros tiempos.  
Dueño de vidas y haciendas

Absoluto en sus decretos  
Y rebelde y enemigo  
De la autoridad de México.  
Con diez mil indios armados  
Tuvo á Jalisco en acecho  
Y en setenta y tres, intenta,  
A principios de Febrero,  
Hacer de Guadalajara  
De sus venganzas el centro.  
Corona con dos mil hombres  
Veloz le sale al encuentro;  
Acampa en la Mojonera  
A resistirlo resuelto,  
Y del reñido combate  
En los instantes supremos,  
Hallan que el parque está inútil  
Los soldados del Gobierno;  
Proyectiles y saquetes  
Estaban casi deshechos,  
Y siendo la artillería  
De salvarse el solo medio,  
Frente á las chusmas compactas  
Que ya no estaban muy lejos.  
Corona, sin arredrarse,  
Ordena á sus compañeros  
Que reeojan velozmente  
Paños de sol y pañuelos  
Y que al pie de los cañones  
Fabriquen saquetes nuevos.  
Obedecidas sus órdenes  
Comienza el nutrido fuego,  
Derrotan al enemigo  
Que se dispersa en los cerros,  
Dejando en su rauda fuga  
Tupida alfombra de muertos  
Y queda Jalisco en salvo  
La paz torna á nuestro cielo,

Y el joven héroe conquista  
Nuevas glorias ante el pueblo.

Algunos meses más tarde  
Corona en el spano suelo,  
Representa como pocos  
El limpio nombre de México.  
En España se le admira  
Por su natural modesto,  
Por ser amigo sin tacha  
Y en el hogar un modelo,  
Y porque busca ocasiones  
Para estrechar los afectos  
De dos pueblos que rehosan  
En iguales sentimientos.  
Vive ausente catorce años  
Y al fin retorna, trayendo  
El afán honrado y noble,  
El santo y hermoso ensueño,  
De ser en su amada patria  
Un infatigable obrero,  
Al conservar la paz firme,  
Fuente de todo progreso.  
Cuando pensaba dar cima  
A cuanto forma su anhelo,  
Y al Estado de Jalisco  
Honraba con su Gobierno,  
La mano de un asesino,  
De un loco, á la virtud ciego,  
Le da la muerte, ignorando  
Su crimen infame y negro.

.....

.....

Dejad que envuelva mi lira  
Eterno crespón de duelo,  
Para llorar al patricio,  
Al ciudadano, al guerrero,

Etre tanto, habian dejado  
Los imperiales la plaza,  
El sol de Mayo vertía  
Rayos de amor y esperanza  
Y al aire daban sus voces  
De entus asmo las campanas  
Y ell sobre toscas piedras  
En roja sangre empapadas,  
Antonio Reyes «El Tor do,»  
El héroe de aquella bazaña,  
R gido, inerme, sin vida,  
En su semblante irradiaba  
La gloria, la inmensa gloria  
Del que muere por la patria.

.....

1891

## ¡Primero es la Patria!

A mi fraternal amigo Rafael de Zayas Enriquez

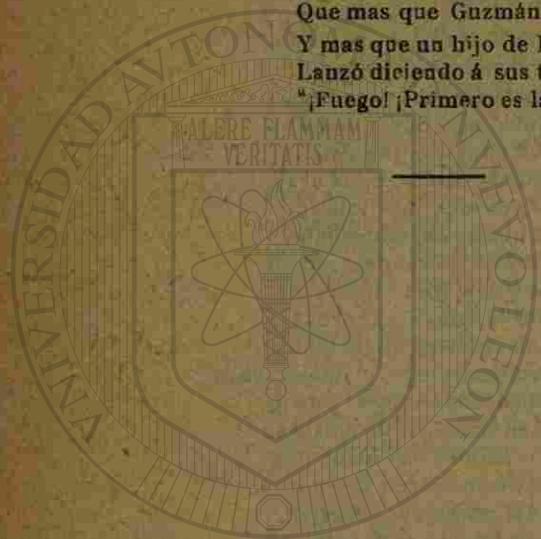
Atrás por el oriente,  
Entre espejes de plata  
Y disipando las sombras,  
Aparece la mañana;  
Cuando el eco despianto  
De la desierta montaña,  
El estampido sordo  
De cañón dilunde alarma.  
Precipitados los belgas  
Que a Ticámbaro resguardan,  
En las trincheras se agolpan  
Y el combate se preparan.  
Ya de una altura descienden  
Las fuerzas republicanas  
Y vibran de las cornetas  
Las notas limpias y claras.  
Se miran los batallones,  
Que denso polvo levantan,  
Marcando pausadamente  
De las lomas por la falda.  
La división es aquella  
Que en la con tanta campaña

Del Ejército del Centro  
Nicolás Régules mandó.  
En el acúense muchos  
Jóvenes en cuyas almas  
El patriotismo ha encendido  
Su pura y ardiente llama,  
Que al llevarlos al combate  
Vencer ó morir les manda;  
Los estimula y anima  
Luis Robredo, y le acompaña  
De valer y de fe lleno  
José Vicente Villada.  
Va á comenzar el combate,  
De prisa el sol se levanta  
Y los ayudantes cruzan  
Entre columnas cerradas;  
Se apresta la artillería  
Y ocupan la retaguardia  
Los escuadrones formados,  
Y listos para la carga.  
Ya los Jefes impacientes,  
Sólo la señal aguardan  
Para emprender atrevidos  
El asalto de la plaza.  
Ya Régules se dispone  
A dar la vez esperada,  
Cuando llega un hombre á escape  
Corriendo desde la plaza.  
El General á mirarle  
Le tiende la mano franca  
Y con gran fatiga el otro  
Le dirige la palabra.  
—Que no hagan fuego, le dice,  
Que en la trinchera cercana,  
En esa que se divisa  
De la ciudad á la entrada,  
Han colocado los belgas,

Al rayar de la mañana,  
 A los que us'ed en el mundo  
 Más considera y más ama:  
 ¡Están tu espo'e y sus hijos!  
 Pues quiero, si usted atac',  
 Que reciban los prim'os  
 La moatife'ra descarga.—  
 Régules queda en silencio;  
 Y luego con mucha calma,  
 A los artille'os gaita:  
 —¡Fuego! ¡Primero es la patria! —  
 Al sonar su voz, retumba  
 El cañón y se levanta  
 La espantosa gritaría  
 De las columnas en marcha.  
 Pero un eco más terrible.  
 Régules siente en el alma,  
 Pensando donde la muerte  
 Llevado habrá la met'alla.  
 Sus ojos no se humedecen,  
 Ni su faz se torna pálida,  
 Y solo en el entreciejo  
 Sus pensamientos se marcan.  
 —Avancen, les grita, avancen,  
 Y, haciendo brillar su espada,  
 Entre densas naves de humo  
 Impasible se adelanta.  
 ¡Con cuánto valor desfienden  
 Las imperiales la plaza!  
 ¡Con cuánto arrojo combaten  
 Las huestes republicanas!....  
 Suyas las primeras líneas  
 Después de tenaz batalla,  
 Los esalantes ocupan  
 Trincheras, calles y casas.  
 Reconcéntranse los belgas  
 En la iglesia y se preparan

A hacer una resistencia  
 Terrible y desesperada.  
 La gente va resbalando  
 De fresca sangre en las charcas,  
 Y hay tantos muertos, que oponen  
 Dificultad a la marcha.  
 Los soldados tropezando  
 Y cayendo se adelantan  
 Hasta cercar la parroquia  
 Entre una lluvia de balas.  
 Allí cubier'o de gloria,  
 Y de la patria en las aras,  
 El coronel Luis Robredo  
 El último aliento exhala.  
 Tras dos horas de combate  
 La tropa mira sombrada  
 Que la iglesia se corona  
 Con un penacho de llamas  
 Cante el fuego, el humo denso  
 En anchas nubes se escapa  
 Y en remolino de chispas  
 Por las aberturas montañas;  
 Y se estremecen los muros,  
 Y las puertas se desgajan,  
 Y crujiendo se desploman  
 Los techos sobre las masas.  
 Los imperiales se rindea,  
 Y de la heroica batalla  
 El éxito y el arrojo  
 Lleva en sus ecos la fama;  
 Y cuando ya la victoria  
 Añuncian alegres diadas,  
 Régules vuelve á sus hijos,  
 Vuelve á su espo'a, y se pasma,  
 De ver como respetaron  
 Sus corazones las balas;  
 Y al estrechar en sus brazos

Aquellas prendas del alma,  
Escucha como repite  
En torno suyo la fama,  
Grabándolas en la Historia,  
Aquelas nobles palabras  
Que mas que Guzmán el Bueno  
Y mas que un hijo de España,  
Lanzó diciendo á sus tropas:  
"¡Fuego! ¡Primero es la Patria!"



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR

## El canje de prisioneros

A la memoria del intaculado Caudilla  
de la Independencia

GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE

LOS DOS PADRES

I

En la ciudad opulenta  
Que fué en los tiempos de an'año  
Residencia de virreyes,  
Orgullo de los vasallos  
Y emporio de las riquezas  
De este sue'ño mexicano,  
Donde aztecas y españoles  
Levantaron sus palacios;  
Una mañana de invierno,  
Al ir feneciendo al año  
Que contó sesenta y cinco  
Del siglo que va espirando,  
Conversaban tristemente  
Haciendo corte á un anciano,  
Un grupo de caballeros  
Con semblantes consternados.

Era el viejo de estatura  
Elevada y rostro franco,  
Con bien marcadas señales  
De ser antiguo soldado;  
Por sus rugosas mejillas,  
Sobre sus marchitos labios,  
Como dos sienes de plata  
Bajaba el bigote negro.

De sus miradas el brillo  
Eclipsaban á su paso,  
Lágrimas mal recogidas  
Con seca y trémula mano,  
Que algunas veces mojaban  
Un pecho condecorado  
Con la cruz más envidiable  
Que registran nuestros fastos;  
La que tiene en el anverso  
Con sus casaca grabado:  
*Trenta contra cuatrocientos,*  
En medio de un verde lauro.  
Y al empaparla unos ojos  
Que han visto el sol setenta años,  
Prueban que dolor inmenso  
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan  
En su plática al anciano  
Están ceñudos y tristes,  
Y mudos y consternados.  
—Es una maldad sin nombre.  
Les dice ¡joven! ¡Gallardo!  
¡Hijo querido!... no puedo  
Resignarme...; fusilarlo  
Con tan bella esperanza;  
¡Tan bueno! ¡me quiso tanto!  
Cuántas veces pequeñito

## UN HEROE DE SINALOA

(22 de Diciembre de 1864)

• MI RESPETADO AMIGO EL GRAL. FRANCISCO CANEDO

¡Cómo engaña la apariencia!  
¡Cómo desmiente el aspecto!  
¡Cómo se engaña el que juzga  
El alma según el cuerpo!

El bravo Antonio Rosales  
Era de exterior modesto,  
De una estatura mediana,  
De ojos claros y serenos;  
Bigote negro y poblado,  
Obrero y lacio el cabello,  
Las cejas juntas y espesas,  
De hablar pausado y discreto.

Desde los tristes instantes  
En que Juárez dejó á México,  
Y junto con sus ministros  
Llevó á San Luis el Gobierno,  
Rosales fué á presentarse  
Con afán al Ministerio,

Y pidió lo incorporasen  
A los cuerpos del ejército  
Que á batir al enemigo  
Estuvieran ya dispuestos.

Como era un desconocido,  
Inspiró á todos recelo,  
Y al punto le preguntaron  
Su partido y sus proyectos.  
— "Mi partido" — respondióles,  
— "Lo ignoro, pues no lo tengo,"  
"Yo no desfiendo personas  
"Sino á la patria y al pueblo;  
"Y mi proyecto se cifra  
"En lograr de mi Gobierno,  
"Que á batir á los franceses  
"A mí me mande el primero."  
Como nadie hiciera caso  
A tan honrados deseos,  
Quizás por otros asuntos  
Da más ascendencia y peso,  
O también porque inspirase  
Aquel hombre algún recelo;  
Volvióse callado y triste  
A vivir á extraño puerto,  
Dejando para más tarde  
Mirar su afán satisfecho.

El sabio Ignacio Ramírez,  
Aquel filósofo egregio  
Que de Caón tuvo el alma  
Y la lira de Tirtéo.  
Cuando en Mazatlán anduvo  
Mil amarguras sufriendo,  
Conoció á Antonio Rosales,  
Profundizó sus anhelos  
Y orgulloso de tratarlo,  
Escribió á Guillerma P. ieto:  
— "Ya me encontré al hombre que me he

"Ser un héroe para el pueblo;  
"Aguila que busca espacio  
"Para remontar su vuelo;  
"Ya verás, llegado el día  
"Si digo verdad ó miento"

\*\*

Diez meses después de dichos  
Estos solemnes conceptos,  
Cuando en Culiacán esperan  
Al invasor extranjero,  
Rosales á sus soldados  
Los organiza en silencio  
Y se queda á pocas leguas  
Para encontrarlos dispuesto,  
En el alegre y tranquilo  
Pueblecillo de "San Pedro.  
Cerca de trescientos hombres  
Con escasos elementos,  
Resisten el rudo empuje  
Del invasor altanero,  
Que con fuerzas imperiales  
A'aca con gran denuedo.

Rosales, con una audacia  
Propia de tales momentos  
Después de emboscar dos piezas  
Y reservar en el centro  
Cien hombres, se lanza osado  
Al enemigo embistiendo  
Con una pequeña escolta  
Que combate cuerpo á cuerpo.

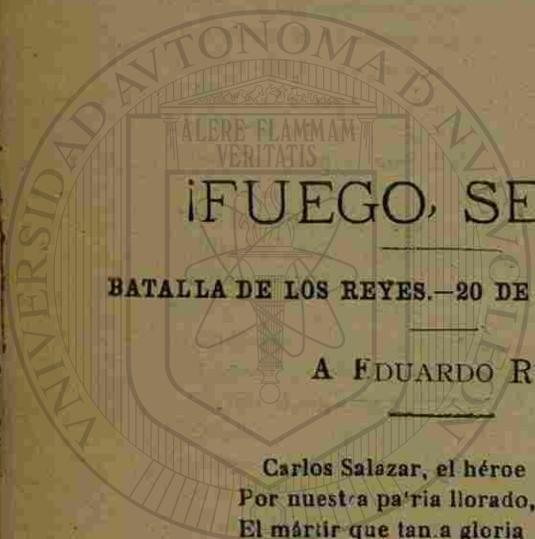
Los invasores lo envuelven  
Y juzgan el triunfo cierto,  
A punto que por los flancos  
Los hiere el compacto fuego  
De los infantes, que estaban

Emboscados en el pue'b'o,  
 Pocas horas de combate  
 Dan á Rosales el éxito;  
 El enemigo le deja  
 Cerca de cien prisioneros  
 Con Gazielle, el comandante,  
 Y ocho oficiales apuestos.  
 Sobre el campo se miraban  
 Los heridos y los muertos,  
 Banderas, parque, medallas  
 Y cañones y trafeos.  
 Un argelino acercóse  
 A Rosales, todo trémulo,  
 Y quiso besar su mano,  
 Pero el jefe sonriendo  
 Le contestó - "No acostumbran  
 Los hombres besarse en México."  
 Un jefe de tiradores  
 Llorando, de rabia ciego,  
 Se niega á entregar su espada  
 Que se la pide un sargento,  
 Pero Rosales le dice:  
 "Dádla, sós mi prisionero"  
 Y entonces, Gazielle, la suya  
 Dar quiere al bravo guerrero  
 Quien le dice - "Vos sós digno  
 De conservarla en su puesto."  
 No hay palabras que describan  
 La nobleza y el respeto  
 Que usó Rosales con todos  
 Sus vencidos prisioneros.  
 Ningún acto de violencia,  
 Ningún rencor, ningún hecho  
 Que revelase vanaganza  
 Envidia, crueldad ó celo.  
 Rosales se mostró grande,  
 Justo, generoso y bueno

Y dió gloria al libre Estado  
 Que adora su nombre excelso  
 Eternizando en la historia  
 La batalla de San Pedro.

Marzo de 1893.

3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52



## ¡FUEGO, SEÑOR!

BATALLA DE LOS REYES.—20 DE FEBRERO DE 1865.

A EDUARDO RUIZ

Carlos Salazar, el héroe  
 Por nuestra patria llorado,  
 El mártir que tanta gloria  
 Dió á su causa en el cadalso;  
 Con mil cuatrocientos hombres  
 Obedientes á su mando,  
 Va de Urnápan á Jalisco,  
 Pues en el Sur de ese Estado  
 Están las tropas que intentan  
 Dar á Colima un asalto.

\*\*

Después de largas fatigas,  
 Ya Teocaltatlán mirando,  
 Se detiene y manda al pueblo  
 Un correo extraordinario,  
 Pidiéndole á Guadarrama  
 Que auxiliares á sus soldados

No le den respuesta alguna;  
 Y ante tan gran desengaño  
 Entra al pueblo con su tropa  
 Y se encuentra de contrarios  
 A Guadarrama y los suyos,  
 Que dan aviso en el acto  
 A la guarnición francesa,  
 Pues ya tienen de aliados  
 En Zapotlán y Sayula  
 A imperialisas y zuavos.  
 En vista de tal suceso,  
 El jefe reubicano  
 Contramarcha sin fijarse  
 En los terribles trabajos  
 Que les esperan á todos  
 Sus valerosos soldados.

\*\*\*

Sobre las rugadas crestas  
 De las abruptas montañas  
 Que la neblina corona  
 En la región azulada;  
 Salvando los ventisqueros  
 Y las profundas barrancas,  
 Y por los negros abismos  
 Cruzando como la águila,  
 Encendiendo por las noches  
 Ocotes, para la marcha;  
 Durmiendo sobre las rocas,  
 Marchando sobre las zarzas,  
 Comiendo secas raíces  
 Si el fruto silvestre falta;  
 Con rostros ennegrecidos  
 Por el sol que los abrasa,  
 Y señalando su paso  
 Con la sangre de sus plantas  
 Van caminando las tropas.

Que el bravo Salazar manda,  
Hasta llegar á una Villa  
Que "de los Reyes" se llama,  
Donde tras tanto martirio  
Pobres y enfermos descenan.

\*\*\*\*

Apenas la nueva aurora  
Su limpio fulgor derrama,  
Los soldados liberales  
Salen á buscar con ansia  
Las frescas ondas del río  
Que cruza aquella comarca;  
Carlos Salazar, en tanto  
Por la margen de esmeralda  
En su caballo "El Recuerdo"  
Vigilando á todos vaga.

De súbito los soldados  
Oyen tocar *general*;  
Se asombran, pues los cornistas  
También están en el agua,  
Y todos, á un solo impulso,  
Desnudos á tierra saltan.

Ven á su jefe que ha dado  
Él mismo el toque de alarma,  
Al divisar la columna  
Aprox mándose rápida  
De imperiales y franceses  
Que por "San Gabriel" avanza,  
Y que ya de sus carines  
Se escucha el toque de carga.

\*\*\*\*

Un bosque de platanés  
Es el muro que separa  
A patriotas é invasores

Que ven á medir sus armas,  
Sorpréndense los franceses  
Cuando al fijar sus miradas,  
Encuentran que están desnudos  
Los que les cortan la marcha.

Trábase el combate hero,  
Comienza al fin la batalla,  
Y en medio de tanto estruendo  
Con majestad se detaca  
De Salazar, la sonora  
Imponente voz que manda  
Al oficial de artilleros  
Con sus sabidas palabras:

"Fuego, Señor; fuego, fuego;"  
Ve la pieza abandonada  
Y llega el mismo y rabioso  
Con sus manos la dispara,  
Al oír el estampido  
Los soldados se entusiasman,  
Y al enemigo arre meten  
Con boyoneta caida.

Difunden así el espanto  
Rompen las líneas compactas,  
Seembran el campo de muertos,  
Y el triunfo completo alcanzan  
Queda entre los prisioneros  
Banderbae, que allí mandaba  
A los zaavos, y á quien dejan  
Libre, bajo su palabra  
De nunca, ea lo de adelante  
Volver á entrar en campaña  
También el segundo en jefe  
De la legión mexicana,  
Que en defensa del Imperio  
Tomó parte en la batalla,  
Quedó como prisionero  
Y sus tropas dispersadas

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100  
101  
102  
103  
104  
105  
106  
107  
108  
109  
110  
111  
112  
113  
114  
115  
116  
117  
118  
119  
120  
121  
122  
123  
124  
125  
126  
127  
128  
129  
130  
131  
132  
133  
134  
135  
136  
137  
138  
139  
140  
141  
142  
143  
144  
145  
146  
147  
148  
149  
150  
151  
152

Lo abandonaron, dejando  
 Muchos muertos en la marcha.

\*\*\*\*\*

En acción tan memorable,  
 Salazar solo contaba  
 Con unos seiscientos hombres  
 Sin recursos y sin armas;  
 Excediéndole en el número,  
 Y en favorables ventajas  
 Los agueridos contrarios  
 Que de sorpresa le atacan.

Conseguida la victoria,  
 Salazar á nadie mata;  
 Y cuando llega el momento  
 De emprender violenta marcha,  
 Deja á aque los prisioneros  
 Sin más juez que su palabra,  
 Que más tarde desconocer,  
 Y con De Potier se lanzan  
 Con Baudrubaé persiguiendo  
 Al que la vida les salva.

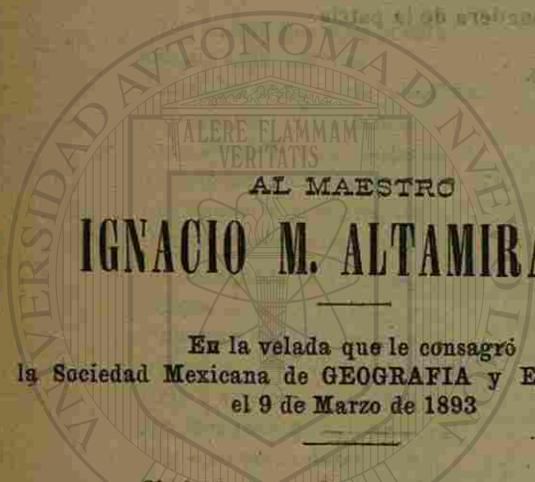
\*\*\*\*\*

Al héroe invicto y modesto  
 Que con desnudos luchaba,  
 "Fuego, Señor," repitiendo  
 En medio de la batalla  
 Y que perdonó clemente  
 A cuantos tuvo á sus plantas,  
 Algunos meses más tarde  
 De aquella heroica jornada,  
 Cayó entre los enemigos  
 Prisionero y en desgracia,  
 Y en pago de su nobleza  
 Lo fusilan en Uruápan,

Para mengua de la historia,  
 Para baldón de sus armas  
 Y para enlutar ¡infames!  
 La bandera de la patria.

Marzo de 1893.

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35  
36  
37  
38  
39  
40  
41  
42  
43  
44  
45  
46  
47  
48  
49  
50  
51  
52  
53  
54  
55  
56  
57  
58  
59  
60  
61  
62  
63  
64  
65  
66  
67  
68  
69  
70  
71  
72  
73  
74  
75  
76  
77  
78  
79  
80  
81  
82  
83  
84  
85  
86  
87  
88  
89  
90  
91  
92  
93  
94  
95  
96  
97  
98  
99  
100  
101  
102  
103  
104  
105  
106  
107  
108  
109  
110  
111  
112  
113  
114  
115  
116  
117  
118  
119  
120  
121  
122  
123  
124  
125  
126  
127  
128  
129  
130  
131  
132  
133  
134  
135  
136  
137  
138  
139  
140  
141  
142  
143  
144  
145  
146  
147  
148  
149  
150  
151  
152



## IGNACIO M. ALTAMIRANO.

En la velada que le consagró  
la Sociedad Mexicana de GEOGRAFIA y ESTADISTICA  
el 9 de Marzo de 1893

Si alguien se mofare aquí  
Al mirar que un hombre llora,  
Bien puede hacer desde ahora  
Sangrien'a irrisión de mí.  
Maestro, pensando en tí,  
¿Qué puede expresar mi canto?  
Cuando el alma duele tanto,  
La pena á los ojos sube,  
Busca espacio, forma nube,  
Se deshace y llueve llanto.

No es femenil cobardía  
Ni apocamiento y temor,  
Es que retoña el dolor  
Profundo del alma mía.  
¡Oh existencia! ¡oh breve día!  
¿Quién de tí se ha de engreír?

Son el nacer y el morir  
Limpio oriente, negro ocaso,  
Distantes tan sólo un paso  
Que á nadie es dado medir.

Fué tu nativa heredad  
Una ch'za sin fortuna;  
Allí velaron tu cuna  
El olvido y la humildad.  
Del monte la soledad  
Esconde aún tu cabaña....  
¿A quién tu origen extraña,  
Si es natural condición  
Que el águila y el león  
Tengan nido en la montaña?

Fué tu aprendizaje rudo  
Bañado en llor'o sa'obre;  
Amaste al desouido, al pobre,  
Por nacer pob e y desnudo.  
En tí mismo h'laste escudo  
Del mundo ante la amenaza,  
Surges, te elevas y traza  
Tu vuelo, con luz de Glorie,  
Sobre el cielo de la Historia  
La vía láctea de tu raza!

Fuiste en las luchas atleta,  
En las rostras orador,  
En la arena gladiador,  
En el Parnaso poe'a.  
Fué tu elocuencia saeta,  
Ariete, escudo y muralla;  
Tu Genio todo avasalla  
Y es lema de tu virtud:

1  
8  
9  
3  
9  
23  
29  
43  
46  
52  
55  
58  
64  
68  
73  
79  
86  
92  
98  
109  
120  
132  
136  
141  
152

"Donde está la Juventud  
Es'á el Campo de batalla."

Luchaste tanto por ella  
Que no se ha entristecida  
Si al apagarse tu vida  
Se habrá apagado su estrella.  
En vano busca tu huella  
Sobre el mar que el viento riza;  
Te invoca, te diviniza,  
Con amor filial y santo  
Y quiere regar con llanto  
Tu veneranda ceniza.

¡Oh Maestro! ¡qué sombría  
Y qué intensa es su amargural  
Eras su gloria más pura,  
Su bienhechor y su guía.  
De tus labios recibía  
El consejo limpio y sano  
Que al soltarla de tu mano  
Y dar libre el paso rudo,  
Lleva por arma y escudo  
En este combate humano.

Halló en tí, lesltad, nobleza,  
Ciencia, honradez, heroísmo,  
Abnegación, patriotismo,  
Desinterés y grandeza.  
Yergue altiva tu cabeza  
En la negra eternidad;  
Tú llevas la claridad  
Que las tinieblas colora:  
¡Hijo de la eterna aurora!  
Entra en la inmortalidad.

Hombres; cual tú no perezcan  
Ni el olvido los arrasa,  
En cada instante que pasa  
Más deslumbran y más crecen.  
Tus obras nos envanecen;  
Veneramos tu memoria;  
Y al verte entrar en la Historia  
Honrando tu patrio suelo  
Están rep'cando á vuelo  
En el templo de la Gloria.

Ya venció quien luchó tanto  
Pero en él los ojos fijos  
Inconsolables sus hijos  
Visten luto y vierten llanto.  
Es un lamento, no un canto  
Lo que expresa su afición;  
Su paterna! bendición  
Imploran puestos de hinojes,  
Que e-tá "lejos de los ojos  
Y cerca del corazón."

1  
1  
8  
9  
3  
9  
23  
29  
43  
46  
52  
55  
58  
64  
68  
73  
79  
86  
92  
98  
109  
120  
132  
136  
141  
152

## LOS PEONES DE LA MOTA

A mi buen amigo el General José Montesinos  
 Cuando al fin se rindió Puebla  
 Después de rudas campañas,  
 Y nuestro valiente ejército  
 Destrozó todas sus armas,  
 Guardando tan solo í esos  
 Su honor y sus esperanzas;  
 Con inmensas precauciones  
 Se deportaron á Francia  
 Muchos jefes y oficiales  
 Que al invasor estorbaban.

Se puede escribir con sangre  
 La historia de las desgracias  
 Que sufrió en largo camino  
 Esa legión mexicana.  
 Fueron desde Puebla al puerto  
 Como i'ótas, como páris,  
 Sin alimentos ni abrigos,  
 Haciendo á pie las jornadas.

Metiéronlos en los buques  
 Como si fueran en *trata*,  
 Durmiendo sobre cubierta  
 Expuestos al sol y al agua,  
 Y comiendo muchas veces

Galletas agusanadas,  
 Restos de las que las tropas  
 A Sebastopol llevaron.

Era de ver á los bravos  
 Cuyas frentes ostentaban  
 Las huellas de cien combates  
 Gloriosos para la patria,  
 Erguirse allí más que nunca,  
 Muertos como unas estatuas,  
 Con altivez soportando  
 Humillación tan nefanda.

Ellos que en la heroica Puebla  
 Con Zaragoza triunfaran,  
 Y que pocos meses antes  
 Invencibles les llamaban  
 Porfirio Díaz y Patoni,  
 Ghilardi, Negrete y Auza;  
 De pie sobre la cubierta  
 Sintieron brotar sus lágrimas,  
 Cuando al levantar los ojos  
 Hacia la extensión lejana,  
 Se les borró para siempre  
 El Pico del Orizaba.

En Francia los reartieron  
 Para distintas comarcas,  
 Exigiéndoles á todos  
 Bajo su honrada palabra,  
 No abandonar esos puntos  
 Mientras no se les mandara.  
 Transcurridos muchos meses  
 Sufriendo horribles desgracias,  
 Se les ofreció volverles  
 Su libertad y su patria,  
 Si juraban no hacer nunca  
 Contra los franceses armas.

1  
8  
9  
13  
19  
23  
29  
43  
46  
52  
55  
58  
64  
68  
73  
79  
86  
92  
98  
109  
120  
132  
136  
141  
152

Coadición tan humillante  
 Fué á cada cual presentada  
 Por sorpresas, á un tiempo mismo,  
 Con la ilusoria esperanza  
 De que todos la admitieran  
 En tan tristes circunstancias.  
 Ciento trece se negaron  
 A suscribir tal demanda,  
 Y en vista de su entereza  
 Se les dejó en tierra extraña,  
 Sin ningunos elementos,  
 Para aumentar sus desgracias.

En horas tan angustiosas,  
 Mientras con dolor y rabia  
 Ven que á la tierra nativa  
 Los juramentados marchan,  
 Los que quedan, se proponen  
 Sintiendo oprimido el alma,  
 Con su personal trabajo  
 Ganarse la vida honrada,  
 Y un grupo parte contento  
 A una tierra hospitalaria,  
 Que tiene su fé y su lengua,  
 A la generosa España,  
 De la cual, de pronto elijen  
 Las Provincias Vascongadas.

\*\*

Entre las revueltas ondas  
 De un golfo de azul y plata,  
 Como reina del Océano,  
 "San Sebastián" se adelanta,  
 Semejante ante el viajero  
 Inmensa gaviota blanca,  
 Que en los movibles cristales  
 Su limpio plumaje baña.

No hay playa tan pintoresca  
 Como aquella extensa playa,  
 Do el tamboril y el zortzico  
 Pueblan de notas las auras.  
 Tierra de los robredales,  
 Región heróica y sagrada,  
 Que riegan de sagardúa  
 Las simbólicas manzanas.

Región de hechiceros valles  
 Que los trigales esmaltan,  
 Y donde piadosos pájaros  
 A la libertad ensalzan.

Quiero que mi canto llene  
 Tus horizontes sin mancha,  
 Que flote entre las neblinas,  
 Que coronan tus montañas;  
 Que se mezcla á los rumores  
 De tus vistosas cascadas,  
 Y que perturbe el silencio  
 De tus campos, donde vaga  
 El melódico cencerro  
 De tus ubérrimas vacas.

Porque te lleva mi canto  
 La gratitud de las almas,  
 Por haber sido tan noble  
 Acogiendo hospitalaria,  
 A los soldados proscritos  
 De mi idolatrada patria,  
 Dándoles hogar, trabajo,  
 Amparo y amistad santa.

¡Oh San Sebastián! ¡oh perla  
 De la región Vascongada!  
 Por tus calles y jardines,  
 Por tus parques y tus plazas,

I  
 1  
 8  
 9  
 13  
 19  
 23  
 29  
 43  
 46  
 52  
 55  
 58  
 64  
 68  
 73  
 79  
 86  
 92  
 98  
 109  
 120  
 132  
 136  
 141  
 152

Llevan mis versos un eco  
De gratitud mexicana,  
Y acójele, como todo  
Lo noble que va á tus playas.

\*\*\*  
VALERE FLAMMAN  
Por la vistosa ladera  
Del monte que *Urgull* se llama,  
Los oficiales proscritos  
Van subiendo una mañana,  
Y al castillo de la *Mota*  
Silenciosos se adelantan.  
Buscan al jefe que tiene  
Las obras encomendadas,  
Y que si mal no recuerdo  
Era el Coronel Esparza.

Al mirarlo, *Montesinos*  
Le dirige estas palabras:  
—“Todos somos oficiales  
“De las tropas mexicanas  
“Que combatieron sin tregua  
“La injusta invasión de Francia  
“Y que ya rendida Puebla,  
“Después de romper las armas,  
“Nos trajeron deportados  
“Y por larga temporada  
“Nos han sometido á todas  
“Las pruebas de la desgracia.  
“Por condición nos pusieron  
“Para volver á la patria,  
“Reconocer el imperio  
“Y nunca tomar las armas.  
“Al rechazar tal propuesta,  
“Quedamos en tierra extranjera,  
“Sin la limosna humillante

“Que como sueldo nos daban,  
“Y hemos venido resueltos,  
“A la generosa España,  
“A buscar con el trabajo  
“Una subsistencia honrada.  
“Recibidnos de albañiles,  
“Pues las fuerzas no nos faltan,  
“Y podemos cargar piedras  
“Los que cargamos espadas.  
“Solo trabajo y salario  
“Los que aquí véis, os demandan  
“Y por ello os anticipan  
Señor Coronel, las gracias.”

Con lágrimas en los ojos  
Repuso al instante Esparza,  
“Conta todo con trabajo,  
“Que la obra es grande y va larga;  
“Una condición impongo,  
“Que no ha de ser rechazada:  
“Que los nuevos albañiles,  
“Que viene á honrar su patria,  
“Dando á la vez un ejemplo  
“Al mundo entero y á España,  
“Han de comer en mi mesa  
“Y han de dormir en mi casa.”

Y desde aquellos instantes  
Con la pica y con la pala,  
Se ganaron el sustento,  
Y aliviaron su desgracia,  
Los que más tarde tornaron  
Para defender su causa,  
Y para salvar con Juárez  
La bandeja de la patria.

Y cuentan que las más bellas  
Y alegres Guipuzcoanas,

8.  
Π  
1  
8  
9  
13  
19  
23  
29  
43  
46  
52  
55  
58  
64  
68  
73  
79  
86  
92  
98  
109  
120  
132  
136  
141  
152

Mientras vie on trabajando  
 A aquellas gentes honradas,  
 Cuando entraban y salían,  
 Por la tarde y la mañana,  
 Con sonoros tamboriles  
 Al pasar los saludaban,  
 Echando á su paso flores  
 Por e las mismas cortadas.

El castillo de la Mota  
 Aún conserva en su muralla,  
 En las trabas esculpido  
 Con menudas piedras blancas,  
 Nombres y fechas que forman  
 Ea la historia de mi patria  
 La prueba más elocuente  
 De honradez y de constancia  
 De sus soldados proscritos  
 En épocas muy aciagas

Marzo de 1893.

GENERAL JOSE M<sup>a</sup> PATONI

(13 de Marzo de 1863).

Tras las reñidas acciones  
 Que se libraron en Puebla  
 Por los hijos de To'uca,  
 Monterrey y Zacatecas,  
 De Veracruz y Oaxac<sup>o</sup>,  
 Michoacán y la Frontera  
 Y de todos los Estados  
 Que de la patria en defensa  
 Se afanan por distinguirse  
 En libertar su bandera;  
 Acalláronse los fuegos,  
 Per una especie de tregua,  
 Hasta que el trece de Marzo  
 El cañón francés resuena  
 Amagando con sus tiros  
 Nuestras rudas fortalezas.

A los primeros disparos,  
 Junto á González Ortega  
 Llega el General Patoni,

s.  
 II  
 1  
 8  
 9  
 13  
 19  
 23  
 29  
 43  
 46  
 52  
 55  
 58  
 64  
 68  
 73  
 79  
 86  
 92  
 98  
 109  
 120  
 132  
 136  
 141  
 152

Y pide que le conceda  
 Salir en esos momentos  
 De la línea de defensa,  
 Y reconocer el campo  
 Do el enemigo se encuentra.  
 Se le concede el permiso;  
 Patoni al punto se aleja  
 Con las tropas de Durango  
 Y Chihuahua, hasta que llega  
 A tocar de los franceses  
 Las más cercanas trincheras,  
 Al mirarlo, el enemigo  
 Ardiendo en cólera inmensa,  
 Con una lluvia de balas  
 A sus soldados anega.  
 Los nuestros no retroceden,  
 Con más bravura pelean,  
 Y aunque sus compactas filas  
 El invasor pronto diezma,  
 Tras de montones de muertos  
 Audaces se parapetan,  
 Entusiasmados mirando  
 Que Patoni á la cabeza,  
 Estudia las posiciones,  
 Mide las contrarias fuerzas,  
 A las cuales desaloja  
 De sus más paralelas,  
 Y cuando ya ha terminado  
 La misión que allí lo lleva,  
 Vuelve alegre y satisfecho  
 Con los pocos que le quedan,  
 Y entre gritos de entusiasmo  
 Entra en la ciudad de Pueb'a.

Fué un alarde de bravura,  
 Un arribo de fé ciega,  
 Con el cual nuestros soldados

Conquistaron gloria eterna.  
 Patoni que los condujo  
 Y en la lucha los alienta,  
 Era un soldado arrogante,  
 De poblada barba negra,  
 De ojos brillantes y vivos,  
 De distinguidas maneras;  
 En el vestir elegante,  
 Erudito en la elocuencia,  
 En el estrado una dama  
 Y en el combate una fiera.

Después de ese triunfo hermoso,  
 Que le dió renombre en Pueb'a,  
 Cuando el Imperio domina  
 Con extrañas bayonetas,  
 De Cuauhtemoc y de Juárez  
 La rica y heroica tierra.  
 Fué Patoni á Sinaloa,  
 Y allí en "El Fuerte," renueva  
 Sus ejemplos de bravura  
 Pues con muy escasas fuerzas,  
 A franceses é imperiales  
 Con su limpia espada ahuyenta.

Héroe que cruzaste el mundo  
 Como fugitiva estrelle,  
 Siempre envolviendo tus rayos  
 Con tu natural modestia,  
 Si tan solo sinsabores  
 Hallaste sobre la tierra,  
 Y si al morir perdonaste  
 Toda herida y toda ofensa,  
 En el altar de la historia  
 Donde sin mancha te elevas,  
 Los que conocen tus hechos  
 Con el alma te veneran

II
1
8
9
13
19
23
29
43
46
52
55
58
64
68
73
79
86
92
98
109
120
132
136
141
152

Yá la vez que ante su hijoss  
 Como un ejemplo te muestran  
 Cubren con palmas y lauros  
 Tu martirio y tu grandeza.

Marzo de 1893.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE.

	Págs.
AL LECTOR.....	III
Colón é Isabel.....	1
Hidalgo.....	8
La Victoria de Tampico.....	9
De Marinero à Trapista.....	13
Ni el Nombre ni el Oficio.....	19
La Pierna de su Alteza.....	23
Recuerdos de un Veterano.....	29
En Churubusco.....	43
Los Fueros del Valor.....	46
Riverita.....	52
Santos Degollado.....	55
Leandro Valle.....	58
Aquiles Collín.....	64
Terán y Maximiliano.....	68
Comonfort.....	73
Tomás Mejía.....	79
Xochiapulco.....	86
La Corte Marcial.....	92
A media noche.....	98
La heroína del dolor.....	109
El prisionero de Papazindan.....	120
El Tordo.....	132
¡Primero es la Patria!.....	136
El canje de prisioneros, primera parte, Los padres	141
El canje de prisioneros, segunda parte, Belgas y mexicanos.....	152

	Págs.
Los mártires de Uruápan.....	160
El centinela.....	170
Heroísmo mexicano.....	175
Una respuesta de Miramón.....	180
El último puesto.....	182
Maximiliano.....	184
Pensador y héroe.....	192
Recuerdos de Mayo.....	196
El grito de independencia.....	200
¡Patria!.....	204
— A Juárez.....	211
Margarita Maza de Juárez.....	215
A los Alumnos del Colegio Militar.....	216
Al "Blasco de Garay".....	223
México y España.....	226
A México.....	229
¡Por Consuegra! ¡Por España!.....	234
Al partir de España.....	238
A Veracruz.....	240
A Guadalajara.....	243
A Jalapa.....	247
En Jalapa.....	250
Coatepec.....	255
En la feria de Tlacotalpan.....	258
Al Papaloápan.....	263
En Tlacotalpan.....	268
Adios a Monterrey.....	272
En Coahuila.....	275
¡Por el pueblo!.....	275
A Lerdo de Tejada.....	282
¡Por la Frontera!.....	283
Al partir de Guadalajara.....	285
¡Por la Caridad!.....	288
Al ahuehuete de Sta. Maria.....	291
En las ruinas de Mitla.....	292
In terra pax hominibus.....	295
Recuerdos.....	397
11 de Abril.....	300
En Chapultepec.....	303
— 5 de Mayo.....	308

	Págs.
Al Gral. Carlos Fuero.....	313
En los funerales del Gral. Jesús González Ortega.....	216
En memoria del Gral. Carlos Pacheco.....	312
A los alumnos del Colegio Militar.....	325
A Vicente Riva Palacio.....	329
Gral. Ramón Corona.....	330
¡Por los rurales!.....	336
¡Por la independencia!.....	339
Un héroe de Sinaloa.....	343
¡Fuego, Señor!.....	348
A Maestro Ignacio M. Altamirano.....	354
Los peones de la Mota.....	358
Gral. José M <sup>a</sup> Patoni.....	365



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

